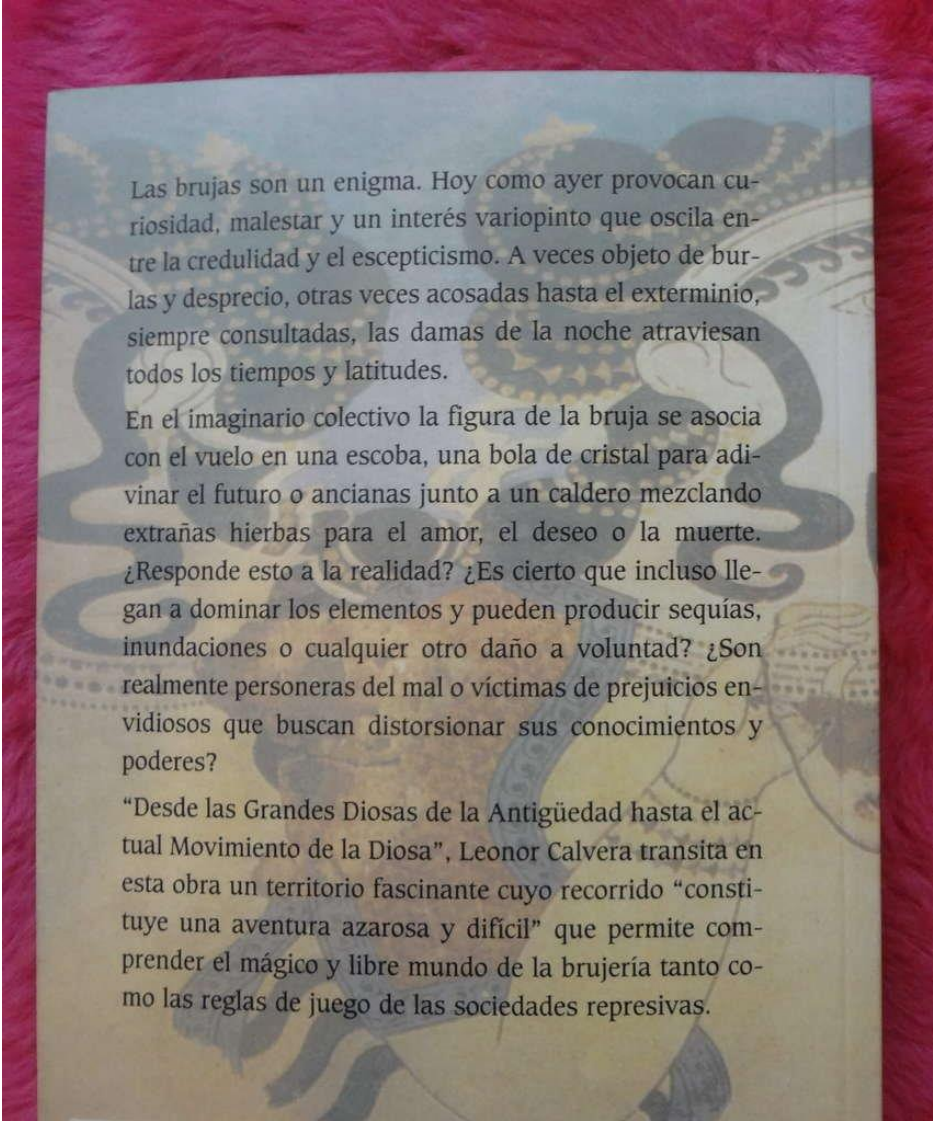


Leonor Calvera
**DIOSAS, BRUJAS
Y DAMAS DE LA NOCHE**



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano



Las brujas son un enigma. Hoy como ayer provocan curiosidad, malestar y un interés variopinto que oscila entre la credulidad y el escepticismo. A veces objeto de bur-las y desprecio, otras veces acosadas hasta el exterminio, siempre consultadas, las damas de la noche atraviesan todos los tiempos y latitudes.

En el imaginario colectivo la figura de la bruja se asocia con el vuelo en una escoba, una bola de cristal para adi-
vinar el futuro o ancianas junto a un caldero mezclando
extrañas hierbas para el amor, el deseo o la muerte.
¿Responde esto a la realidad? ¿Es cierto que incluso lle-
gan a dominar los elementos y pueden producir sequías,
inundaciones o cualquier otro daño a voluntad? ¿Son
realmente personeras del mal o víctimas de prejuicios en-
vidiosos que buscan distorsionar sus conocimientos y
poderes?

“Desde las Grandes Diosas de la Antigüedad hasta el ac-
tual Movimiento de la Diosa”, Leonor Calvera transita en
esta obra un territorio fascinante cuyo recorrido “consti-
tuye una aventura azarosa y difícil” que permite com-
prender el mágico y libre mundo de la brujería tanto co-
mo las reglas de juego de las sociedades represivas.

LEONOR CALVERA

DIOSAS, BRUJAS Y DAMAS DE LA NOCHE

A Bernardo y Teresa Calvera
que amaban a la gente menuda

PALABRAS PRELIMINARES

Desde las Grandes Diosas de la Antigüedad hasta el actual Movimiento de la Diosa puede discernirse un derrotero incierto pero sostenido. Transitar ese territorio constituye una aventura azarosa y difícil ya que se trata de un dominio donde abundan las ciénagas, las falsas rutas, los caminos terminados abruptamente en un abismo. Si se apela a la ayuda de guías históricas de esos lugares pronto se encuentra que, más que orientarnos en el sentido correcto, reflejan las ideas hechas de quienes las escribieron, sus trampas, sus indicaciones erróneas, sus conclusiones apresuradas. Va de suyo, entonces, que no resulta nada sencillo mantener la actitud que Stendhal aconsejaba al novelista: la de ser un viandante portador de un espejo para reflejar lo que se encuentra en el camino. Esa ecuanimidad fue, precisamente, el espíritu con que tratamos de abordar el tema de la brujería.

A poco andar, advertimos la complejidad colosal ante la que nos encontrábamos: el fenómeno de la brujería, transversal a la mayoría de las organizaciones sociales conocidas, adquiere caracteres propios en cada tiempo y lugar. El entroncamiento con el medio hizo necesario describir los contextos en que se fue presentando, lo cual nos llevó en ocasiones a dar amplios rodeos para insertarla correctamente en las distintas urdimbres. Fuimos así desbrozando temas, situaciones, conceptos en apariencia inconexos, pero sin los cuales el campo de la brujería parecería extemporáneo.

En líneas generales, las brujas han suscitado siempre temores y recelos. Sin embargo, este miedo de base a sus capacidades o facultades se transforma en letal cuando se mezcla con espantajos como el diablo, los herejes o cualquier otra figura *ad hoc* -como ocurrió con la caza de brujas de los tiempos oscuros-. En consecuencia, resulta evidente que hablar de la brujería es analizarla dentro de las distintas modalidades de poder en que se inscribe. Un poder milenario que se ha manifestado a través de la violencia en todos sus grados, desde la directa y grosera hasta la sutil e intelectual. Un poder que se asienta en la imagen del patriarca y aborrece toda diferencia sustancial de criterio.

En el recorrido que parte de las grandes diosas, e incluso antes, y llega hasta la época actual nos encontramos con hechos fascinantes y actos terribles, intolerancias cerriles y maravillas todavía no estudiadas en profundidad. Asimismo, vemos desfilar una galería de personajes en extremo interesante: bizarros, heroicos, sublimes, traidores, hipócritas. Tal vez podrían dividirse en tres corrientes, que nos remiten a otras tantas opciones morales; por un lado, los cerrados a los cambios, que se afanan por sostener el estado de cosas existente recibiendo a cambio respeto y honores; por el otro, los que luchan por comprender el fenómeno de la brujería sin mayores prejuicios y suelen sufrir el descrédito social y hasta la misma muerte. Y, entre uno y otro extremo, los indiferentes, desdeñados “por el cielo y el infierno”, que oscilan según las conveniencias, dejando hacer sin asumir responsabilidades.

“Todo está relacionado con todo” sostiene un axioma que se viene repitiendo con diversa fortuna desde la noche de los tiempos. Por ello, llegar a tener una mirada justa sobre la brujería significa en verdad tener una mirada larga, mucho más larga sobre el ser humano, una mirada que permita unir ideas, hechos y creencias en apariencia irreconciliables.

Muchos son los que nos han precedido en esta búsqueda y a todos les estamos reconocidos: incluso de sus parcialidades y prejuicios pudimos extraer ricas enseñanzas. En lo estrictamente personal, debo agradecer a quienes me han sostenido en mis vacilaciones, mi desesperación por las injusticias, mi incurable dolor por vivir en un mundo donde todavía el ser humano no ha cesado de perseguir, explotar, violar y asesinar a otros seres humanos tanto como al medio en que todos vivimos.

LEONOR CALVERA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LAS GRANDES DIOSAS

No existe sociedad donde no se haya producido el fenómeno de la brujería. Lo conocen los esquimales y lo conocieron los egipcios. No lo ignoraron los sumero-babilónicos ni los griegos, ni los romanos. Era corriente en la época de la redacción de los textos fundacionales judeo-cristiano y persiste en el cenit de nuestra sociedad post-moderna tanto como en las denominadas culturas primitivas.

En la civilización occidental, la historia de la brujería puede dividirse en tres grandes períodos o etapas. La primera, la mítico-lunar, parte de un tiempo ignoto y se caracteriza por la presencia de las grandes diosas. Hay quienes suponen que en las cuevas del Paleolítico pueden discernirse formas rudimentarias de este culto y su probable objeto de adoración.

Más tarde, fue sufriendo modificaciones y agregados, adaptándose a los diversos tiempos y lugares en formas complejas de idolatría. Así, florecerá en la Edad Media y el Renacimiento con particularidades propias: es la brujería del pacto. Ésta configura la segunda etapa, momento en que se producen las más grandes persecuciones conocidas que casi acabarían con la cultura de la brujería.

Mantenida clandestinamente, vuelve a surgir siglos después, marcando el último período, el actual, que se divide en dos ramas: la satanista y la del regreso a la Gran Diosa.

1.1 Allá lejos

El hombre ha domesticado el fuego, ha aprendido a encenderlo y lo lleva consigo al interior de las cuevas en que busca refugio. Junto a ese fuego que lo ilumina, se calentará en la larga estación invernal y allí cocinará, más adelante la carne de los animales que cace, de los granos que recoja. En ellas, la mujer permanece largamente junto a sus hijos mientras el varón sale en busca de una caza siempre insegura, siempre esquiva. A la gruta llevaría entonces la hembra las plantas nutritivas que poco a poco aprendía a distinguir de las venenosas; allí llevaría los huevos, los peces, lagartos y pequeñas aves que lograba atrapar.¹

El grupo humano crecía, cohesionado por las figuras femeninas. En las largas jornadas junto a los hijos alguna vez la mujer se entretuvo con el ocre u otro material terroso hasta que dejó su mano fijada en la piedra de manera indeleble. La mano de carne y huesos y la mano pintada no eran, para la mente arcaica, dos manos distintas sino una y la misma. De igual modo, si dibujaba un bisonte, seguramente habría otro igual en las estepas exteriores: el cazador partía a cazar con esta confianza que su compañera le infundía. El arte en función mágica quedaba inaugurado.

¹ Los datos que sirven de base a este apartado están extensamente desarrollados y tratados en: LEONOR CALVERA. **El género mujer**. Buenos Aires, 1982.

En los primeros atisbos de una conciencia separada del entorno, el hombre descubre la omnipresencia de la muerte cuyos resultados prontamente decide evitar. Así, en La Chapelle aux Saints, Franchit, la Ferrasie, Taschik-Tash, las cavernas habitadas durante generaciones guardan las huellas de los primitivos enterramientos, con esqueletos colocados en tumbas individuales, próximos al hogar, bajo el piso de la cueva. En Shamidar incluso se los enterraba con alas de mariposas y ramilletes de flores. De cara a la muerte de plantas y animales, de aves e insectos pero, sobre todo, de sus semejantes, el hombre protohistórico aprendió a discernirse distinto a ese presente en que estaba inmerso, descubriendo el transcurso del tiempo. De ese tiempo que finalmente acabaría por arrastrarlo a la absoluta inmovilidad. De este sentimiento de extremo desamparo, entrecruzado con el temor por la quietud y descomposición finales, extrajo la quimera de la duración.

Tal como la luna que surge, crece, se vuelve plena para luego desaparecer hasta su nuevo regreso, el difunto no sufría la aniquilación total sino que emprendía un viaje en que debía estar acompañado por los utensilios que le pertenecían, por el agua que habría de necesitar. La imaginación primitiva se orientaba a establecer funciones y nexos, no a separar realidades. Por ello, los cuernos de cabra o los huesos de bisonte junto a los muertos serán portadores de la continuación de las actividades del difunto. De este modo la muerte, hecho biológico, al ser elaboradas las huellas de su tránsito en un mundo de ultratumba, se convierte en acto cultural. Y, junto con el culto a los muertos, aparece la reproducción de la cópula, el nacimiento y el parto en las figurillas que los reproducen.

La agricultura, que fue inicialmente una actividad femenina, combinada con la domesticación de animales y el pastoreo, impulsaron nuevas técnicas: la fabricación de herramientas, la observación de cielo y su astro cambiante, la luna, el cálculo de las estaciones. Del mismo modo, la alfarería, en cuyas primeras vasijas se conservan rastros femeninos, servirá para transportar los líquidos y preparar los alimentos. Asimismo, en el Neolítico aparece uno de los grandes progresos de la humanidad: el tejido y sus instrumentos inventados por mujeres, el huso, la rueca y el telar, sobre los que descansaría la industria textil.

En este período se incrementan los ritos mágicos agrícolas y se perfecciona el arte de enterrar con los dólmenes y menhires. Y, en ellos, dibujos frecuentes de triángulos, volutas, espirales, laberintos. Iba naciendo un lenguaje específico para traducir ideas y conocimientos. Mas no todas estaban en condiciones de reproducir las formas visibles, de efectuar los dibujos. Ya en las cavernas -por ejemplo la de Montespan- aparecían huellas dejadas por jóvenes en cuclillas, sugiriendo la existencia de grupos dedicados a recibir la enseñanza artística y, con ello, el saber mágico.

A medida que avanzaba el grado de complejidad colectiva, también se tornaban más complejos los ritos, creencias y prácticas. Uno de esos nuevos núcleos míticos

está dado por el conjunto mujer-luna-agua-fertilidad. El poder germinativo de la luna, su incidencia sobre el agua, su aspecto cambiante se parangonaron al fecundo vientre de la mujer, tanto como para envolver a ambos en un reflejo parabólico, asimilando luna a madre. Así la luna, madre primordial, astro de los ritmos de la vida y la mujer, gruta de fertilidad, acabaron por componer objetos de adoración íntimamente asociados cuyo poder se buscó propiciar, adquiriendo así carácter totémico. La mujer misma, dueña de ese poder, dificultó el acceso a ella mediante reglas a cumplir, límites y prohibiciones que no debían violarse.

En todas partes, en cualquier instante, el hombre ve despuntar la muerte, que valoriza la vida. Por temor a la finitud, el hombre busca protegerse con figuras de vida: junto al culto a la fertilidad corrió paralelo, o yuxtapuesto, el culto a los antepasados.

La luna nace, crece y muere para luego, tras un periodo oscuro, volver a nacer. La muerte del hombre será, por inferencia, tan transitoria como la extinción de la luna: existe un país donde va el difunto mientras espera regresar. La fuerza de la muerte equivale a la de su eterna enemiga, la vida. Enseñoreada sobre ambas por derecho propio, la luna determinará la aparición de la sangre derramada que no trae muerte, la que fluye conforme a un ciclo, la sangre en medio de la cual surge una nueva vida. Y, a ella opuesta, la del animal agónico, la sangre de muerte de la herida que no sana. La mujer, dueña de la sangre buena, cuidadora de los niños y los muertos, asociada constantemente a la luna, tendrá, igual que ésta, dos fases: el poder de vida -aspecto diurno, pleno- y el conocer la muerte -aspecto nocturno, de reposo-. El “país de los muertos”, donde se dirigen los espíritus de los que abandonan la tierra, no puede tener mejor guía que la madre fecunda, que la madre nutricia, que hará nacer a la muerte.

El hombre adora a la Gran Madre, que es lunar y fértil, pero también devoradora y terminal. Vida-muerte; resurrección. Alternancias que apuntan en un sentido: el destino total del hombre como tiempo. El tejido, arte inventado por la mujer, servirá como paradigma de la existencia humana. Por ello, serán deidades selénicas las que tejan el destino humano, las que modelen los cambios y mutaciones vitales, las que corten el hilo de la existencia. En posesión del secreto del tiempo, por conocer el secreto de vida, muerte y regeneración, la mujer-luna se hallaba en la situación justa para dilucidar el rumbo de lo que vendría. “Las Madres”, como las denomina una inscripción asiria, tenían la sabiduría de la vida y la muerte y, por tanto, los sucesos venideros abrían su abanico cuyo relato florecía en boca de las profetisas.

La diosa madre era objeto de culto y respetadas las mujeres que lo guardaban. Sin embargo, lentamente, se iba abriendo paso un nuevo culto, el del sol, sol triunfante que nunca se modifica al transitar el cielo, que reaparece, magnífico, cada mañana. El sol, que había surgido junto con el hacha en las representaciones del culto a los

muestrados, va ganando terreno a favor de la intromisión de pueblos bélicos. El sol, eternamente igual a sí mismo, se convierte en el emblema del guerrero combativo y conquistador, que privilegiará el hacer y el movimiento como derrota de lo transitorio.

El hijo que la madre mecía en sus brazos ha crecido, se ha desarrollado convirtiéndose en el dios o héroe solar que librá un combate decisivo para derrotar a las fuerzas de las tinieblas, con frecuencia encarnadas en lo lunar, lo femenino. Todo un sistema de rituales y creencias deriva de este nuevo enfoque de la valorización solar. La vieja fe es execrada y sus cultoras humilladas y perseguidas. Sus dones y capacidades son enjuiciadas a la par que temidas. La más terrible condena social caerá sobre quienes persistan en mantener su creencia al margen de los ritos y conocimientos públicos, admitidos institucionalmente. Había nacido la hechicera, la bruja, encarnación del respeto y los miedos masculinos a los poderes biológicos y sociales de la mujer.

1.2. Las diosas mayores

El horizonte mitológico de la brujería aparece delineado por un mosaico de grandes figuras femeninas: Isis, la negra Kali, Lilith, Hécate, Artemisa, Diana. En verdad todas ellas, y algunas otras como Cibele, como Astarté, como Ishtar, quizá no sean sino aspectos, desdoblamientos o avatares de una misma deidad: la Gran Serpiente, la Triple Diosa a la que se le atribuye la creación de los mundos y los seres. En ellas, símbolos y cifras, se muestran ejemplificados los rasgos que se atribuirán a las brujas, magas y hechiceras de todo tiempo y lugar.

Al desgajarse del contexto ideológico en que se mostraron inicialmente las diosas, las cualidades de su ser y obrar fueron re-interpretadas según las concepciones lineales y verticalistas que florecían por doquier. Así, se acotó su radio de acción, se les adjudicaron dependencias parentales, se las parcializó en contenidos negativos apareciendo como la sombra, el mal, la muerte. Los miedos y odios de la especie se enlazarán con esas nuevas convicciones, más allá de toda comprobación empírica. En sucesivas y constantes oleadas, ese punto focal se extenderá hasta nuestros días, dibujando una escala progresiva y variable de aislamiento, degradación, indiferencia, hostigamientos, malentendidos.

1.3.1 Isis

“...Yo, la Madre de la Naturaleza, señora de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los mares, primera entre los habitantes del cielo, representación genuina de dioses y diosas, que con mi voluntad gobierno la luminosa bóveda del cielo, los saludables soplos del Océano, los desolados silencios del Infierno. Y mi único poder, honrado con cultos bajos distintas advocaciones, todo el orbe lo reverencia.”

Apuleyo

Adorada en todo Egipto, extendido luego su culto a otras regiones durante el Imperio Romano, Isis ha recibido apelativos y título tan numerosos que se llegó a conocerla como “la de los mil nombres “ o “la de infinitos nombres”, según las inscripciones griegas. Algunos de ellos, sin embargo, resaltan entre los demás: “la señora de las palabras de poder”, “la dama de la alegría y el placer”, “la diosa verde cuyo verdoso color es semejante al verdor de la naturaleza”.

En su aspecto mágico, Isis es protagonista de episodios memorables que la muestran en el esplendor del ejercicio de sus dones y habilidades. El más significativo se relaciona con su hermano y esposo Osiris que, como el mesopotámico Tammuz, sufre muerte a manos criminales, haciendo que Ishtar (o Innana) baje a los infiernos en procura de regresarlo a la tierra. El descenso de Ishtar al inframundo, quitándose cada uno de los velos ante las puertas que lo cierra, rivaliza en profundidad y sentimiento con la búsqueda del cadáver de su hermano que emprenderá la diosa egipcia.

Ambos, Isis y Osiris, eran hijos de un dios terrenal llamado Set -o Geb- y la diosa celeste Nut. Osiris nació el primer día suplementario agregado al año de doce meses; el segundo nació Horus el Mayor; Set en el tercer día; en el cuarto día suplementario la propia Isis y en el quinto Neftys. Con el correr del tiempo, Set desposó a Neftys y Osiris a Isis.

Isis y Osiris reinaron sobre la tierra egipcia, transmitiendo a los hombres las bases de la civilización, desde la agricultura hasta el arte. Mas la envidia movió a Set a conspirar contra su hermano y tenderle una trampa. A ese fin, tomó las medidas del cuerpo de Osiris y, junto con otros setenta y dos sediciosos, construyó un lujoso cofre. Luego, organizó un banquete durante el cual prometió entregar el cofre a quien cupiera dentro de él. Uno tras otro de los invitados probaron el lugar sin éxito hasta que Osiris se tendió en su interior. Al instante los confabulados cerraron la tapa, le echaron cerrojos para finalmente arrojar la caja al Nilo.

Al enterarse de la mala nueva, Isis se corta un mechón de cabello y, vistiéndose de luto, parte en busca del cadáver. Lloro y llora Isis² errante. Vaga y llora; llora y vaga hasta que por último recibe la noticia de que el cofre había encallado en Biblos, donde brotó un árbol para dar cobijo en su tronco al sacófago. Allí llega la doliente deidad y toma asiento junto a un pozo al que acuden las criadas del rey. Isis derrama sobre ellas un perfume tan especial y maravillosos que llama la atención de la reina, que requiere su presencia. Sin dudar, le confía el cuidado de su hijo. Agradecida, Isis decide otorgarle la inmortalidad al niño, para lo cual le da de mamar de su dedo e incendia cuanto es percedero a su alrededor, mientras ella misma se convierte en una golondrina que pía lastimeramente. La reina queda

² El nombre de Isis deriva de *Ish, ish*, palabras onomatopéyicas que significan “la que llora”, según la etimología que da Graves. Hay quienes, en cambio, hacen derivar Isis de *aset* o *eset*, “trono” o “asiente”, en referencia a sus representaciones de cuna o asiento de reyes.

anonadada ante la vista del espectáculo. Sin entender lo que estaba sucediendo, estalla en gritos que rompen el hechizo, condenando a su criatura a la mortalidad. La diosa se da entonces a conocer y reclama el ataúd de Osiris, pedido que se le concede.

Isis parte en una embarcación, siendo acompañada por el mayor de los hijos del rey. A solas con su hermano, lo besa y llora. De pronto, advierte que el hijo de la reina ha estado observado la escena. Tal es la furia en la mirada que le arroja Isis que el niño muere instantáneamente.

De regreso a Egipto, cierta vez olvida trasladar consigo el cofre. Seth, que estaba de cacería, lo encuentra y roba el cuerpo de su gemelo al que corta en catorce pedazos, que arroja al río. “¡Oh bello joven!, vuelve a tu casa para que puedas verme. Soy tu hermana, la que amabas; no te apartaré ya de mí, ¡oh bello muchacho! Vuelve a tu casa.” Y así seguía la queja de Isis, en lo que se convertiría en paradigma de todas las lamentaciones egipcias por los muertos.

Apiadado por tanto dolor, el Dios Ra envía a Anubis, el dios chacal nacido de una unión entre Osiris y Neftys, para que la ayude a recuñerar cada fragmento del cuerpo amado. Poco a poco se reúnen trece pedazos, no así el décimocuarto, los genitales, que habían sido devorados en el río por los *lapidotas*, por lo cual se convierten luego en peces sagrados. La de infinitos nombres modela entonces el trozo faltante en arcilla y lo agrega al resto de los despojos. Guiada por Anubis, ejecuta los ritos funerarios. Después se convierte en milano y abanica suavemente con sus alas el cadáver de su hermano hasta que logra revivirlo y ser fecundada por él. A partir de entonces, Osiris se convierte en rey del inframundo, dando así a su pueblo el modelo de la resurrección y la promesa de la vida eterna.

1.3.2 Otros hechizos

(Figura Nro. 1)

Si bien la resurrección de Osiris constituye la tarea más relevante de Isis, otros episodios de su vida avalan el ser reconocida como diosa de la magia y la hechicería. Uno de ellos la muestra llevando a cabo una estratagema con el propósito de conseguir sus máximos poderes mediante la obtención del nombre secreto del dios Sol que por entonces habitaba la tierra. Para ello, da forma a una figura con barro amasado con la saliva que caía de la boca del decrepito Ra, creando así una serpiente mágica que lo muerde. Ante sus ayes de dolor, Isis promete curarlo, a condición que le revele el nombre que contiene la esencia de su ser. Ra intenta engañarla dándole varios nombres, que la bruja reconoce como falsos. Finalmente, le revela el verdadero, no sin antes hacerse jurar que nunca lo confesarán ni ella ni su hijo Horus.

En otro incidente, Isis, al enterarse de la muerte de Osiris, “buscó refugio entre los papiros del Delta. Siete escorpiones la acompañaron en su fuga. Una tarde que,

estando fatigada, llegó a la casa de una mujer, ésta se asustó de los escorpiones y cerró de golpe la puerta. Entonces uno de los escorpiones, deslizándose por debajo de la puerta, picó al niño de la mujer y lo mató. Mas cuando Isis oyó las lamentaciones de la madre, se compadeció y, tendiendo las manos sobre la criatura, pronunció sus poderosos conjuros, de esta manera el veneno salió del niño, que resucitó.”³

En esos mismos parajes vuelve a buscar asilo cuando siente que va a dar a luz. Allí nace Horus el Joven, a quien mantiene oculto y custodiado por escorpiones para protegerlo de las maldades de su tío Set. Sin embargo, “no pudo guardarlo de todas las desdichas; un día que Isis fue a ver a su pequeñuelo, lo encontró tirado en el suelo, rígido y sin vida, por haberle picado un escorpión. Isis imploró la ayuda de Ra, el dios del sol que, atendiéndola, paró su barca en el cielo y envió a Thot para que le enseñase el conjuro con que podría devolverle la vida a su hijo. Pronunció las palabras mágicas y el veneno inmediatamente fluyó del cuerpo de Horus, el aire entró en su pecho y revivió.” De este modo pudo criarlo hasta que el unigénito fue lo bastante fuerte como para vengar la muerte de su padre y convertirse él mismo en Osiris.

Por sus poderes de sanación, por sus poderes para insuflar vida y devolverla a lo que estaba muerto, también por sus poderes de exterminio, Isis ha sido denominada “Grande en magia”. “¡Oh Isis! Que tu sangre obre, que tu radiación obre, que la fuerza de tu magia obre.”⁴ La imploración del **Libro de los muertos** traduce la fe en la potencia de la diosa para proteger y destruir, para mutarse y transformar.

Junto a su hijo Horus, al que sostiene entre sus brazos mientras lo amamanta, es la madre amorosa que servirá de pauta para toda futura representación de la maternidad, tanto religiosa como laica.⁵ Junto a su hermano y esposo, es la diosa del amor cuya brillantez los hará elevarse a los cielos como la estrella Orión y la estrella Sirio. Junto a Ra, es la “Madre del Mundo”, que esparce sobre la tierra los principios fundamentales de la civilización. Junto a su gemela Neftys, sobrevuela los ritos funerarios, batiendo sus alas en una promesa de resurrección. Junto a Osiris en el inframundo, es la señora de las palabras de poder que transforma los cuerpos de los muertos bienaventurados en aquellos que acompañarán la barca del sol en su recorrido por el mundo.

Isis es la dama de la Noche que preside los sueños y las pasiones. Y es también la señora secreta que reina en la muerte, esa muerte que permite a la vida seguir germinando. Por eso Isis es la señora del Nuevo Año que trae el agua que fertiliza los campos y con ello la abundancia de granos y ganados. Isis es el movimiento y

³ Sir JAMES FRAZER. **La rama dorada**. México, 1965. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

⁴ **El libro de los muertos de los antiguos egipcios**. Prólogo, traducción y notas de LEONOR CALVERA, Buenos Aires, 1987-

⁵ En rigor de verdad, existe una inquietante estatuilla, actualmente en el museo de Bagdad, que data del V o IV milenio a.C. que muestra una efigie similar, sólo que con una extraña cabeza de serpiente.

la ciencia⁶ y sus atributos son el disco solar de la vida, el *ankh* o cruz de la eternidad y también los cuernos de la vaca porque ella es la “vaca salvaje” cuyas patas delimitan los cuatro puntos del horizonte, la divina vaca cuyas ubres produjeron la Vía Láctea, “la que dio a luz a Ra, la gran diosa, la madre de todos los dioses...la Vaca, la gran dama que existió cuando nada había existido y que creó cuanto existe.”⁷ esos cuernos lunares, emblema de la Gran madre, evocan las fuerza vital, la creación periódica, la fecundidad, que servirá de símbolo a los poderes reales. Esos cuernos de la vaca Sagrada, capaces de infundir calor en los cuerpos momificados, de regenerar la vida, serán el símbolo que una y otra vez, en distintos tiempos y lugares, presidirán las artes de la brujería.

1.4 Kali

Kali, la “Negra”, la Grande, se asoció en tiempos védicos con Agni, el fuego de siete lenguas que devoraba las oblacones de manteca. Este aspecto poco a poco se transformó hasta acabar por asimilarse a la energía femenina primordial. Aun cuando se la adora como la *Jagan-mata*, la “Madre del Mundo”, se le reconocen diferentes avatares que no sino otras tantas manifestaciones de ella misma. Así, un mito relata que Kali brotó de la cólera de Durga. Cierta vez, esta diosa se hallaba en medio de una batalla, a punto de ser derrotada por el demonio Daruba. El peligro y la necesidad hicieron que su rostro se ensombreciera, tras lo cual hizo surgir de su frente a Kali que, como Atenea del cerebro de Zeus, nació enteramente armada. Sin vacilar, la deidad guerrera acudió en ayuda de su madre -que no era sino un desdoblamiento de sí misma- y dio muerte al enemigo.

Otra leyenda cuenta que un *asura*⁸, Rakavija, importunaba constantemente a los dioses, que ansiaban destruirlo. La tarea no era sencilla por cuanto Brama le había concedido el don de renacer al instante, mil veces más fuerte, cada vez que una gota de su sangre se derramara en la tierra. En conocimiento de ello, Kali urdió una treta. Acudió a la batalla -donde cada herida infligida multiplicaba los demonios- montada en un león, los cabellos al viento, los ojos enrojecidos, los dientes como de animal feroz, y en un instante le clavó su lanza a Rakavija. Luego aplicó la boca sobre la herida y bebió el rojo líquido que manaba del *asura* hasta dejarlo exangüe y sin posibilidad de multiplicarse. Otra versión afirma que luego de herirlo de muerte, Kali extendió su lengua como un velo sobre el campo de batalla para impedir que ni siquiera una gota tocara la tierra, extinguiéndose de este modo el *asura* definitivamente. En celebración de la victoria, Kali se entregó a una danza frenética, destruyendo cuanto encontraba en su camino. Bailó y bailó hasta que su

⁶ Cf. PLUTARCO. **Obras Morales y de costumbres. Sobre Isis y Osiris.** Madrid, 1987-

⁷ Sir E.A. BUDGE. **God of the Egyptians.** Nueva York, 1969l

⁸ Los *asura* eran originariamente seres “espirituales divinos” o deidades que, con el tiempo, se convirtieron en demonios o enemigos de los dioses.

consorte Shiva se arrojó a sus pies, implorando una tregua para el universo, que la diosa, por amor, le concedió.

Kali hubo de descansar entonces pero luego, sola o junto a su consorte, volvió a entregarse con mayor o menor exaltación a la *tandava*, la danza de la destrucción. En esos momentos, Kali “devora toda la existencia...mastica todas las cosas existentes con sus crueles dientes”, como afirma el **Mahanirvana Tantra**, y agrega “así como todos los colores desaparecen en el negro, así todos los nombres y formas desaparecen en ella.”

Kali es el vacío, la terrible destructora que devora incluso las entrañas de Shiva. Por eso se la representa desnuda, con dos pequeños cadáveres como aretes, con una sarta de cabezas cortadas como collar, portando armas en sus manos, una serpiente como cordón sagrado, sus tres ojos inyectados en sangre, sangre chorreándole por el rostro y sangre en la lengua ancha y lasciva que cuelga prominente de su boca.

Tremenda es la figura de Kali. Tremenda y atemorizante. Quien no la conoce, quien está sujeto por las cadenas de la ignorancia y las pasiones egoístas quedará aterrorizado por esta expresión formidable de exterminio. La Dama de la Muerte es tan definitiva como el tiempo al que le da nombre⁹, cuya rueda gobierna, cuya trascendencia posee.

No obstante, el devenir de los tiempos conlleva la regeneración cíclica, ya que la destrucción de lo creado impide su saturación y le posibilita resurgir una y otra y otra vez: el pasado debe aniquilarse para que surja el futuro. Por ello Kali llevará en sus manos los cuatro elementos de la creación cuando dance sobre el cuerpo yacente de Shiva. Por ello, si bien devora el *lingam*¹⁰ de su consorte, ofrece a la par su *yoni* abierto ya que, si la muerte corta la vida, la vida frustra la muerte. Y entonces será Uma, la luz, y su sexualidad será intensa, libre, sin trabas, y dejará caer su *yoni* en la colina sagrada de Guahahi para que Shiva ejecute su danza dentro de él. Y bajo el aspecto de Kundalini se asentará en la base de la columna vertebral de cada hombre, prestándole su inmensa potencia sexual, la energía de la libido que servirá también como canal de transformación de lo perecedero en inmortal, de lo finito en perdurable.

Cuando Kali sorba la sangre, que también es el menstruo, será para amasar con tierra el *adamah*, el “barro sagrado” con el que habrá de modelar a los nuevos seres, a la infinitas criaturas que pueblan los mundos. Y sus tres ojos no serán sino los tres trimestres de embarazo, los tres estadios de la vida, las tres fases de la luna, las tres divisiones del año, las tres partes del cosmos. Y una de sus manos se alzarán entonces en el gesto de bendición de una madre amorosa. Y el collar con que se adorna ya no serán cráneos sino que se habrán transformado en las cincuenta letras del alfabeto sánscrito, cuyo sonido da aliento al universo. Porque Kali es la gran

⁹ *Kaala*, “tiempo”.

¹⁰ *Lingam* es el nombre del falo en tanto *yoni* es el órgano sexual femenino.

maga, la bruja que une con su rosario¹¹ el nacimiento y la muerte, lo superior y lo inferior y todos los pares de opuestos que conforman nuestro mundo al que liga con el cielo y la ultratumba.

Quienes contemplen el rostro de esta taumaturga sin haberse desprendido de sus propios miedos, de sus malos apegos personales, la verán en su aspecto terrible y devorador. Pero quienes puedan atravesar su selva interior, quienes estén dispuestos a remover la gruesa capa de intereses que los aísla en su ignorancia, podrán contemplarla sin miedo en los lugares de cremación, donde suele ser adorada, o en la exuberancia de la vida vegetal, en las ofrendas de sangre del fanatismo sectario o en la multiplicidad de las criaturas vivientes. Kali es una hechicera donde cada cual se proyecta a sí misma, una maga que, a veces con dolor, otras con cariño y otras con placer, enseña que vida y muerte son las dos caras de una misma moneda, dos engaños que ocultan la última realidad. Entonces, de su negrura sin forma se verá surgir el brillo refulgente de la iluminación y su desnudez será el espacio que se ha tornado infinito, el tiempo sin tiempo que es el poder absoluto.

1.5 Lilith

El **Antiguo Testamento** da cuenta de la creación del mundo de esta manera: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señorea en los peces del mar, en las aves del cielo, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastre sobre la tierra. Y creó Dios al hombre, a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”¹² Sin embargo, más adelante se sostiene: “Y dijo Jehová dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él...Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.”¹³

Las dos versiones de la Creación parecen ofrecer una importante contradicción en cuanto a la figura femenina. En la primera, mujer y varón son creados en paridad; en la segunda, la mujer, al ser extraída del varón, le queda subordinada. En esta divergencia entre una y otra versión se insertan las especulaciones sobre Lilith como la mjer primigenia.

La imagen de Lilith registra antecedentes en las culturas mesopotámicas: es la Lil, Lili o Lilitù sumeria, el Alù y Galù babilónicos, los siete Lamashtu acadios. Estos demonios, causantes de numerosos males, seductores y lascivos, crueles y cínicos,

¹¹ El *japamala* o serie de cuentas que sostiene Kali.

¹² **Biblia de...**, op. cit. Génesis. 1. 26-27.

¹³ **Ibid.** 2.8; 21-23-

se encuentran como objeto de constantes letanías en los textos de las primeras culturas del Cercano Oriente. En la etimología de la Lilith semita se halla la palabra sumeria *lil*, que significa “viento”, *lulti*, “lujuria” y también *lily* “homosexual”. No obstante, su campo semántico encierra asimismo la palabra hebrea *laïl*, “noche” y, por extensión “espectro, fantasma”, tal como la caldea *laila*, lo nocturno. Su filiación indo-europea habla, además, de significados como absorber, tragar, deglutir, lo que engulle y devora. Todos estos rasgos se condensan en la Lilith hebrea.

De acuerdo a los autores de la literatura midrásica, Dios creó a Lilith junto con Adán y de la unión de ambos nació una prole de demonios. Sin embargo “Adán y Lilith nunca encontraron la paz juntos, pues cuando él quería acostarse con ella, Lilith consideraba ofensiva la postura recostada que él exigía. ‘¿Por qué he de acostarme debajo de ti? -preguntaba-. Yo también fui hecha con polvo y por consiguiente soy tu igual.’ Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza, Lilith airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó.”¹⁴ Dios, ante la queja de Adán -“¡Señor del mundo! ¡la mujer que tú me has dado se voló!”¹⁵ - por quedarse solo, envía a tres ángeles para que busquen a Lilith y se la devuelvan. Los ángeles la encuentran junto al Mar Rojo, holgándose con los demonios en las mayores voluptuosidades, y le ordenan retornar. Lilith se niega pero los ángeles la amenazan con la maldición del Señor: dará a luz numerosos niños, pero cien de ellos morirán por día. Lilith intenta poner término a su desdicha arrojándose a las aguas. Apenados, los ángeles acuerdan compensarla con el dominio sobre los recién nacidos fuera del matrimonio. Sin embargo, ese poder estará condicionado a que el niño no luzca un amuleto con los nombres o la imagen de los ángeles.

Lilith, de largos cabellos y amplias alas, ha sido condenada a perder cien hijos por día. Condenada eternamente a parirlos para eternamente perderlos. Tanta pena, tanta congoja no pueden sino convertirla en la madre de los dolores. El tormento por la muerte de sus hijos no le permite amar a los hijos ajenos. Por ello, en una alquimia que no ha cesado de repetirse, transformará el dolor en mal, dejará caer su venganza sobre todas aquellas criaturas sobre las que le ha sido concedida potestad. La madre dolorida se torna madre terrible y estrangulará a los neonatos y se apoderará de las parturientas y absorberá la médula de los jóvenes. Como las lamias y las empusas, como el otro lejano sucesor de la Gran Serpiente, el vampiro, Lilith sorbe la sangre de los extraños para conservar la propia.

Al aire la negra cabellera, las alas desplegadas en un estremecimiento de placer, Lilith cruza el espacio en busca de la simiente ajena. El Zohar¹⁶ no vacila en denominarla la Maldita, la Prostituta, la Falsa, por los mil hechizos que lleva a

¹⁴ ROBERT GRAVES y RAPHAEL PATAI. **Los mitos hebreos**. Buenos Aires, 1969.

¹⁵ JACQUES BRIL: **Lilith où la Mère obscure**. París, 1981.

¹⁶ **Encyclopedia Judaica**. Jerusalén, 1971. Art. Lilith.

cabo al buscar a sus víctimas. Su fascinación es infinita. Puede enamorar a Samaël, maestro de los ángeles caídos, o atrapar al rey Salomón bajo la apariencia de la reina de Saba. Puede deslizarse en los tálamos conyugales fingiendo ser la esposa legítima o enloquecer a quien le plazca con su seducción y sus destrezas sexuales. La fantasía de posesión con que colma los sueños eróticos varoniles le permitirá mantener su perenne fecundidad. Por ello, la ley patriarcal prohibirá la masturbación dado que el semen derramado contribuye a formar la prole de demonios que pueblan el mundo.

Sin duda Lilith es la expresión del goce sexual en todo momento y todo lugar, del libre discurrir del cuerpo femenino. El varón, punitivo ante el escándalo de esta energía libidinal que lo supera ampliamente, no la ha podido imaginar sino como un monstruo devorador. Fascinadora, Lilih arrastra a un sexo desobediente a las limitaciones, uno de cuyos vértices se alimenta de ese esperma que el varón cuida en términos de comercio-reproducción. El sexo libre, poderoso y enigmático, es contemplado como un desorden. Hay que alejarse de él; hay que alejarse de Lilith.

1.6.1 **Hécate**

La joven Perséfone se recreaba cierto día en un prado junto a las Oceánidas, recogiendo flores: aquí una rosa, allí un lirio o una violeta. Se disponía a tomar un jacinto cuando, súbitamente, se abrió la tierra ante ella y apareció el mismo Hades, el Señor de los Muertos. en una carroza tirada por caballos inmortales. Sin prestar atención a los gritos de la joven, la colocó en su carro dorado y se hundió en las vísceras de la tierra con el propósito de hacerla su esposa y convertirla en reina del mundo subterráneo.

Deméter, que había oído de lejos los gritos de su hija, comenzó a buscarla, preguntando por ella. Nadie sabía darle razones de la desaparición. Deméter se lanzó entonces a errar por los caminos, las rubias trenzas veladas por un negro manto de luto. Nueve días y nueve noches anduvo por valles y mares, sin encontrar reposo a su ansiedad: estando triste y colérica, los granos no crecían y los campos se agostaban. Al amanecer del décimo día Hécate, compadecida de la madre dolorosa, se acercó portando una antorcha y juntas acudieron a preguntar a Helios el paradero de Perséfone. El dios les indicó que se hallaba retenida en el inframundo.

Hécate partió hacia el Hades en procura de la novia raptada que, por orden de Zeus, debía ser devuelta a la tierra. El Señor de los Muertos obedeció el mandato, no sin antes haberle dado a gustar a Perséfone un grano de granada, lo cual la obligaría de ahí en adelante a pasar un tercio del año en los infiernos. “Entonces (concluido el trato) -dice el himno homérico- Hécate, la de brillante cabellera, se acercó y abrazó a la hija de la sagrada Deméter y desde entonces se convirtió en auxiliar y compañera de Perséfone”, conduciéndola en su viaje entre los mundos.

La amistad entre las deidades se hizo tan estrecha que acabaron por formar una tríada que representaba las tres edades de la vida o las tres fases de la luna.¹⁷ En tal carácter Hécate formó parte activa de los festivales de Eleusis donde acudían las mujeres a celebrar los ritos de la fertilidad. Allí Hécate fue la guía que las iniciaba en los Misterios.

Hécate, “la que hace su voluntad”, a menudo se mostraba solidaria con las mujeres. Así, cuando las Moiras convirtieron a Galatea en una comadreja, obligándola a vivir en las grietas y a acoplarse de manera risible, Hécate, condolida, la nombró su doncella sagrada. Y fue ella la que no sólo instruyó a la Sibila de Cumas en la predicción del porvenir sino que la condujo al Averno y le entregó el poder de controlar la entrada. La Sibila, famosa por sus vaticinios, siempre reconoció su deuda con la diosa de modo que para permitir la entrada al inframundo, por ejemplo de Eneas, debió sacrificar cuatro bueyes en honor de Hécate.¹⁸

Sin duda la diosa era compasiva con las damas ya que cuando Dido la invocó, su respuesta fue inmediata. Eneas le había partido el corazón a Dido al no corresponder a sus amores. En medio de su dolor, que casi la hace desplomarse sobre su propia daga, lo maldijo en nombre de Hécate, quien se apresuró a convalidar la maldición: los troyanos anduvieron errando sin atinar el camino al hogar; cuando por fin llegaron a Roma, Eneas recibió la muerte en una pelea.

No obstante, también hubo quienes suscitaban su ira. Así, una hechicera llamada Farmaki, comerciante en conjuros, que se entregaba sin límites a sus deseos sexuales, fue castigada por Hécate transformándola en marta. Y una amarga poción de la diosa, también usada por Atenea, fue lo que transformó en araña a Arakhné.

Hécate fue una gran maestra que enseñó a sus discípulas el manejo de las hierbas y los venenos, el arte de adivinar, el dominio de los ríos y el curso de la luna y las estrellas. Mas, junto con las instrucciones mágicas, procuraba transmitirles ese agudo sentimiento de pertenencia a sí misma y a su género que vuelve invulnerables a las mujeres. Por ello, cuando Medea, enamorada de Jasón, estaba a punto de abandonar el país, Hécate promete no abandonarla pero se lamenta de que “ese falso señor” la robe de su lado.

1.6.2 De diosa a demonia

Soberana de la humanidad, la diosa terrible que surge de la tierra.
Safo

El origen, el nombre y el aspecto de Hécate aparecen envueltos en el misterio del tiempo. Hay quienes¹⁹ ubican su origen en Asia Menor, haciendo derivar su

¹⁷ Inicialmente, Hécate era la doncella, Perséfone la madre y Deméter la anciana. Más tarde tomó el giro con que se las conoce actualmente: Perséfone es la hija, Deméter la madre y Hécate la anciana.

¹⁸ Cf. VIRGILIO. **Eneida**. Barcelona, 1992. Libro 17.

¹⁹ Entre otros, Bárbara Walter.

nombre de la palabra *heq*, “vieja sabia, matriarca”, o alternativamente, de Heqit o Herat, la diosa con cabeza de rana, animal éste que se convertiría en uno de los símbolos de Hécate. Sea su origen egipcio o ario, lo cierto es que su culto adquirió dimensiones sin precedentes en la Hélade, alrededor del siglo VI a.C.

Hesíodo cuenta que era hija de Asteria y Perses²⁰ y que Zeus la “honró sobre todos y le procuró espléndidos regalos”²¹ y la dejó “participar en la tierra y el mar estéril” como así también en “el estrellado cielo”. Luego de la victoria de Zeus sobre los Titanes, de los cuales descendía Hécate, el Crónica “en nada la maltrató... ni tampoco le quitó nada de lo que recibió en suerte entre los primeros dioses, los Titanes, sino que sus atribuciones (fueron) las mismas que tuvo desde el principio.”

Hesíodo prosigue con la semblanza de la diosa asegurando que “al que ella quiere grandemente le asiste y ayuda; en el juicio se sienta junto a los venerables reyes, y en el ágora hace destacar entre la gente al que ella quiere.” Asiste a los nobles y a los “que trabajan en el mar intransitable”; aumenta los ganados y, aunque es unigénita, desde siempre “es criadora de la juventud”. Sin duda parte de este perfil equivale al de Artemisa, con quien a menudo se confunde como diosa de la luna.

Como figura principal de los misterios eleusinos, Hécate tenía a su cargo las expiaciones, guiar las almas en el inframundo o liberarlas para errar sobre la tierra. Se la consideraba la tutora de los iniciados que se atreven a transitar entre los mundos. Por ello se la denominó Trivia, la diosa de las encrucijadas: los cruces de los caminos no sólo reales sino también metafóricos, aquellos que enfrenta el hombre, a solas con su propia alma, antes de tomar la decisión de la vía a seguir. En tanto se la consideró en uno de sus aspectos protectora contra la locura, la epilepsia y las fiebres que trastornan la personalidad, en otro fue la diosa que se aparecía a magos y hechiceros que la invocaban con estas palabras: “Ven, infernal y celeste Bimo, diosa de los trivios, guiadora de la luz, reina de la noche, enemiga del sol, amiga y compañera de las tinieblas.”²²

Su hacha servía para iluminar la oscuridad del entendimiento; con el cuchillo para cortar el cordón umbilical separaba el lazo entre cuerpo y espíritu; la serpiente que la acompañaba prometía la inmortalidad mientras que la cruz era el símbolo de la intersección de los caminos, la posibilidad permanente de elección. Este poder de regir la transformación, de llevar a cada uno al límite del encuentro consigo mismo, así como la de insuflar poder a las palabras de los encantamientos, la convirtió en una venerada deidad.

(Figura Nro.2)

²⁰ Otros dicen que era hija de Nyx, la noche, y Perseo y aun otros afirman que su padre fue Perseo y su madre desconocida.

²¹ HESÍODO. **Teogonía**. Buenos Aires, 1997. Las siguientes citas, salvo afirmación en contrario, pertenecen a esta misma obra.

²² **Philosophumena**. IV. 35.

El tiempo fue socavando el alto rango de Hécate. En los mitos griegos tardíos pierde su condición de titánica y aparece como la hija de Zeus y Hera. Precisamente esta diosa del matrimonio fue la responsable de que ya no tuviera libertad para transitar los tres mundos -el aire, la tierra y el submundo-. El hecho ocurrió cuando Hécate robó unos afeites para la amante de Zeus, lo cual desencadenó la furia de Hera. En procura de evitar su cólera, Hécate se ocultó en casa de una mujer que había dado a luz. Mas olvidó que, para los dioses solares, el nacimiento estaba considerado impuro e impuros cuantos asistieran a él. La interdicción cayó sobre ella, que había sido patrona de los recién nacidos, que castigaba a los que insultaban, desobedecían o ejercían violencia contra una madre: los Cabirios la arrojaron al río Acheron que la transportó hasta la esfera subterránea de la cual le fue prohibido salir.

Su misma apariencia se hubo de transformar: de doncella vestida con largo atavío acabó representada por una mujer con tres caras, una de serpiente, otra de perro y la tercera de caballo²³ y, más adelante, hasta tomó la forma de un pilar llamado Hecterion. La que recibiera el nombre de “la más brillante” se convirtió en la “Perra negra” que, se dijo, manifestose en Colofón.

Sus lugares de aparición, siempre nocturnos, fueron los sitios yermos y sombríos, las encrucijadas, los cementerios. La acompañaban las Erinias; las Empusas la tomaron como maestra y era seguida por las *strigae* que, al caer la oscuridad, dejaban su traza de mujeres viejas y se transformaban en aves rapaces cuyo alimento eran los cuerpos de bebés no enterrados. Griegos y romanos coincidieron en afirmar que el ladrido de un perro anunciaba su cercanía, esos perros que siempre rondaban a su alrededor al igual que la lechuza, su mensajera.

La adoración que se le tributara se fue transformando en temor. Y se ofrecieron sacrificios de sangre para aplacar su pretendida ira.

En la Roma clásica se la asoció a Diana y Proserpina, configurando la Diana Triforme. En esa tríada su lugar varió al de la luna nueva o luna negra quedando para Selene, la luna llena, ser la inspiración de los poetas por su romance con Endimión. La llamaron entonces la Diosa Oscura y se la representó usando un collar de testículos, supuestamente arrebatados a los varones que odiaba.

Sin embargo, la peor transformación la aguardaba más de un milenio después: todo aspecto luminoso desapareció, siendo únicamente la diosa de las tinieblas, tétrica, pérfida y vengativa. Se consideró perversa su sexualidad y perversa la sexualidad de sus seguidoras, de apetitos lúbricos insaciables. Las prácticas orientadas por la diosa de las brujas se reputaron dañosas y, por lo general, mortales para quienes estaban dirigidas: su inspiración sólo podía provenir de Satanás. La mera

²³ Una variante fue representarla con una cara de león, la segunda de perro y la última de asno.

referencia al nombre de Hécate se volvió sinónimo de posesión diabólica, un camino seguro hacia las llamas de la hoguera.

1.7.1 Artemisa-Diana

Artemisa, la diosa-reina de la naturaleza libre, era hija de Zeus y Latonia. No bien acabada de nacer, comprendió que su madre, apoyada contra la palmera santa, estaba por dar a luz otro niño. De inmediato le prestó ayuda, posibilitando el nacimiento de su hermano mellizo, Apolo.

Al cumplir tres años, le formuló a su padre varios pedidos, entre los que se encontraban no conocer sexualmente ningún varón, tener muchos nombres -en caso de aburrirse del propio-, vestir traje de caza o el que quisiera, portar arco y flechas, ser acompañada por una jauría de lebreles rápidos y bravos, vagar a placer por montañas y bosques, por las verdes praderas y las peligrosas marismas, por cuevas y pantanos y tener una cohorte de ninfas. Zeus consintió complacido, con la condición que Artemisa debía llevar al mundo la luz de plata lunar.

El pacto se cumplió. Allí iba la doncella en el gozo de su independencia, montada en su argénteo carro y seguida por sus perros y sus ninfas, recorriendo los vastos espacios salvajes. Sin embargo Artemisa, al igual que las otras grandes deidades, mostraba aspectos contradictorios: se entregaba con alegría a cazar grandes bestias pero, como había protegido al recién nacido Apolo, así protegía a los bebés humanos y las pequeñas crías animales. Las jóvenes madres le consagraban sus vestiduras para agradecer la ayuda que les prestaba.

Su misma progenitora no debía ser ofendida ni insultada porque esto provocaba el enojo de Artemisa. Níobe padeció su cólera cuando agravió a Latonia diciendo que tenía sólo dos hijos en tanto los de ella llegaban a la docena. Sin vacilar, acudió con su hermano al lugar donde aquéllos se encontraban y lanzó sus flechas de plata contra las seis mujeres en tanto Apolo disparaba las suyas de oro contra los varones. El desdoro causado a su madre quedó vengado con las doce muertes.

Del mismo modo, la dulce Artemisa, la Dama de los animales y la reproducción, no dudaba en dar muerte a quien se atreviera a cazar animales jóvenes o hembras preñadas. En cierta ocasión llegó a sus oídos que Agamenón había matado un ciervo en su arboleda sagrada, afirmando luego que “ni la diosa podía hacerlo mejor”²⁴. Sin importar el prestigio del personaje, el castigo cayó sobre él: el viento se encalmó y los barcos que debían conducirlo a Troya quedaron varados. Desesperado, Agamenón le preguntó al vidente Calcas qué debía hacer para que retornaran los vientos favorables. La respuesta fue tremenda: la ira de Artemisa sólo habría de calmarse con el sacrificio de su hija Ifigenia. La suerte estaba echada, sin más alternativa, Agamenón se dispuso a cumplir el mandato. Ya estaba dispuesta Ifigenia en el ara sacrificial cuando Artemisa, compadecida, la cambió

²⁴ APOLODORO. *Epítome*. 3.20.

por un rumiante, llevándose a Ifigenia para que la sirviera como su sacerdotisa en tierra de los Tauri.

1.7.2 Otros castigos y recompensas

Rigurosa y extrema, Artemisa era muy celosa de su pureza, que no debía ser mancillada ni siquiera con la mirada. Se hallaba Acteón en tren de caza cuando, accidentalmente, vio a Artemisa y sus ninfas bañándose en un remanso apartado. Verlas en su espléndida desnudez y quedarse inmóvil y pasmado fue todo uno. Al percatarse la diosa de lo que ocurría, rápidamente lo transformó en ciervo. Sus propios perros lo desconocieron y se abalanzaron sobre él matándolo a dentelladas. Otro cazador, el más destacado de la época, Orión de Beocia, salía en compañía de Artemisa a practicar ambos el arte en que eran expertos. Apolo, temiendo que su melliza se enamorara de un mortal, le envió un escorpión para que lo mordiera pero Orión, haciendo gala de su maestría, lo mató antes de que lo picara. Cuando llegó Artemisa, su hermano le preguntó si podía ver un punto negro balanceándose lejos en el mar. Ante la respuesta afirmativa, dijo que se trataba de una bruja que había insultado a una de sus ninfas. Artemisa apuntó y una flecha certera terminó con la vida de Orión. Al descubrir de quién se trataba, su corazón se colmó de congoja y, como tributo, lo trasladó al cielo donde lo convirtió en la constelación de Orión, eternamente perseguida por Escorpio.

Esa misma mezcla de sentimientos de pena y vindicación afloró en el caso de Calisto. Calisto era una de sus seguidoras que, como todas, había hecho voto de castidad. Sin embargo Zeus, mediante un engaño -aparecerse bajo la forma de su hija cazadora- logró seducirla. Al saberlo la diosa, llena de ira, la metamorfoseó en osa. Pero luego decidió darle una forma de inmortalidad y la llevó a la bóveda celeste donde se la puede identificar con la Osa Mayor.

Su piedad y su aflicción por el dolor se manifestaban en otorgar una muerte rápida: si alguien debía morir, que fuera con presteza, sin vanos sufrimientos. Por ello Penélope imploraba: “Ojalá que ahora mismo la casta Artemisa me diera una blanda muerte para no consumir más mi vida en la pena”.²⁵

1.7.3 La de los numerosos nombres

Artemisa fue conocida por numerosos nombres y sus distintos aspectos dieron origen a cultos variables según el lugar y la época. En la noche de los tiempos Artemisa era la Triple Diosa, pero ya en el contexto homérico había perdido su preeminencia, habiendo descendido a melliza del sol.

En Éfeso, donde le fuera erigido un templo que se convirtió en una de las maravillas del mundo antiguo, fue adorada como la Gran Madre. Allí la servían

²⁵ HOMERO. **La Odisea**. Buenos Aires, 1995. 18. 202-203-

varones castrados y castas sacerdotisas llamadas *mellisai*, “abejitas”, en alusión a que las abejas eran el alma de las ninfas. Como *Pomia Theron* era la Señora de los animales salvajes y como *Agotrera* era la cazadora, reuniendo en estas dos facetas el ciclo constante de vida, destrucción y nueva vida. Como *Locheia* era la guardiana de los alumbramientos y como *Kourotropos*, la protectora de la juventud. En Esparta era *Korythalia* y se la celebraba con danzas orgiásticas. Las amazonas la reconocieron como la madre guerrera *Astarteia* y la honraban danzando en círculo en medio del estrépito de escudos y danzas y las fuertes pisadas que resuenan en las batallas.

No obstante, quizá la más relevante de estas formas de adoración fue la celebrada por sus seguidoras a la luz de la luna llena. Estas mujeres desarrollaban la visión de claro de luna que se manifestaba en una vívida ensoñación que les permitía discernir su camino interior. Reunidas en el bosque de la diosa, se deleitaban formando extrañas figuras mientras intercambiaban la clave de poderes ocultos. Sin duda sus actividades tenían una connotación sexual que preferían mantener alejada del ordenamiento crecientemente patriarcal de la sociedad. En este sentido, es reveladora la evolución de la palabra “ninfa”. En un primer momento era sinónimo de “virgen”; más tarde tomó el de “novia de los dioses”, cuando estuvieron a cargo de los templos de Zeus, Hermes o Príapo. En tiempos romanos denotaba a quienes se encargaban de las bodas. Por último, el nombre acabó por ser equivalente de desenfreno sexual.²⁶

Una degradación semejante sufrieron otros aspectos de Artemisa: “...Apolo y Artemisa se hicieron cargo de la poesía despojando de esa misión a la Musa Triple (...) pero Artemisa dejó pronto de ser una socia igual de Apolo, aunque siguió siendo una diosa de hechizos mágicos y finalmente sólo se le atribuyeron los hechizos malignos. Por eso Tácito dice en su Alocución a los griegos; ‘Artemisa es una envenenadora. Apolo hace las curas’.”²⁷

La doncella de sandalias de plata, que empuñaba una antorcha para iluminar el camino del conocimiento, iba quedando atrás, sustituida por la imagen de un ser oscuro, que se ocultaba en grutas y cavernas desde donde dirigía a las hacedoras de maleficios. A pesar de los velos de infamia con que se pretendió opacar a la diosa, el culto de Artemisa, la Diana romana, habría de persistir a través de los siglos. Ni la desconfianza de los concilios cristianos, ni el recelo protestante, ni la encarnizada persecución a sus seguidoras pudo terminar con sus ceremonias que resurgieron, triunfantes, una y otra vez en la historia.

²⁶ De donde deriva la condición psicológica conocida como “ninfomanía”

²⁷ ROBERT GRAVES. **La Diosa Blanca**. Buenos Aires, 1970.

CAPÍTULO II

LAS FIGURAS MENORES

En torno de las Grandes Diosas orbitan una apreciable cantidad de figuras menores, figuras que se mueven en una escala más baja pero todavía significativa. En rigor, se trata de otra etapa del proceso de desmembramiento que parte de la omnipresente Madre Serpiente, continúa con las Diosas Mayores y desemboca en la personificación de sus diferentes aspectos o capacidades. El territorio de estas figuras es local, su radio de acción restringido. Muchas de ellas llevan nombres que han cobrado un inusitado relieve merced a su reflejo en el teatro y la poesía; otras se han mantenido en la penumbra mitológica y algunas terminaron por ser casi anónimas.

Divide y reinarás: para neutralizar el poder de la Diosa se la fragmenta en multitud de personajes, cuyas cronologías se superponen y confunden. No obstante, su perfil es siempre fascinante, siempre ilustrativo. Las hay que se mueven en conjunto, y las hay que prefieren hacerlo en solitario. Escoger entre ellas no va en detrimento de la importancia de las demás sino que ese catálogo es inter-reflejante, variando sólo las circunstancias en que se desarrollan sus aptitudes.

Como a las figuras de primera línea, las caracterizan rasgos similares que van soportando crecientes procesos de marginación. Ya no son hacedoras sino seres creados por los dioses. Poco a poco se las va aislando, se las va dejando en un reverso de sombras que, a su vez, se asimilará al mal. Se hurtan sus atributos, se desacredita su obrar. Se malinterpretan sus intenciones. Los dioses solares ocupan el plano de vanguardia separando y dividiendo en opuestos irreconciliables cielo y tierra, agua y fuego, luz y sombra. La vida deja de acordarse en un movimiento circular con la muerte para convertirse en una línea truncada. En la realidad comunitaria hacen su aparición los códigos de leyes, que acabarán por suplantar a los mitos poéticos. El varón se distancia de la mujer.

II. 1 Erinias, Keres, Euménides

Tres fases, tres aspectos de la Triple Diosa que son uno solo. Cielo, tierra e inframundo en tres rostros. A su turno, cada uno presentará sucesivas fragmentaciones y sus cualidades y funciones cobrarán autonomía bajo diversas formas.

Las Erinias o Furias constituyen una de esas trilogías. Sus nombres son una viva expresión del papel que cumplen: Megera (la Inquina), Alecto (la Innombrable) y Trisífonos (la Venganza). En referencia a la filiación que los olímpicos le atribuían, Sófocles las llamó “Hijas de la Tierra y la Sombra” y Esquilo las nombró

“Vástagos de la Noche Eterna”. Otras versiones las hacen descendientes de las gotas de sangre que derramó Urano al ser castrado por Kronos.

Se asegura que eran hermosas doncellas portadoras de teas y espadas que, en alusión a la Madre, llevaban culebras en las manos con las que también se adornaban los cabellos; cuando así les parecía, los cabellos enmarcaban una cara de perro negro que solían adoptar.

En los inicios, eran las encargadas de velar por el cumplimiento de la antigua ley lunar, por la cual los únicos delitos punibles eran los perpetrados contra la madre, incluida la madre naturaleza. Se creía que derramar la sangre materna de inmediato atraía el enojo de las Erinias; por ello castigaron a Orestes, el matricida. Asimismo, penaban a todo aquel que se excediera en sus derechos, fuera hombre o dios. Su mirada acobardaba al victimario, en cuyo corazón sembraban culpa, temor y remordimiento.

Con el correr del tiempo, las nuevas leyes desterraron a las Erinias al Hades, cuya entrada debían guardar. En el giro pasmoso que sufrieron las creencias y costumbres, se redefinió su misión: las hizo responsables de castigar a los que ofendían a los dioses olímpicos, a los parricidas y perjuros. Debían permitir la entrada al más allá sólo a quienes habían expiado sus faltas, dejando librado al resto a vagar como fantasmas.

Sus ayudantes, las Keres de piel negra, vestido rojo y largos dientes, perseguían por mar y tierra al culpable de haber roto un juramento o haber cometido un asesinato; cuando por fin lo capturaban lo sostenían entre sus dientes para llevarlo al Hades. Asimismo, se ocupaban de sobrevolar los lugares de batalla y, en el momento que alguien moría, lanzaban un chillido y bebían la sangre de sus heridas antes de entregarlo a las Furias. Así éstas, envueltas en sus negros ropajes, ondulantes sus cabellos y desplegadas las alas, se convirtieron en ejecutoras de las venganzas patriarcales.

Euménides es otro de los nombres que recibieron las Erinias. En el claroscuro que iba dibujando la corriente de la cultura, se les reservó una representación amable: el sentido del perdón y la piedad. Su labor era juzgar la verdad de las quejas de los mortales entre sí; si encontraban que alguien era culpable, enviaban a las Keres para hallarlo. Sin embargo, se podía contar con su buena voluntad toda vez que se hubiera cometido una trasgresión al orden familiar paterno, del cual se habían convertido en custodias. Por ellos se las reverenció como las “Bondadosas”, anticipando de algún modo el rol de intermediación entre los dioses y el hombre que caracterizaría a las santas de la tradición cristiana.

II. 2 Las Harpías

“Es de muchacha el rostro de estas aves; / su vientre depone la inmundicia más hedionda. Tienen las manos corvas. / El hambre empalidece de continuo su faz.../ De pronto las Harpías / bajando de los montes en horrenda cala hacen su aparición.

/ Baten las alas con crujido imponente, / Nos van arrebatando los manjares y todo lo mancillan con su contacto inmundo. / Nos aterran sus gritos repulsivos y su fétido olor.”¹

Una larga historia precede la descripción que Virgilio hace de las Harpías. En sus orígenes egipcios habían sido una encarnación de Isis como buitre, que tomó el nombre de Mut o Nekhbet. En ese carácter, engullía al sol cada atardecer, permitiéndole renacer al día siguiente. En las ceremonias simbólicas de muerte y resurrección, las sacerdotisas de Isis mimaban ese suceso para lo cual se engalanaban con plumas de grifo o quebrantahuesos, sobre quien caerá la condena vetero-testamentaria².

En la tradición helénica posterior, se las ve aparecer como horribles seres de nariz ganchuda, senos femeninos y alas y garras de pájaro, convertidas ya en las “rapaces”. Su número es indefinido, aunque suelen mencionarse tres. El (“Borrasca”), Celena (“Oscura”) y Ocipeta (“Veloz”), todos nombres con claras reminiscencias del viento.

Uno de los relatos descollantes sobre las Harpías en este período se refiere a Fineo, profeta ciego de Tracia. Según algunas versiones, Zeus creía que sus augurios revelaban demasiado la vida de los dioses, por lo cual le impuso un castigo. Sea esta la razón, o porque había dado muerte a los hijos de su primer tálamo, lo cierto es que acabó desterrado en una isla solitaria, con un plato de comida como subsistencia. Las Harpías apartaban la mayor parte de ese alimento y lo devoraban o contaminaban, dejándole un terrible hedor. Eso continuó hasta que Jasón y los Argonautas visitaron Fineo. Al ver lo que estaba ocurriendo, los hijos de Bóreas, el viento Norte, pusieron en fuga a las Harpías, persiguiéndolas hasta las pequeñas islas al oeste del Peloponeso.

De este modo se selló el triunfo de los nuevos ritos funerarios, ahora en manos masculinas, cuando las criaturas de Isis fueron monstruificadas, perdiendo sus bellos rasgos iniciales. No obstante, aun cuando se las combatió, no pudieron dejar de oírse sus profecías, tal como la que le permite a Eneas partir del territorio donde reinan, las Estrófadas. Nombre este profético, “las de la vuelta”, que anuncia la doble reparación de las Harpías varios siglos después: como las tres brujas en torno al caldero del modelo literario y, triunfalmente, como emblema de la victoria neutral sobre la muerte en la heráldica medieval.

II. 3 Medusa y las Gorgonas

“...Perseo fue enviado a cortar la cabeza de gudejas serpentina de la gorgona Medusa, rival de la diosa Atenea y cuya mirada funesta petrificaba a los hombres, y en que no pudo realizar esa tarea hasta que fue a ver a las Greas, ‘las Grises’, las tres ancianas hermanas de las Gorgonas que tenían entre las tres un solo ojo y un

¹ VIRGILIO. *La Eneida*, op. cit. Libro III.

² *Biblia de...*, op. cit. Levítico. 11. 18-19.

solo diente, y robándole el ojo y el diente las obligó a decirle dónde estaba el soto de las tres Ninfas. De las tres Ninfas consiguió luego unas sandalias aladas como las de Hermes, un saco para meter en él la cabeza de la gorgona y un yelmo que lo hacía invisible. Hermes le dio también bondadosamente una hoz: Atenea le dio un espejo y le mostró el retrato de Medusa para que pudiera reconocerla. Él arrojó el diente de las tres Greas, y algunos dicen que también el ojo, al lago Tritón para destruir su poder y corrió a la Tartésida, donde vivían las Gorgonas en un bosquecillo a las orillas del mar: allí cortó con la hoz la cabeza de Medusa dormida, mirando primeramente el espejo para romper el hechizo petrificante, metió la cabeza en el saco y huyó perseguido por las otras Gorgonas”³, que no lograron alcanzarlo porque se había hecho invisible merced a la capa que le proporcionara Atenea.

Perseo había sido enviado por el rey Polidectes a destruir a Medusa, creyendo que sucumbiría en el intento y, de este modo, el rey quedaría a salvo de la profecía que le auguraba la muerte a manos de su nieto. Sin embargo, la traidora ayuda de los dioses colocó a Perseo en situación de lograr la aniquilación de Medusa y, con ello, el dominio de las fuerzas que ella representaba.

(Figura Nro.3)

El mito de la Grecia clásica es, en verdad, el último acto de un largo retroceso de Medusa. Miles de años antes del triunfo de los dioses patriarcales, y luego de la etapa de los símbolos lunares como la espiral, las rayas o el laberinto, comenzó a representarse a Medusa en gestos y posturas de poder, rodeada de animales. En Libia se la adoró como uno de los tres aspectos de la Diosa-Serpiente; su nombre, “la sabiduría femenina”, equivale al sánscrito Medha y el egipcio Maat. Mas, como se manifestaba en su imagen destructora, un velo le ocultaba el rostro porque verlo implicaba conocer lo que el hombre no debe conocer, la propia muerte.

Alrededor del 1600 c.C. aparece como una refinada sacerdotisa de la diosa-serpiente. Novecientos años después se ha convertido en la Señora de los animales, una pieza central del templo de Artemisa. Se la ve entonces con su largo cabello espiralado, alas y soberbias aves posadas en sus hombros y pies que, en ocasiones, son garras. Un cinturón de serpientes aprieta su cintura con el nudo que se utilizaba para las curaciones.

La antigüedad hizo un amplio uso de la máscara ceremonial de Medusa a la que se conocía también como la máscara de Hécate. Ojos insomnes, boca devoradora, lengua protuberante, todo lo abarca en un eterno renacer. Esa máscara terrible se colocaba a la entrada de las cuevas y los sitios sagrados dedicados a la Triple Diosa para advertir que el lugar estaba reservado al ejercicio de las potencias femeninas.

³ ROBERT GRAVES. *La diosa...*, op. cit.

Asimismo, solía utilizarse en la entrada de los templos y hogares como símbolo de mediación entre el reino de la tierra y el celeste.

Alrededor del siglo VI a.C. se profanan sus santuarios, se interrumpen sus ritos, se deshonran sus imágenes y sus sacerdotisas. Cuanto es y representa se transforma en mal. El bello rostro que la adornara se transforma en el horrible monstruo que derrota Perseo.

En la re-creación de la Diosa libia, hubo de partirse en tres personificaciones: Atenea, Metis y Medusa -ésta, a su vez, como un componente de las Gorgonas-. En la fragmentación de la Gran Madre, Medusa y Metis se convierten en la oscuridad. Medusa pierde la auto-generación y la vida perenne. Se le atribuye a Ceto y Forcis haber dado nacimiento “a las Gorgonas que viven del otro lado del ilustre Océano, en el confín del mundo hacia la noche, donde las Hespérides de aguda voz: Esteno, Euriale y Medusa desventurada; ésta era mortal y las otras inmortales y exentas de vejez las dos”⁴

Atenea, en cambio, es la virgen al servicio de Zeus, de cuya cabeza nace, impregnada por la sangre de su madre. Sin embargo, Atenea traiciona su costado lunar, reconociendo la validez de la nueva ley de la paternidad: “No existe una madre que me haya dado a luz...de todo corazón estoy junto a mi padre. De modo que si una esposa mata a su marido, señor de la casa, la muerte de ella no significará nada para mí.”⁵ Atenea es la mimada del nuevo orden divino por aceptar los mandatos solares y Medusa, que se sigue expresando a través de las potencias femeninas es ahora su enemiga, sobre todo cuando se entera que Poseidón la poseyó cuando era virgen⁶. La maldice entonces, convirtiéndola en un ser aterrador, con cabellos de serpientes a las que se consideraba repugnantes. Y ayuda y guía a Perseo hasta que éste la encuentra y le da muerte cortándole la cabeza, esa cabeza de la que se apropiará Atenea para usarla como protección en su escudo.

Pero los dones mágicos de Medusa no mueren con ella. La sangre y sus temidos poderes de vida y muerte continúan: del chorro de sangre que brota de su cuello nace el gigante Crisaor⁷ y el caballo alado Pegaso, símbolo de la libertad eterna. Y su mirada, fija para siempre, cuando se pose sobre sus enemigos los convertirá en piedra. La mirada terrible, la independencia, las serpientes, la capacidad de transformar, formarán parte del bagaje de secretos femeninos que se irán transmitiendo clandestinamente las brujas a través de las edades.

II. 4 Las lamias

⁴ HESÍODO, *op. cit.*

⁵ ESQUILO. *La Orestíada*. Madrid, 1905.

⁶ HESÍODO, *op. cit.*

⁷ Adviértase que Crisaor es un nombre compuesto por dos palabras; *chrysaós*, “oro”, y *dor*, “espada”.

La Gran Diosa-Serpiente libia, en uno de sus tantos avatares o manifestaciones se muestra como Lamma-e o Lamme, la criada de Lilith, asimilada a Lamia o las Lamias, descendientes de Lamashtu. Como Lilith, las lamias eran maestras de la seducción: sabían adentrarse en el cuerpo y la mente del varón que eligieran.

Esquivas al esquema sexual que sólo concibe la posición supina, pasiva, para la mujer, proponían sus propios juegos, por locuaz se las conoció también con el nombre de *empusae*, “forzadoras”, o *mormolyceia*, “lobas espantosas”, engendros engañosos que buscan atraer a sus redes al cándido varón que no quiere dilapidar su esperma sin usufructo. Se decía que cantaban dulces melodías con su silbo de serpientes para atraer a los incautos o embelesaban a los hombres dormidos, sobre todo si estaban solos, para luego sorber su sangre y comer su carne.

El varón teme la afirmación de la mujer sobre aquello que primariamente le pertenece: su propio cuerpo. Por ello ha tratado de adecuar lo incomprensible de las fuerzas sexuales femeninas -menstruación, potencia orgásmica, posibilidad de engendrar vida dentro de la cavena uterina- a un modelo adecuado a sus propias capacidades, en consonancia con una estructura económica de propiedad privada. La rebeldía de las lamias, de Lilita, se vuelve entonces lo temible para la configuración paterno-solar. El patriarca sanciona la cueva femenina en que sucumbe y la condena a significar lo abominable, lo oscuro, la mácula. Sexo y muerte quedan asociados indisolublemente, recelados de oponerse al bien.

Las antiguas sacerdotisas de Lamia, entregadas al goce pleno y sin tapujos de los sentidos, fueron remplazadas por los nuevos dioses solares cuyos acólitos las criminalizaron. En tiempos de la Hélade clásica, Zeus quedó prendado de la belleza de Lamia. Hera, celosa de los amores de ambos y de los frutos de esa unión, persiguió a sus vástagos hasta hacerlos morir. A su vez Lamia, refugiada en una gruta, persiguió a los hijos ajenos para devorarlos. Insomne permanente, vivía siempre en acecho. Zeus, apiadado, le concedió la merced de quitarse los ojos y retomarlos a voluntad, pudiendo así dormir. En ese momento era inofensiva pero, al caer la oscuridad, se embriagaba y salía por los caminos a apagar su sed de sangre, desenterrando cadáveres si era necesario. Asimismo, se le atribuyó producir enfermedades, como las originadas por el calor intenso o la edad.

II. 5 Moiras, Parcas y Nornas

Hesíodo afirma que las Moiras eran hijas de la Noche y de Erebo, aunque no falta quienes afirmen que eran hijas de Zeus y Themis, la Ley o Necesidad. Como las Nornas escandinavas o las Hermanas Siniestras sajonas, representaban las tres fases de la luna y gobernaban el pasado, el presente y el futuro.

Las Moiras o “distribuidoras” eran una forma de la Tripla Diosa. Moiras, Ninfas y Gracias completaban la totalidad de los mundos: el celeste, el inferior y el de la tierra. Sin embargo, en tiempos clásicos acabaron ayudando a los dioses olímpicos en más de una ocasión, como cuando ayudaron a Zeus en su batalla contra Tifón,

su vieja aliada, su antigua forma, dándole frutos envenenados para matar a la serpiente. Esos mismo dioses, sin embargo, las usaron y traicionaron, como cuando se atribuyeron una de sus creaciones más interesantes, el alfabeto.⁸

Bajo el aspecto de Greas o Grises, las deidades de largos cabellos grises que habitaban en la entrada del averno, se las obligó a proteger el casco invisible de Hades y un par de sandalias aladas que pertenecían a Hermes. Todo ello fue utilizado por Perseo que, además, les quitó el único ojo y el único diente que compartían para obligarla a revelar el paradero de las Gorgonas.

Las Nornas tenían su morada al pie del Árbol de la Vida, en tanto el ambiente natural de las Moiras era el inframundo, aunque inicialmente fueran deidades del nacimiento, lugar que, en cierto modo, conservaron. Ellas “conceden a los mortales, cuando nacen, la posesión del bien y del mal y persiguen los delitos de hombres y dioses. Nunca cejan las diosas en su terrible cólera antes de aplicar un amargo castigo a quien comete delitos.”⁹

En cumplimiento de sus funciones, las Moiras tejían. Bajo el disfraz de viejas decrepitas o melancólicas doncellas, no cesaba de tejer, al rayo de luna, el destino de los mortales y, quizá también el de los dioses.¹⁰ Cloto hilaba, Láquesis devanaba y Átropos cortaba el hilo de la vida humana -un hilo de oro, plata o lana de extensión variable-. Tejer no “significa solamente predestinar (en el plano antropológico) y unir realidades diferentes (en el plano cosmológico) sino también **crear**, hacer surgir de su propia sustancia, tal como lo hace la araña, que construye ella misma su tela.”¹¹ Estas tejedoras, hermanas de las Horas, tenían absoluta potestad sobre sus decisiones, que no podían ser apeladas, tal como ocurría con las Parcas latinas: Nona, Décima y Morta. Ningún ruego, ninguna treta, ningún engaño podía burlar su voluntad. Así, cuando Asclepio revivió a Hipólito, formularon una grave protesta contra Zeus, ya que la magia de Asclepio negaba tanto sus poderes como los del Hades mismo, que siempre debían acabar prevaleciendo. Quizá por ello el tejido femenino, sobre todo los tejidos de las brujas, conllevó siempre un carácter irreversible, que los hombres temieron.

II. 6.1 Circe

Circe y Medea, ya francamente inmersas en la condición humana, son quizá las brujas de la antigüedad más relacionadas con el amor y sus laberintos. La extensión de sus dominios se ha reducido, sus afanes son inmediatos, sus intrigas locales, sus aspiraciones de corto vuelo. Aunque todavía son poderosas, su condición general se encuentra rebajada, manifestándose a través de intrigas. El

⁸ según sostiene Higino.

⁹ HESÍODO, *op. cit.*

¹⁰ En latín *destino* significa “lo que es tejido”.

¹¹ MIRCEA ELIADE. *Tratado de historia de las religiones*. México, 1972.

mundo originario está zozobrando y las manifestaciones de la Diosa se vuelven arduas, mediatizadas, penosas.

Circe, hija de Helios y Persa¹² vivía en Ea¹³, una isla ubicada en el Adriático septentrional, esto es, en los confines del mundo conocido, lejos de la civilización y próxima a la entrada al Hades. Hasta allí llegó cierta vez Ulises.

Ulises y su gente estaban huyendo del Cíclope Polifemo y de los caníbales lestrigónios. Llegados a Ea y luego de descansar tres días, Ulises decide explorar el terreno para lo cual divide a sus hombres en dos partidas, encabezando una él y la otra Euríloco. Precisamente son estos últimos los que encuentra “las casas de Circe fabricadas con piedras pulidas en sitio abrigado”¹⁴, en cuyo entorno merodeaban leones y lobos monteses. Ante la llegada de los extraños, no los atacan sino que les mueven la cola en señal de halago. En el interior de la casa, entre tanto, se percibía “el cantar bien timbrado de Circe, que labraba un extenso, divino tejido, cual suelen ser las obras de las diosas, brillante, sutil y gracioso.”

Circe lo invita a entrar y todos aceptan, con excepción de Euríloco, que sospecha les está tendiendo una trampa. Ya en la casa, Circe “los hizo sentar por sillones y sillas y, ofreciéndoles queso y harina y miel verde y un vino generoso de Pramno, les dio con aquellos manjares un perverso licor que olvidar les hiciera la patria. Una vez se los dio, lo bebieron de un sorbo y, al punto, les pegó con su vara y llevólos allá a las zahúrdas: ya tenían la cabeza y la voz y los pelos de cerdos y aun la entera figura, guardando su mente de hombres.”

Mientras el grupo transformado en cerdos se lamentaba en su encierro, Euríloco retorna al navío donde relata a Ulises lo sucedido. Éste decide ir hacia la casa de Circe. Ya próximo a ella, “delante mostrase(me) Hermes, el de vara de oro” y le ofrece su ayuda para poder liberar a sus amigos y salir con bien de la empresa. Para ello le ofrece una “raíz saludable” con estas palabras: “tendrás que ir con ella al palacio, que bien guardará tu cabeza de muerte. Mas te voy a explicar las maléficas trazas de Circe. Un mal tósigo hará para ti, lo pondrá en la comida, mas con todo no habrá de hechizarte. Será tu defensa la triaca que yo te daré, pero habrás de hacer esto: cuando Circe te mande correr manejando su vara fuerte y larga, tú saca del flanco un agudo cuchillo y le saltas encima, a tu vez, como ansiando su muerte. Al momento verás que asustada te invita a que yazgas a su lado: no habrás de rehusar aquel lecho divino por que suelte a los tuyos y a ti te agasaje en sus casas, pero exígele el gran juramento que tienen los dioses de que no tramará para ti nuevo daño, no sea que te prive de fuerza y vigor una vez desarmado.”

Los hechos se desarrollan como Hermes lo había previsto. Ulises es atendido por las cuatro siervas que acompañaban a Circe, “hijas de fuentes, de bosques o de ríos sagrados que al mar apresuran sus aguas”, y luego le suplica a la hechicera que torne a darles figura de hombre a sus gentes. Así ocurre tras lo cual se dejan

¹² Otras versiones afirman que era hija de Hécate y Etes y aun otras de Helios y Astéropo.

¹³ Ea significa “lamento”.

¹⁴ HOMERO, **op. cit.** Las siguientes citas, saqnvno afirmación en contrario, pertenecen a esta obra.

persuadir de quedarse a recuperar fuerzas. Pasaron los días y allí permanecieron todo un año “en banquetes de carnes sin fin y de vino exquisito.” Mientras tanto, nacen dos hijos, Agio y Latino, del romance entre Ulises y Circe. Cuando “se hicieron de nuevo más largos los días”, sus amigos lo instan a volver a Ítaca y Ulises se dirige entonces a su anfitriona con estas palabras: “Tiempo es ya de que cumplas ¡oh Circe! tu antigua promesa de ayudar mi regreso a la patria.” Circe le advierte que sólo hay un modo: pedir consejo a Tiresias, el adivino ciego a quien Perséfone dio “entre todos los muertos sensatez y razón”. Sin embargo, para descender al Hades y no quedar allí atrapado, debe seguir los consejos puntuales de Circe. Tras escucharlos, Ulises busca a sus hombres diciendo: “Dejad los halagos del sueño y partamos sin más: es palabra divina de Circe.”

El viaje por el Hades dura largo tiempo. Al regreso, tocan nuevamente las costas de Ea donde Circe, “compuesta y solícita”, les da la bienvenida y los insta a beber “dulce vino” y comer durante todo el día; “llegada la noche”, añade, “saldréis en la nave, que yo os mostraré vuestra ruta y remedio os daré contra toda funesta añagaza que os pueda producir nuevos daños en tierra o en mar.”

Uno a uno enumera los peligros que deberán sortear con los ardides que ella les enseñe. Enumera sí, entre otros riesgos, a las Sirenas “que a los hombres hechizan”, a los accidentes geográficos, a la infausta Caribdis y al monstruo Escila. Ya en el bajel, Circe, “la potente deidad de habla humana”, les envía “el mejor compañero, una brisa propicia que henchía” la vela. Y con esta última bendición de la hechicera, parte el afortunado Ulises hacia su tierra.

II.6.2 Los poderes de Circe

Los poderes positivos de Circe enamorada eran asombrosos. Sus dones de predicción honraban su nombre, que significa “halcón hembra”, siendo el halcón un ave agorera. Y no sólo sabía predecir y dar consejo sino también purificar. Los Argonautas, en su huida de la flota cólquida, visitaron la isla de Circe por consejo de Medea¹⁶; allí, la hechicera los purificó del ilegal asesinato de Apsirto, el hermano de Medea.

Hierbas, bebedizos, preces, filtros; con la ayuda de la Noche, el Caos o Hécate los árboles podían moverse, la tierra temblar, los enemigos ser destruídos o convertidos en monstruos. La otrora Señora de los Animales todavía podía convertir a los hombres tanto en cerdos como en asnos, leones y lobos, tal como los animales que circulaban por su mansión. Sus seguidoras se vestían de cerdas en los rituales de la luna llena para celebrar a la diosa, a la que también se asociaba con un gato, por sus conocimientos del más allá.

¹⁶ ROBERT GRAVES. *La Diosa...*, op. cit.

Los poderes negativos de Circe enamorada pero no correspondida también eran asombrosos. Tal lo ocurrido cuando Glauco acudió a ella para solicitar sus servicios a fin de que la ninfa Escila, una hermosa doncella, sintiera amor por él. Pero Circe, al verlo, sintió que la inflamaba una pasión por Glauco, sabiendo que nunca sería un sentimiento recíproco. Se dejó entonces invadir por unos celos descontrolados. En conocimiento de que Escila acudía habitualmente a tomar un baño, envenenó el agua con drogas mágicas. Esto convirtió a la niña en un monstruo con rostro y torso de mujer, pero con doce pies y seis cabeas de perro que brotaban de su costado mostrando afilados dientes. Todos cuanto cruzaban el estrecho de Mesina temían encontrarse ante su presencia. Menos espectacular, pero no menos horroroso, fue lo acontecido con Pico. Se hallaba Circe recogiendo algunas hierbas para fabricar sus pócimas mágicas cuando, de pronto, se encontró cara a cara con Pico. Esta éste un semidiós hijo de Cronos que vivía en la colina del Aventino donde practicaba encantamientos y otras elevadas artes mágicas. Circe se enamoró de él, pero esto no fue recíproco porque el semidiós amaba a la hija de Jano, Pomona. Despechada, Circe concertó con el joven un encuentro; entonces, volviéndose dos veces al este y dos veces al oeste, lo tocó con su varita una vez y dos y por tres veces mientras salmodiaba unas palabras; por último, en el lugar donde se encontraba su amado apareció un pájaro carpintero. La Diosa partió, dejando caer sobre su rostro el velo que usaba en su aspecto de Anciana.

II.7.1 Medea

Medea provenía de una estirpe combinada: era hija del rey Eetes de Cólquida, nieta de Helios y sobrina de Circe. Servía como sacerdotisa y bruja en el templo de Hécate, de la cual se decía hija. Ser leal a esta doble pertenencia marcará la vida de Medea, convirtiéndola en un ser de contradicciones trágicas que la convertirán en objeto favorito de dramaturgos y poetas.

Su nombre lleva el sello de la medicina porque ambas palabras “tienen la misma raíz¹⁷, una raíz que significa conocimiento o sabiduría”¹⁸, en especial el conocimiento del arte médico. Este saber lo aplicará de maneras muy variadas, pero siempre espectaculares, a lo largo de su trayectoria.

II. 7.2 El romance con Jasón

Jasón llega a Cólquida en busca del Vellocino de Oro, sin el cual su tío no le permitiría ascender al trono. El Vellocino se hallaba en poder del rey Eetes que consintió en entregárselo, no sin antes cumplir dos condiciones: poner el yugo a dos toros que echaban fuego por los ollares y sembrar en una tierra trabajada los dientes del dragón de Ares.

¹⁷ El lexema *mdh*.

¹⁸ ROBERT BRIFFAULT. **The Mothers**. Londres, 1959.

Las dos condiciones del rey eran en extremo difíciles y nunca hubiera podido Jasón conseguir su objetivo sin la ayuda de Medea, que se había enamorado del forastero. La doncella “a quien la diosa Hécate le había enseñado a manipular las hierbas mágicas con destreza sobresaliente”¹⁹ no vacila en colaborar con él, para lo cual recurre al auxilio de su maestra. Ambos obedecen las órdenes de la diosa y cumplen las tareas. Sin embargo, una vez acabadas, Eetes se rehúsa a entregarle el Vellochino, guardado por una serpiente. Hasta su guarida llegan los amantes y Medea “con dulce voz invoca a Hypnos, el conquistador de los dioses, para encantarlo”. Eran esas unas canciones mágicas con las que ella aseguraba “podía despertar al dormido, calmar al mar embravecido, mover selvas, ordenar a las montañas estremecerse, quejarse a la tierra profunda y levantar a los fantasmas de su tumba.”²⁰ No obstante la magnitud del alcance de su voz, invoca a la Diosa del inframundo para que la sostenga en sus esfuerzos. Mientras musita sus encantamientos, rocía los ojos y la cabeza del Dragón con un compuesto de enebro y drogas peligrosas y entonces “la gigantesca serpiente, encantada por su canción, hubo de cesar en sus múltiples ondulaciones”²¹ cayendo dormida ante Jasón, que se apresuró a quitarle el Vellochino de Oro. De esta manera su consuma la primera traición de Medea a su casa y su padre por amor a un forastero desconocido.

Medea se embarca en la nave Argos, rumbo a Yolco, junto a Jasón y su hermano Apsirto. El rey Eetes los persigue. Nueva traición de Medea: para demorar al perseguidor, mata a Apsirto, corta el cuerpo y dispersa los pedazos por el mar. El padre, acongojado, se detiene a recogerlos para darles una sepultura adecuada, permitiendo de este modo que se consume la huida. Los lazos con la casa familiar quedan cortados para siempre.

Ya en Grecia, Medea restituye su juventud a Eso, el viejo padre de Jasón. En una alarde magnífico de su arte, le corta la garganta y le introduce una poción mágica que había hervido en un caldero hasta que logra quitarle la vejez, dándole una nueva lozanía.

Ningún escrúpulo hace vacilar a Medea en procura de satisfacer los deseos de su amante. Asesinado Eson por Pelias, Jasón quiere recuperar el trono usurpado por su tío, para lo cual vuelve a solicitar el auxilio de Medea. Ésta idea una estratagema. Le aplica a una oveja de muchos años un procedimiento consistente en cortarla en trozos y hervirla en un caldero. Ante los ojos admirados de las hijas de Pelias²², del recipiente emerge convertida en un joven cordero. Las Pelíadas, deslumbradas y contentas de poder ayudar a su padre, no dudan en hacer lo mismo. Bajo la supervisión de la hechicera que le ha suministrado a Pelias un narcótico, sus hijas proceden a descuartizarlo. Sin embargo, el padre nunca resucita porque

¹⁹ APOLONIO DE RODAS. **La Argonáutica**. Madrid, 1932. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

²⁰ OVIDIO. **Las metamorfosis**. Barcelona, 1986.

²¹ APOLONIO DE RODAS, **op. cit.**

²² Cf. Diodoro Sículo.

Medea se había reservado transmitirles las palabras mágicas que permitían acabar felizmente el proceso de rejuvenecimiento.

II.7.3 Otros crímenes de Medea

Sí, conozco los crímenes que voy a realizar, pero
mi pasión es más poderosa que mis reflexiones.

Eurípides (Medea)

Tras la muerte de Pelias, Aceso sube al trono y expulsa a Medea y Jasón, que abandonan Yolco para establecerse cerca de Corinto. Allí viven en paz junto a los hijos de ambos, Mérmero y Feres. No obstante, no habrá de transcurrir un tiempo demasiado largo antes que Jasón la abandone para contraer matrimonio con la hija de Creonte, rey de Corinto. Éste, advertido de que Medea ha maldecido la casa real, decide desterrarla. Antes las súplicas de la hechicera, le otorga un día de gracia antes de partir, decisión que resultará funesta.

En un encuentro con Jasón, Medea le reprocha cuanto ha hecho por él: salvarlo de las tareas que le habían sido impuestas por Eetes, matar “a Pelias con la muerte más dolorosa de todas, a manos de sus hijas”²³ y apartar de él todo temor. Y añade: “Y a cambio de estos favores, ¡oh el más malvado de los hombres! nos has traicionado y has tomado un nuevo lecho, a pesar de tener hijos... Así están las cosas; para los seres queridos de mi casa soy odiosa, y a los que no debería haber hecho daño, por causarte complacencia los tengo como enemigos.”

Jasón se defiende, afirmando que se casará “con la intención de llevar una vida feliz y sin carecer de nada, sabiendo que al pobre todos le huyen, incluso sus amigos”. Y agrega un terrible reproche, que le da a Medea una actualidad inusitada: “...las mujeres llegáis al extremo de que, mientras va bien vuestro matrimonio, creéis que lo tenéis todo, pero, en el caso de que una desgracia lo alcance, lo más provechoso y lo más bello lo consideráis lo más hostil.”

La condición de la mujer en la sociedad griega era la de estar sometida al padre primero y al marido después. Los varones se reservaban el mundo de lo público en tanto la mujer estaba reducido al *oikos*, el hogar que la protegía y encerraba. Su función era procrear hijos legítimos y estar al cuidado de lo doméstico, lo cual la apartaba del mundo exterior. Pero Medea era de la estirpe de las mujeres cuya esfera de acción era la totalidad de este mundo, incluido el celeste y el subterráneo. Por ello no puede sino vengarse de quien la deja de lado sin contemplaciones tanto como de aquella con quien Jasón quiere casarse.

Sin vacilar, utiliza a sus propios hijos como instrumento de sus planes; a través de ellos le envía a la joven prometida el regalo de un peplo y una corona envenenada. Al probárselos Glauce, comienzan a hacer efecto los tósigos de que estaban impregnados. Le corre espuma por la boca, la sangre abandona su cuerpo, se

²³ EURÍPIDES. **Medea**. Buenos Aires, 1993. Esta cita y las siguientes pertenecen a la misma obra.

prende fuego la corona de ori “y las carnes se desprendían de sus huesos como lágrimas de pino”. En ese momento llega el rey Creonte y se arroja sobre el cadáver, abrazándolo. El veneno también hace presa de él, quedando adherido al cuerpo de su hija como la “yedra a las ramas de laurel”.

Medea sabe que el castigo recaerá sobre sus hijos, intermediarios de su crimen. Por ende, decide una acción desesperada: poner fin a la vida de sus hijos y alejarse de Corinto. No desea “por vacilación, entregarlos a otra mano hostil que los mate. Es de todo punto necesario que mueran y, puesto que es preciso, los mataré yo, que los he engendrado”. En la determinación de Medea brilla por un instante la magnitud de la Gran Diosa que todo lo crea y todo lo devora.

II. 7.4 Medea nunca descansa

En razón de huir de la ira y el castigo de Jasón, Medea parte con los cadáveres de sus hijos en un carro del sol tirado por dragones alados, no sin antes maldecir a Jasón, que acabará muerto por su propio navío Argos. La meta de la hechicera es Atenas, donde la aguarda Egeo, en cumplimiento de su promesa de darle asilo - promesa que había formulado cuando Creonte obligó a Medea a marchar al exilio-. En pago de ese futuro asilo, la bruja había prometido emplear sus remedios de modo que Egeo pudiera tener más hijos.

Egeo tenía un hijo cuya existencia ignoraba. En su estancia en Troezen había mantenido relaciones con Etra, la hija del rey Piteo. Debido a una profecía, Egeo partió, sabiendo que Etra estaba embarazada, por lo cual dejó una espada para que, si nacía varón, fuera educado lejos de él hasta los dieciséis años.

En el refugio de Atenas, Medea contrajo matrimonio con el viejo rey Egeo, con el que tuvo un hijo, Medo. Entretanto Teseo, el hijo de Egeo, había llegado a la edad convenida, siendo entonces el momento de partir para Atenas. En su camino realizó grandes hazañas, como dar muerte al cerdo salvaje Cromicomiatá, a Sinis, a Niano, a Cerción y engañar con su propia treta a Procusto.

Al llegar a destino, Medea decide mentir a su marido, diciendo que el recién llegado era un espía o asesino, que debía ser muerto. Traza entonces un plan malvado: lo hace invitar al templo de los delfines donde Egeo le ofrecería una copa de veneno, preparada de antemano con veneno por la hechicera. Todo ocurre sin novedades hasta que, en el momento que Teseo levanta la copa, Egeo reconoce la espada que pende de su costado por las serpientes de la empuñadura. Ver esto y advertir quién es realmente el joven es todo uno: de un golpe hace caer la copa de manos de su hijo, salvándole la vida.

Medea marcha una vez más al exilio, esta vez a Asia. No obstante, vuelve finalmente a su patria, la Cólquida, donde le devuelve el reino a su padre, que había sido destronado por el hermano, en tanto su hijo se convierte en rey de Media.

Medea, la que alguna vez fue la diosa que gobernaba el sol, la luna y las estrellas²⁴ se ha convertido en la tormentosa y atormentada bruja griega que ya no tiene un lugar de pertenencia verdadero. Los dioses solares han impuesto nuevos códigos, han impuesto una calidad de vida diferente donde las relaciones están tamizadas por el poder patriarcal. La maga conserva todavía mucho de la antigua fuerza, pero ahora sus emociones, que ya no son auto-suficientes, la llevan a ponerla a disposición del varón que ama. La gran reina se ha convertido en la esclava amorosa que no reconoce límites ni restricciones en procura de conservar, ayudar y mantener al objeto de sus deseos.

²⁴ Cf. ROBERT GRAVES. **Los mitos griegos**. Buenos Aires, 1972.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO III

LA VIRGEN MARÍA Y EL DIABLO

En el misógino panorama teológico de las primeras centurias cristianas, no tardó en hacerse sentir la carencia de un principio femenino. El pueblo llano, sobre todo el rural, no terminaba de adaptarse a un nuevo credo del que la mujer estaba ausente; más aún, continuaba conmemorando ciertas fechas del calendario pagano, ciertos lugares venerados antiguamente. La Iglesia misma ya había adoptado algunos modos romanos y semíticos: Dios como Rey de reyes, el invocar a Jesús como “Señor” -*Kurios*- antes aplicado a Dionisos, el quemar incienso ante el altar - transposición de la cremación de ofertas-, el título papal de *pontifex maximus*, las vestiduras sacerdotales, la aspersion con agua bendita, la Semana Santa coincidente con las fiestas agrarias del equinoccio de invierno. Merced a un formidable sincretismo, incorporó los festivales paganos como fiestas cristianas, el culto al roble se transformó en árbol para colgar imágenes de los santos y antiguas divinidades reaparecieron so capa cristiana. Pero quizá la amalgama o apropiación más significativa fue la veneración a María.

III. 1 La Virgen María

Sin duda el ascenso del Norte y sus divinidades lunares contribuyeron también a la entronización de la figura femenina. “En 431 Cirilo, arzobispo de Alejandría, en un famoso sermón pronunciado en Éfeso, aplicó a María muchos de los términos cariñosamente adscritos por los paganos de Éfeso a su ‘gran diosa’ Artemisa-Diana; y el concilio de Éfeso de ese año, a pesar de las protestas de Nestorio, sancionó para María el título de ‘madre de Dios’. Gradualmente los rasgos más tiernos de Astarté, Cibele, Artemisa, Diana e Isis se juntaron en el culto de María.”¹

La Iglesia no fomentó en las primera épocas el culto a María: su teología giraba alrededor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, quedando la mujer como un ser de tentación del que era preferible huir. Los Padres del desierto se negaban a considerarla verdaderamente divina -Jesús había rechazado a su madre-, al punto de llegar a considerar heréticos a quienes se atrevían a sostener el principio divino de una mujer, ya que como amonestaba Anastasio “Nadie llame a María la Madre de Dios (*Theotokos*), porque María no es sino una mujer, y es imposible que Dios

¹ WILL DURANT. **La edad de la fe**. Buenos Aires, 1956.

haya nacido de una mujer”². Sin embargo, en 451 el Tercer Concilio de Calcedonia acabó por reconocer a María como Madre de Dios.

María como la intercesora entre divinidades muy alejadas de las necesidades cotidianas, María como la nodriza que cría y alimenta, María como madre compasiva, pronto acabó por tomar un lugar destacado en el panteón católico, convirtiéndose en cierto modo en la tercera persona de la Trinidad. Los ojos del pueblo oprimido y castigado se volvían hacia ella en busca de compasión; los goliardos purificaban su lenguaje para dirigirse a ella; los poetas cantaban su amor y su alabanza “los caballeros se ligaban con juramentos a su servicio, las ciudades le entregaban sus llaves; la ascendente burguesía veía en ella el símbolo santificador de la maternidad y la familia; los rudos hombres de los gremios, y aun los blasfemos héroes de los cuarteles y campos de batalla, competían con doncellas campesinas y madres afligidas en alzar sus plegarias hacia ella y dejar sus dones a sus pies.”³

La devoción mariana llegó también a las universidades. En estos medios “circulaban, desde comienzos del siglo XIII, poemas y plegarias dedicados especialmente a la Virgen, obras de las que el maestro parisiense Juan de Garlande nos ha dejado la más célebre de las colecciones, conocida con el nombre de **Stella Maris**. No debe causar ningún asombro esta piedad en un medio que, a pesar de la herencia goliarda, es fundamentalmente un medio de hombres y de célibes. La piedad mariana de los intelectuales tiene características propias; impregnada de teologías, suscitará apasionadas discusiones acerca de la inmaculada concepción. Duns Escoto, por ejemplo, se erigirá en su ardiente adalid, pero encontrará, por motivos dogmáticos, oposición en un Santo Tomás de Aquino, quien, por otra parte, seguirá en este punto la posición del gran devoto de la Virgen del siglo anterior, San Bernardo.”⁴

La Iglesia acabó por fusionar parte de los cultos lunares con la ascendente figura de María; así el 15 de agosto, festival de Artemisa, se estableció como el día de la Asunción de la Virgen y lo mismo ocurrió con la Anunciación y la Visitación. El aspecto virginal de María, esto es, la Gran Diosa en su aspecto de doncella, tardaría bastante tiempo en ser reconocido oficialmente. Hubo grandes debates en los que volvía una y otra vez a surgir el temor a la capacidad femenina de dar vida: para alejar toda sospecha de parecido con una mujer corriente nombres tales como Gregorio Magno, Pedro Crisólogo, León el Grande discutían si durante el parto se había producido apertura del útero, si la vulva y el útero estaban cerrados: el Hijo no debía compartir el canal vaginal con ningún hombre. La Virgen era la “Puerta del Cielo”, como había sido llamada la diosa Brimo de los paganos. Definida, bajo sanción de anatema, en el Tercer Concilio Lateranense de 649, no fue sino en 1555

² AMAURY de RIENCOURT. **La mujer y el poder en la historia**. Venezuela, 1977.

³ WILL DURANT, **op. cit.**

⁴ JACQUES LE GOFF. **Los intelectuales en la Edad Media**. Buenos Aires, 1965.

que la virginidad de María durante y después del nacimiento de su hijo fue reconocida oficialmente por Paulo IV en su encíclica *Cum quorundam*. Los otros dos grandes dogmas sobre María, la Inmaculada Concepción y la Asunción, tardarían siglos en ser reconocidas oficialmente. El viejo tema de la madre sin esposo, la *conceptio immaculata*, se admitiría recién el 8 de diciembre de 1854 cuando fue aceptada oficialmente por Pío IX en la *Ineffabilis Deus*, no ocurriendo lo propio con la Asunción sino en 1950. En cada uno de esos contextos la imagen de María acudió en refuerzo de la institución eclesiástica, puesta seriamente en juicio por los avances de la sociedad en materia de costumbres, desarrollo tecnológico y bienestar comunitario.

Desde su reconocimiento por el clero, la figura de María no dejó de ganar adeptos, ahora orientados por la Iglesia. Se forjó una nueva iconografía: María en gesto de perdón, María piadosa y, sobre todo, María amamantando al niño-dios en una representación que reproducía de manera inequívoca la de Isis amamantando a Hathor. Se elevaron catedrales en su honor, muchas veces sobre los altares de la Gran Diosa Lunar. María era la Reina del Cielo, la *Regina Coeli* cuyo credo se esculpía hasta en las piedras de las iglesias, la gran intermediadora de cuyo culto la imaginación popular suponía celoso al mismo Jesús. Se la llamó “Rosa mística” y “Guirnalda de rosas”, apropiándose del antiguo sentido que tenía esta flor para los romanos que la arrojaban al paso de la procesión de Cibele, la madre de los dioses. Las plegarias que le dirigían, las letanías con que la alababan, los milagros que realizaba ella -ella, “refugio del pecador”, “esperanza de los hombres”⁵- fueron gestando una inmensa literatura que no rehuyeron personajes como Abelardo, Bernardo de Claraval o Anselmo de Canterbury.

“En ti misericordia, en ti piedad / en ti magnificencia, en ti se unen / cuanto en la criatura hay de bondad”, dirá Dante⁶. Pura bondad, pura perfección. María quedaba aislada en una tierra de nadie “sola, sin parangón, virgen y madre”, como atestigua el acápite de algunas colecciones. Sola, sin parangón, esto es, ninguna mujer de carne y hueso podría llegar jamás a ese ideal; el rasero para medir a la madre de Dios no era, ni por cierto podía ser, aquel con que se juzgaba a las mujeres corrientes.

III. 2 La dama del amor cortés

La dama, la *domina*, era el centro al que apuntaban las flechas del amor de los caballeros. La caballería, nacida en el siglo X, fue un intento de la Iglesia para domeñar los impulsos guerreros. Rodeada de códigos estrictos, sujeta a una disciplina férrea y ardua, la orden de caballería estaba reservada a los hombres de linaje que pudieran atender los altos costos que exigía. Al joven que se iniciaba se

⁵ GOERGE DUBY y MICHELLE PERROT. **Historia de las mujeres. II.** La mujer a los ojos de los clérigos. Jacques Dalarun. Madrid.2000

⁶ DANTE ALIGHIERI. **La Divina Commedia.** Milán, 1958.

lo entrenaba en ejercicios y deportes y en el manejo de las pesadas y complejas armas feudales. Una vez terminado su aprendizaje, debía pasar por un rito de iniciación que incluía la purificación física de un baño, ayunar durante un día y pasar una noche orando en la iglesia para después confesarse, oír misa, comulgar y escuchar un sermón con los deberes que le esperaban al ser revestido caballero. Vestido de blanco, rojo y negro, colores que simbolizaban la pureza, la sangre que eventualmente debería verter por el honor de su dama y la muerte que podría sobrevenirle, el nuevo caballero, tras recibir del señor tres golpes de espada sobre su hombro o su cuello, era armado caballero mediante una fórmula y luego se le entregaba una lanza, un casco y un caballo: ya estaba listo para cumplir sus promesas de decir siempre la verdad, proteger a los pobres, defender a la Iglesia, luchar contra los infieles y ser fiel a su señor.

El caballero, de arco y flechas o lanza y espada, armas con las que se relacionaba tierna y afectivamente, se lucía en las guerras privadas que emprendía contra cualquier hombre al que no lo ligaran los lazos feudales y que supuestamente lo hubiera ofendido, o hubiera ofendido el honor de la dama por él elegida. Las ocasiones de que brillaran los caballeros menudeaban tanto que, según se lamentaba un comentarista de la época, no había muchos grandes señores que alcanzaran una alta edad o que su muerte fuera natural. En torneos y justas, en hazañas bélicas, el caballero ponía su vida en peligro con elegancia, valor y gallardía. Por honra o por amor, allá iba el caballero en procura del triunfo blandiendo la espada que amaba y montado en un corcel inigualable. Se multiplicaron las órdenes de caballería, que llegó a su cenit entre el siglo XIII y el XIV. El eco de sus hazañas encendió la imaginación de trovadores y poetas tanto como su amor no correspondido a una dama.

A esa dama elegida le dedicaba el caballero sus triunfos; a esa dama la servía y defendía; una dama que lo hacía penar: “La figura del noble salvador, que sufre por su amada, es en primer término, la imagen del varón tal y como quiere verse a sí mismo”⁷. Sobre este nuevo tipo de amor Andrés el Capellán escribió, alrededor de 1180, un **Tractatus de amore et de amoris remedio** donde delinea lo que debía ser el “amor cortés” del que algunas damas se volvieron expertas. En la obra, cuya aplicación limita a la aristocracia, acepta la validez de la pasión de un caballero por la esposa de otro aun cuando subraya que en verdad se trata de un homenaje del varón a la mujer. Entre sus treinta Leyes de amor en que todos concordaban se encontraba una, muy significativa, que decía: “No es correcto amar a damas que sólo aman pensando en el matrimonio”.

Amor y matrimonio parecían planteados como términos opuestos. El matrimonio seguía siendo casi una transacción comercial para llevar a cabo la transmisión de herencias de poder y gloria. En su interior las mujeres, expuestas a la luz pública, debían llevar a buen término el manejo de una casa, la crianza de los niños, el

⁷ JOHANN HUIZINGA. **El otoño de la Edad Media**. Barcelona, 1995.

mantenimiento de una familia. Se esperaba que apoyaran y aconsejaran a sus maridos, que cumplieran e hicieran cumplir los deberes religiosos, que siguieran un modelo de orden y seguridad.

La pasión, derivada de lo carnal, era para Capellanus una enfermedad que se debe aprender a sofrenar. El *fine amour* sustituía así la violación y el rapto por una cortesía formal: la buena educación y las buenas maneras debían prevalecer en el modelo de sociedad que se estaba gestando. Se bailaba una contradanza donde el hombre atacaba de una manera pautada y la mujer debía responder del mismo modo. El cuerpo femenino no tenía porqué inquietar la imaginación viril porque quedaba sujeto a reglas de juego establecidas: un objeto del deseo al que se esperaba quebrar, venciendo paulatinamente sus resistencias, pero siempre dentro de una convención honrosa y garantizada, aunque de preferencia esa dama de la noche y los sueños debía mantenerse lejana, casi inalcanzable. El héroe errante debía mantenerse siempre fiel a “la ley superior del *donnoi*”⁸, esto es “la relación de vasallaje instituida entre el amante-caballero y su Dama o *domina*” compatible con la fidelidad matrimonial.

En última instancia el matrimonio y el amor se afianzaban mutuamente en una especie de bigamia establecida: había nacido un nuevo pacto en las relaciones. La literatura de la época, en especial esa obra clave que es el **Roman de la Rose**, abundaba en sátiras hacia los maridos; no obstante éstos, en tanto caballeros, también tenían una dama de su elección que no era la propia, esa otra, como la Beatriz de Dante, a quien le estaban dirigidos los poemas de amor.

No es un azar que el amor cortés haya florecido originalmente en el mismo tiempo y en los mismos lugares que la herejía cátara. Así como la devoción a María llevó el principio femenino a la teología, la dama del caballero introdujo el vínculo de la espiritualidad en lo cotidiano. En el cielo María, la piadosa, maternal y comprensiva; en la tierra la dama guía del corazón del caballero, inspiradora y ajena. Una y otra imágenes idealizadas en comparación con las cuales la mujer existente, real, quedaba siempre por debajo del modelo, siempre en falta, siempre pasible de ser castigada.

III. 3.1 El surgimiento del diablo

El mito de María y el mito del diablo se han formado juntos, y no es posible el uno sin el otro.

Oswald Spengler

Los mitos tenían en la Edad Media la fuerza de una cosa viva, no eran meras especulaciones teológicas o intelectuales sino que existían realmente en el

⁸ DENIS DE ROUGEMONT. *L'amour et l'Occident*. París, 1939.

pensamiento y el corazón de las gentes. Fueran hombres ricos o pobres, letrados o ignorantes, plebeyos o nobles todos participaban con fervor de un mismo territorio de creencias en lo sobrenatural. Dos de las fases de las Grandes Diosas quedaron absorbidas en la figura de la Virgen María, doncella y madre: el bien, lo luminoso, lo puramente nutricional. Pero el ciclo de la vida no se agotaba con el triunfo glorioso de María. La destrucción, la muerte, la violencia seguían formando parte del existir. El tercer aspecto de la Diosa precisaba expresarse. Irrumpe entonces la figura del diablo, instalándose en escena con un vigor tan inusitado que sus efectos causan vértigo, pavor y estremecimientos.

El otrora consorte de la Diosa se vuelve su rival. A la simultaneidad sucesiva y fluida de la Triple Diosa se le opone la separación en compartimentos fijos irreconciliables. El pensamiento queda atrapado en opuestos, transformado en instrumento de divisiones políticas y sociales, en un arma dirigida al corazón del enemigo.

El pretendido Señor de las brujas, diablo o demonio, es en verdad una laboriosa construcción histórica sin paralelo con los demonios de otros tiempos y latitudes, ni siquiera con los de la propia tradición judeo-cristiana. La etimología de “diablo” informa que, a través del persa *daeva*, proviene del sánscrito *devi* “diosa”, de la raíz *div* “brillar”. Los deva fue el nombre general que se dio a todas las divinidades del panteón brahmánico así como del védico, el hindú y el budista. Se trataba de habitantes de los “cielos”, carentes de poder absoluto. “Demonio”, por su parte, deriva del griego *daimon*. Los demonios griegos tienen una aplicación extensa; como en la mayoría de las religiones, épocas y etapas de la cultura, son espíritus ni buenos ni malos. En su origen se aplicó a todas las potencias divinas, incluso los grandes dioses. Asimismo, eran las almas de los difuntos, genios tutelares o rectores, intermediarios entre los inmortales y los vivos, el lazo de unión entre éstos y una conciencia superior. Cada hombre nacía con su propio *daemon* -como el que tantas veces guió a Sócrates- moviéndose ambos en una unidad polimorfa. Epicteto lo denominará *umeteros daemon*. Y Plutarco, más adelante, definirá a los demonios como almas intermedias que pueden llegar a ser dioses o volver a ser hombres.

Los judíos egipcios que realizaron la versión griega del **Antiguo Testamento** en el siglo III a.C. utilizaron la palabra demonio por la hebrea *satán*, esto es “adversario” o “perseguidor”, en realidad un espíritu angélico encargado de poner a prueba la fidelidad del hombre para con Dios. Luego se convirtió en una especie de fiscal encargado de acusar al hombre ante Dios y por último en un tentador, pero nunca en principio del mal.

El zoroastrismo introduce la idea del demonio malo. El mundo es el escenario de un conflicto entre las fuerzas de Ahura-Mazda y Ahrimán, los principios contrarios del bien y el mal. Esta batalla durará hasta que llegue la renovación del mundo con la aniquilación de Ahrimán. El papel del hombre durante ese lapso consiste

esencialmente en llevar una vida virtuosa con el auxilio de un ángel guardián para convertirse en aliado de Ahura-Mazda. Sin embargo, sobre la cabeza de los mortales sobrevuelan también los *deva* que incitan al pecado; son éstos espíritus maléficados gobernados por Ahrimán el Príncipe de las Tinieblas o Soberano del mundo inferior.

La tradición judía recoge en parte esta herencia y, merced a la influencia de la oleada helenística y la guerra de los judíos contra los ocupantes paganos, el demonio se convierte en el mal. La palabra *satanás* ya no se identificará con el adversario del hombre sino de la divinidad. Más adelante llegará a equipararse a Satán, Satanás, con el demonio griego, con el *diabolos*, el “calumniador” como enemigo. El adjetivo *eydaimon*, “feliz”, significaba que una persona era guiada por un demonio bueno; lo contrario de lo cual era *kakodaimonia*, “desdicha”, estar bajo la influencia de un mal demonio. En los griegos del **Nuevo Testamento** y en los Padres de la Iglesia sólo se aplicará el segundo sentido, el del mal. Así recibe diversos adjetivos, entre otros, “blasfemador”, “dios de este mundo”, “príncipe del poder del aire”, “tentador”, “malo”⁹. Todo esto apunta a hacer de Satanás un *antitheos*, el que tiene el poder de la muerte y “se opone sintéticamente a Cristo (San Pablo, 2 Cor.4.4, llega a arriesgar la expresión “el dios de este siglo”) Ese modo de presentarlo ha sido a menudo retomado, en un movimiento oratorio, por los Padres, y en particular por los latinos del África: ya Tertuliano opone, en un simétrico balanceo, a Dios todo bondad, *optimus*, y al Diablo, todo maldad, *pessimus* (de Patentia, 5) San Agustín, más a menudo todavía...coloca, en su papel y en su persona misma (de manera por momentos abusiva) al Demonio en paralelo con Cristo”¹⁰, aunque, es preciso decirlo, no como una reproducción maniquea del combate entre el bien y el mal sino mediante una tortuosa digresión que concluye en que Dios ha permitido el mal para poder llegar al bien.

Otro de los nombres dado a Satanás es Lucifer. Entre los romanos era el “portador de la luz”, como lo indica su nombre, la estrella de la mañana, el Prometeo que introduce en el mundo la luz de la libertad. Por su parte, las leyendas judías remiten directamente a la idea del demonio como un ángel. La principal de ellas es la que narra **El libro de Enoch**, escrito alrededor del siglo II a.C. Allí se narra que los ángeles, hijos del cielo, se enamoraron de las hijas de los hombres y descendieron a la tierra acaudillados por Azazel. Multitud de cosas enseñaron los ángeles a las hijas de los hombres, tales como los misterios de la magia, la recolección de raíces, los secretos del alfabeto. De la unión de ángeles y mujeres nacieron los gigantes, seres malvados que sembraban la destrucción. Dios envió entonces a los arcángeles Rafael y Miguel a castigar a Azazel y sus seguidores, que fueron arrojados al desierto donde permanecerán hasta el día del juicio final.

⁹ Cf. **Biblia de...**, *op.cit.* Matías 4.1; II Corintios. 4.4; Efesios 2.2; I Tesalonienses. 3.5; Matías. 13.19, respectivamente.

¹⁰ JOSEPH HENNIGER y otros. **Lo demoníaco**. Art. Ángel caído y, sin embargo, ángel... de Henri Irénéé Marrou. Caracas, 1970.

Sin embargo, los primeros Padres de la Iglesia prefirieron otra leyenda: Lucifer, el ángel insurrecto, si bien se insolentó con Dios, sin duda seguía siendo una creación Suya. Así quedaba fundado “el origen del diablo en la rebelión de un arcángel contra Dios que se sublevó por orgullo. La autoridad bíblica a la que se acogieron estos hombres es el famoso pasaje de Isaías: “¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste a las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios; me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual que el Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo.”¹¹

Los cristianos de los primeros siglos creían en el carácter *anarithmetos*, como diría san Cirilo de Jerusalén, de los ángeles. Del mismo modo, se multiplicaron los demonios: “el abate Serenus le aseguró...a Juan Cassien, que la multitud de los espíritus malignos que se agitan entre cielo y tierra es tan numerosa, que debemos agradecer a la Providencia el que nos los haya hecho habitualmente invisibles.”¹²

Las sectas heréticas que proliferaban sostenían doctrinas muy diversas; así, para los cátaros, Satán era el demiurgo y el bien y el mal principios opuestos que existían independientemente. Esto obligó a la Iglesia a desarrollar intrincadas argumentaciones para sostener que el mal no es en sí y por sí mismo sino que emana de Dios porque sólo Dios *vere est, summe est*. Pero Dios no ha creado al Mal, lo cual sería una disminución de su esencia, sino que el Diablo subsiste porque ha sido creado originalmente como ángel: la caída de Lucifer significa la no plenitud, el vacío, la imperfección en el uso de la libertad, su contrapartida, origen del drama cósmico-humano.

VI. 3.2 La apariencia del diablo

En 447 el Concilio de Toledo define al diablo como una criatura de gran tamaño, color negro y olor sulfuroso; añade que tiene cuernos y garras, orejas de asno y ojos rojizos que brillan como centellas. Esta pintura forma parte de una lenta elaboración que culminó con la figura del diablo medieval, en cuya construcción no escasearon los aportes provenientes de otras estructuras míticas.

Los cuernos, por ejemplo, junto con las pezuñas, pertenecen a los antiguos dioses de la fertilidad, como Osiris o Pan que, a su vez, se engalanaron con este símbolo en honor de los cuernos lunares de las grandes diosas. El color negro es, “en mitología, el propio de lo chtónico y de lo caótico indiferenciado, expresivo de la *unio contrariorum* en el *Centro* cósmico”¹³; asimismo, “dios negro” es el nombre

¹¹ FRANK DONOVAN, *op. cit.*

¹² *Lo demoníaco, op. cit.*

¹³ LUIS CENCILLO. . *op cit.*

que se daba a Osiris, la deidad cornuda. El gran tamaño es una forma común de expresar lo sobrenatural.

La representación del diablo no es constantemente igual. En la alta Edad Media se lo pinta bajo formas tan diversas como una mezcla de humano y bestial, como un individuo un poco grotesco, como el segundo de un Cristo majestuoso e incluso “bajo los rasgos de un hermoso joven nimbado y provisto de grandes alas, noblemente vestido, y al que únicamente su color violeta sombrío, azul noche, permite distinguir del Buen Ángel que le responde simétricamente del otro lado del Cristo...”¹⁴

Los artistas, abandonado el anonimato de las centurias precedentes, pondrán su nombre al pie de retratos del diablo donde gustosamente se lo muestra como un macho cabrío con rasgos humanos. Poco después se irá volviendo de más en más atemorizante, aguardando para tentar a los hombres o para castigar las almas de los pecadores, a los que arrastrará a los crueles e ígneos castigos del infierno. Y en esto colaborarán eficazmente las legiones de demonios que encabezaba, cuyo poder de ubicuidad se reconocerá formalmente en el siglo XIII, contribuyendo así a tornarlos cada vez más amenazadores. Esas huestes demoníacas mucho le deben a los aportes llegados de los mitos escandinavos, celtas, noruegos, allí donde iban llegando los misioneros a llevar sus enseñanzas cristianas: su facultad para transformarse, para engañar, para modificar fenómenos atmosféricos, para impedir o provocar las relaciones sexuales.

El más allá estaba cada vez más cerca, en espera de premiar o castigar por toda la eternidad las faltas humanas. El cielo y el infierno formaban parte de la realidad cotidiana, como los ángeles y demonios; todos conforme a una jerarquía que se iba acentuando al ritmo de las jerarquías terrestres. Definidos y sistematizados, siguiendo fuentes bíblicas, por Dionisio el Aeropagita en su **Tratado de las Jerarquías Celestes**, los ángeles se mostraban organizados en tres tríadas, siete órdenes o nueve coros. Los demonios también fueron objeto de clasificación: Jean Wier en su **De praestigis daemonium et incantationibus et veneficiis** hace ascender a 7.405.926 los demonios conocidos, divididos en 1.111 legiones compuesta cada una por 6.666 miembros. Sobre todos ellos, como cualquier monarca terreno, reinaba Satanás el Señor de la Noche, contracara indispensable de la luz del día representada por la Madre de Dios.

¹⁴ Lo demoníaco, op.cit.

CAPÍTULO IV

ASCENSO Y OCASO DE HEREJES Y BEGUINAS

Mediados del siglo XII. Europa se va despertando de la pesadilla milenarista, aunque todavía persisten los temores al Juicio Final. El Papado impone la propia supremacía sobre el Estado y busca aumentar sus riquezas y poderío mediante esa mezcla de fe y violencia que llevó el nombre de Cruzadas. Allí iban los cruzados a luchar contra el infiel y rescatar el Santo Sepulcro, sin importar los fracasos, que fueron muchos desde el punto de vista militar. Sin embargo, con el tiempo, esas empresas extravagantes fueron fructíferas desde otros ángulos: el intercambio cultural con los pueblos asiáticos, el acercamiento entre vasallos y señores bajo un mismo signo, el desarrollo de las ciudades y municipios, la aceleración de la caída del feudalismo y la paz entre los pueblos europeos entre sí por hallarse bajo la Tregua de Dios.

Un nuevo florecer económico acompañó la supresión de las restricciones al comercio internacional, la mayor seguridad en los caminos y el incremento de los viajes por agua, ayudados por el empleo de la brújula hacia 1200. Se fue desarrollando la industria, empujada por la expansión de los mercados. Se debilitó la esclavitud directa al ser posible comprar la libertad por una suma de dinero. La agricultura, que representaba las nueve décimas partes de la economía, revistió una importancia inusitada cuando los campesinos libres pudieron arrendar parcelas para trabajarlas por su cuenta. Aunque la vida era muy dura, no perdieron de vista la solidaridad entre sí y siguieron el ejemplo de los trabajadores urbanos aliándose en gremios o uniones.

En las ciudades florecían las catedrales, imagen y suma del pueblo. Y, a la sombra de las catedrales, las escuelas transmisoras del saber. Al principio, las escuelas monásticas llevaban todo el peso de la educación pero, a instancias de Carlomagno, se fueron abriendo escuelas para la enseñanza en general. El Concilio de 1179 decretó que “para que no se quite a los niños pobres la oportunidad de leer y adelantar... destínese en cada iglesia catedral un beneficio adecuado para un maestro que enseñe gratuitamente a los empleados de la misma iglesia y a los escolares pobres.” Se enseñaba el *trivium* -gramática, lógica, retórica- y luego se pasaba al *quadrivium* -aritmética, geometría, música, astronomía-astrología-, que se conocían en conjunto como “las siete artes liberales” que Aristóteles había definido como propias del hombre libre.

Los cambios en la industria y el comercio determinaron la necesidad de empleados con habilidad práctica. Contra la oposición eclesiástica, se fundaron escuelas seculares, tales como las “de ábaco”, donde maestros laicos preparaban a los alumnos a cambio de una paga. Pepo y otros comenzaron también a dar lecciones

sobre las leyes; Bolonia, donde comenzó a enseñar Pepo, llegó a ser la mejor escuela de derecho con el aporte de Irnerio, hombre de gran reputación que contribuyó a dar brillo a la edad de oro de la jurisprudencia medieval.

Luego se le sumó a la escuela de derecho la de artes y más tarde la célebre de medicina. Sin embargo, partió de Francia la línea rectora del pensamiento europeo durante los siglos XII y XIII.

La difusión de la nueva jurisprudencia junto con la lectura directa de la Biblia y las traducciones del árabe y el griego fueron modelando una nueva ideología, muy alejada del clericalismo. No poco contribuyeron a ello las interminables discusiones sobre el tema de la transubstanciación: si la sangre y el cuerpo de Jesucristo se hallaban en la Eucaristía sólo de modo simbólico, la función sacerdotal quedaría al alcance de cualquiera por no revestir ya un carácter sagrado. “Para mediados del siglo XII, las ciudades de Europa occidental estaban minadas de sectas heréticas.”¹ La Iglesia había ido aplastando sucesiva o simultáneamente varias formas de disidencia; los arrianos, los masalianos, los priscilianos, los donatistas. Asimismo, había soportado reyertas internas tan importantes como la que llevó al Cisma de Oriente, separando la iglesia griega de la romana. Ahora se enfrentaba con nuevos y poderosos movimientos, entre los cuales se destacaban los cátaros, los valdenses y los templarios.

IV. 1.1 El ascenso de sectas y órdenes

Los cátaros eran una secta originada a finales del siglo XII. Se los llamaba también “búlgaros” o “bogomilos” por su procedencia balcánica y “albigenses” por la ciudad de Albi, donde sus adherentes llegaron a ser muy numerosos, aunque existían algunas diferencias entre esos grupos. Su doctrina le debía mucho al maniqueísmo cuyos rasgos principales reproducían así como su organización y liturgia: reconocían una raíz femenina en la creación; creían en dos principios, malo uno y bueno el otro; la tierra era un lugar de castigo donde imperaba el principio malo, asociado a todo lo material, incluida la naturaleza; por ello el contacto con la materia en el acto sexual era impuro, siendo el coito el verdadero pecado de Adán y Eva. Afirmaban que el verdadero Redentor no puede tener un cuerpo humano porque ese mismo hecho lo contaminaría; no siendo Espíritu Santo su aparición fue instructiva, no operativa. Estos “puros” o “perfectos”² rechazaban la idea del purgatorio, aunque creían en la metempsicosis y recomendaban el suicidio bajo la forma de *endura*, “inanición”, para desprender el alma de su soporte material negativo. Predicaban el rechazo a los sacramentos, la veneración de imágenes y, sobre todo, la pobreza, siendo el Sermón de la Montaña el eje de su ética, en tanto que la Iglesia Romana era para ellos “la ramera de Babilonia”. Los trovadores, aun sin pertenecer a la secta, se hacían eco de sus enseñanzas,

¹ WILL DURANT. *La edad de la fe*, op. cit.

² Del griego *Katharoi* “puros”.

burlándose de los sacerdotes católicos, de la confesión, de los peregrinos, del agua bendita.

Los valdenses también elogiaban la pobreza como modo de vida; debido a que habían optado por calzarse siempre con modestas sandalias, se los llamó también *sandaliati*. Se decía que Pedro de Valdo, a quien se reconocía como el fundador de la secta, había seguido el camino de la perfección cristiana luego de haber escuchado la lectura directa de los Evangelios. Regaló entonces sus bienes y predicó la pobreza, la castidad y el rechazo a las indulgencias, el purgatorio, la transubstanciación, y las plegarias a los santos. Sostenían que cualquier lego en estado de pureza podía perdonar los pecados, no los sacerdotes corruptos ya que la Iglesia se había identificado con la mujer vestida de escarlata del Apocalipsis.

El perfil de los Templarios difiere bastante de otras sectas, aunque es similar a la de los Hospitalarios y los Caballeros Teutónicos. Su fundación se produjo a finales de la Primera Cruzada con el mandato de proteger a los peregrinos en ruta a Tierra Santa. Se cree que la fecha de su fundación fue el año 1118 y sus inspiradores Hugo de Payens y Godfried de St. Omar. San Bernardo de Claraval le dio el respaldo de su prestigio, que era enorme, al punto que se lo llamaba el segundo Papa. La regla de la orden se basaba en un estricto cumplimiento de la palabra empeñada. Estos monjes-guerreros, que habían peleado con Ricardo Corazón de León, mantenían limpios los caminos de malhechores y asaltantes. Los peregrinos, agradecidos, les ofrecieron donaciones y más tarde, les confiaron en guardia sus bienes. Poco a poco se fueron convirtiendo en banqueros que manejaban altas sumas de dinero que luego prestaban, incluso a la Iglesia.

El misterio rodeó siempre a la orden templaria, que mantenía estrechas relaciones con los ismaelíes entre otros. El hermetismo rodeaba sus ceremonias al punto que suscitó la curiosidad de Alfonso X “el Sabio”, que decidió enviar a uno de sus servidores para que se infiltrara en la orden y luego le revelara sus secretos. Las crónicas dicen que, al cabo de un año, cuando el rey le solicitó la información sobre lo que había averiguado, el espía confesó que prefería estar muerto antes que revelar lo que había visto durante sus prácticas y ritos.

IV. 1.2 Frailes y monasterios

Junto con el auge de las herejías, y quizá por los mismos motivos, aparecen nuevas órdenes monásticas, que buscan depurar el clero. Los monasterios -que habían alcanzado su apogeo en el siglo X- habían ido perdiendo su ascetismo y modestia originales. La riqueza que fluía hacia ellos proveniente de la generosidad seglar, no sólo no se traducía en obras pías sino que lentamente iba minando la moralidad y el carácter de los monjes. Pedro el Venerable, por ejemplo, “no logró, a pesar de repetidos esfuerzos, detener el progreso de los monasterios cluniacenses (antes en

la vanguardia de los reformadores) hacia una riqueza corporativa que permitía a los monjes, sin poseer nada, vivir en una degenerante ociosidad”.²

En busca de la pureza perdida, San Juan Gualberto funda en 1039 la orden de Vallombrosa, iniciando la institución de los hermanos legos, que se convertirían con el tiempo en las órdenes mendicantes. En 1059 el sínodo romano insta a los canónigos a vivir como los apóstoles. En 1084 San Bruno de Colonia funda la orden de los cartujos donde cada monje, aislado en su celda, trabajaba, dormía y se alimentaba con una comida frugal en un silencio casi perpetuo.

En 1098 Roberto de Molestes construyó una nueva casa en un lugar apartado cerca de Gijón llamado Citeaux. Allí la regla benedictina, restablecida en su plena severidad, indicaba que los monjes debían tomar parte en los trabajos manuales. La orden recibió un impulso tremendo con la figura de San Bernardo, quien desdeñaba todo los placeres del mundo pro amor a la figura de Jesucristo. Su prédica fue tan efectiva que el número de monasterios subió de treinta en 1134 a trescientos cuarenta y tres en 1153, año de la muerte de Bernardo.

En 1182 nació en Asís Giovanni de Bernardote, que llegaría a ser conocido como San Francisco. Luego de una experiencia en la que creyó oír la voz de Jesucristo que le demandaba actuar conforme a lo que le dictara y de orar intensamente durante días y días, vendió sus bienes, su padre lo amonestó por convertirse en objeto de escarnio público y acabó por ser citado ante el tribunal del obispo, donde entregó toda su ropa. En febrero de 1209, luego de escuchar una lectura del Evangelio, entendió que su misión era predicar el reino de los cielos y no poseer nada. En las plazas de Asís comenzó a predicar que el dinero era el demonio, que el lujo eclesiástico y la falta de escrúpulos eran un escándalo, que debía volverse a las enseñanzas de Jesucristo. Un grupo de hombres, vestidos con mantos pardos confeccionados por ellos mismos, comenzó a seguir a este “pobrecito” que amaba a hombres y animales y desdeñaba el saber libresco. Día a día su número fue creciendo. En ocasiones, Francisco partía a predicar a otras latitudes; cuando volvía a Asís, encontraba que la severidad original iba lentamente decayendo. Cuando Francisco murió sus seguidores sumaban más de cinco mil: cinco mil hombres muy alejados del desprendimiento y la sencillez que habían sido la constante preocupación de Francisco.

IV. 3 Las monjas

La vida de las mujeres era rica y variada, si bien las circundaba un halo de violencia constante. Tanto el derecho civil como el canónico permitían que el varón golpear a su esposa y se consideró un adelanto cuando las Leyes y costumbres de Beauvais ordenaron que el marido debía hacerlo únicamente con motivo. No obstante, en la casa se movían con entera libertad, manejando los

² WILL DURANT, *op. cit.*

bienes muebles y la economía doméstica en general. Se defendía su derecho a heredar y su ejercicio del comercio menor. Asimismo, trabajaban a la par de los varones en los gremios textiles, sobre todo en Inglaterra. En particular entre la nobleza, tenían grandes iniciativas: Leonor de Aquitania decidió acompañar a su esposo en la Segunda Cruzada para lo cual ella y sus acompañantes femeninas vistieron ropas masculinas dejándoles las rucas a los caballeros que se quedaban en casa.

En torno de Leonor, como de otras grandes damas, se agolpaban los trovadores que cantaban, al son del laúd, los mil laberintos de la pasión incumplida. A diferencia de los trovadores, que vestían con elegancia y pertenecían en su mayoría a la aristocracia, los goliardos³ eran estudiantes, monjes o clérigos que andaban por los caminos y decían pertenecer a una organización, la *Ordo vagorum*. Con picardía, con mordacidad, le cantaban al vino y las mujeres seducidas y abandonadas, a los amores no correspondidos, a las jóvenes ansiosas de romances tempestuosos. Todo el movimiento, bastante disoluto y atrevido, contrastaba con el modelo de matrimonio que trataba de imponer la Iglesia -elevándolo a la categoría de sacramento-: una monogamia absoluta basada en Dios. Por supuesto debía cultivarse el ideal de la virginidad ya que “la más pura doncellez había sido apreciada por la Iglesia como edificante y digna de imitación”⁴

La educación no le estaba completamente vedada a las damas: Abelardo habla de las “mujeres de noble alcurnia” que asistían a su escuela de Notre Dame de París. Se sabe de algunas, como Beatriz de Nazareth, que llegaban a completar el *trivium* y el *quadrivium* y hasta hubo quienes ejercieron la docencia. Las obras de expresión femenina de esa época muestran que dominaban el latín y el conocimiento intelectual tan bien como los hombres.

Muchas mujeres optaban por la vida religiosa. “En el siglo IV algunas mujeres, emulando a los monjes, dejaron el mundo para llevar la vida del religioso en soledad o en comunidades, bajo votos de pobreza, castidad y obediencia. Hacia 530 Escolástica, hermana gemela de San Benito, estableció un convento de monjas cerca de Monte Casino bajo su dirección y regla. Desde entonces se propagaron los conventos de monjas benedictinas por Europa, y las benedictinas llegaron a ser casi tantas como los benedictinos.”⁵ La población de los monasterios era variopinta: viudas sin protección política, solteras que ansiaban evadir las pesadas cadenas matrimoniales, jóvenes que temían los riesgos de la maternidad, o que no podían vivir solas porque correrían grandes riesgos, mujeres cuyos parientes masculinos

³ La etimología de “goliardo” es desconocida. Según Le Goff, hay quienes la hacen derivar de Goliath, encarnación del diablo, enemigo de Dios, y otros de “gula, boca”, con lo cual los hacen aparecer como glotones y deslenguados.

⁴ JOHANN HUIZINGA, *op. cit.*

⁵ WILL DURANT, *op. cit.* La presente cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

las apartaban de su lado, prostitutas que pretendían regenerar su vida, aquellas que sentían un auténtico llamado místico.

Hacia el siglo VII, mediante el empeño y los esfuerzos de San Columbano, se crearon los monasterios dobles que tenían precedentes en Irlanda y algunos países del Este. En estos lugares, las mujeres no sólo meditaban y oraban sino que cumplían una infinidad de tareas manuales, desde la cocina hasta el servicio, bajo la dirección de una abadesa. En la atmósfera plácida de las comunidades, las monjas leían -o aprendían a leer, según lo estipulaban las reglas-, estudiaban la Biblia y los obras de los Padres de la Iglesia y se capacitaban como escribas, traductoras, bibliotecarias, miniaturistas e iluminadoras e incluso como maestras encargadas de enseñarles a los niños. Por supuesto, siempre dentro de los muros protectores y carcelarios porque el Concilio de Friuli de 796/797 ya les había prohibido salir en peregrinación.

En 1212 Santa Clara acudió a San Francisco con el expreso deseo de fundar una orden de monjas similar a la que él había fundado para los varones. “Francisco pasó por alto las regulaciones canónicas y, aunque sólo era diácono, le tomó los votos, la aceptó en la orden franciscana y le encargó la organización de las ‘damas pobres’” Hacia mediados del 1300 había en Europa 700 conventos de monjas cistercienses, que no fueron los únicos ya que dominicos, carmelitas y agustinos, entre otros, establecieron también una segunda orden de monjas.

No obstante hallarse bajo las disposiciones eclesiásticas, muchas voces femeninas polemizaron con los doctos monjes y se alzaron contra la corrupción de la Iglesia. En la extensa lista de **Vitae** y tratados que hubieron de redactar se destacaron tanto por un fuerte misticismo como por una gran crítica al clero. Una benedictina del convento de Schonau, Isabel, exclamaba: “La vid del Señor se ha marchitado; la cabeza de la Iglesia está enferma y muertos sus miembros...¡Reyes de la tierra! El clamor de vuestra iniquidad ha subido hasta mí.” Mechthild de Magdeburgo, por su parte, recuerda que se le había advertido que si no hacía desaparecer su libro **La luz fluyente de la Deidad** “en presa del fuego habría de convertirse.” Y la gran Hildegarda de Bingen afirmaba con rasgos apocalípticos: “...los juicios de Dios van a cumplirse; el Imperio y el Papado, hundidos en la impiedad, se desmoronarán juntos...” Pero quizá fueron las beguinas las que llevaron a su tono más distintivo la voz femenina.

IV. 4 El ascenso de las beguinas

Hay entre nosotros mujeres a las que no tenemos idea de cómo llamar, si mujeres comunes o monjas, porque no viven en este mundo ni fuera de él.

Hermano Gilbert de Tournai (1274)

Avanzada la segunda mitad del siglo XII, aparece un movimiento de mujeres auto-gestionadas que llevaron el nombre de “beguinas”. La etimología de esta palabra es incierta; en ocasiones pareciera usarse en sentido peyorativo -sobre todo al comienzo de su aparición-, otros la hacen derivar del color *beige* de su vestimenta y aun otros la relacionan con “albigense” -por la concordancia que tenían en este punto con dichos reformadores-, pero la mayoría acepta que su origen debe encontrarse en una derivación del nombre de Lambert le Begue. Aunque se lo reputa el fundador del movimiento, lo cierto es que este sacerdote de Lieja probablemente sólo alentó a un grupo de mujeres a vivir religiosamente.

El primer grupo de beguinas surgió, entre los años 1170 y 1175, precisamente en la localidad donde ejercía el sacerdote. La comunidad, que carecía de reglas y constituciones, se fue formando con las *conversa* de otras órdenes -como Mary de Oignies, que se admite fue la primer beguina-, las que entraban provenientes de la vida civil, viudas y solteras y las impulsadas u obligadas por sus padres. El ingreso no exigía renunciar al matrimonio, si bien se les exigía una conducta intachable. De todos modos existía un período de prueba de dos meses, tras el cual debían adoptar una sencilla vestimenta marrón-grisada, hacer votos de castidad de validez temporal y someterse a una fuerte disciplina de trabajo. No obstante, retenían sus derechos al ejercicio del comercio y la administración de las ganancias.

La aprobación de Jacques de Vitry, biógrafo de Mary d’Oignies, fue decisivo en el crecimiento de este tipo de vida, inspirado en el misticismo monástico y la *vita apostolica*, aunque el propio de Vitry consideraba que el sexo femenino era “voluble y débil” y que la “mujer libre era resbaladiza y lasciva una vez que había sido marcada por la azada del diablo”, por ello era necesario que el marido -o el sacerdote, o cualquier varón responsable- “la guiara, la corrigiera (si se desviaba) y las contuviera (para que no se desbocara)”. Esta opinión no era personal sino que respondía a las más firmes convicciones de los Padres de la Iglesia y hasta de un alma bondadosa como la de San Francisco, que solía deducir que el trato con las monjas era una enfermedad “que había penetrado en nuestros huesos”.

No obstante, la “santidad” de estas mujeres, su voluntad de servicio y su renuncia total a los deseos carnales las ubicaban en una categoría distinta, tan distinta como para incluso permitirles predicar. Aunque el apoyo de de Vitry no logró establecerlas como una orden, ya que el Cuarto Concilio Laterano había prohibido el establecimiento de nuevas órdenes, sí consiguió que el papa Honorio III le diera su aprobación verbal a esas “pías mujeres”.

Muy pronto su número fue creciendo en Flandes, Alemania, Francia, Italia, a lo largo del Rin. Sus trabajos para la sociedad iban del cuidado de enfermos a preparar los cadáveres para ser enterrados, de la asistencia a los pobres a las labores manuales, sin olvidar la educación de niñas e incluso de niños. Dado que no estaban sometidas al derecho canónico sino al civil, el municipio podía

obligarlas a cumplir otras funciones de asistencia, como la limpieza de asilos o la atención de los enfermos de peste.

Las comunidades de beguinas estaban situadas en ciudades ricas en comercio textil, a lo cual se dedicaron también estas religiosas junto con otras actividades artesanales. Cada una de sus casas era una réplica de una ciudad en pequeña escala. No faltaba la iglesia, el hospital, la plaza pública y calles y caminos que dividían los aposentos de las jóvenes hermanas de aquellas de mayor edad. Sin embargo, tenían sus características propias -lo cual torna difícil una generalización- aunque todas poseían un fuerte compromiso ético: el culto a la pobreza, la oposición a la corrupción eclesiástica, el estricto cumplimiento de la *vita apostolica*, ideales que pretendían llevar a cabo mediante un mínimo de complicaciones burocráticas. Estaban presididas por una gran “señora”, ayudada por un consejo, no ajeno a las sugerencias clericales, que estimulaban la realización de buenas obras. A fines del siglo XIII, se crearon los beguinajes, grandes concentraciones que albergaban hasta dieciocho conventos. En esta etapa -la final- se designó como parroquias a los beguinajes y se le cedieron tierras en buenos lugares. Sin embargo, en paralelo a estos beneficios, se les prohibió predicar fuera del convento, se hizo más fuerte la institucionalización en contra de la flexibilidad, el control en contra de la autodeterminación. Estas “mujeres especiales” que vivían entre mujeres y se consideraban instrumentos de Dios no podían sino perturbar con su sola presencia la misoginia del poder. En la creciente tensión que se produjo entre su libertad y el dominio clerical, fue ganando terreno este último hasta que, por último, su vida casi no podía distinguirse del monasticismo tradicional, al que muchas se acogieron directamente.

IV.4. 2 La mística del amor

La locura de amor es un feudo riquísimo.
Hadewijch de Brabante

Un rasgo sobresaliente de las beguinas fue su cultura. Reclutadas muchas de ellas entre las clases adineradas, solían poseer vastos conocimientos de astronomía, retórica y numerología. Conocían las vidas de los santos y leían sus escritos, junto con versiones de la Biblia en lengua vernácula. Ese saber, compartido con otras mujeres en la reclusión, dio sus mejores frutos en una literatura mística, espejo de su honda espiritualidad.

Al igual que los verdaderos místicos de todo tiempo y lugar, creían que su alma podía unirse directamente con Dios. “Estar libres de sí mismas y de todas las cosas, ser y saber sin mediciones qué es Dios”, decía Lamprecht de Ratisbona en referencia a la espiritualidad de las beguinas. En ese contacto íntimo con la Divinidad, en ese diálogo del alma con Cristo mediante la plegaria, la contemplación y el ascetismo la Iglesia reconocía que podían adquirir el don de

profetizar, de ver lo lejano, de discernir el mal, de aconsejar e incluso de criticar a sus maestros, todo ello como dones sobrenaturales.

Ese encuentro con la Divinidad, ese estar unido a Él se manifiesta, en primera instancia, a través de los sentidos. Las beguinas sienten con todo el cuerpo, desde el cuerpo, ese amor que las arranca de sí y las lanza a una dimensión no convencional. Estas mujeres que han renunciado al amor humano, exigente y por momentos violento, aceptan la tiranía del celestial, ese amor que “pierde toda medida” como dice Beatriz de Nazareth y “es como una flecha que le atraviesa el corazón hasta la garganta y le hace perder el sentido, o como un fuego que atrae todo lo que puede consumir: tal es la violencia que esta alma experimenta, la acción del amor sin medida y sin piedad en ella, que todo lo exige y todo lo devora.”

Un amor que toma formas muy humanas, como en la visión de la Eucaristía de Hadewijch: “Y luego vino hacia mí y me tomó enteramente en sus brazos, y me apretó contra él; y todos mis miembros lo sintieron en completa felicidad, en concordancia con el deseo de mi corazón y de mi humanidad. Y yo estaba exteriormente satisfecha y completamente transportada”. Esos transportes, esa absoluta compenetración solían dejarle en su cuerpo la huella de los estigmas de Jesús, su Señor.

En esas visiones, el tiempo se suspende, el espacio se agranda o empequeñece, el cuerpo es lanzado en un vuelo extraño -como le ocurría a Catalina de Siena- empujado por esa alma que pugna por salir al encuentro del Amado, “más allá de todo concepto, de todo saber, de toda inteligencia que no sean la conciencia de estar unida a Él, de gozar de Él”. En toda su integridad el cuerpo se tensa para volverse receptáculo de Cristo, esa hostia que tiene “sabor a carne”, dirá Ángela de Foligno y que en ocasiones se volverá temible, como ocurría con Beatriz d’Ornacieux, quien sentía que la hostia crecía dentro de su boca hasta casi ahogarla con su gusto “de carne y de sangre.”

Exaltación y espera de ser colmada: el camino de la pasión suele ser escabroso y estallan en gritos y llantos, en desmayos y desplazamientos milagrosos, en trances de muerte y recuperaciones instantáneas. El amor guía al alma desnuda de las damas de la noche espiritual, esa “ira de amor que nada finito podrá apaciguar”. Un amor exigente, caníbal, donde cada parte absorbe a la otra. “Este lazo une a los que aman”, dirá nuevamente Hadewijch, “de suerte que el uno en el otro penetra, / en el dolor o en el reposo, o en la ira de amor / y come su carne y bebe su sangre / de cada uno el corazón el corazón del otro devora”. Pasión que sólo puede entender quien la viva. Amor del que el alma regresa lánguida, cansada, extrañamente vacía aunque colmada de nuevos dones que le permitirán curar, consolar, profetizar, como a Marie d’Oignies.

La devoción por la Eucaristía, que no es sino una forma de la devoción por el cuerpo de Cristo, se tornó tan urgente, tan imperiosa como para que Juliana de Lieja promoviera la institución de una fiesta especial en honor de la Eucaristía. En

sus formas extremas, la identificación con Jesús llevó a las religiosas a reproducir en su cuerpo el sangrado y los estigmas de la Pasión. La impronta de las beguinas místicas fue tan fuerte que, durante los dos siglos siguientes, ese tipo de visiones serían uno de los síntomas indudables de santidad.

IV.4.3 La escritura

La comunidad contempla esos trances, esas levitaciones, ese ascetismo que las lleva al borde de la muerte por inanición, sin comprenderlos realmente. Por ello, estas “mujeres identificadas con mujeres” les pedirán que los expliquen, que narren con sus palabras qué les hubo de suceder. Y los sacerdotes se unirán a estas peticiones, en procura de adentrarse en el alma de sus confesas. Y las propias visionarias sentirán la necesidad de recurrir a la palabra para aligerarse el corazón del peso de ese mundo al que se han asomado.

Las beguinas, en aras de sus hermanas menos letradas, elegirán entonces los idiomas vernáculos para expresarse -camino que seguirán de inmediato plumas tales como las de Dante o Meister Erckhard-. Sin embargo, no lo harán sin timidez, sin pedir disculpas por su condición de mujeres porque, como se excusaba la gran Hildegarda ante Bernardo de Claraval “*Paupercula mulier et indocta*” o, en la polémica carta al preboste de Lille de Christine de Pizan: “Que no se me acuse de sinrazón, arrogancia o presunción por osar, yo, mujer, oponerme y replicar...”

Las beguinas fueron troquelando un nuevo estilo que combinaba las enseñanzas cistercienses con las ideas del amor cortés medieval; bajo la forma de la autobiografía agustiniana, esto es, un diálogo entre el alma y Dios, o entre el alma y el amor o como un matrimonio entre el alma -la Esposa o Novia- y el Esposo celestial. Esto las ubicaba en un terreno de nadie excepcional, donde no contaba el pertenecer al género mujer sino que estaban por sobre las dualidades terrestres. Tener un amor celestial las volvía magníficas y poderosas para manifestar sus percepciones. En prosa o verso, con metáforas extraídas del acervo sensorial, imágenes extrañas y giros verbales inéditos aspiraban a dar cuenta del fenómeno vivido, por completo diferente a los modelos masculinos.

No obstante, las lenguas humanas, sin importar quien las emplee, no pueden alcanzar ese siempre “más” a lo que puede accederse sólo *via negativa*. Las beguinas de la *Minnemystik* llegaron en algún momento a la palabra que sostiene a las demás: el silencio que no puede ser descrito ni transmitido. En este encuentro con lo inefable coincidieron con los visionarios y las grandes brujas de todos los tiempos.

IV.5.1 **La guerra contra las herejías**

En la época clásica romana, la blasfemia y la herejía eran castigadas con la muerte, por considerárselas del rango de traición al Estado. Cuando no podía hallarse quien

acusara al presunto culpable, el juez citaba al sospechoso para realizar una investigación o *inquisitio* y determinar así la verdad. Este fue el modelo y el nombre que impuso la Iglesia medieval para detectar a los herejes.

Durante los primeros siglos del cristianismo, el castigo que solía imponerse a los herejes era la excomunión. Los paganos, judíos y heréticos quedaban así condenados a quemarse para siempre en el fuego eterno con el Diablo. No obstante, con la proliferación de sectas y movimientos disidentes, comenzaron a alzarse voces que, no conformes con el castigo del más allá, pedían para los heterodoxos penas en la tierra más severas, como el destierro o la prisión aplicada por el Estado. Así, “la restauración del derecho romano en Bolonia en el siglo XII suministró términos, métodos y estímulo para la inquisición religiosa; y la ley canónica sobre la herejía fue copiada palabra por palabra de la quinta ley del título *De haeretics* del Código Justiniano. Finalmente, en el siglo XIII, la Iglesia adoptó la ley de su mayor enemigo, Federico II, de que la herejía debía castigarse con la muerte.”⁶

No cabe duda que el clero debía sentirse inquieto por los constantes ataques de las innumerables sectas que surgían día a día: los flagelantes, los *apostolici*, los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu, los joachimitas, los hussitas y decenas de órdenes mendicantes. Todos ellos compartían un mismo eje: la crítica a la riqueza eclesiástica, a su corrupción, a la extravagancia e inmoralidad del bajo clero tanto como de los superiores y el llamado a purificarla mediante una vuelta a la pobreza y la libertad.

El pueblo llano, por otra parte, si bien se befaba de los curas, también los admiraba: “las injurias y el odio contra los sacerdotes y los monjes sólo (eran) el reverso de una general y profunda adhesión y veneración”⁷ Asimismo, lentamente iban tomando conciencia de que ellos eran los verdaderos pobres, no los mendicantes que elegían la pobreza por razones espirituales; abrumados de trabajo, tratando de conseguir el pan del día para su familia, no podían sino terminar albergando odio y resentimiento contra los ociosos que sin hacer nada querían perfeccionar su alma. No sin regocijo, amparadas en el anonimato de la multitud, las gentes del pueblo se entregaban con entusiasmo a linchar por su cuenta a los herejes. “En este país -escribía un sacerdote del norte de Francia a Inocencio III- la piedad del pueblo es tan grande que siempre está dispuesto a mandar a la hoguera, no sólo a los herejes declarados, sino también a aquellos de quienes sólo se sospecha.”⁸ No sólo sospechas sino odios suscitaban los judíos cuyo manejo del dinero los distanciaba de un pueblo paupérrimo. Además, “todo movimiento popular, en aquellos tiempos, especialmente los de carácter demagógico y heterodoxo, como tantos se produjeron a lo largo de los llamados ‘siglos medios’,

⁶ WILL DURANT, *op. cit.*

⁷ JOHANN HUIZINGA, *El otoño...*, *op.cit.*

⁸ WILL DURANT, *op. cit.*

llevaba consigo el saqueo e incendio de juderías y sinagogas y el maltrato, matanza o exterminio de los judíos.”⁹

El Estado, presionado por las clases adineradas, se unió también a los pedidos de extirpación de las herejías. Luis VIII de Francia, Enrique IV de Alemania, Federico II, Otón IV promulgaron códigos muy severos contra la herejía, que iban desde la confiscación de los bienes hasta la prisión perpetua e incluso la muerte.

La Iglesia Romana, que buscaba consolidar su poder, adoptó formalmente la política de la persecución en el Tercer Concilio Laterano de 1179, a la par que el Concilio de 1215 exaltaba al máximo la figura del Sumo Pontífice. Se urgía a los legados papales a que fueran activos en desterrar la herejía y que no vacilaran en castigar a los obispos -sobre los que tenían autoridad- si se mostraban remisos en suprimirla.

IV.5.2 El combate contra los albigenses y las nuevas medidas contra los herejes

En uso de sus facultades, Inocencio III proclamó, en 1209, una cruzada contra los cátaros y albigenses que el Concilio de Tours había condenado enérgicamente denominándola “la herejía abominable venida del país de Toulouse”. El abad de Citeaux, legado pontificio, fue el encargado de llevarla a cabo, secundado por obispos, monjes, caballeros acostumbrados a la guerra, prostitutas y una soldadesca ansiosa del botín que les correspondería. En julio de 1209 entraron en Béziers, una ciudad de alrededor de 20.000 habitantes. Éstos, atemorizados, se refugiaron en La Magdalena. Advertido de que en el interior de la iglesia había tanto herejes como católicos, la respuesta del legado pontificio fue ordenar que los pasaran a todos a cuchillo, gritando: “¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!” Obedientes, los soldados romanos confesaron más tarde: “No hemos respetado edad, sexo ni condición”. La cruzada continuó, arrasando otras ciudades como Carbona, Toulouse, o Perpiñán. En Montsegur, se libra el asedio a la fortaleza de los cátaros; aunque unos pocos *perfetti* logran escapar, la masacre es inmensa, quemándose hasta doscientos cátaros en un solo día.

Ese mismo año, el concilio de Aviñón advirtió a “judíos y ramera” que no debían tocar los alimentos expuestos para la venta y que los judíos no debían contratar sirvientes cristianos. El cuarto Concilio de Letrán ordenó que “los judíos y sarracenos de ambos sexos, en toda provincia cristiana y en todos los tiempos, sean señalados a la vista del público y se distingan de la otra gente por el carácter del vestido”, esto es, a partir de los doce años debían llevar una señal de color distintivo en el sombrero o la capa los hombres y en el velo las mujeres.

A pesar de la cruenta política de Inocencio, a pesar de las persecuciones populares y gubernamentales, las herejías continuaron. Al subir al papado Gregorio IX consideró que la iglesia debía luchar en dos frentes, contra sus enemigos

⁹ VICENTE RISCO. **Historia de los judíos**. Barcelona, 1955.

extranjeros y contra las herejías. En virtud de esta última guerra, designó en 1227 un tribunal que debía combatirlos; en 1231 instituye a los *Inquisitores haereticae pravitates*, “Investigadores de la depravación herética”, fijando las pautas para el accionar de la Inquisición, inclusive la pena de muerte para los culpables. Los delitos que debían tenerse en cuenta estaban divididos en tres categorías: contra la fe, la moral y la dignidad del sacerdocio. La primera abarcaba la herejía, la apostasía, el judaísmo, la blasfemia; la segunda la bigamia, la lectura de libros prohibidos, el comercio de imágenes prohibidas, etc; la última decir misa sin estar ordenado, solicitar favores sexuales en la confesión, impedir o dificultar las tareas de la Inquisición, etc.

Una bula de 1280 de Nicolás III manifiesta los objetivos y el alcance de la Inquisición; además de excomulgar y anatematizar a todos los herejes “de cualquier modo que se llamaren” expresa, entre otros conceptos “privamos ahora a todos los tales de sus beneficios para siempre”, “prohibimos a todos los seculares el discutir cuestiones de la fe católica; si alguien lo hace, será excomulgado” y cuando la Iglesia los condene “serán entregados al juez secular para su castigo” porque *ecclesia abhorret a sanguine*, “la Iglesia aborrece la sangre”.

Allá partían hacia los territorios católicos los *domini canes*, “los perros del Señor” tras el olor de la rebeldía, no dejando piedra sobre piedra para encontrarla: no sólo recibían denuncias sino que enviaban espías para descubrir a los enemigos de Cristo; en ocasiones hasta citaban a todos los habitantes de una localidad para someterlos a un interrogatorio preliminar. El tribunal estaba compuesto por doce clérigos -en su mayoría dominicos- secundados por notables del lugar. Se aceptaban como testigos del delito a esposas, maridos, hijos, vecinos, ex-hereses. A los que eran citados o denunciados se les daba la oportunidad de confesar y arrepentirse durante los treinta días siguientes. Si lo hacían, podían ser absueltos o sufrir un breve encarcelamiento, de lo contrario, continuaba el proceso.

A partir de Inocencio IV con su bula *Ad extirpanda* se autorizó la apropiación de bienes de los herejes, la prisión e incluso la tortura como medio de averiguar la verdad en caso de que el acusado no confesara pero los jueces estuvieran convencidos de su culpabilidad. Las formas de tortura eran variadas: azotes, el potro, encarcelamiento solitario, quemaduras, todo alternado con promesas alternativas de perdón y muerte.

Los no confesos y los que arrepentidos que habían vuelto a caer en prácticas heréticas, eran reclusos de por vida o ejecutados. Roberto “el dominico”, por ejemplo, mandó a ciento ochenta presos a la hoguera en un solo día. Asimismo, se aplicaba la pena secundaria de confiscación de los bienes, una parte de los cuales iba para las autoridades seculares y la otra parte quedaba en poder de la Iglesia -en algunos lugares, por ejemplo Italia, se reservaba una parte para la persona que efectuaba la denuncia.

IV.5.3 Los templarios

Uno de los procesos más resonantes fue el instituido contra los Caballeros del Temple. A la inversa que las órdenes mendicantes, los templarios gozaban de gran riqueza; habían construido un rosario de castillos y catedrales estratégicamente ubicados a lo largo de Portugal, Castilla, León, y también Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría. Tenían numerosos bienes muebles y prestaban dinero a intereses relativamente módicos. Las miradas codiciosas de Felipe “el Hermoso” pronto se posaron sobre estos arrogantes caballeros que se habían rehusado a contribuir al rescate de San Luis, que se habían declarado a favor de Aragón contra la casa de Anjou y que se jactaban haber destronado a Enrique II y haberle dicho a Enrique III “Seréis rey mientras seáis justo”.

Al ascender al trono Felipe IV se encontró con un tesoro exhausto, Normandía rehusándose a pagar el tributo que se le impusiera y deudas contraídas con los templarios. Un delincuente que decía haber escuchado las confidencias de un templario en la cárcel -otros dicen que un miembro expulsado de la orden- vertió en los oídos de Felipe un caudal de infundios sobre los vicios de los templarios. El rey le prestó gran atención y los transmitió a Clemente V -a la sazón obligado a permanecer con su corte virtualmente prisionero en Aviñón- con el pedido de ordenar una inquisición contra el Temple. Sin embargo, antes que comenzara el proceso, Felipe el Hermoso, aconsejado por su ministro Guillermo de Nogaret, dio orden de prender a los templarios. El 12 de octubre de 1307, a la salida de los funerales de la condesa de Valois, Jacques de Molay, gran Maestre de la Orden, junto con su séquito fueron apresados y encarcelados, al tiempo que se ponía el sello real en sus bienes con el pretexto de la inquisición.

Felipe acusó a los templarios de serios delitos, entre otros, negar a Cristo y escupir sobre la cruz, practicar magia negra, estar en contacto con los musulmanes, adorar a un ídolo llamado *bafomet* al que le besaban el trasero, practicar la sodomía y la homosexualidad. Monjes y prelados de probada fidelidad al rey convencieron a Clemente de que debían ser juzgados por la Inquisición. El tribunal eclesiástico recurrió a la tortura para obtener las declaraciones que probaran la culpabilidad de los templarios: se les arrancaron los dientes, se les colgaron grandes pesos en los genitales, no les daban de comer, se los suspendía durante largo tiempo de las muñecas, se los mantenía con fuego bajo los pies. Varios murieron, otros se suicidaron y muchos se confesaron culpables. Estas confesiones quebraron la frágil resistencia que oponía Clemente para ordenar un proceso contra la Orden en todo el mundo. Mediante la bula *Faces misericordiam* de agosto de 1308, ordenó formar comisiones presididas por el obispo y seis monjes para efectuar las investigaciones. Mientras el escándalo cundía en toda Francia, sin esperar el resultado de los procesos, los templarios fueron llevados a la hoguera.

La orden fue abolida en 1312, junto con el reparto de sus bienes. Por la bula *Ad providam* Clemente V se los otorgó a la orden de los caballeros de San Juan de Jerusalén, sin embargo, Felipe también obtuvo importantes beneficios: no sólo no devolvió el dinero que le debía al Temple alegando que los cánones prohibían pagar deudas a los herejes sino que se presentó como acreedor de grandes sumas de dinero que hubieron de pagarle los sanjuanistas.¹⁰

Conforme a una bula papal, los “reconciliados y arrepentidos” serían confinados a perpetuidad. En cuanto a los cuatro máximos dirigentes, con Jacques de Molay a la cabeza, fueron enjuiciados finalmente en marzo de 1314; de Molay interrumpió a los delegados pontificios que leían la lista de sus crímenes para exclamar: “¡Nos consideramos culpables, pero no de los delitos que se nos imputan, sino de nuestra cobardía al haber cometido la infamia de traicionar al Temple por salvar nuestras miserables vidas!” A la puesta del sol de ese mismo día, se alzó una enorme pira en la Isla de los Judíos, donde se les prendió fuego. Antes de ser consumido por las llamas de Molay lanzó esta maldición: “Dios sabe que se nos ha traído al umbral de la muerte con gran injusticia. No tardará en venir una inmensa calamidad para aquellos que nos han condenado sin respetar la auténtica justicia. Dios se encargará de tomar represalias por nuestra muerte. Yo pereceré con esta seguridad.” Antes que transcurriera un año se cumplió la profecía con la muerte de Felipe IV y Clemente V.

IV. 6 El fin de las beguinas

Reserva tu derecho a pensar, porque incluso pensar equivocadamente es mejor que no pensar.

Hipatia (355?-415)

Todo parecía insuficiente para mayor gloria del cristianismo: se exigía interés, diligencia, prontitud para detectar y exterminar herejes. En el siglo XIV Bernard Gui traza la **Practica Haeriticae Previtatis** donde se afirma que el inquisidor debe ser esmerado y ferviente en su celo por la fe católica, la salvación del alma y la extirpación de la herejía.

A comienzos del 1300 la institucionalización de las beguinas las había llevado a confundirse con la vida monástica tradicional. Sin embargo, persistían ciertos grupos sobre los que pesaba la amenaza de persecución por considerárselas emparentadas con los movimientos heréticos. Juan XXII en su bula *Sancta romana* se referirá a ellas uniéndolas a “los hombres de multitud profana, popularmente llamados *fraticelli*, o hermanos de la pobre vida o *bizochi* ...o conocidos por otros nombres”.

¹⁰ El insaciable Felipe confiscó asimismo los bienes de los judíos a quienes expulsó de sus dominios en un número cercano a la cien mil personas.

En la persecución despiadada de los inquisidores, cada día se agregaba una faceta más a la herejía. Una de esas razones era la inconveniencia de sostener como válida la pobreza cristiana; esto tomaría forma más tarde, en 1325, en la bula de Juan XXII *Cum inter nonnullos* donde se afirma que debe considerarse hereje a quien dijera que Cristo no tenía bienes, que Cristo era pobre. Los nuevos vientos que soplaban dejaban en mal lugar a las beguinas, con su prédica constante contra la simonía, la corrupción y la riqueza del clero. A ello cabe agregar que comenzó a tenerse por seguro que se trataba de hipócritas que decían llevar una vida piadosa cuando en verdad se entregaban a los mayores libertinajes, reviviendo así el mito patriarcal de la mujer como fuente de inmoralidad sexual.

No obstante, lo que quizá haya contribuido en mayor medida a la desaparición de las beguinas haya sido la vieja idea de Santo Tomás de que las mujeres debían tener una voz privada, no pública. En su *Manual*, Gui afirma que se reunían para leer y comentar los mandamientos, los artículos de fe, las leyendas de los santos y la Summa de vicios y virtudes. De todo ello no podían sino derivarse males, ya que “los preceptos de Dios y los artículos de fe deben ser predicados y expuestos públicamente por rectores y pastores de la iglesia y por maestros y predicadores de la palabra de Dios, no en secreto por simples laicos”. La afirmación del principio de la autoridad del poder no podía ser más categórica. A las mujeres sólo les cabía asentir y obedecer. Pero las beguinas no querían callar sino opinar públicamente, como fue el caso de Marguerite Porète.

Marguerite buscaba, como las otras místicas, la unión con Dios a través del amor. Esta percepción unitiva le permitía hablar desde su ser mujer identificándose con Dios mismo: “... yo soy su bondad, debido a mi necesidad...” Por ello, por la seguridad que le daba Cristo en sus visiones, se atreve a decir: “Teólogos y otros escribientes, no podréis comprender este libro, por brillantes que seáis, si no vais a su encuentro humildemente, y de esta manera el Amor y la Fe os harán superar la Razón porque ellas guardan la casa de la Razón.” Pero Marguerite no se limitaba a escribir sino que predicaba, actuaba, y hacía conocer por doquier el material de su libro **Espejo de las almas simples**¹¹.

Marguerite envía su libro a los doctos, a los teólogos, a todos aquellos a quienes cree que puede interesar hasta que traspasa el punto de tolerancia del clero y es citada por el tribunal de la Inquisición bajo la sospecha de promover la herejía del Libre Espíritu. Marguerite, efectivamente, creía como ellos que habiendo alcanzado ese “más” de la unión con Dios ya no se puede pecar, ya no es necesario atenerse a las virtudes tal como se enseñan porque se ha alcanzado la salvación en esta vida, vale decir, otra forma de expresar el “ama y haz lo que quieras” paulino. Esta libertad, comprometedora en sí misma a los ojos de los inquisidores, duplicaba su peligrosidad al provenir de una mujer. En consecuencia, se la exhorta repetidamente a que abandone las creencias heréticas implícitas en su libro.

¹¹ El nombre completo es **Espejo de las almas simples para quienes están aniquilados y sólo permanecen en la voluntad y el deseo del amor.**

Marguerite desobedece la sugerencia y envía el **Espejo** a tres eruditos notables, que lo aprueban. Citada por segunda vez ante el tribunal se le pide que se retracte; obstinadamente Marguerite se aferra a sus ideas por lo cual es enviada a prisión. El monje a cargo de su proceso hace llegar extractos del libro, tomados fuera de contexto, a la Universidad de París, que lo declara herético. En razón de las muchas advertencias que había recibido y su constante desobediencia se la declara “hereje reincidente” y se la condena a morir. En 1310 es entregada a las llamas de la hoguera.

Dos años después, el Concilio de Viena condena formalmente la Herejía del Libre Espíritu y la manera de vida de las beguinas. En verdad, la actitud de la iglesia hacia ellas había sido siempre ambivalente, no concediéndoles nunca el estatus de una orden. Aunque el Cuarto Concilio Laterano prohibía el establecimiento de nuevas órdenes, de Vitry logró el permiso para que continuaran algunas nuevas comunidades de beguinas. La bula papal *Gloriam virginale* de 1233 parecía respaldarlas, aunque en 1236 se ejecuta a una beguina por hereje.

Durante los años que siguieron a la condena del Concilio de 1312 las propiedades de las beguinas fueron confiscadas y se obligó muchas de ellas a casarse. El edicto de Clemente V *Cum de quibusdam mulieribus* censuraba a las mujeres “conocidas comúnmente como beguinas” que no toman los votos de obediencia ni tienen una regla que las guíe. Por otra parte considera que “parecen locas” al argumentar sobre los temas teológicos que no son de su competencia, que su santidad es “fingida” y que “inducen a las gentes simples al error.” No obstante, señala que debía permitirse vivir “en penitencia” a las beguinas “verdaderamente pías”. Por consiguiente, se procedió a disolver todos los beguinajes ortodoxos. Dado que no había quedado claro qué debía entenderse por “beguinas pías”, en 1318 Juan XXII señaló en la *Racio recta* que una beguina pía era la que se quedaba en su casa sin entrometerse en asuntos teológicos. Ese mismo año el obispo de Colonia abogaba por “la disolución de cualquier asociación de beguinas y su integración a órdenes aprobadas por el papa.” Dos años después, en la bula *Super illius specula*, encuentra graves motivos de censura en los modos y formas que tienen para hablar y moverse, por ejemplo, saludarse entre sí diciendo “bendito sea el nombre de Jesucristo”.

La persecución con fines de exterminio se define en 1421 cuando el papa Martín V ordenó al arzobispo de Colonia “buscar y destruir todos los pequeños conventos de personas que vivieran bajo el manto de la religión sin tener una Regla definitiva”.

Muchas beguinas, como Aleydis, Porète o Na Prous Bonetta, perecieron de muerte física en la hoguera. La mayoría, sin embargo, pereció de muerte espiritual consumidas en el silencio de las casas y los conventos donde se las obligó a recluirse. De este modo quedó extinguido el primer “movimiento de mujeres de la cristiandad.”¹²

¹² GEORGE DUBY t MICHELLE PERROT. **Historia de...**, op. cit. Tomo II. Art. ¿Movimiento femenino en la Edad Media? de Claudia Opitz.

El escenario medieval se fue vaciando de sus principales protagonistas por voluntad del empeño puesto por la primitiva Inquisición. Los métodos empleados distaron mucho de ser persuasivos: “Comparada con la persecución de la herejía de 1227 a 1492, la persecución de los cristianos por los romanos en los tres primeros siglos después de Jesucristo fue una actuación dulce y buena.”¹³ Asimismo, se había consolidado la hegemonía eclesiástica -excepto en Francia- y se había pospuesto por dos siglos el gran debate de la Reforma. En pro de la hegemonía del poder, el telón se volvería a descorrer sobre nuevos actos persecutorios cuyo epítome fue el gran drama de “la caza de brujas”.

¹³ WILL DURANT, *op. cit.*

CAPÍTULO V

UNIVERSIDADES Y UNIVERSO MÁGICO

Poco después de comenzar el siglo XIV se tornó evidente que se había derrumbado el antiguo sueño eclesiástico de formar un Estado europeo común en el cual los reyes estuvieran subordinados a la autoridad papal. Por el contrario, son los príncipes y las *Signoria* los que van a dejar su impronta sobre la Iglesia.

El primer paso fue la presión política que desembocó en el llamado Cisma de Occidente. Clemente V, un Papa de origen francés, llegó a sentirse tan inseguro por la lluvia de críticas que lo tenían por blanco de los romanos como para trasladarse a Aviñón. Allí permaneció la sede pontificia desde 1309 hasta 1447, año en que Gregorio XI hizo retornar el papado a Roma.

Sin embargo, la vuelta al lugar tradicional había resultado muy costosa. La elección apresurada de Urbano VI desagradó a los cardenales franceses que, el 9 de agosto de 1378 hicieron pública una declaración puntualizando la no validez de la elección de Urbano. Los Estados nacionales en franco desarrollo hicieron jugar sus propios intereses, pugnando porque fuera elegido otro Papa. La mitra suprema recayó entonces sobre Clemente VII que, el 20 de setiembre del mismo año, establece su sede nuevamente en Aviñón mientras Urbano continúa su pontificado en Roma.

La curiosa situación de una Iglesia bicéfala se mantuvo hasta 1418, llegándose por un período al extremo de la existencia simultánea de tres Papas: Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V. La incertidumbre reinaba por doquier: “La mitad del mundo cristiano consideraba herética, blasfema y excomulgada a la otra mitad...Cada bando sostenía que eran inválidos los sacramentos administrados por los sacerdotes del otro y que los niños bautizados, penitentes confesados y moribundos extremaunciados de tal modo continuaban en pecado mortal, condenados al infierno o al limbo si se morían. El odio mutuo se elevó a un fervor sólo alcanzado en las guerras más crueles.”¹

En medio de los tironeos por el poder, la Iglesia fue postergando la tarea autocrítica de limpiar la corrupción que anidaba en su seno. Antes bien, procuró ganar otros espacios en lugar de reparar las resquebrajaduras que debilitaban su estructura. Uno de esos espacios fueron las universidades.

V.1 La comunidad universitaria

¹ WILL DURANT. *El Renacimiento*. Buenos Aires, 1958.

Así como cada artesano se fue uniendo a otros hasta formar un gremio, estudiantes y profesores se fusionaron en la corporación universitaria. Ésta adquirió su autonomía en el siglo XIII, en oposición a los mandos eclesiásticos tanto como a los políticos. Va de suyo que una posición semejante no se consigue sin grandes esfuerzos, sin derramamiento de sangre, sin brutales represiones como la de 1229. En Oxford, en Bolonia, en París se luchaba por alcanzar la plena autodeterminación. Decisión, terquedad, sentido del conjunto fueron sin duda factores que permitieron acercarse a esa meta. “Pero lo más importante era que los universitarios habían hallado en el papado un aliado todopoderoso”². De todos modos, parece tratarse de una victoria a lo Pirro. “Es indudable que la Santa Sede reconoce la importancia y el valor de la actividad intelectual, pero sus intervenciones distan mucho de ser desinteresadas. Es cierto que sustrae a los universitarios de la jurisdicción laica, pero sólo para ponerlos bajo la jurisdicción de la iglesia, de modo que para lograr aquel decisivo apoyo, los intelectuales se vieron obligados a elegir el camino de la dependencia eclesiástica, contrariando así la marcada corriente que los empujaba hacia el laicismo. Es cierto que el Papa libera a los universitarios de la fiscalización local de la Iglesia... pero sólo para someterlos a la de la Santa Sede, a fin de incorporarlos a su política e imponerles orientación y objetivos.”

La enseñanza, según lo decretara Alejandro III, debía ser gratuita y al maestro se le pagaba por medio de un beneficio. “Gracias a ello el papado se aseguraba, mediante vínculos de interés, a los intelectuales condenados a solicitarle beneficios, con lo cual detenía, o por lo menos refrenaba considerablemente, el movimiento que arrastraba a aquéllos al laicado.” Los intelectuales, en cierto modo, no pasaban de ser una especie de nueva orden de la Iglesia “que los favorece para domesticarlos.”

A fines de la Edad Media la situación se revierte. Las pestes, las guerras, el desarrollo de la renta feudal -ahora con base monetaria- crean nuevas condiciones en las que el maestro universitario ya no dispone de grandes ingresos económicos, del flujo de los beneficios a los que estaba acostumbrado; por el contrario ahora acosa ferozmente a los alumnos exigiéndoles el pago de sus salarios. “Al mismo tiempo se suprime el ingreso en las universidades de estudiantes de condición modesta, que eran precisamente quienes habían constituido el fermento de las universidades.” Poco a poco los intelectuales se orientan hacia nuevos focos de riqueza: la corte de los Príncipes, los círculos de los Mecenas, sean éstos laicos o eclesiásticos. En el horizonte aparece nítidamente recortada la figura del “humanista”.

Bonifacio VIII había definido la misión de la universidad al declarar en relación a la Universidad de París: “No hemos sido llamados por Dios para adquirir ciencia o brillar ante la mirada de los hombres, sino para salvar nuestras almas.” En

² JACQUES LE GOFF. *Los intelectuales de...*, *op. cit.*. Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

consecuencia, la escolástica que se enseñaba no ponía el acento en el trabajo ni en la técnica sino que acababa en el dibujo de un laberinto de definiciones basadas en los antiguos; esto desembocaba en la fe y la razón como líneas de pensamiento divorciadas. El abismo entre la vida cotidiana y el intelectual se iba ensanchando rápidamente.

Los *umanisti*, -de *literae humaniores*- en honor de su nombre estudian la cultura clásica, las letras más humanas; en la revolución editorial que llevaron a cabo al recuperar, traducir, estudiar y comparar innumerables textos clásicos del mundo helénico y romano, terminarán con el reinado de Aristóteles, rescatando a Platón como dios del pensamiento. Asimismo, romanizan los términos del culto y la vida cristianos, se burlan del verbalismo exagerado de los escolásticos y gozan de la belleza del cuerpo y sus potencias, incluida la sexual. La teología y la moral cristianas habían dejado de ejercer dominio sobre ellos; aunque públicamente apoyaban el cristianismo, en lo privado no dejaban de verlo como un mito más en la larga serie de mitos históricos, procurando armonizarlo con la filosofía griega.

El ambiente de ese aristócrata que es el humanista “es muy distinto del afiebrado taller urbano”³: su lugar es la *Accademia*, el grupo selecto de quienes lo rodean y a quienes se dirige. Cuando Erasmo publica los **Adagios**, sus amigos exclaman: “¡Revelas nuestros misterios!” Se codea con los príncipes de la tierra que, al protegerlo, lo alejan del pueblo y sus necesidades, de enfocar la enseñanza como medio de fusionar en un conjunto armónico ciencia y técnica con las otras necesidades del espíritu. Las ciudades se le tornan lugares demasiado bulliciosos y reclama para sí el ocio campestre. No tardará en darse “un acuerdo perfecto entre la evolución económica y la social. Burgueses enriquecidos y príncipes invierten sus capitales en la tierra, en la cual hacen construir villas o palacios, modestos o lujosos, según la fortuna de cada cual. La Academia neoplatónica de Florencia se reúne en la villa de los Médici en Careggi.”

Uno de los libros más famosos del Renacimiento, **Il cortigiano**, resume el ideal social de los humanistas: la cultura refinada y la mutua consideración. Su autor, Baldassare Castiglione, se había movido en el entorno de Urbino, una corte poblada de poetas, generales, burócratas, filósofos, músicos, potentados. Este fue el marco de referencia que utilizó Castiglione en su obra: un círculo cerrado, auto-suficiente, desdeñoso, separado de la vida cotidiana de trabajo y esfuerzo. La brutalidad del saqueo de Roma demostró que no existen ínsulas desconectadas del fragoroso movimiento general. Sin embargo, el retrato del cortesano perduraría como primer esbozo de la idea de individuo que irá configurándose hasta nuestros días.

V. 2 Alquimia y astrología

³ JACQUES LE GOFF, **op. cit.** esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra

Al lado de los saberes oficiales, florecían los ocultos. Uno de ellos, la alquimia, reconoce sus raíces en Caldea y Egipto tanto como en fuentes griegas y hebraicas. Por su parte, los árabes tuvieron un lugar destacado en la historia del *ars magna*. Los sabios coptos de Egipto tradujeron los escritos griegos al árabe, desarrollándose la alquimia principalmente entre las comunidades místicas. De Oriente, a su vez, volvió enriquecida a Occidente a través de dos ramas: las Cruzadas y la influencia árabe en España.

(Figura Nro.4)

En el siglo XIII brillan en Occidente los nombres de Alberto Magno, Arnau de Vilanova, Roger Bacon y Raimundo Lulio, a los que seguirían posteriormente el de Nicolás Flamel, Basilio Valentino, Paracelso. La literatura alquímica, con sus cerradas metáforas y sus inquietantes similitudes se manifestó directamente en obras como el **Roman de la rose** o, indirectamente, en pilares de la poesía como la **Commedia** de Dante.

Todos ellos buscaban la transformación: unos, la metamorfosis espiritual, otros, la transmutación de los metales. Esto suponía descubrir los secretos de la naturaleza mediante bases científicas, prácticas. Por ello, se interesaban también en otras artes, como la medicina, la física, la mecánica. Bacon, por ejemplo, además de advertir los errores del año juliano, enunció las leyes de la óptica e inventó lentes para corregir la visión defectuosa, llegando a proponer la fabricación de telescopios y microscopios. Asimismo, fue el primer occidental que describió la fabricación de la pólvora y su posible interés bélico. Alberto Magno construyó un hombre mecánico compuesto por metales y sustancias desconocidas elegidos conforme a la disposición de los planetas y las estrellas y se decía que podía cambiar el clima a voluntad. Arnau de Vilanova, el médico, preparaba sus propios medicamentos en un laboratorio cuyo emblema era el unicornio alquímico. Su interés por la creación de seres artificiales lo condujo a experimentar en las retortas de su laboratorio hasta darle forma a un ser parecido al *golem* hebraico.

Muchos de los alquimistas eran también astrólogos. Mentees inquisitivas y curiosas, no podían dejar de interesarse sobre la supuesta influencia de los astros en la vida del hombre y en la predicción de su futuro. No obstante algunas oposiciones, la astrología tuvo más consenso que la alquimia. Si bien en los comienzos de la Edad media los teólogos vacilaron en clasificar la astrología como legítima o como un arte adivinatorio prohibido, el apoyo de Alberto Magno pero, sobre todo, el de Tomás de Aquino, la transformó en un objeto digno de estudio, siempre que excluyera los elementos de la nigromancia. Esto la hizo ganar en reputación y seriedad al punto de crearse cátedras en las universidades, siendo el título de astrólogo tan importante como cualquier otro. Lorenzo de Médicis, al restablecer la

Universidad de Pisa, no tomó ningún recaudo para implantar la astrología, pero tuvo que ceder ante el imperioso reclamo de los estudiantes.

Papas como Sixto IV, Julio II, León X o Urbano VIII se ocuparon activamente de la astrología. Cada casa, cada príncipe, tenía su astrólogo y anualmente se publicaban los *indicia* con los pronósticos para cada año y los *almanaques* con recomendaciones sobre cuándo sembrar, cuándo cosechar, cuándo casarse, cuándo emprender un viaje.

Con la excepción de Arnau de Vilanova, los demás alquimistas-astrólogos, eran clérigos. Sin embargo, esto no los salvó de ser perseguidos -no por hacer horóscopos sino por cultivar el arte hermético. Bacon fue encarcelado por hechicero. Los enemigos de Alberto Magno, al que posteriormente se hizo santo, lo difamaron sin piedad y atribuyeron su enfermedad terminal a que la Virgen lo había castigado por no estudiar teología. De Vilanova se vio obligado a escapar de París donde ya estaban encendiendo la hoguera para él.

Cualquiera de ellos podía ser acusado bajo los términos del edicto promulgado por Alejandro III que excomulgaba a los monjes que estudiaran y trabajaran las ciencias físicas y naturales por creerlas cercanas a Satanás. Su sucesor, Honorio III, extendió la excomunión a cualquier persona que estudiara medicina, física u otras ciencias naturales. Más tarde, Juan XXII expidió una bula dirigida a los alquimistas por la que se excomulgaba a todos cuantos cultivaran el arte alquímico. No obstante, personajes destacados, reyes como Eduardo II de Inglaterra y papas como Clemente V solían recurrir a sus servicios, en tanto “la Inquisición quemaba a cierto número de alquimistas, mientras los tribunales seculares condenaban a otros a ser ahorcados”⁴. Sin embargo, por la índole solitaria de estos trabajos y el beneficio que se obtenía de ellos, la persecución nunca fue sistematizada a gran escala.

V. 3 Reliquias, amuletos, talismanes y grimorios

Alquimia, astrología, adivinación: una fuerte atmósfera mágica impregnaba el ambiente culto. Sin embargo, también se respiraba ese aire a nivel masivo: el hombre cotidiano creía en los efectos benéficos de la plegaria elevada junto a la tumba de un santo o de sus reliquias para obtener la satisfacción de sus deseos.

Se esperaba que los altares se engalanaran con vestidos, cabellos, huesos o cualquier otra cosa que hubiera pertenecido a personas santas. Así, al morir Isabel de Turingia en olor de santidad, sus devotos le cortaron los cabellos, orejas y pezones para guardarlos como reliquias. Hasta el papa Alejandro VI llevaba encima diversas reliquias y la hostia consagrada porque de esta manera creía salvarse de la muerte.

⁴ SERGE HUTIN. **La alquimia**. Buenos Aires, 1962.

Multitud de personas peregrinaban a los sitios en los que estaban depositados los restos de san Martín de Tours, Francisco de Asís, Tomás Becket, donde imploraban su indulgencia o su favor. Las catedrales y abadías guardaban mil fragmentos de ropas, carne, huesos y objetos que, se decía, habían pertenecido a distintos santos; en la abadía de Saint-Denis solamente se encontraba, entre otras reliquias, un pedazo de la Vera Cruz, pañales del Niño Jesús, un fragmento del jarro donde el agua se había convertido en vino en Canaá, una barra de la parrilla de San Lorenzo, una copa de madera de San Luis, la barbilla de Santa María Magdalena.⁵

San Agustín ya se había quejado de quienes “negocian con miembros de mártires, si realmente son mártires” y el abad Guiberto de Nogent pedía en su tratado **De las reliquias santas** que cesara la manía de los relicarios. En procura de morigerar esta tendencia, el concilio de Letrán prohibió la exhibición de reliquias fuera de sus capillas y el segundo concilio de Lyon condenó la “degradación” de reliquias e imágenes.

Amuletos y talismanes de piedras, anillos, gemas, hierbas, eran usados por su poder mágico para alejar las malas influencias y atraer la buena suerte. “Probablemente la mayoría de los cristianos consideraban encantamientos mágicos la señal de la cruz, el padrenuestro y el avemaría y empleaban el agua bendita y los sacramentos como ritos mágicos capaces de producir efectos milagrosos.”⁶

No tardaron en aparecer unos manuales repletos de fórmulas, encantamientos, rituales, recetas, conjuros que llevaron el nombre de “grimorios”⁷. Los más conocidos fueron el **Heptameron**, atribuido a Pietro d’Abano, la **Clavícula salomonis** y su complemento el **Lemegeton** o “Pequeña clavícula de Salomón”, atribuido en ocasiones al mismo rey Salomón, el **Abra-Merlin** o “Libro de la magia sagrada de Abra Merlín el mago” y el **Grimorio de Honorio**, que se dice fue escrito por el papa Honorio III para lograr las cosas más preciadas -salud, dinero, amor, autoridad- a través de un gran repertorio de oraciones y fórmulas mágicas. Lo que le estaba permitido a este Papa sería, en el contexto de las brujas, otros tantos motivos de condena. Eliphaz Levi, en su comentario sobre el libro parece en principio elogiarlo: “Este grimorio no carece de importancia para los que se sienten animados de curiosidad científica.” Sin embargo, cuando alude a los principios en que se basa, afirma: “La fatalidad reina por medio de las matemáticas y no existe otro Dios que la Naturaleza. Los dogmas son los accesorios del poder sacerdotal y se imponen a la multitud para justificar los sacrificios.”

V. 4 La magia

⁵ ANATOLE FRANCE. **Vie de Jeanne d’Arc**. París, 1910-

⁶ WILL DURANT. **La edad de..., op. cit.**

⁷ Del francés *grimoire*, alteración de *grammaire*, libro mágico.

Luego de la proscripción oficial del politeísmo, “la era de la magia doctrinal quedaba cerrada por siglos en Occidente y el Imperio Bizantino”⁸. Los árabes recogen esa herencia que vuelve a insertarse en Occidente a partir del contacto, en el siglo XII, entre la cristiandad y el Oriente islámico. En lo artístico, las catedrales góticas (de *goecia*) serán la expresión en piedra de un imponente saber oculto.

La traducción de las obras mágicas árabes sedujo a personalidades como la de Miguel Escoto y los alquimistas, que “sientan las bases de una ‘magia natural’ fundada en la experiencia y las virtudes ocultas.” Esta magia natural, subdivisión de la *magia blanca* o teurgia, se aplica a la producción de fenómenos en apariencia prodigiosos valiéndose de medios puramente naturales aunque fuera del alcance del entendimiento de la mayoría de las personas. Su contraria, la *magia negra* o goecia, se refiere a las operaciones que se realizan con fines espurios apelando a entidades no angélicas sino demoníacas. Ambas se valen de la *magia ceremonial* que se ocupa de los ritos de invocación, evocación, conjuros, etc, y de la *magia talismánica*, de la que ofrecen abundantes ejemplos los grimorios, centrada en la preparación y confección de talismanes, amuletos, filtros, etc.

Se unen así dos imágenes caras al Medioevo: el hombre microcosmos, centro de un universo que se reproduce en él y la imagen del hombre-fábrica, el artesano que hace y transforma, que todo lo puede. Hildegarda de Bingen en su **Liber scivias** y su **Liber divinatorum operum** y Juan de Salisbury en su **Polycratus** habían dado completas y excelentes descripciones de esta manera de concebir al ser humano.

En paralelo a la corriente arabista, se encuentra el esoterismo de la Cábala. La palabra *qabhalah*, “tradición”, había llegado a ser de uso común durante el siglo XIII para describir dicha doctrina en todas sus formas. Las doctrinas y claves contenidas en la Cábala, aunque remitidas a los escritos judíos, se basan en enseñanzas universales que exponen de manera única. Si bien su origen es remoto, su inspiración inmediata son dos libros, el Zohar y el Sepher Yetzirah, donde un dios único e inconcebible, cuyo reino son los diez atributos (los *sefirot*) de su manifestación, domina la lucha librada entre las potencias celestes y las entidades infernales.

El sistema de la Cábala se funda en el simbolismo de los nombres, las letras y los números, ya que el Pensamientos y la Voz divinos, expresados a través de ellos, han hecho surgir todas las cosas. Esta sacralidad de la letra, de los caracteres de la escritura y los números encierra no sólo un sentido secreto sino también una virtud mágica.

La Cábala interpretativa aplica al **Antiguo Testamento** métodos exegéticos como la *gamatría*, el *notariqon* y la *temurah* con los que se pretende descifrar los arcanos del universo. Mediante el uso correcto de las palabras, las letras y las

⁸ SERGE HUTIN. **La magia**, op. cit. Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

combinaciones numéricas, a las que se atribuye un poder sobrenatural, el hombre está en posesión de un instrumento con el cual podrá obrar milagros.

El intrincado sistema de la Cábala fascinó de inmediato al hombre medieval, dándole un éxito inmenso. En lo inmediato, Raimundo Lulio, Pico de la Mirándola, Agripa de Nettesheim y Paracelso no dudaron en incorporar a sus especulaciones esta mística-práctica que se hallaba a medio camino entre lo religioso y lo esotérico. A largo plazo, se continuarán utilizando hasta nuestros días fórmulas, símbolos, palabras y formas de la Cábala como forma de evocación o de protección.

V.5 Las prohibiciones oficiales

La sociedad cristiana siguió fielmente la tradición greco-romana en la represión de la magia como uso de fuerzas sobrenaturales. Heráclito y Jenófanes habían ridiculizado la idolatría en tanto las **Leyes** de Platón condenaban la aparición de cultos mágicos; en Atenas, se llegó incluso a promulgar una ley que prohibía la magia, castigando su práctica con la pena de muerte. Los romanos libraron una enérgica lucha contra la magia que no estuviera contemplada dentro de la religión establecida. Así, la Ley de las Doce Tablas prohíbe el “encantamiento de los frutos de la tierra ajenos” tanto como las fórmulas dirigidas contra las personas: “cantar un mal canto o provocar un envenenamiento”⁹

Asimismo, en el Derecho Romano de la época del imperio se castigaba con la pena de muerte a quien hubiera consultado a un provicero acerca de la salud del emperador. Y lo mismo regía para los hechiceros. Un jurisconsulto, Ulpiano, informa que se fue desarrollando para entonces una terminología para la magia, entendiéndose por *caldeos* o *astrólogos* a quienes se dedicaban a las artes matemáticas, como los persas y caldeos, los que debían ser azotados y expulsados del país por cuanto eran una “astuta impostura” y una “persuasión por obstinación”.

En otra etapa romana, un edicto de 139 prohíbe residir en Italia a los astrólogos y a quienes trataban de averiguar el porvenir examinando las estrellas en tanto nada se dice de los *matemáticos* porque sólo se ocupaban de simples provicerías sin detenerse a analizar las estrellas.

En el Código Justiniano y el Teodosiano se encuentran las disposiciones contra la magia consideradas como delito común. El Rescripto de los emperadores Diocleciano y Maximiano, aun cuando admiten que es de interés público aprender y ejercitar el arte de la geometría, agrega que está absolutamente prohibido “el reproducible arte matemático”.

Se decía que los magos mataban especialmente mujeres embarazadas y niños pequeños para ser utilizados como método de averiguación del porvenir o de cita

⁹ TITO LIVIO. **Historia**. Madrid. 1902. Libro 8.

con el espíritu de los muertos. Constantino Magno prohibió entonces toda clase de magia, afirmando que “debe ser castigada y con razón reprimida por severísimas leyes la ciencia de los que, instruidos en las artes mágicas, maquinan contra la salud e los hombres, o que inclinen a la liviandad ánimos pudorosos”; asimismo prohibía la consulta a matemáticos, astrólogos o proviceros, considerando que dichas personas eran “depravadas”.

El Rescripto de los emperadores Valentino, Teodosio y Arcadio instaba a desenmascarar públicamente al que, siendo hechicero, atentaba contra la salud pública. Valentiniano extendió las disposiciones penales a los conductores de carros que hicieran ingerir pócimas a sus caballos para obtener la victoria. Por último, el emperador León habla de la pena de los encantadores que debía asimilarse a la de los apóstatas, esto es, la muerte.

La Iglesia siguió esas huellas y lanzó numerosas prohibiciones. Sin embargo, fueron los sínodos los primeros en atacar el uso de la magia. El sínodo de Laodicea consideró la hechicería y la provicería como idolátricas, prohibiendo a los clérigos, so pena de excomunión, que fueran astrólogos, hechiceros, etc. así como que llevaran amuletos. Las leyes civiles como el Codex Wisigothorum o la Lex Baiuwariorum castigaban a quienes practicaran las artes mágicas y el Concilio de Paderborn del año 785 llegó hasta el castigo de la pena de muerte para los que creyeran en la magia. Gregorio III “prohibió los sacrificios a las fuentes y a los árboles, los maleficios, la adivinación; prevé penas y castigos proporcionados a los crímenes. Las Capitulaciones de Carlomagno y sus sucesores arman el brazo secular contra los magos.”¹⁰

Sin importar las prohibiciones y castigos, la magia volvió a florecer a partir del siglo XII. Sin embargo, un elemento que ya formaba parte del cuadro va a sobresalir con una fuerza hasta entonces desconocida: el diablo. Los filósofos, canonistas, jurisconsultos de la época, fascinados por su figura, van a enseñar y cimentar la demonología. “Según Reiche, nacieron en los tiempos de los *canonistas* muchos cuentos acerca de las alianzas del diablo con los magos, según los cuales el diablo podía trasmutar al hombre en mago y concederle el poder de curar enfermedades.

Mucha más influencia ejercieron los jurisconsultos *glosadores* sobre el desarrollo de la creencia en la magia...fueron ellos los que confirmaron la posibilidad de las malas maquinaciones del diablo con respecto a los hombres y la existencia de la magia, *considerando crímenes los distintos hechos relacionados con la actividad de la magia*. Sostenían que la magia era una especie de atentado de lesa majestad divina, y, por eso, los reos de tal delito podían ser sometidos a tortura aun en casos de ‘leves sospechas’.

¹⁰ SERGE HUTIN, *op. cit.*

La creencia en la posibilidad de una alianza de los hombres con el diablo así como en que el diablo otorgaba facultades sobrenaturales a algunos seres humanos, provocaron el comienzo de *la persecución criminal de las personas presuntas de haber celebrado pacto con el diablo, con el fin de cometer hechos sumamente dañosos para los demás hombres*”¹¹

¹¹ LADISLAO THÓT. Los procesos criminales contra las brujas, en **Humanidades**. Tomo XIII. La Plata. 1926.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO VI

DEFINICIONES Y PACTOS DIABÓLICOS

Nada en este mundo es inmutable: todo va cambiando, transformándose, no sólo por sí mismo sino por influencia de cuanto lo rodea. La brujería no es la excepción. Cada época y cada latitud la han explicado conforme a la cosmovisión vigente en ese entonces, dándole diferentes alcances y funciones. En consecuencia, en la actualidad su denotación difiere de lo que significaba en los tiempos oscuros y en éstos era distinta de lo que se entendía en la antigüedad clásica.

Entre las mal llamadas culturas primitivas, los nyabusa de África conciben la brujería como una obsesión por la comida en tanto que los pondo la asocian con una preocupación excesiva por la sexualidad. Los lovedu creen que se transmite a las niñas mediante la leche materna y la tribu pondo denomina a la brujería “la serpiente de las mujeres”. Los ge de la Costa de Oro creen que las brujas tienen un gran poder mental. Los navajos estaban persuadidos de que la bruja era un personaje imaginario, adecuado para odiar y temer.¹ Evans Pritchard, al traducir la palabra azande *mangu* por “brujería” la coloca en el terreno de lo intangible ya que *mangu* era la emanación psíquica de una sustancia que se encontraba en el estómago del brujo o la bruja y que se heredaba por línea paterna en el caso del varón y por línea materna en el de la mujer. Esto lo lleva a afirmar que la brujería es “una ofensa imaginaria (pues es imposible). Una bruja no puede hacer lo que le atribuyen y carece, en verdad, de existencia real.”²

¿La bruja tiene una existencia ficticia o verdadera? Entre la respuesta afirmativa o la negativa a este polémico interrogante muchas veces medió la misma distancia que entre la vida y la muerte.

VI. 1 Las precisiones

En las sociedades históricas, la condena social cayó tempranamente sobre la figura de la bruja. Tanto griegos como romanos las acusaban de “extranjeras”, siendo esto un verdadero juicio condenatorio. En la Grecia clásica se decía que las tesalonienses, amantes celosas y bravas, solían recurrir a los ardidés mágicos para obtener lo que deseaban. Sus artes eran tales que su sola mención atemorizaba a los hombres. Sus poderes superiores podían transformar a un varón en animal y, en mayor escala, “rebajar la bóveda del cielo, suspender en los aires la tierra, disolver las montañas, invocar a los poderes infernales, hacer descender sobre la tierra a los

¹ CLYDE KLUCKHOLM. *Navajo Witchcraft*. Nueva York, 1944.

² E.E. Evans Pritchard. *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*. Oxford, 1937. No obstante, Pritchard le concede a los magos la posibilidad de dañar.

dioses, oscurecer la tierra o iluminar hasta el Tártaro”³. En cambio Teócrito se detiene en la bella Simeta de Alejandría que, por un amor perdido, se entrega a conjuros y encantamientos para recuperar la pasión esquiva de su amado.

Plutarco alude al éxito de Aglaónice, experta astróloga que predecía sin equivocarse los eclipses lunares. Horacio hace una feroz descripción de las brujas en ejercicio de sus artes; en una escena, que llegaría a ser clásica del *sabbath* medieval-renacentista, Canidia, Saga, Vedia y Folia⁴ componen un cuarteto espeluznante dispuesto a sacrificar a un niño impúber. El odio de Horacio, sin embargo, se dirige especialmente contra Canidia, a la que cita repetidas veces.

Tácito narra la historia de Martina y la de Samantha, que obra hechizos para las pasiones no correspondidas y Propertio menciona a una alcahueta corruptora de jóvenes, Acántide, a la que describe con saña, deteniéndose en “sus escasos cabellos”, su mugre y sus esputos con sangre que chorreaban “entre sus mellados dientes”. Luciano, por su parte, hace referencia a la dama Mellita, una bruja vieja y malvada capaz de destilar licores para obtener el amor varonil. En la misma línea se encuentra Dipsas, la hechicera que retrata Ovidio, no poniendo en duda su habilidad para conjurar espíritus, adoptar forma de pájaro y realizar excelentes trabajos de necromancia.

En Roma, Meroe y Micale formaban un terceto capaz tanto de convertirse en animales como de volar por los aires o resucitar a los muertos. Las *tabellae defixionum* han quedado como prueba de sus muchos encantamientos. Julio César, al relatar las costumbres de los germanos, se detiene en las que llama “sacerdotisas de cabellos grises”. Estas mujeres, vestidas de blanco y ceñidas con un cinturón de bronce, acompañaban a los soldados a la batalla para presagiar la suerte que correrían efectuar los oráculos y animar a los guerreros. El general romano no puede sino mostrar un hondo respeto por estas brujas que caminaban sobre la áspera tierra con los pies desnudos.

En el **Antiguo Testamento** todas las referencias a la brujería son prohibitivas o condenatorias. “No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilegio, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos.”⁵ En referencia a Menasés se dice “Y pasó a su hijo por el fuego, y se dio a observar los tiempos, y fue agorero, e instituyó encantadores y adivinos, multiplicando lo malo ante los ojos de Jehová”⁶ Y explícitamente se afirma: “Ay de aquellas que cosen vendas mágicas para todas las manos y hacen velos mágicos para la cabeza de toda edad,

³ APULEYO. **El asno de oro**. Barcelona, 1997.

⁴ Es interesante ver la significación de estos nombres. En la etimología de Canidia se encuentra *canis*, “can”, una de las cabezas de Hécate; Sagana es palabra que recuerda el olfato del perro y el verbo “presagiar”; Vedia es vocablo que deriva de Védicas, designación de Plutón y folia tiene reminiscencias de cortesana.

⁵ **Biblia de Jerusalén**. Madrid, 1975. Éxodo. 22.17

⁶ **Ibid.** II Reyes. 21.2

para cazar las almas”⁷ “No comeréis cosa alguna con sangre. No seréis agoreros ni adivinos”⁸. En el episodio de Endor, Saúl disfrazado, consulta a una bruja y ésta se niega a dar una respuesta alegando que teme perder su vida ya que es fama que Saúl barrió de la tierra a los evocadores y adivinos. A la hora de la condena, los dos sexos son iguales: “Y el hombre o la mujer que evocara espíritus de muertos o se entregara a la adivinación, ha de morir; serán apedreados; su sangre será sobre ellos.”⁹

En ocasiones, se asocia la brujería a la libre sexualidad sin trabas. En referencia a Jezabel, la hija del rey de Sión, la respuesta a Joram es: “¡Qué paz (puede haber) con las fornicaciones de Jezabel tu madre, y sus muchas hechicerías!”¹⁰ Y la misma asociación aparece en Nahum al describir a Nínive: “...la multitud de fornicaciones de la ramera de hermosa gracia, maestra en hechizos, que seduce a las naciones con sus fornicaciones.”¹¹ Por ello, ya en el Éxodo, el juicio había sido terminante: “A la hechicera no dejarás viva”¹²

En los **Evangelios Apócrifos** se atribuye a las mujeres ser dueñas del arte de los hechizos y van aún más lejos al afirmar que los ángeles las hicieron depositarias primeras del saber brujo. Esto ocurrió cuando “cada uno (cada ángel) escogió una (hija de los hombres) y les enseñaron los encantos y los encantamientos y les enseñaron el arte de cortar las raíces y (la ciencia) de los árboles.”¹³ Rubén, por el contrario, culpa a las mujeres de ser quienes, con su brujería, enamoraron a los ángeles con los que engendraron a los *nefilim*.¹⁴

En el **Nuevo Testamento** existe una condena tácita a todas las prácticas mágicas. Así, hallándose Saulo frente al mago Elimas le demanda: “Tú, repleto de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no acabarás ya de torcer los rectos caminos del Señor?” Y, fastidiado, deja caer sobre él la maldición: “Te quedarás ciego y no verás el sol hasta un tiempo determinado”¹⁵. Sin embargo, queda explícito que existe un doble código de valoración para juzgar las acciones, una doble denominación llamándose “encantamiento” o “milagro” según quien las lleve a cabo. En el episodio de los judíos exorcistas, por ejemplo, “Dios obraba por medio de Pablo milagros no comunes, de modo que bastaba aplicar a los enfermos los pañuelos o mandiles que había usado y se alejaban de ellos las enfermedades y salían los espíritus malos.”¹⁶ Al intentar lo mismo los

⁷ **Ibid.** Ezequiel. 13. 17-23.

⁸ **Ibid.** Levítico. 19.26

⁹ **Ibid.** Levítico.20.17

¹⁰ **Ibid.** II. Reyes. 9.22.

¹¹ **Ibid.** Nahum. 3.4

¹² **Ibid.** Éxodo. 22.17. El femenino *mekasefa* que emplea no deja dudas sobre la persona que se condena.

¹³ **Libro de Henoch**. Barcelona. 1999.

¹⁴ **Testamento de Rubén**. 5. 5-6. Edición de Kahana

¹⁵ **Biblia de...**, **op. cit.** Hechos de los Apóstoles. 13. 10-12

¹⁶ **Ibid.** 19.11-12

exorcistas ambulantes, el hombre poseído se arroja sobre ellos, haciéndolos huir llenos de heridas. Al ver lo ocurrido “muchos de los que habían creído venían a confesar y declarar sus prácticas. Bastantes de los que habían practicado la magia reunieron los libros y los quemaron delante de todos.”¹⁷

El estado de brujería se emparenta con las peores faltas: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicería...”¹⁸ Por ello, son condenados para toda la eternidad: “los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicadores y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”¹⁹

El universo ideológico judeo-cristiano continúa así, con represiones y castigos, la ruptura comenzada en Egipto entre las religiones de corte monoteísta y los viejos cultos lunares. En las leyes que Toth le dio a Manu en Egipto, Shasmash a Hammurabi en Babilonia, Ahura Mazda a Zaratustra en Persia, en las tablillas de Dionisos para los griegos, en las leyes de Numa Pompilio y, finalmente, en los preceptos hebreos, en los relatos del evangélicos, se fue consolidando el repudio a las viejas creencias de la fertilidad y, por ende, a todo aquello que se relacionara con la esfera de lo femenino.

Las palabras reflejan el mutable sistema de ideas y creencias que las sustentan. Por ello, varía la concepción de brujería, confundiéndola y asimilándola a otras manifestaciones. Así, por ejemplo, la palabra usada para la bruja de Endor es *ba'alath*, esto es, la dueña de un espíritu familiar o talismán que, al ser traducida al latín resultó *mulier habens phytonem*, una mujer que se vale del espíritu oracular de una pitón. En el mismo sentido va la otra palabra que se usa para brujería: *gesem*, “adivinación”. La bruja de Saúl, como la de Hechos, es una poseída por el espíritu de adivinación como aquella dama nocturna que originalmente hablaba por intermedio del poder del oráculo de Delfos, corporizado en una serpiente Pitón. La terrible condena a la bruja del texto hebreo de Éxodo se convirtió en la Vulgata latina en *Maleficos non patieris vivere* “No permitiréis que vivan los maléficos”. Este término, *maleficus*, se transformó a su vez, en equivalente de malignidad diabólica, de bruja. Otro término latino, *veneficium*, por el uso de las pócimas o venenos, acabó por traducirse como envenenamiento o hechicería; en cambio, en los tiempos previos a la brujomanía a las hechiceras se las denominaba *bellas damas* por su uso de la belladona para curar enfermedades.

VI.2 La polémica entre la realidad y la ficción brujeril

¹⁷ **Ibid.** 19. 18-19

¹⁸ **Ibid.** Gálatas. 5.19

¹⁹ **Ibid.** Apocalipsis. 21.8

Un texto, llamado *Canon Episcopi*, cobró notoriedad en el siglo IX, aunque se suele atribuir a un concilio celebrado en Ancyra en 314. Recogido en diversos textos²⁰ dice así: “Algunas mujeres malignas, convertidas a Satanás y seducidas por las ilusiones y fantasmas de los demonios, creen y profesan que junto con Diana cabalgan por la noche ciertas bestias, con una innumerable multitud de mujeres, atravesando inmensas distancias, obedeciendo a sus órdenes, tal como si fuera su dueña, y evocadas por ella en ciertas noches...Por consiguiente, los sacerdotes deben predicar en todas partes que conocen la falsedad de todo esto y que tales fantasmas los envía el Espíritu del Mal, que las engaña en sueños.”²¹ Esto concordaba con los Padres de la Iglesia que llamaban a las brujas *ficticias*, *simulatrices*, *máscaras*, *sortilegios*, dando a entender que se trataba sólo de ardides, trucos o artimañas con que se pretendía engañar a las gentes, lo cual difería bastante de la firme creencia en la potestad de las brujas que mostraba la *Lex Salica* del siglo VI.

San Agobardo, en el siglo IX, intentó disuadir al pueblo de su creencia en que las brujas podían producir el granizo y el trueno en su obra **Contra insulsam vulgo opinión de grandine et tonitrus**.

En el siglo X, eran corriente los relatos españoles sobre las “consejas de mujeres”, donde se suponía que las brujas, seducidas por el diablo, viajaban por el aire montadas en caballos fabulosos en pos de la diosa Diana. Un siglo después, en **De ecclesiasticis disciplinis**, atribuido a Regino de Prüm, en la sección 364 se critica a aquellas mujeres que “seducidas por ilusiones y fantasmas de demonios, creen y abiertamente profesan que en plena noche viajan sobre ciertas bestias junto con la diosa pagana Diana y una cantidad innumerable de mujeres y que en estas horas de silencio vuelan sobre vastas expansiones de terreno y la obedecen como señora.” Ilusiones y fantasmas, como San Agustín había supuesto que eran las obras brujeriles, quien luego de dudar sobre la posibilidad física de que tales cosas ocurrieran, conjetura que el diablo sume a los hombres en un “ensueño imaginativo” que les hace ver lo que en verdad no ocurre.

Lo cierto es que las brujas siguieron existiendo y eran temidas y consultadas. Se las creía capaces de suscitar amor u odio mediante hechizos y encantamientos, de dañar mediante el mal de ojo, de matar a distancia o producir sequías y tormentas. Bernardo de Ratisbona, por ejemplo, “creía que irían al infierno más mujeres que hombres, por haber tantas mujeres que practicaban la hechicería: ‘conjuros para obtener marido, para el matrimonio, para el parto, para el bautismo...es maravilla que los hombres no pierdan el juicio con los monstruosos hechizos que las mujeres practican en ellos’.” La bula *Vox in Roma* de 1233 convierte en canónica la existencia del diablo y las brujas.

²⁰ En los *Capitulares* de Carlos el Calvo, en los textos de Regino, abad de Prüm y en los *Decretales* del obispo de Works.

²¹ H.C. LEA. *A History of the Inquisition of the Middle Ages*. Nueva York, 1888.

El **Policrates** del siglo XII recoge el rumor que se había esparcido en Inglaterra de que existían encuentros de mujeres donde se efectuaban matanzas de niños. Atribuye esto a que el diablo insufla el error en algunas mentes que “afirman...que una Noctiluca o Herodiade convoca como soberana de la noche asambleas nocturnas en las que se hace festín y se libran los asistentes a toda clase de ejercicios...ciertos niños son sacrificados a las lamias, cortados en trozos y devorados con glotonería, después echados y por misericordia de la presidenta vueltos a sus cunas.”²²

Poco a poco comienzan a ser publicados cuentos y relatos sobre las brujas y el diablo emanados de la imaginería popular; en ellos puede discernirse que el péndulo del interrogante sobre la brujería se iba inclinando con lentitud hacia una respuesta positiva, estableciendo una importante diferencia entre magia y hechicería por un lado y el arte brujo por otro. En 1337 se publica el **Formicarius** de Johannes Nider donde aparece por primera vez una descripción detallada de la brujería; este relato, según sus propias palabras, lo obtuvo de Peter de Bruyères, un juez secular que la había oído de las propias brujas a las que mandó torturar y del marido de otra, que de este modo pretendía obtener la absolución a sus pecados. Mientras tanto, la escolástica desarrollaba con miles de argumentos la idea que era más probable la existencia de brujas que de brujos, que las brujas se sometían a los deseos sexuales de Satanás y que existían espíritus demoníacos que cohabitaban con mujeres, los íncubos, y otros que tentaban sexualmente a los varones, los súcubos, siendo la cantidad de éstos proporcionalmente menor que la de aquéllos. Molitor, en su diálogo sobre las brujas y adivinas, ante la pregunta “¿Cómo pues las brujas afirman que pueden realizar prodigios tales como turbar el aire, desencadenar tempestades y causar enfermedades a los hombres?”, responde, “A lo menos, esas mujeres imaginan, en su estupidez, que son capaces de hacerlos, y su propia credulidad las engaña”.²³

Santo Tomás será el encargado de formular la condena teológica a la brujería. En oposición total a las ideas que sostenían su irrealidad, Aquino asevera que, para la fe católica, “los demonios son algo” y que el aire está lleno de ellos; luego procede a enumerar los males que causan, entre otros, “impedir la cópula carnal” puesto son ellos los que copulan frecuentemente con humanos y hasta llegan a tener descendencia. Asimismo, les prestan su ayuda a las brujas que, de otra manera, no podrían volar por el aire. Sostuvo firmemente que la herejía era pecado, y que cualquier pacto con el demonio era fruto de un error criminal, que debía sancionarse.

El libro más elocuente, sin embargo, es el **Malleus Maleficarum** cuyo subtítulo es más que revelador: “Para golpear a las brujas y sus herejías con poderosa maza.”

²² JUAN DE SALISBURY. **Policrates**. Madrid, 1983.

²³ ULRICO MOLITOR. **De las brujas y adivinas**. Buenos Aires, sin fecha de impresión.

En consonancia con esto, lo primero que advierte es que “el predicador debe encontrarse armado contra ciertos argumentos laicos e incluso de ciertos expertos que niegan de algún modo que existan brujas”.²⁴ En este extenso tratado se informa una y otra vez que las brujas son reales, “que no son simples herejes, sino apóstatas e incluso más.” Los autores, apoyados en palabras de San Agustín y otros Padres de la Iglesia tanto como en fuentes no católicas como Avicena o Aristóteles, aseguran que difiere de otras herejías porque “implica la locura de un pacto explícito, jurado y firmado para burla del Creador” nada menos que con el demonio. Peor aún “el diablo no puede hacer nada aquí abajo sin brujos”; en consecuencia, “todas sus obras, incluso las buenas en sí mismas, deben ser consideradas claramente como malas.”

VI.3 Los asaltos diabólicos

Príncipe de las Tinieblas y la Muerte, Príncipe de este mundo, Príncipe del mal. La alta jerarquía del diablo, su carácter mayestático se patentizaba en los nombres que se le atribuían. Él, el único, era también el múltiple adalid de legiones de demonios. Es mentiroso y transformista: puede presentarse bajo la forma de gato, perro o cualquier otro animal. Sus artes desconocen las fronteras entre la vida y la muerte, ya que “los diablos pueden usurpar los cuerpos de los muertos o recrear para sí, del aire y demás elementos, un cuerpo palpable como los de carne, y pueden conferirle movimiento y calor por un acto de voluntad.”²⁵

Martín de Braga había asegurado en el siglo VI que toda la naturaleza estaba habitada por espíritus femeninos, esto es, demonios, que luego se masculinizaron. Estas *bonae mulieres*, que rondaban de noche, con el tiempo se transformaron en brujas. Sin embargo, los demonólogos coincidían en que, como ángeles carentes de sexo, podían adoptar el que quisieran. Como ícubo -varón- o súcubo -mujer- el diablo atormentará los días, y sobre todo las noches, de muchas limpias conciencias cristianas. Gran tentador, los Padres del desierto lo conocieron de tal guisa; así San Antonio lo vio primero como una horda ladradora, luego como una hermosa mujer y por último como un efebo negro que dijo ser “el espíritu de la fornicación”. Y similares tentaciones sufrieron San Jerónimo, Santa María Egipcíaca, San Simón, que mortificaban su carne a la que mantenían cubierta de suciedad para repeler los asaltos demoníacos.

San Hipólito, san Hilarión, Santa Margarita, se encontraron en trances similares y Gerberto de Aurillac, que luego sería el papa Silvestre II, tuvo por compañera a un súcubo por muchos años -Meridiana, que así se llamaba, le transmitió muchos de

²⁴ H. KRAMER y J. SPRENGER. **El martillo de las brujas**. Madrid, sin fecha de impresión. Salvo afirmación en contrario, las siguientes citas pertenecen a esta obra.

²⁵ FRANCESCO MARÍA GUAZZO. **Compendium Maleficarum**. (Florenca, 1878). Ed. Montague Summers, 1929

los conocimientos que harían lucirse enormemente a Silvestre-. Otro papa, Sixto IV, condenó en 1474 a los monjes que dijeran que no había daño en extraer conocimientos de los demonios. Un estadista y reformador como Savonarola, que con encendido verbo increpara a la Iglesia por sus riquezas, afirmando que en Roma los “hombres y mujeres son convertidos en ramera”, personificó en voces satánicas las tentaciones de la carne y la riqueza que denunciaba.

Nider afirma que entre las prostitutas que dieron placer a los prelados asistentes al Concilio de 1414, había una que confesó ser un súcubo que ganaba mucho dinero al servicio del diablo. Y en el **Malleus Maleficarum** se cuenta el caso de una monja que había recibido la visita de un íncubo bajo la apariencia del obispo Sylvanus. Íncubos y súcubos eran conocidos desde la antigüedad: Rómulo y Remo, Alejandro Magno, Escipión el Africano, el padre de Guillermo el Conquistador son algunos de los muchos personajes ilustres que, se decía, habían sido engendrados por súcubos.

El diablo estaba a la vista, pero también podía ubicarse en el interior del hombre: los posesos aparecen desde muy temprano, desde el **Antiguo Testamento** y aún más atrás. Y, junto con la enfermedad, el remedio del exorcismo. Bajo una u otra forma ritual, quitar los demonios del cuerpo acompañó al hombre desde las tribus primitivas hasta la cultura contemporánea. Los íncubos y súcubos que perturbaban a los cristianos resultaron ser especialmente rebeldes al tratamiento; tal como lo asegura un experto de la época “no obedecen a los exorcistas, no temen los exorcismos, no manifiestan el menor respeto por las cosas sagradas, ante cuya proximidad no sienten el menor miedo.”

“Se le atribuye al papa San Gregorio Magno la historieta, tan famosa y repetida con mil variantes y adornos, de una monjita que, bastante descuidada, se comió una hoja de lechuga sin bendecir con la señal de la cruz; pero sucedió que el diablo estaba escondido en los repliegues de la lechuga y pudo introducirse en la desprotegida mujer. Según una versión, el diablo resistía todos los intentos de exorcismo, aduciendo que él no tenía la culpa de que la monjita hubiese olvidado tan elemental precaución.”²⁶

VI. 4 El contrato diabólico

Luego de un largo sueño de varios siglos, los italianos del Norte creyeron llegado el momento de despertar al espíritu de la vida y el arte romanos. A ese movimiento lo llamaron *Rinascita*, “Renacimiento”, término que empleó por primera vez Vassari en 1550.

El comercio de mercaderías traídas del Este, la explotación de los trabajadores, el desarrollo bancario, los préstamos e inversiones coadyuvaban para que ascendiera la clase media y circulara un excedente de dinero que podría comprar talentos y

²⁶ ROGER BAKER. **El diablo y los exorcismos**. Buenos Aires, 1981.

ayudar a desarrollarlos. Las traducciones de los clásicos, la expansión del conocimiento, voces disidentes y críticas como la de Savonarola, engendraron dudas sobre la verdad de los dogmas católicos. Este ambiente de incertidumbre y cambio generó el fermento del que emanaron obras maestras.

En lo político, se selló un nuevo pacto social con el adelanto de las repúblicas italianas. Las conspiraciones entre familias por el gobierno, las luchas por el poder y el dinero, las pujas intestinas fueron creando una atmósfera donde ya no era el cielo lo que preocupaba sino entender y maniobrar lo que sucedía en la tierra. Mediante sutiles alianzas y abiertas adquisiciones, se compra la opinión de los letrados y el genio de los creadores. Del mismo modo, se venden los cargos eclesiásticos y se comercian las indulgencias. El diablo, tan próximo a los hombres, ¿no podía acaso convertirse en aliado o enemigo?

La cercanía de los hombres con el diablo -o los diablos- tuvo dos ramificaciones; por un lado, comenzó a verse a todo enemigo como una encarnación del mal, del demonio; por el otro lado, se desarrolló fuertemente la creencia en la posibilidad de una alianza con el diablo en la cual éste le otorgaría al hombre facultades sobrenaturales o la posesión de lo que quisiera a cambio de la entrega total a su potestad.

Hasta el siglo XI, la creencia generalizada era que los demonios podían ser llamados al servicio de alguien mediante combinaciones de palabras, de piedras, de huesos, de ademanes. Poco a poco esto se modificó, llegando a aceptarse que había ciertas personas que podían celebrar un pacto con el diablo. Conforme a esta nueva manera de apreciar las cosas, la magia se dividía en dos clases: la magia propiamente dicha, que consistía en obligar por ciertos medios a los espíritus a prestar su ayuda y la llamada brujería, esto es, la que celebraba un acuerdo con el demonio.²⁷

Estas ideas determinaron que se iniciara de inmediato la persecución criminal contra las personas sospechadas de poseer facultades mágicas adquiridas mediante el pacto. En verdad, los bogomilos, paulicianos, cátaros y demás heréticos nunca estuvieron excluidos de la sospecha de tener trato con el diablo. Pselo, un escritor del siglo X, decía en su libro **Sobre las operaciones de los diablos** que los heréticos se reunían de noche, a la luz de una vela, para convocar a los demonios. Cuando finalmente éstos hacían su aparición bajo la forma de animales, se apagaban las luces y los adoradores se entregaban a una orgía de sexualidad entre sí y con los diablos invocados. Sin duda en la misma línea de pensamiento, el papa Gregorio IX dirigió en 1233 una carta a los obispos de Alemania en que los urgía a perseguir las herejías, dando como fundamento, entre otras cosas, que en sus ritos de iniciación eran recibidos por “una especie de rana” o un escuerzo al que besaban impúdicamente en el trasero o dejando que el animal les pusiera su lengua y su saliva en la boca. Luego el iniciado iba al encuentro de “un hombre de

²⁷ Cf. J.C. GRAFF. *Versuch einer Geschichte der Criminal Gasetzgebung in der Steiermark*. Grätz, 1819.

extraordinaria palidez, con profundos ojos negros y tan delgado que su piel parecía estirarse sobre sus huesos”. Más tarde los adoradores se sentaban a la mesa, y un

(Figura Nro. 5)

gran gato negro salía de una estatua y cada uno de ellos, según su dignidad, le besaba el trasero. Más tarde se entregaban a una orgía general. En procura de poner fin a estos desórdenes, envió a Alemania al monje Conrado de Marburg como primer inquisidor con amplias facultades para perseguir a los heréticos, “entendiéndose bajo esta denominación también a los que habían celebrado un pacto con el diablo”.²⁸ Los que fueran encontrados culpables, debían ser quemados de inmediato. Esto se vio reforzado por una célebre ley de aquella época llamada Espejo Sajónico que establecía la pena de muerte para los hechiceros y brujas.

Nadie parecía estar exento de ser acusado de pactar con el diablo. Cuando se quería perjudicar a un personaje de nota, cuando se pretendía dañar una reputación, pronto aparecía la acusación. Hasta el papa Bonifacio VIII fue acusado luego de su muerte de haber cometido los pecados de apostasía, asesinato y sodomía por su contrato con el diablo que lo obligaba a tratar de provocar la ruina del pueblo cristiano. Tal como iba resucitando el espíritu griego, el derecho canónico resucitó los planteamientos del derecho romano en cuanto a la brujería, endureciendo por consiguiente su posición. Así, el papa Alejandro IV en una bula de 1259 dirigida a los franciscanos, ratifica la tortura establecida por Inocencio IV y, además, faculta a los inquisidores para que se hicieran cargo de todo caso de hechicería que implicara herejía, aun cuando les pedía abstenerse cuando no era posible ligar brujería con herejía, esto es, si no se podía aplicar la pena de muerte, era preferible dejarla en otras manos. Los monjes carmelitas de Bolonia se atrevieron a afirmar que no había nada malo en aprender de los demonios. El Papa Sixto IV no tardó en condenar esta manera de ver las cosas.

Paso a paso se avanzaba en la identificación de herejía, arte brujo y pacto con el diablo. En 1398 la Universidad de París formuló una declaración donde se sostenía que la práctica de maleficios mediante pacto con el diablo debía considerarse herética. En las primeras décadas del siglo XIV un inquisidor, Bernard Gui, hace alusión a las brujas en su **De sortilegis et divinis et invocatoribus demonorum** en el sentido que debe prestarse atención a esas mujeres que vuelan de noche. Hacia la mitad de ese mismo siglo, Nicolás Eymerich, que luego sería el gran inquisidor del reino de Aragón, se ocupó en su **Directorium Inquisitorum**, de enumerar a los heréticos, proviceros y a los que tienen tratos con el diablo que, aseguraba, deben ser quemados todos, según el ejemplo de Sodoma y Gomorra. Asimismo, establece tres tipos de brujería, conforme a tres modos de invocar al diablo y, en oposición al

²⁸ Conrado de Marburgo murió el 30 de julio de ese mismo año en camino al cumplimiento de sus deberes.

Canon Episcopi, cree que las mujeres son capaces de volar, como en el cortejo de la diosa Diana.

Eugenio IV había instado a los inquisidores a detectar la brujería y, en 1445, “impulsó a un ataque contra ‘estas gentes que llaman vulgarmente *stregones* (brujas) o *vaudios*.’ El esfuerzo de la Inquisición por suprimir a los *vaudios*, que se habían concentrado en Francia, fue realmente el primer paso de la persecución de las brujas a nivel continental.²⁹

“En 1458, el inquisidor Jacquerius sostuvo la tesis de que las brujas de la época no tenían nada en común con las anteriores: eran una raza completamente nueva, perteneciente a una sociedad secreta recién creada. Se suponía que ahora las brujas asistían físicamente -y no sólo en sueños o imaginación- a los sábados diabólicos para unirse personalmente con Satanás.”³⁰

Una bula llamada *Summis desiderantes affectibus*, expedida el 5 de diciembre de 1484, dio el marco legal definitivo a la caza de brujas. El origen inmediato de la promulgación de este documento fue la necesidad de convencer al clero de Alemania de apoyar a los inquisidores Heinrich Kramer y Jacob Sprenger en la erradicación de la brujería. En su parte inicial expresa, entre otras cosas, “que toda la depravación herética debe ser desterrada de los territorios de los fieles” y que espera que sea cumplido este “piadoso deseo”. Y sigue así: “recientemente ha llamado nuestra atención, no sin amargo pesar, que en algunas regiones de Alemania(...) muchas personas de ambos sexos, desentendiéndose de su propia salvación y desviándose de la fe católica se han entregado a los diablos, masculinos y femeninos, y mediante sus encantamientos, hechizos, conjuros y demás abominables supersticiones, y sortilegios, ofensas, crímenes y delitos arruinan y causan la muerte de los hijos de las mujeres, la cría de los animales, los productos de la tierra, la uva de las vides y los frutos de los árboles como así también a los hombres y mujeres, bestias de carga, rebaños y animales de toda clase, y también viñedos, huertos, prados, cosechas, granos y otros frutos de la tierra. Además...impiden a los hombres engendrar y a las mujeres concebir y traban toda consumación marital. Más aún, reniegan con sacrílegos labios de la fe que recibieron en el sagrado bautismo y, por instigación del enemigo de la humanidad, no temen cometer y perpetrar muchas otras ofensas y crímenes abominables, a riesgo de su propia alma ofenden la divina majestad y son motivo de escándalo y pernicioso ejemplo para las multitudes.” Nombra luego a Henricus Institoris³¹ y Jacobus Sprenger para que descubran a los culpables, dejando sentado que “no pocos clérigos y gentes laicas” habían puesto en duda la existencia de dichas abominaciones. Espera entonces que nadie les ponga obstáculo a los inquisidores en su tarea de corregir, poner en prisión y castigar a quienes hayan

²⁹ FRANK DONOVAN: *Historia De la brujería*. Madrid, 1978.

³⁰ AMAURY DE RIENCOURT, *op. cit.*

³¹ Institoris es el verdadero nombre, que ha sido frecuentemente re-traducido por Kramer o Kraemer, esto es, “mercader”.

cometido dichos crímenes porque, de lo contrario, caerá sobre dichas personas la ira de Dios.

CAPÍTULO VII

EL TERCER ROSTRO

La entrada en la Edad Moderna, llamada Renacimiento, implicó un giro copernicano en la manera de aprehender el mundo: se procura conocer el entorno por sí, no como manifestación de un orden superior. Las mentes se afilan en la práctica de la política, en el derecho, en nuevas invenciones como la imprenta. Asciende la clase media de mercaderes y banqueros. En los tiempos medievales, “el hombre se reconocía a sí mismo sólo como raza, pueblo, partido, corporación, familia u otra forma cualquiera de lo general. Y al lado de esto se yergue, con pleno poder, lo subjetivo: el hombre se convierte en individuo espiritual y como tal se reconoce.”¹

El individualismo no tardó en convertirse en culto a la personalidad. Los hijos bastardos de los papas establecen Imperios y los *condottieri*, ávidos de poder, se vuelven fundadores de Estados. Los príncipes se imponen a los súbditos por sus dotes personales y el caudillo por el crédito que haya ganado entre sus soldados. La reverencia por el Dios Padre se traslada a los señores terrenos. Petrarca le dice al duque de Padua que no debe ser conductor de ciudadanos sino padre de la patria. En la oración fúnebre de Bianca María Visconti se la llama “madre de la patria”. A los conductores de ejércitos se los denomina “padres de los guerreros”. La munificencia, el mecenazgo, la protección arbitraria, incluso la crueldad de los dirigentes coadyuvaban para dar forma al ideal de paternalismo. Se esperaba que el señor-padre se preocupara de todo, desde desecar pantanos y auxiliar a los enfermos, hasta construir edificios y amparar a los sabios. Por supuesto poco de esto se concretaba porque los señores estaban ocupados en defender su lugar en el mundo, atacado desde todos los flancos por la competencia, la envidia, el ansia de poder.

¿Quiénes eran estos señores, cómo habían llegado al poder? En busca de respuesta, proliferan las biografías, que no sólo narran hechos exteriores sino que intentan develar la intimidad de los personajes. Y lo mismo ocurre con los retratos -cuerpo y alma, rostro y mente, el mundo en una efigie- pintados por los artistas de la época, desde van Eyck a Leonardo, desde Piero della Francesca a Rafael.

Personaje renombrado, artista, héroe, santo o hijo de Dios, la persona ocupa el primer plano de la atención. El Estado mismo es concebido como un ser vivo e individualizado, tal como Maquiavelo vio a Florencia. Desgajado de las instituciones que lo representan, cada hombre aislado piensa en términos de su propio bienestar, sus intereses propios, su renombre intransferible.

¹ JACOB BURCKHARDT: **La cultura del Renacimiento en Italia**. Buenos Aires, 1944. El subrayado pertenece al autor. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

Se goza el día, idea que se refleja hasta en los modos de enterramiento. “El monumento de Vendramin fue uno de los últimos que muestran una estatua acostada en su muerte. Poco después esta idea se hace desagradable a los espíritus civilizados, y los personajes, en lugar de estar tendidos sobre el cojín de su tumba, se levantaron apoyados sobre el codo y comenzaron a mirar alrededor de ellos. El espíritu del siglo XV no osaba contemplar su cuerpo herido por la muerte.”² Tampoco esta actitud habrá de perdurar, “entonces la estatua se levanta y aparece en la fachada del monumento, como un actor entrando en escena. Se la ve rodeada algunas veces de Virtudes, pero sobre todo de figuras alegóricas: Gloria, Victoria, Genios, Musas, Reinos vencidos, Naciones prosternadas, agrupa en derredor todo lo que la pompa y la adulación pueden sugerir, todo lo que puede exigir la vanidad insolente.”

El individualismo prospera dejando de lado lo feo, lo sucio, lo enfermo -de lo que nadie se hace responsable- a la vez que ve acotada el área de las libertades. El nuevo hombre que ha nacido se alimenta sólo de los bienes de este mundo, unos bienes que otros están dispuestos a quitarle, a robarle, bienes por los que no vacilaría en recurrir a la difamación, al daño, a la magia, al asalto, a la acusación, a la prisión, a la muerte. Las bases de la construcción del individuo no eran ciertamente de piedra sino, antes bien, un tembladeral de rumores, disputas, desconfianza, corrupción, maledicencia, envidia, odio.

VII. 1. La posición de la mujer

En el torbellino que acompañó el surgimiento de la individualidad, no tardó en producirse una redistribución de los roles de la mujer. La riqueza, que durante la Edad Media se había proyectado en los grandes edificios comunitarios, se traslada a las residencias particulares. Se multiplican las habitaciones de las *villas*, los decorados, las piezas de arte; se recibe a los artistas, a los amigos. Todo eso requería alguien para cuidarlo y conservarlo, ¿quién sino las mujeres eran las indicadas?

La familia era un núcleo moral, económico y geográfico, a cuya cabeza estaba el padre, a quien se debía obedecer y honrar. Su autoridad era teóricamente omnímoda; San Bernardino se lamenta “Conozco a hombres que tienen más consideración por una gallina que les ponga un huevo cada día que por su propia esposa, porque si ella dice una palabra más de las que él quiere oír, al punto toma una vara y empieza a castigarla.” A pesar de la violencia doméstica latente, la esposa se manejaba la casa demostrando ser trabajadora, audaz, incansable y muy suelta de lengua.

El padre, por su parte, se ocupaba de mantener a la hija hasta el momento en que ésta se casara, si bien a veces solía encontrar algún empleo como criada o en las

² JOHN RUSKIN. *Las piedras de Venecia*. Barcelona, 1961.

áreas industriales. El matrimonio no se dejaba librado al azar de los sentimientos; por lo general se trataba de un acuerdo celebrado en consejo de familia o entre el padre y el novio que incluía una fiesta de bodas, que consumía grandes sumas de dinero, al punto de casi llevar a la quiebra. En procura de ayudar a que el recién desposado asumiera correctamente sus funciones, comenzaron a publicarse tratados sobre el gobierno de la familia³ donde se insta a que el novio elija una joven bastante menor que él para inculcarle sus costumbres, e impulsarla a seguir sus consejos y enseñanzas tanto en los deberes de maternidad como en los del cuidado hogareño. La educación iba en el mismo sentido de coadyuvar a la perpetuación gozosa de la especie.

En los conventos, en los internados, en las escuelas elementales, se enseñaba religión, danza y música, las artes domésticas: el universo femenino, cerrado, quedaba así escindido del masculino, proyectado al afuera, a la acción, a la vida pública. Como la sombra de la santidad del matrimonio, surgen las figuras complementarias de la adúltera y el cornudo, que atrajeron reiteradamente el interés de los literatos.

Si la joven tenía la suerte de haber nacido en una buena cuna, rica y culta, el hogar podía servir como un excelente vehículo de educación y auto-estima. Por consiguiente, con frecuencia, “la mujer culta luchaba naturalmente, no menos que el hombre, por una individualidad completa y característica”.⁴ Sin duda, tuvo éxito en muchos casos.

Beatrice D’Este, la tan criticada Lucrecia Borgia, Bianca María Visconti, Catalina de Medicis, Isabel de Inglaterra o Victoria Colonna, Isabel Gonzaga, Gaspara Stampa, Santa Catalina, Santa Teresa de Ávila son algunas de las personalidades a quienes la pertenencia a una institución, seglar o eclesiástica, les dio el respaldo -y la excusa- que precisaban para auto-afirmarse.

La belleza comenzó a convertirse en un factor de ascenso social y un motivo de celebración espiritual y literaria: se exaltaba la beldad femenina al punto de compararla con una manifestación sensible de lo divino. Se escribían tratados sobre la hermosura de las mujeres y se fijaban normas para definirla: el cabello tenía que ser largo, abundante y rubio, la nariz no debía ser aguileña, los hombros anchos, el pecho lleno, las manos blancas, suaves y regordetas, los pies pequeños. Un abanico de distintos cosméticos acompañaba a una dama que se preciara, siendo los perfumes un hito insoslayable. Los vestidos, recargados y costosos, debían cubrir los pies y descubrir el pecho, al que solía aplicarse colorete. Piedras preciosas y flores adornaban la cabeza, los zapatos y la vestimenta.

Asimismo, la “cortesana, *la grande putana*, jugó un papel vital en la vida social de la época. Al parecer, las cortesanas tuvieron en la vida cultural del Renacimiento un impacto comparable al de las antiguas hetairas griegas; la famosa romana

³ Cf. los de Leone Battista Alberti o de Agnolo Pandolfini

⁴ JACOBO BURCKHARDT, *op. cit.*

Imperia de Cugnatis hablaba fluidamente el latín y el griego, y fue pintada por Rafael como Safo. La galana Isabel de Luna, la celebrada milanese Catalina di San Celso, la rubia Tullia d'Aragona, mujeres conocidas como *cortigiane oneste*, eran tratadas con mucho respeto y consideración, mostrando ellas una gran inteligencia y una vasta cultura junto con una indudable femineidad.”⁵ Tanta era la fama que alcanzaban que cuando murió la hetaira Faustina Mancina el propio Miguel Ángel le dedicó algunos sonetos mientras Roma la lloraba.

En otra escala, aparecen las prostitutas de menor alcance, cuyo número era verdaderamente impresionante si se tiene en cuenta que motivó a un impresor a publicar un Catálogo de las más destacadas. Éstas, las *cortigiane di candela*, ejercían su oficio en lugares que se les destinaban, procurando que el joven o el hombre maduro casado no mezclaran el deseo con el matrimonio porque éste, en tanto unidad económica, era demasiado serio para mezclarlo con algo tan efímero como el enamoramiento o el impulso sexual. Y, junto con las prostitutas, aparece la alcahueta, ducha en artes y oficios, que padece con las mil vueltas de la explotación sexual. Fernando de Rojas la inmortalizó en su obra **La tragicomedia de Calixto y Melibea**, de 1502, llamándola Celestina -“mujer celestial”-, nombre con que desde entonces se conoce a este tipo de personajes.

VII.2 Vírgenes y madres

Luego de transitar por un período de opacidad, el culto de María resurge con fuerza, sobre todo a través de su representación con el niño Jesús en el regazo. Esta imagen tenía el doble valor de estar dirigido a las madres y a las jóvenes.

El modelo de matrimonio monógamo, que exigía abstinencia de relaciones sexuales prematrimoniales, coincidía con la castidad que se presumía debían guardar quienes buscaban la senda espiritual. En el pasado, las mujeres habían dado pruebas de enorme devoción y aun continuaban siendo mayoritarias en los movimientos de fe. Sin embargo, no se las dejaba participar activamente en el seno del clero secular, y comenzaba a retroceder su predicamento como santas vivas, profetisas o visionarias: estaban lejos los tiempos de una Hildegarda de Bingen o una Catalina de Siena tanto como de la fuerza del movimiento religioso femenino del Medioevo. Más aún, las *divine madri*, las *charismaticae* suscitaban con su comportamiento no conformista el recelo de los jerarcas eclesiásticos que habían tomado en sus manos la marcha de las cuestiones terrenales, verbigracia, reavivar la fe mediante el ejemplo de las primeras vírgenes-mártires protocristianas, como Martina o Bibiana, que producían un vivo efecto sobre la imaginación popular.

Sin embargo, esa fe o devoción estaba fuertemente supervisada: se debilitó el sentido de los milagros de los santos a favor de la ortodoxia eclesiástica y las virtudes ciudadanas, se re-dirigió hacia la política central el aporte hasta entonces

⁵ AMAURY DE RIENCOURT. *La mujer y el poder...*, op, cit..

básicamente comunal y familiar de los conventos, se instauró la clausura para los conventos femeninos y, en procura de alejar las tentaciones, el Concilio de Trento impuso nuevas formas para la confesión.

El Cristo de la transubstanciación con el que se identificaban las visionarias, la boda que celebraban con Él, iban dejando paso a la figura de Jesús el Redentor. Los sentimientos de totalidad no coincidían con el modelo económico-social que se buscaba implantarse, basado sobre el dominio de sí mismo, la moderación, los buenos modales, la mediocridad uniforme.

La *Mater Dolorosa* que fuera objeto del éxtasis de las místicas, de su absoluta inmersión espiritual, se degradó en la figura de la buena madre, ya que la maternidad controlada era indisoluble del matrimonio monógamo.

Protestantes y católicos, reformistas y contra-reformistas coincidían en subrayar que la maternidad era la función esencial para la que había sido creada la mujer. Por el lado católico, estaba muy vivo el pensamiento de Santo Tomás de Aquino en la **Summa Theologica**: “Tal y como dicen las Escrituras, fue necesario crear a la hembra como compañera del hombre, pero como compañera en la única tarea de la procreación, ya que para el resto el hombre encontrará ayudantes más válidos en otros hombres y a aquella sólo la precisa para ayudarle en la procreación.”⁶ Y, como un eco, afirma Lutero en sus reflexiones Sobre la vida matrimonial, de 1522: “Han visto qué débiles y enfermizas son las mujeres infértiles; aquellas bendecidas con muchos hijos son más sanas, más limpias y felices. Pero si eventualmente se desgastan por tener hijos y se cansan y mueren, eso no importa. Dejen que mueran pariendo, para eso fueron hechas.”

El pensamiento generalizado era que la mujer, por ser genitora, tiene tareas, sentimientos y actitudes específicas que deben estimularse por ser el camino de la virtud religiosa. Deben ser suaves, compasivas, misericordiosas, caritativas, enfocando sus intereses en la crianza de los hijos, el mantenimiento de la casa, la supervisión de la educación de los niños, el cuidado de los enfermos, la ayuda a los ancianos.

La madre debía procurar mantener a su hija relativamente apartada de los varones de la casa, instruyéndola sobre las ventajas de la castidad. Ella misma debía ocuparse activamente de la beneficencia, brindando su ayuda a los menesterosos, especialmente a las muchachas pobres para que logaran la meta máxima del casamiento. Como contrapartida, recibían mayor consideración social y conseguían ver un poco más del mundo allende las puertas de su casa. A medida que el clero fue tomando el control sobre las obras de caridad, se fueron gestando conflictos entre los intereses familiares y la relativa autonomía que esos menesteres le acordaban a las matronas. Este enfrentamiento solía quedar muy claro cuando un marido abandonaba a su esposa: ésta podía reclamar la dote que había aportado al

⁶ TOMÁS DE AQUINO. *Summa Theologica*. Madrid, 1920.

matrimonio y volver a sus lares o entrar con esa dote en un convento. Y lo mismo ocurría con las viudas.

Los conventos eran otra fuente de discusiones y reyertas entre el clero y las familias, que solían inmiscuirse demasiado en el manejo de la institución, contribuyendo a que fines espirituales y materiales terminaran confundidos. Más aún, las licencias que se tomaban monjas y curas se habían convertido en materia de escándalo y blanco de las pullas de escritores mordaces como Bocaccio o Aretino, que recurrían a una adjetivación de grueso calibre para referirse a las mujeres de los conventos. Sin embargo, nada de todo eso ponía en entredicho los papeles asignados a las mujeres, esto es, la virgen pura y la madre casta, dos de las caras de la Gran Diosa.

VII.3 El rostro de “la Anciana”

Habéis sido un marido antes que una esposa,
una predicadora antes que una oyente,
un magistrado antes que una admiradora
y jamás os habéis humillado por actuar así.

**Acta de un tribunal calvinista
condenando a la prisión y el exilio a
Anne Hutchinson**

La regulación de las maneras y conductas, la oficialización del saber, las normas impuestas a los sentimientos resultaban artificios que no lograban domeñar el bullente volcán de las pasiones, un molde demasiado estrecho para contener la pluralidad de la experiencia humana. La violencia y el horror ganaban las calles, los caminos, las casas privadas. La moralidad del clero, muy baja, era objeto de los sarcasmos e ironías de plumas como la de Guicciardini, quien, respecto a la Corte de Roma, aseguraba que era “una constante infamia, un ejemplo de todo lo que hay de más vil y vergonzoso en el mundo”. Los hombres de negocios, como siempre, eran ávidos, crueles, competitivos. El correlato de pretender encerrar a la pareja en la fidelidad del matrimonio produjo como reacción más seducciones, más traiciones, más adulterios y el crecimiento de la prostitución. La homosexualidad, como parte del renacimiento griego, siguió formando parte de las costumbres, a igual tenor que la sodomía y la bestialidad.

El nuevo modelo de hombre amaba la vida, quería disfrutarla y tenía energía y carácter para hacerlo. Gustaba de la belleza y la juventud, disfrutaba de la buena mesa y el buen beber, cultivaba la salud y la corrección en los modales. El reconocimiento ajeno, la fama le importaba más de lo que admitía y no paraba demasiadas mientes en los medios para obtener cuanto la existencia brinda de muelle, cómodo, halagador, aunque no vacilaba en guerrear, en entablar disputas

por el dinero o el poder, en causar matanzas como la de San Bartolomé o quemar en la plaza pública a los que consideraba enemigos.

Estaba implícito en su conciencia que la índole humana era virtuosa y virtuosas las instituciones que el hombre había erigido; sin embargo, los resultados no eran virtuosos porque el espíritu del mal torcía los mejores designios. Los males del mundo, por consiguiente, no eran responsabilidad del hombre sino del diablo. El diablo era el culpable de todos los accidentes, desastres, males y desgracias. Pero si alguien era rico, sabio, afortunado o poderoso, también era sospechoso porque se creía que disfrutaban lo que tenían como retribución de un pacto con Satanás. Un diablo que estaba por todas partes y también dentro de cada uno. Un diablo que supuestamente tenía en las brujas a sus principales servidoras.

La doctrina de la brujería desarrolló una terminología especial para referirse a ellas: las llamó *sagae*, *lamiae*, *striges*, *veneficae*, *magas*, *praestrigiatrices* y *pithonicae*. Estas siete denominaciones significaban los distintos aspectos de una sola noción, abarcando a las que presagiaban el futuro, las que volaban como los espectros, las que preparaban ungüentos, las que elaboraban venenos, las que producían encantamientos con palabras, las que efectuaban prodigios, las que adivinaban el porvenir y las que tiraban las suertes. El prototipo que se tenía en mente al pensar en estas mujeres eran las brujas viejas, malas, feas y grotescas que inmortalizó Shakespeare al comienzo de la tragedia de **Macbeth**. Por supuesto que, conforme a viejos conceptos, se seguía considerando que la mayoría de las brujas eran mujeres. Protestantes y católicos coincidían en que la naturaleza débil de la mujer la hacía proclive a caer en las garras del demonio: “la mujer es el órgano del diablo”, había dicho San Bernardo. Y, efectivamente, numerosos autores confirmaban que la mujer es por naturaleza sensual, mentirosa, frágil ante las tentaciones.

Los romanos habían acusado a los primeros cristianos de asesinar niños para ofrecer su sangre en sacrificio al Dios cristiano. Entre el pueblo bajo de los siglos XIV, XV y XVI se multiplicaban los rumores de que los judíos solían cometer un “asesinato ritual”, esto es, que “se complacían en reproducir el día de Viernes Santo, el sacrificio del Calvario, imitando la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, sacrificando para ello un niño cristiano que robaban y hacían morir en una cruz. Y cuando no podían hacerse con un niño cristiano, lo hacían con una figura de cera.”⁷ A veces se citaban casos que confirmaban los rumores, procesos tales como el Santo Niño de la Guardia al que habían asesinado parodiando la Pasión y empleando la hostia consagrada en producir daños. Luego, las sectas heréticas serían el blanco de las acusaciones católicas que los culpaban de perversidades sexuales, utilización de cenizas o carne de niños muertos, besar el

⁷ VICENTE RISCO, *op. cit.*

trasero del diablo, celebrar orgías, todo lo cual se constituyó en el modelo que se esgrimió contra la brujería.

Lejos de las ciudades, en el castigado medio rural, la faz de anciana sabia de la diosa se interpretaba como de vieja arpía: brujas que habían celebrado un pacto con el diablo se reunían para cometer atrocidades semejantes, para dañar al prójimo, para producir tormentas o sequías, para causar enfermedades, esterilidad o impotencia. Para la mayor gloria de los hombres y la paz de la humanidad, el tercer rostro de la diosa debía dejar de existir.

CAPÍTULO VIII

EL CULTO DIÁNICO Y LAS SIERVAS DE SATANÁS

La doctrina sobre la brujería que se fue gestando a partir del siglo X, convalidada por los juristas, era que las brujas eran seres malignos que la sociedad debía expulsar de su seno. Las acusaciones entroncaban antiguos cultos y prácticas con elementos de nuevo cuño. ¿Cuánto de todo ello se debía a la proyección de miedos y obsesiones morbosas, cuánto a formas complejas de control social, cuánto respondía a la verdad de los hechos?

VIII. 1 Las Danzas de la Muerte y la Fiesta de los Locos

Durante la Edad Media, el despertar social llevó a las luchas de los gremios y el ascenso de amplias capas populares que pugnaban por adquirir una libertad que la organización social estaba lejos de concederles. Los predicadores de la doctrina cristiana, que preconizaban la hermandad de todos los seres que la realidad cotidiana desmentía, se preocuparon entonces de advertirles puntualmente cuán iguales serían en la muerte y cuán presto lo que habían sido se transformaría en un cadáver repleto de gusanos.

Funciones y dignidades sociales, estadios de la vida o cualidades personales distinguen a los seres humanos. Mas, para la Muerte, todos son iguales: ella es la gran niveladora, la gran justiciera. La Muerte ya no anda en solitario sino que los cadáveres llegan del inframundo para que todos bailen con ellos: el rey, el recaudador, la prostituta, el Padre Santo: había nacido la “Danza Macabra”.

No se sabe con certeza quién pintó la primera Danza de la Muerte -motivo que luego se va a repetir en lápidas, adornos, autos sacramentales- pero sí que recogían una costumbre que había tenido origen en Alemania y se había extendido rápidamente por toda Europa. Se trataba de una farsa, una especie de mimodrama, aceptado por el ámbito religioso, que se llevaba a cabo preferentemente en los cementerios. Allí gentes del pueblo representaban a señores, prelados, papas y reyes que inclinaban humildemente la cabeza ante la Muerte, la cual los tomaba de la mano y los incorporaba a una larga fila donde todos se entremezclaban. Cada muerto tocaba a alguien de su elección -tocarlo era contaminarlo, hacer que cesara de estar vivo-. La representación de la danza macabra era ocasión de fuertes críticas sociales llevadas con agudo espíritu satírico. Asimismo, era un *memento mori* que daba consuelo al viviente despojado, maltrecho, uniendo en un solo haz las esferas contrapuestas de la vida y la muerte.

En paralelo con las danzas macabras tenían lugar otros eventos como la fiesta de los adolescentes celebrada en el mes de febrero y que terminó por confundirse con la “Fiesta de los locos”. Esta celebración se realizaba varias veces por año, en el día de los Santos Inocentes, de San Esteban, de la Circuncisión, de Navidad y algunas otras fechas elegidas conforme a la voluntad de los oficiantes. Se llevaba a cabo en las catedrales, colegiadas e iglesias en general, actuando los clérigos menores y los sacerdotes. Se elegía a uno de ellos como obispo o papa de los locos y se lo revestía de todos los atributos correspondientes a su dignidad. Luego se oficiaba un simulacro de misa en el cual se comía y bebía en el altar mientras desde los incensarios subía el olor de zapatos viejos y trapos sucios quemados. Una vez concluida la parodia, los “locos” salían en procesión a las calles, arrastrando un carro lleno de estiércol, que servía de trono al obispo o papa y su séquito. Era éste el momento dedicado a cantar coplas y rimas contra las instituciones establecidas y los personajes relevantes. La procesión solía culminar con una orgía generalizada. La Iglesia oficial nada decía sobre estas celebraciones; por el contrario, cuando la Facultad Teológica de París pidió que se prohibieran esas francachelas, la Iglesia contestó con la mayor indiferencia, diciendo que se permitía esta fiesta para que, durante el resto del año, no se perdiera “el vino espiritual que hemos recogido”.

VIII. 1.2 Las reuniones de brujas

Las actas inquisitoriales están plagadas de referencias a los encuentros celebrados durante la noche por las brujas. Muchos aspectos de esas reuniones eran costumbres de la época, similares a las “Danzas macabras” y las “Fiestas de los locos”, sin embargo, la Iglesia pasó por alto esas concordancias tachándolas, por el contrario, de cosas muy extrañas, producto de pactos con potencias diabólicas. Esas citas nocturnas recibían el nombre de *sabbaths*.

Se ha querido derivar la palabra *sabbath* del hebreo, lo cual no debe descartarse, porque con seguridad rondaba el pensamiento oficial comprometer a los judíos una vez más con prácticas oscuras; sin embargo, parece más probable la etimología que la hace remontar a Dionisos o Zagreus.

El culto a Dionisos, como derivación de uno de los cultos a la Gran Madre, estaba dedicado a la fertilidad y las cosechas pero también a la muerte y el renacimiento. Las mujeres que lo practicaban, las Bacantes, se entregaban a una orgía -*orgia*, “lo que está hecho”, las ceremonias y los actos de un culto secreto- en que revivían la muerte, el despedazamiento y la resurrección del dios mediante la identificación con él o *éxtasis*, esto es, salir de sí para permitir que el dios se instale en el interior. Eurípides¹ muestra a las Bacantes errando por los bosques en su embriaguez extática, cubiertas de pieles de ciervo y prestas a beber la sangre de un macho cabrío. En medio del grupo, Baco, blandiendo tirsos y una antorcha, se mueve a los

¹ Cf. EURÍPIDES. *Las bacantes*. Madrid, 1910.

gritos de “¡Evohé!, ¡Evohé”. Corre la leche y la miel que las Ménades hacían brotar de la tierra y también el vino; se procede a ingerir carne del animal que simboliza al dios mismo. Ménades, Bacantes y Thiadas, los tres grupos que componían la fiesta, se entregaban entonces a la danza y el canto.

El culto, proveniente de Tracia y asimilado en muchos lugares con el de Artemisa, dio lugar a diferentes variantes mitológicas, pero siempre Dionisos tenía una gran corte, en la que se destacaban los silenos y los sátiros, de quienes Hesíodo afirma que eran espíritus lascivos. Una de esas variantes la constituyó las ceremonias femeninas de los misterios eleusinos.

(Figura Nro.6)

El culto a Dionisos continuó en Roma, donde se celebraba en un bosque dedicado a Semele; más tarde, se reformuló el ceremonial, admitiendo la presencia de varones.

Relata Tito Livio que, en el siglo II de nuestra era, se encomendó a dos cónsules, Postumio Albino y Q. Marcio Filipo que procedieran contra esas sociedades secretas, encabezadas al principio en Etruria por un griego de oscuro linaje. De Etruria el culto había pasado a Roma, extendiéndose así, dice el cónsul Postumio, la antigua costumbre de las *bacanales*, sobre las que informa lo siguiente: “Creen algunos que aquellos misterios son un rito particular, otros que son divertimentos y placeres permitidos. Empero, la realidad consiste en que considerable parte lo forman mujeres, y éste fue el origen del mal, y enseguida hombres afeminados, corrompidos o corruptores, fanáticos embrutecidos por las vigilias, la embriaguez, el ruido de los instrumentos y gritos nocturnos. Hasta ahora es una asociación sin fuerza, pero que amenaza hacerse muy temible, porque diariamente recibe nuevos adeptos.”² Y continúa el cónsul: “Jamás atacó a la república azote más terrible y contagioso. Todos los excesos del libertinaje, todos los atentados cometidos en estos últimos años, proceden de esta nefanda guarida; y todavía no han brotado a la luz los crímenes cuya realización se ha jurado. Los miembros de esta impía asociación se limitan aún a los delitos privados, porque no son bastante fuertes para abrumar a la república.” Alude luego el cónsul a las prohibiciones de los antepasados a toda ceremonia de culto extraño, y a la prohibición a los sacerdotes y adivinos de entrar en el Foro, el circo y la ciudad, y a la búsqueda y quema de los libros de profecías, etc. Más tarde los cónsules mandaron que se leyese el *senatusconsulto* llamado *De bacchanalibus* y “se ofreciese recompensa a todo aquel que presentase o descubriese algún culpable. En la noche de ese mismo día, los guardias que los triunviros habían colocado en las puertas detuvieron a muchos fugitivos, obligándoles a retroceder; otros fueron denunciados y algunos, hombres y mujeres, se suicidaron. Hacíase subir el número de conjurados a más de siete mil

² TITO LIVIO. **Historia, op. cit.** La presente cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

entre hombres y mujeres.” Se los hizo prisioneros, se los torturó, logrando así extrañas confesiones y se les impusieron penas que fueron desde la cárcel por largo tiempo hasta la muerte por decapitación, siendo este castigo el que mayormente se aplicó. Asimismo, se procedió a recompensar a los denunciantes.

Ante semejante represión, el antiguo culto dionisiaco pasó a la clandestinidad.

En los campos, en los bosques, se siguió practicando el antiguo culto lunar, “los árboles y las fuentes, asociados con determinados dioses y diosas, siguieron reverenciándose, pero ahora fueron cosas santas”³ ; se siguió encendiendo cirios a *Dianom* –Diana, Luna, Hécate-, se siguió honrando a las ninfas, sólo que revestidas del nombre de santos, se siguió practicando los cultos a la fertilidad en primavera y otoño. Los cristianos buscaron implantar su credo, que pensaban superior al paganismo, pero a la vez sus sacerdotes le daban la espalda al campesinado con un latín que los rústicos no entendían. Entretanto, “un pequeño número de adeptos a las antiguas creencias recordaban sus viejas asociaciones”: la tradición oral funcionaba de maravillas en esos pequeños pueblos, en esas villas o caseríos alejados de las turbulencias y adelantos urbanos. Aquí y allá hay algunas referencias a reuniones nocturnas que se celebraban en distintos lugares de Europa, pero no se les adscribe ningún nombre.

El *Canon Episcopi*⁴ del siglo IX hace alusión a las mujeres convertidas a Satanás que, junto con Diana, cabalgan por la noche para dirigirse a sus reuniones. Es verdad que esta mención sólo se hace para indicar la falsedad de esas creencias, pero es válida en cuanto a que la existencia de ese tipo de reuniones formaban parte de la corriente de opinión general.

Alrededor del siglo XII comienzan a tornarse mucho más visibles algunas partes del culto que durante tanto tiempo se había mantenido secreto. Walter Map utiliza en 1182 la palabra “sinagoga” para referirse a las reuniones de brujas en tanto los relatos de la época se pueblan de relatos sobre esos encuentros en los se festeja, se canta y se danza. Sin embargo, habrá que esperar los procesos inquisitoriales de Carcassone para que se hable abiertamente de los *sabbaths*, término que sustituyó al de “sinagoga”.

En ese punto, las cosas comenzaron a cambiar; en principio hay menos referencias a las diosas paganas. La idea de mujeres junto a mujeres adorando a una deidad femenina era tan terrible y escandalosa, removía temores tan profundos, que se tornaba inconcebible. Las mujeres eran seres inferiores necesitados de guía, aunque ésta fuera la presencia de un diablo: un Satanás jerárquico y autoritario encuadraba, vía negativa, en los ideales de la sociedad. Por otra parte, hubiera sido vergonzoso para esos guerreros del alma pelear contra adversarias indignas de ellos, en cambio, la presencia excluyente del Demonio daba un aval a la realidad de las asambleas y legitimaba todas las obras que en su contra pudieran realizarse.

³ PENNETHORNE HUGHES. **La brujería**. Barcelona, 1974. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

⁴ Cf. Ver Capítulo VI anterior.

Sin embargo, para que esas reuniones de antiguos y solemnes ritos paganos tomaran “la forma sorprendente de una guerra declarada al dios de ese tiempo...eran necesarias dos cosas: no solamente descender al fondo de la desesperación sino *haber perdido todo respeto*.”⁵

Azotados por las pestes y las enfermedades endémicas, desposeídos, humillados, muertos en las interminables guerras por el poder, descreídos de un clero corrupto, de una promesa de salvación que nunca llegaba, es probable que más y más gentes se acercaran a esas mujeres que, después de una larga semana de trabajo, se reunían para intercambiar recetas, consolar al afligido, brindar solidaridad al marginado, dar amor al leproso, aconsejar a la madre de muchos niños que ya no quería sufrir otra agonía de tener un hijo al que no sabía si podría alimentar. Y también, ¿porqué no?, para pensar en la mejor manera de perjudicar a quienes los perjudicaban.

En la terrible falta de comunicación entre las poblaciones, agravada por el analfabetismo, es probable que las mujeres que concurrían a las asambleas nocturnas aprendieran el alfabeto de los árboles, similar al alfabeto de los dedos que “era utilizado evidentemente en el culto de las brujas de la Britania medieval, a juzgar por las marcas del diablo tatuadas en las manos de las brujas.”⁶ Graves proporciona varios ejemplos sobre el tatuaje en las manos de mujeres condenadas, asociando cada falange con un árbol y una especialidad. Es dable suponer que ese alfabeto de los dedos podía servir para comunicarse sin palabras⁷, tal como en el lenguaje de sordomudos. Y también es lícito suponer que otras variantes de la comunicación muda se desarrollaron en otras regiones para servir de este modo como mensajeras entre diversos grupos de gentes. El potencial de transformación política que todo esto suponía era ilimitado.

VIII.2 Iniciación, pacto y homenaje

La hechicería como rito o, según propongo que se llame,
el culto diánico, abraza las creencias y ritos religiosos
de las gentes que en los últimos tiempos de la Edad
Media eran conocidos como brujos o hechiceros.

Margaret Murray

Los testimonios recogidos informan que existían dos grandes *sabbahts*: la fiesta de otoño de la noche del 31 de octubre y la fiesta de la primavera, la víspera del 1ro. de mayo. Estas fechas demostrarían que “pertenecen a un calendario muy primitivo, anterior a la introducción de la agricultura”⁷, que no reconoce conexión

⁵ JULES MICHELET. **Historia del satanismo y la brujería**. Buenos Aires, 1965.

⁶ ROBERT GRAVES. **La diosa...** op. cit.

⁷ MARGARET MURRAY. **The God of the Witches**. Nueva York, 1960.

con los solsticios o equinoccios sino “que marca la apertura de las dos estaciones de alimento para los animales, tanto salvajes como domésticos”.

La noche del 31 de octubre tanto entre los celtas como en la Grecia antigua tenía el sentido de conmemoración de Día de los Difuntos. En esa noche los espíritus de los héroes salían al encuentro de los vivos de modo que las entradas de los sepulcros eran iluminados hasta la aurora del día siguiente.

La víspera del 1ro. de mayo era la fecha que los romanos habían elegido para celebrar las Floralia, presididas por la diosa de Mayo o “la Doncella”, en conmemoración del aspecto de “flor” de la Gran Diosa. En ese momento se usaban vestimentas verdes que recordaban el manto verde con que se revestía la tierra y se plantaba el palo de mayo, simbolizando el falo del dios entrando en el vientre de la tierra. Durante esta fiesta, conocida como *Beltain* por los celtas y *Walpurgisnacht* por los teutones, se dejaba de lado todo pudor y se bailaba y cantaba con alegría. A esas asambleas se añadieron dos días cruzados más, el 2 de febrero y el 1ro. de agosto. En todos los casos la concurrencia estaba limitada a cincuenta o sesenta personas, aunque la ardorosa imaginación de los demonólogos hizo ascender el número a varios miles.

Pequeñas reuniones, llamadas *esbats* o conventículos, de trece miembros fijos⁸, preparaban los grandes encuentros que se celebraban en un claro del bosque, en una encrucijada -lugar protegido por Hécate-, junto a un macizo rocoso o, alternativamente, en una caverna o un cementerio. Existían ciertos parajes, como el Heuberg en la Selva Negra, el Blokula sueco o el Puy de Dome francés que la tradición popular relacionaba con los *sabbaths* mayores.

En la mezcla de rituales religiosos, asamblea secreta y encuentro popular que eran los *sabbahts* se oficiaban también bautismos, confirmaciones y bodas. “Las uniones ilícitas que allí se celebraban eran motivadas por el estado general del siervo y del campesino en la época. Éste, mermada su cosecha por el señor y la Iglesia, lo que deseaba era muchos frutos y pocos hijos. Luego en los lugares o pueblecitos, todos eran vecinos y parientes en mayor o menor grado, y la Iglesia no permitía que se casaran hasta el séptimo grado. Así es que las uniones resultaban casi imposibles, por falta de subsistencias y por prohibición eclesiástica. Con los de otro lugar no podían muchas veces casarse, pues eran vasallos de otro señor y se entablaba una querrela sobre la pertenencia de los hijos.”⁹

En algún momento de la reunión se rendían las honras fúnebres a los ahorcados y excomulgados, a quienes la Iglesia no acogía ni en la muerte. Esto fue traducido desde el oficialismo como que los concurrentes desenterraban trozos de cadáveres para comunicarse con los muertos o fabricar imágenes o ungüentos.

|
(Figuras nros. 7 y 8)

⁸ Según lo estableció la doctora Murray.

⁹ POMPEYO GENER. **La muerte y el diablo**. Barcelona, 1880.

El *sabbath* duraba desde la medianoche hasta el primer canto del gallo. En muchas localidades era costumbre acudir disfrazados con pieles de animales, sobre todo de lobo -como cuenta de Lancre-, lo cual quizá haya dado origen a la leyenda de los hombres-lobo. Cada uno de los concurrentes debía mostrar su marca personal, que obraba como una contraseña para ser admitido: pequeñas huellas naturales o tatuadas en la piel. Esto fue resignificado por los inquisidores y teóricos como *el sigillum diaboli*, la marca del diablo que, según el jurista Jean Bodin, hacía el demonio con la mano izquierda “en el hombro izquierdo, hincándole una uña, y saca sangre, y el novicio siente muy gran dolor que le dura todo un mes y la marca toda la vida; y después, en la niña de los ojos, con una aguja de oro, enrojecida al fuego, le marca, sin producirle dolor, un sapito que sirve de señal con que se conocen los brujos unos a otros.”

Se elegía entonces una oficiante, a quien se daba el título honorífico de *la Vieja*, que dirigía la ceremonia. Aunque las hubo muy jóvenes, casi adolescentes, “la novia del diablo no puede ser una niña: necesita tener treinta años, el rostro de Medea, la belleza de los dolores, los ojos profundos, trágicos y afiebrados, con grandes oleadas de serpientes descendiendo al azar; hablo de un torrente de negros, indomables cabellos. Tal vez encima de éstos, la corona de verbena, la hiedra de las tumbas, las violetas de la muerte.”¹⁰

Una imagen de Satanás, o un varón que tomaba su aspecto, presidía la ceremonia: una imagen trabajosamente elaborada con vestigios de Baco, de Jano o Diano, del Cernunnos galo, de los dioses de la vegetación, de los cuernos de la luna, de los animales de la selva. Las verdaderas brujas del culto diánico sabían que se trataba de una metamorfosis de la Gran Diosa, de la antigua Serpiente; los demás, veían en él al rebelde, la contrafaz del Dios de las iglesias, a quien le pedían ser salvados del pérfido y el violento.

El siguiente era un acto de iniciación. Dice un jurista de la época: “Satanás hace un pacto con sus discípulos contra el Cielo y conspira para acarrear la ruina a la especie humana. Obliga a estas desgraciadas criaturas a repetir su renuncia de Dios, Cristo y el Bautismo, y a renovar el solemne juramento de nunca mencionar a Dios, la Virgen María o los Santos, salvo refiriéndose a ellos en son de burla o escarnio.”¹¹ Más tajante, el **Malleus** afirma que el diablo preguntaba a cada uno si abjurará de la fe y “abandonará la sacra religión cristiana y el culto de la Mujer Anómala (pues así llaman a la Bendita Virgen María), y si nunca volverá a venerar los Sacramentos.”¹² Hay poca documentación respecto a los “pactos con el diablo”, pero no cabe duda que se debía pedir que los novicios y novicias guardaran los secretos del culto; por lo demás, su presencia en el *sabbath* indicaba de por sí una negación del Dios eclesiástico.

¹⁰ JULES MICHELET, *op. cit.* Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

¹¹ H. BOGUET. **An examen of the Witches.** (1590) Ed. Londres 1929.

¹² SPRENGER y KRAMER, *op. cit.*

Una parte del rito era el homenaje al Señor del *sabbath* al que se le estampaba un beso en el trasero, el *osculum infame* que obsesionaba a los que interrogaban a los reos -sobre todo a los templarios- en los procesos que se seguían tanto por herejía como por ejercer las artes brujeriles. En una sociedad donde el ejercicio de la homosexualidad era más que corriente, donde se decía que los papas Julio II y Clemente VII la practicaban sin tapujos, no podía menos que encandilar ese aspecto de una sexualidad masculina auto-reflejante. Ese ósculo reverencial obsesionaba a Lutero quien, en un encuentro que aseguró haber tenido con el diablo, revirtió la situación del culto, gritándole “¡Besa mi trasero!”. Lo cierto es que se besaba una máscara colocada en las posaderas del supuesto diablo -efigie o sustituto- en una clara alusión a la otra cara, al otro lado de las cosas, a la seriedad de lo que se quiere ignorar: la circularidad de la vida transformándose en desecho y muerte y el desecho y lo muerto como humus que permite la regeneración de la vida. En este aspecto de los ritos había dos fases o interpretaciones, una para la gran masa de gente, poco ilustrada, que acudía allí y otra para las verdaderas brujas.

Venía de inmediato la entrega de la oficiante. “Conforme a la costumbre pagana, ella se entregaba a él, se sentaba un momento sobre él, como la Delfica en el trípode de Apolo. Ella recibía el aliento, el alma, la vida, la fecundación simulada. Después, no menos solemnemente, la bruja se purificaba.”

VIII.3 Comida, danza y sexualidad

La baile y el festín constituían dos de los elementos esenciales de la asamblea. Los demonólogos aseguran que se trataba de comidas succulentas pero inmundas donde abundaba la carne de sapo y las carroñas de toda clase. Sin embargo, uno de los tratadistas más famosos reconoce que “hay mesas preparadas y dispuestas y se sientan y empiezan a comer el alimento que el demonio ha procurado, o que han traído ellos mismos” El demonio, o el que oficiaba de tal, podía haberse mostrado generoso aportando ricas viandas “así, en 1613, las brujas de Lancashire comieron ‘vaca y carne de cordero asados y tocino entreverados. Las brujas de Pendill procesadas en 1638, al referirse a uno de estos ágapes hablaron de ‘carne ahumada, mantequilla en trozos y leche’; es decir, la comida de la gente ordinaria, pues los ricos sólo utilizaban la mantequilla para cocinar.”¹³

La leche y la miel de las ofrendas a la Gran Diosa, de las bacanales, del diario vivir, se repetían en estos encuentros de gentes comunes, unidas por un mismo sentido de rebelión y solidaridad. Y luego la oficiante, la bruja antigua, la sabia, partía el pan del que todos comían en un mismo gesto de mutuo reconocimiento. Y después se hablaba y se intercambiaban conocimientos y se mostraba alguna que otra venganza y alguna que otra maravilla. Y todos compartían el sacrificio de la

¹³ PENETHORNE HUGHES, *op.cit.*

sangre sea simbólicamente o en forma real inmolando un pollo o un sapo para unir los extremos continuos y opuestos de vida y muerte.

Y se bebía. ¿Se bebía acaso hidromiel, cerveza, la burbujeante sidra, el vino de carácter? ¿Eran esos los componentes del líquido que llamaban *tympanon* al que quizá le añadieran alguna de las muchas hierbas que tan bien conocían las brujas? Las bebidas calentaban los cuerpos y los corazones y predisponían a la danza. La danza en casi todas las culturas fue asociada a ritos iniciáticos. En la tradición occidental clásica, la diosa de la vegetación recibía las ofrendas en una procesión danzante.¹⁴ Asimismo, se decía que las danzas armadas de las curetas tenían el don de atraer la lluvia; o que la “danza del laberinto” cretense indicaba las circunvoluciones del alma en busca de unirse a la divinidad. Una parte del ritual de las bacantes era entregarse a una danza cada vez más frenética, acompañada de música.

Los Padres de la Iglesia desaprobaron con disgusto la danza por considerar que engendraba tendencias insanas; San Agustín, específicamente, asoció el baile con una invención diabólica que llevaba al pecado, constituyendo un insulto a Dios y -grave falta para Agustín- un motivo de alegría.

En el *sabbath* había diferentes tipos de baile, desde los populares hasta el específico de la asamblea nocturna. La vestimenta eran trajes corrientes, aunque en ocasiones se intercambiaban vestidos con el sexo opuesto, o los bailarines se enmascaraban, o incluso se desprendían de algunas ropas. Las danzas eran acompañadas con una música proveniente de los instrumentos comunes de la localidad: flautas, violines, tamboriles.

Como en los cultos de la fertilidad, la danza del *sabbath* se practicaba alrededor de un árbol, una piedra o la imagen que presidía el encuentro, con la espalda vuelta hacia el centro. El ritmo iba creciendo, creciendo, creciendo hasta finalizar en una desenfadada carrera circular, la *ronda de las brujas*, en que cada uno saltaba, se retorció y daba volteretas en un arrebatado de energía y plenitud.

Y luego, como sustituto del amor legalizado, los congregados abrían los brazos para estrechar a pobres y ricos, a jóvenes, niños y ancianos y los amantes se complacían en recorrer el mapa inverosímil de su piel y varón y mujer tendían sus manos hacia el prójimo como expresión de una hermandad infinita. Esta parte del encuentro, con sus probables excesos sexuales, atrajo los peores denuestos, las más encarnizadas averiguaciones por parte de los inquisidores que no podían reconocer en ellos los restos de antiguas prácticas mágicas de abolición del tiempo, de vuelta a un comienzo primigenio que les permitía recobrar fuerzas para la dura vida cotidiana.¹⁵ Por eso el “*sabbath* era el verdadero paraíso, donde reinaba más alegría de la que puede expresarse. A quienes iban les parecía el tiempo demasiado corto por el placer y la felicidad de que disfrutaban, de modo que lo abandonaban

¹⁴ Tal como lo muestra el sarcófago de Hagia Tríada del palacio de Cnossos.

¹⁵ Sobre los rituales de abolición del tiempo ver las obras de Mircea Eliade que los trata extensamente.

con un pesar infinito y deseaban vivamente que llegara el momento de volver otra vez.”¹⁶

Los llamas de las fogatas se iban extinguiendo y los concurrentes dejaban el lugar con los primeros resplandores del alba. La bruja del culto diánico los observaba marchar y su rostro se ensombrecía. Sabía que muchos de ellos serían denunciados por sus propios compañeros; sabía que la tortura arrancaría de muchos de ellos absurdas confesiones insinuadas por sus verdugos; sabía que las redes del poder, que no aceptaban el desafío de la libertad y el gozo, estaban dibujando para ellos un futuro de prisiones y de muerte.

¹⁶ FRANK DONOVAN, **op. cit.** El testimonio pertenece a una mujer joven declarando ante un inquisidor francés.

CAPÍTULO IX

MUERTE A LA BRUJA

*Quanto è bella giovinezza,
Che si fugge tutta via!
Chi vuol esser lieto sia!
Di doman non c'è certezza!¹*

La plaza de la catedral de Florencia resonaba con el coro de voces polifónicas que cantaban los versos compuestos por Lorenzo el Magnífico en una procesión que tenía por nombre “Triunfo de Baco”. El poema no sólo era una metáfora del tiempo que pasa y le va arrebatando todo al hombre sino porque vivir se había vuelto especialmente peligroso. La inseguridad planeaba sobre la cabeza de ricos y pobres, poderosos y mendigos.

Mientras los cortesanos e intelectuales se esmeraban en introducir las buenas maneras, en disfrutar del arte y las letras, en troquelar un hombre individualista y responsable, la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y los franceses, las rivalidades entre facciones en las ciudades–estados italianos, el Gran Cisma de Occidente, la Peste Negra y sus consecuencias, el saqueo de Roma por los alemanes, la campañas de Carlos V, volvían incierta la mera supervivencia. A ello cabe agregar las acusaciones tras alguna calamidad natural; primero se culpó a los *engraisseurs de peste*, después a los leprosos, después a los judíos. Una y otra vez éstos fueron el norte de muchos odios; se los suponía enredados en tratos con el diablo y la magia, por ello, como los magos, fueron objeto de persecución y, tal vez por ser ricos y limpios, se los desterró de España o se los obligó a convertirse. Sin embargo, esto tampoco fue seguro porque los “nuevos cristianos” o “marranos” despertaban enormes sospechas de conspiración.

Ser mago, ser judío, ser herético -o estar bajo sospecha de cualquiera de estas pertenencias- implicaba vivir al borde de la muerte. Sin embargo, todo ello se agravaba por ser mujer, dado que siempre se había considerado a las mujeres especialmente aptas para la brujería.

IX. 1. 1 Las condenas iniciales

Sin duda la bula papal *Summis desiderantes affectibus* no determinó, como se sostiene, el inicio de la caza de brujas, pues ésta ya había comenzado. Había antecedentes históricos: el **Antiguo Testamento** aconsejaba no dejar vivir a la bruja; entre los romanos la pena era la de crucifixión o ser arrojadas a las fieras. En

¹ “¡Cuán bella es la juventud / cuán de prisa se va! / ¡Embriégate si quieres / no hay certeza del mañana!

139 Sila había proclamado la *Lex Cornelia de sicarios et veneficiis* que reprimía el homicidio por brujería y el envenenamiento en todas sus fases, desde los filtros de amor a los abortos. El emperador Justiniano, basado en esa ley, sostuvo que debía aplicarse la pena de muerte a quienes, mediante venenos y susurros mágicos, mataban a los hombres. En otro momento histórico, las leyes civiles de Felipe de Valois imponían severos castigos para el delito de brujería. Algunos prelados, por ejemplo el obispo de Works en su *Decretum*, consideraban un pecado la posibilidad de los poderes mágicos de las brujas tales como el control de la lluvia y el trueno, la transformación de hombres en animales y las relaciones sexuales entre demonios y personas y requerían que se impusiera una rigurosa penitencia a quien lo afirmara.

En el giro de la magia a la brujería del siglo XI, comienzan los antecedentes de condenas cristianas a las brujas. Quizá el primer ejemplo de una bruja quemada por tal se remonte a 1275. La sentencia provino de un inquisidor, Hugues de Baniol² que sometió a la acusada a tortura tras lo cual la mujer confesó haber mantenido relaciones sexuales con un espíritu maligno después de lo cual dio a luz un monstruo al que alimentaba con la carne de bebés que obtenía durante sus andanzas nocturnas.

Algunas constituciones papales, por ejemplo la de Juan XXII -él mismo profundamente interesado en la magia negra- y la de Benedicto XII, estimularon a los inquisidores a ejercer una fuerte represión sobre aquellos a quienes se enjuiciara por prácticas mágicas, sobre todo en Francia, de donde se suponía provenían las peores sectas heréticas. Así, entre 1320 y 1350 el tribunal de Carcassonne se ocupó de más de cuatrocientos casos de magia, la mitad de cuyos autores fueron condenados a muerte. En Toulouse, sesenta y tres personas fueron enjuiciadas en 1334 por prácticas mágicas; algunas de ellas confesaron, después de ser torturadas, que habían asistido a una reunión de brujas donde habían adorado al demonio y efectuado prácticas indecentes como haber comido carne de niño. Ocho de las encontradas culpables fueron entregadas al brazo secular para ser quemadas y el resto condenadas a prisión de por vida o por un largo tiempo. Entre los acusados de estos dos procesos había gente de nota, guerreros, damas de alcurnia, sacerdotes, tanto como gentes del pueblo.

Un caso interesante porque deja ver el entramado de poder fue el ocurrido en Irlanda una década antes de los juicios de Carcassonne. Una dama de alta alcurnia, Agnes Kyteler, fue acusada de negar a Dios y a la Iglesia, ofrecer sacrificios al diablo, adivinar el futuro mediante la ayuda de los demonios, causar daño a hombres y animales, dirigir parodias de los servicios religiosos acompañada por Robin Artisson, quien a veces tomaba la apariencia de un perro lanudo y otras de un demonio. Asimismo, se la acusaba de haber matado a tres maridos, estando el cuarto muy enfermo. “El obispo que hizo los cargos descubrió con gran pena que

² DE CAUZONS. *La magie en France*. París, 1909.

Lady Kyteler era demasiado poderosa para deshacerse de ella fácilmente. Lo desafió y fue prontamente excomulgada. Ella respondió haciéndolo meter en prisión y él entonces procedió a poner a toda la diócesis bajo interdicción. La batalla continuó y cada partido trataba de atacar al otro por su punto más débil. El hijo de Lady Kyteler fue metido en prisión por un tiempo, lo que la asustó, haciéndola huir de Inglaterra, dejando a su sirvienta Petronilla de Meta a merced del obispo, quien la hizo azotar y confesar la culpabilidad de su ama, para luego hacerla quemar viva.”³ El obispo de Kilkenny, Ricardo, en relación a esta condena habló de la aparición de una “nueva secta pestilente.”

Por la misma época los tribunales civiles procedían también con extrema dureza contra la brujería, empleando la tortura y la muerte en la hoguera. En Berna, en Valais, en Briançon, en Heidelberg, en Savoya, se repetían los juicios a presuntos brujos y brujas, mientras el Papa Eugenio IV impulsaba un fuerte ataque contra “estas gentes que llaman vulgarmente *stregulae* o *stregones* o *vaudois*”.

A medida que se oían las confesiones arrancadas bajo tortura, iba creciendo la certeza de la existencia de la brujería. En 1453 un profesor de la Universidad de París fue enjuiciado por negar la realidad de la brujería. En Douai, una mujer acusada de pertenecer a la secta valdense, terminó confesando que asistía a reuniones de brujas con otras personas, cuyos nombres dió, y que habían visto al demonio bajo la forma de una cabra o un mono y que esas reuniones finalizaban en una orgía. Las personas nombradas fueron aprehendidas y, a pesar de sus protestas de inocencia, acabaron siendo entregadas para su enjuiciamiento al brazo secular que ejecutó a seis de ellas.

El inquisidor intentó repetir lo mismo en Amiens, pero fracasó. En cambio, en Arràs, pronto la ciudad entera estuvo bajo sospecha. Después de ser torturada quince veces, una mujer dio nombres y más nombres de supuestos brujos. Muchos de ellos fueron condenados. Años después, cuando el Parlamento de París revisó los casos, encontró que la totalidad de las víctimas era inocente; por orden real se ordenó clavar este resultado en la puerta del obispo.

IX.1.2.1 Juana de Arco

Entre los juicios individuales por brujería, el que tuvo y sigue teniendo mayor repercusión es el de Juana de Arco. Nació Juana en 1412 en Domremy, una pequeña aldea en los Vosgos. Muy tempranamente comenzó a oír voces, a las que durante cinco años no les prestó atención. Por último, aceptó cumplir lo que las voces le ordenaban.

En palabras de Michelet, no el rey sino el reino mismo de Francia se hallaba prisionero. Como resultado de las rivalidades entre Felipe IV de Valois y Eduardo VII de Inglaterra, los ingleses invaden el territorio francés, derrotando a las tropas

³ ERIC MAPLE. *El oscuro mundo de las brujas*. Santiago de Chile, 1968.

del país en Crecy, en Poitiers, en Azincourt. La misión que las voces le encomendaron a Juana fue liberar el territorio de Francia del dominio inglés y hacer coronar rey al Delfín, empresa que parecía de todo punto de vista imposible para una joven campesina analfabeta.

Allá parte Juana en busca de apoyo para sus planes. En sucesivas etapas va consiguiendo el apoyo de los familiares primero, de los personajes de nota después hasta llegar al Delfín y convencerlo de prestarle ayuda bélica. Entre su primer triunfo en Orleáns y su derrota en Compiègne, transcurre sólo un año. Un año bastó para forjar una leyenda, exaltar el patriotismo de los franceses y permitirles recuperar gran parte de las conquistas inglesas.

Sin embargo, Carlos VII, a quien había llevado a su coronación en Reims, entregado a sucios manejos políticos, la traiciona no dejándole llevar a cabo su estrategia y luego abandonándola en manos de los ingleses. Prisionera en una torre de Ruán, los ingleses permiten la intervención de la Iglesia y la Inquisición para juzgarla. El juicio se lleva a cabo con la presidencia del obispo de Beauvois y el diputado de la Inquisición de Francia, en tanto el jurado está compuesto por sacerdotes y monjes. No se permite que la acusada se defienda sino que debe responder sólo a las preguntas que se le formulen. La farsa legal no podía tener otro resultado que el previsible: Juana es encontrada culpable de los delitos que se le imputan y se la condena a morir en la hoguera el 30 de mayo de 1431, a los diecinueve años de edad.

¿Qué delitos se le imputaban? Consultados legistas, obispos, el capítulo de Ruán y la Universidad de París, los juristas de esta casa de estudios responden:

“Que la mujer comúnmente llamada Jeanne la Pucelle... será denunciada y declarada hechicera, adivinadora, pseudo-profetisa, invocadora de malos espíritus, conspiradora, supersticiosa, implicada en la práctica de la magia y proclive a ella, perversamente equivocada en cuanto a nuestra fe católica, cismática...escéptica y descarriada, idólatra, apóstata, maldita y dañina...cruelmente ávida de sangre humana...habiendo abandonado vergonzosamente las decencias de su sexo, y habiendo inmodestamente adoptado el traje y la situación de un hombre de armas...”

La malla del poder tejido entre la Iglesia, la Universidad y el poder político se iba cerrando para llegar a la única conclusión, la muerte de Juana. Muerte que tendría que ser ejemplificadora para abortar la floreciente racha de brujería que se estaba instalando como una nueva secta herética. El haber escuchado voces, el vestirse como varón aparecen una y otra vez como estigmas brujeriles en las actas del Proceso. Pero Juana, ¿era realmente una bruja? Y, si lo era, ¿qué clase de bruja?

IX.1.2.2 Los atributos brujeriles

En primer lugar, Juana provenía de Lorraine, verdadero caldo de cultivo de heréticos y magos. En segundo lugar estaba el tema de las voces. Juana confiesa

que oyó por primera vez las voces cuando se hallaba junto a un árbol. Preguntada en el proceso sobre dicho árbol respondió con franqueza que había “un árbol que se llamaba *Arbre des Dames*, aunque otros lo llamaban árbol de las hadas⁴, o también *le beau May*. Era un gran árbol, un haya, que se encontraba cerca de una fuente, y ella había oído contar, y lo había visto con sus propios ojos, que algunas personas afectadas de fiebre iban a beber las aguas de esa fuente, pero no sabía si había habido alguna curación. También había oído que los enfermos, cuando habían recobrado la salud, se habían levantado y habían ido al árbol en cuestión. También contaban los ancianos del lugar, aunque no sus contemporáneos, que las hadas se reunían allí para conversar. Su propia madrina, la mujer del alcalde de Domremy, una mujer honesta que nada tenía ni de adivina ni de bruja, había contado en su presencia que había visto hadas (*Dominae Fatales*) alrededor de aquel árbol, pero ella, Juana, no sabía si eso era o no verdad.”⁵

Esas voces con las que hablaba y en ocasiones discutía tenían también presencia. A veces tomaban la forma de Santa Catalina o Santa Margarita, aunque también la de San Miguel, a quien ella atribuye haberle dado su primer armadura, que era de color blanco. En razón de estas voces, se le dice a Juana que está efectuando una distinción entre la Iglesia triunfante, la de Dios, los santos y las almas salvadas y la Iglesia militante, esto es, el Papa, los cardenales, los clérigos. Ante la pregunta si no quiere someterse a la Iglesia militante, la Doncella responde que su inspiración viene de lo alto. Esta inspiración la sostendrá durante todo el proceso dándole mordacidad, desprecio, rapidez y ambigüedad a sus respuestas.

Otro aspecto a tenerse en cuenta era el nombre; cuando por primera vez estuvo ante el Delfín, había dicho “*j’ai nom Jehanne la Pucelle*”. Así es llamada de allí en adelante, incluso por los ingleses. “La Doncella”, uno de los aspectos de la Triple Diosa; una madre sin hijos que, según profecía hecha por una tal Marie d’Avignon, salvaría a Francia del dominio inglés. La doncellez de Juana que, examinada repetidamente, nunca fue negada ni siquiera por sus jueces.

Las ropas masculinas que usó Juana perturbaban especialmente a los acusadores. Recordaron que el Deuteronomio (XXII) llamaba “abominable” a la mujer que se vistiera de hombre y al varón vestido de mujer. Juana dio una sencilla explicación: era más cómodo. Lo que no aclaró, porque no le fue preguntado, era porqué su capa era escarlata y rojo el vestido que usara cuando todavía era una campesina.

Otro episodio extraño es el de su espada. La Doncella rechazó la que le ofrecían porque sus voces le habían dicho que encontraría una detrás del altar de la iglesia de Santa Catalina de Fierbois. Los hombres enviados a buscarla, allí la encontraron, muy oxidada, pero en buenas condiciones. Nadie más la usó después de ella porque Juana la rompió sobre la espalda de un gentilhombre. Su estandarte y su sortija con las palabras *Jesús María* también fueron objeto de la curiosidad de los jueces ante cuyo interrogatorio Juana sólo respondió que obedecía el mandato

⁴ Ver más adelante el análisis de la significación del árbol de las hadas.

⁵ VITA SACKVILLE WEST. **Juana de Arco**. Madrid, 1989. esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

de sus voces. Asimismo es elusiva y general su respuesta a la curiosidad de los jueces respecto a si pensaba que había estado bien atacar París el día del Nacimiento de Nuestra Señora; dice Juana: “Está bien guardar las fiestas de Nuestra Señora, pero estaría bien, en conciencia, guardarlas todos los días.”

Los milagros de Juana: había reconocido al Delfín y a otros personajes sin que nadie le anunciara su presencia; vaticinaba una y otra vez lo que iba a ocurrir; se decía que había curado, resucitado y matado por la fuerza de sus palabras. Por otra parte, cuando se hallaba presa en Beaurevoir, saltó de la torre desde una altura no inferior a los dieciocho o veinte metros sin hacerse el menor daño.

Los últimos sucesos respecto a la condición de bruja de Juana ocurrieron después de su muerte. El verdugo que la había ajusticiado llegó esa misma tarde a la casa de frailes predicadores “diciendo que estaba condenado por haber quemado a una santa y que Dios no le perdonaría. Y les contó que, a pesar de todo el aceite, el azufre y la leña que había utilizado, no había podido reducir a cenizas ni sus entrañas ni el corazón.”

Veinticinco años después de la muerte en la hoguera, la familia de Juana logra que se inicie un nuevo proceso. Los tiempos políticos habían cambiado y las personas también. La Iglesia efectúa una Rehabilitación de Juana lo que permitirá que sea declarada santa en 1920.

IX. 3.1 Lutero y la Reforma

Italia declinaba en lo político y económico. Por su parte Carlos V, el invasor, marcaba una etapa más del avance del Estado moderno sobre el papado con la humillación de Clemente VII. El descubrimiento de América redistribuía las rutas del comercio y la riqueza, haciendo pasar a primer término las naciones atlánticas en desmedro de las mediterráneas.

A mediados del siglo XV el pensamiento tecnológico independiente en la figura de Gutenberg produjo un invento revolucionario: la imprenta. Los sermones de Savonarola junto con ejemplares de la **Biblia** y el **Salterio** recorrieron no sólo Italia sino el mundo entero. La imprenta fue también el vehículo de que se valió para exponer sus ideas otro gran revolucionario: Lutero.

En 1517 Lutero clavó en la entrada de una iglesia de Wittemberg un explosivo programa de noventa y cinco proposiciones sobre diversos principios de la Iglesia. La doctrina heterodoxa de Lutero sostenía que el cristiano se salva sólo por la fe y no por la fe y las buenas obras y rechazaba la confesión auricular, la vida monástica, el culto a la Virgen y los santos, la infalibilidad de los concilios, el celibato sacerdotal. El pueblo alemán era presentado como víctima de la codicia romana, de modo que se veía con buenos ojos la propaganda de Lutero contra la venta de indulgencias y a favor de la secularización de los bienes de la Iglesia; estos factores nacionalistas y otros elementos de orden político y social desembocaron en que el monje agustino se pusiera a la cabeza de un vasto

movimiento de opinión que, estimulado por la crisis de fe renacentista y la relajación de las costumbres del clero, condujo a la más aguda crisis de la unidad católica, la Reforma.

Uno de los puntos básicos de Lutero era que la **Biblia**, libremente interpretada, era la fuente de la verdad. Eso hizo que muy pronto el protestantismo se ramificara en varias confesiones como el calvinismo y el anglicanismo. La rebelión llegaría también a lo social, dando apoyo a libres movimientos como la llamada *guerra de los campesinos* que acabó por ensangrentar a Alemania.

Sin embargo, ni Lutero ni los demás protestantes pusieron en duda las firmes creencias católicas de esos tiempos relativas a la existencia del diablo y de las brujas, de modo que prontamente se unieron a las masacres católicas contra las brujas, por supuesto sin mencionar la autoridad del Papa -al que veían como la encarnación del demonio- sino sólo basándose en la **Biblia**.

IX.3.2 Se generaliza la cacería

“Cuando Leonardo trabajaba en Santa Ana, durante la época culminante del Renacimiento, escribía en Roma el **Martillo de las brujas** en el más exquisito latín humanista.”⁶ Sus autores, Sprenger y Kramer, se habían abocado a la tarea de describir el sistema de su actuación en Alemania, en la misión encomendada por Inocencio VIII. Dos años después, se publica el manual que estaría llamado a ser la guía oficial y autorizada en el tratamiento de brujas -cuyo uso se extendió durante centurias- con la aprobación y firma de los doctores de la noble Universidad de Colonia. La verdadera importancia del **Malleus** radicó en dos hechos, la sistematización de la brujería y atribuirle principalmente a las mujeres.

El primero, al par que daba una ordenación al delito de brujería, lo clasificaba de *delictum sui generis* y establecía las reglas del enjuiciamiento de las brujas. En esencia, su teoría giraba alrededor de las maquinaciones del diablo y de las personas que ejercían las artes mágicas. Heréticos y brujas habían celebrado un trato con el infierno y la muerte, al someterse sin cortapisas al demonio con el fin de “cometer asquerosidades con él, y con el fin de causarles perjuicios a las gentes, el ganado y los frutos”⁷

El crimen de brujería fue definido como un malhecho, por el cual una persona, habiendo celebrado un contrato con el diablo y con su ayuda, causaba daño al prójimo en todas las formas imaginables y, especialmente, produciendo malos tiempos. En retribución, el demonio le concedía algunos deseos, sobre todo la promesa de enriquecimiento. Asimismo, era necesario que esas personas concurrieran a una asamblea donde tenían contacto carnal con Satanás.

⁶ OSWALD SPENGLER. **La decadencia de Occidente. II.** Barcelona, 1993.

⁷ KRAEMER Y SPRENGER. **El martillo de...**, *op. cit.* Esta cita y las siguientes, salvo indicación en contrario, pertenecen a la misma obra.

El segundo punto importante fue hacer recaer el mayor peso de la brujería en las mujeres. Se pregunta Sprenger “¿Cómo es que en un sexo tan débil como el de las mujeres se encuentran muchas más brujas que entre los hombres?” y de inmediato añade: “No sirve para nada allegar argumentos en sentido contrario, porque la experiencia misma, además de una serie de palabras dignas de fe, hacen creíbles tales testimonios.” Apoyado en autoridades testamentarias tanto como en los Padres de la Iglesia y otros pensadores, advierte que, como sexo débil, son proclives a los excesos, por ejemplo, el de la malicia “toda malicia es nada comparada con la malicia de la mujer.” Asimismo, encuentra que el “hecho de que haya más mujeres que hombres sometidas a la superstición” las torna candidatas ideales para creer en las supercherías diabólicas. “Dado que son débiles en las fuerzas del cuerpo y el alma, no es extraño que pretendan embrujar a quienes detestan.” Más adelante informa que “Por lo que hace al intelecto o a la comprensión de las cosas espirituales, parecen de una naturaleza diferente a la de los hombres.” Asimismo, asegura que la mujer “es más carnal que el varón, como se demuestra por sus múltiples torpezas carnales.” Concuerda con Catón que, cuando la mujer llora, “está intentando engañar” y que siempre su fe es débil. No duda en atribuir “el defecto de la memoria” femenina al “no querer ser gobernadas sino seguir sus movimientos sin ninguna traba”. Respecto a la voz, dice que es “otra de sus particularidades: mentirosa por naturaleza lo es en su lenguaje, pues pica encantando.” Conforme a lo que va exponiendo, asegura que “queda claro que hay tres géneros de vicios principales que parecen reinar sobre todo entre las mujeres malas: la infidelidad, la ambición y la lujuria. Luego éstas sobre todo se entregan a los maleficios.” La existencia de estas mujeres produce “el cotidiano e intolerable peligro del exterminio de la fe; porque saben desviar el espíritu de la gente e incluso de los jueces que, ni por sí mismos ni por otros se atreven a hacerles ningún mal con ello cada día se multiplican.”

Había que poner mucho celo para que la impureza de la herejía no manchara las creencias católicas. Sprenger recomienda el enjuiciamiento criminal de las brujas aplicando la tortura para obligar a esas mentirosas a confesar su delito y la prueba de agua para comprobarlo. Y para limpiar esos crímenes, y limpiarlas a ellas mismas de los pecados cometidos, el inquisidor alemán hace hincapié en que debe aplicárseles la pena de muerte por fuego.

Enjuiciamientos de ese tipo no se conocieron en Alemania durante los siglos XIII y XIV. Sin duda esta falta de celo fue lo que motivó a Inocencio VIII a enviar allí a sus legados Sprenger y Kramer revestidos con toda la fuerza del poder inquisitorial. Durante los primeros años de su actuación, seiscientas personas fueron ejecutadas en el obispado de Bamberg, novecientas en el de Würzburg y alrededor de mil personas en el arzobispado de Traier. Su acción y sus ideas dejaron una huella perdurable que asimilaron Lutero y los códigos de leyes alemanes.

IX.4 La caza a gran escala

“Durante el siglo XVI, la persecución de brujas se transformó en una manía”⁸ Y lo mismo ocurrió durante el siglo siguiente y el siguiente. En 1521, León X en la bula *Honestis* ordenaba la excomunión de cualquier funcionario y la suspensión de los servicios religiosos a cualquier comunidad si se negaban a ejecutar, sin examen ni revisión, la sentencia de los inquisidores.

La obediencia era virtud: en Lorena el juez Nicolás Remy se jactaba de haber enviado a la hoguera a novecientas brujas en el término de diez años. En el episcopado de Treves, luego del pasaje de los inquisidores, dos villas vieron reducida su población a una sola persona. Trescientas personas perecen en Como en 1514; doscientos cincuenta en Brescia.

En 1532 el código penal conocido como Carolina decretó que la brujería en el Imperio Alemán debía tratarse como una ofensa criminal y que debía ser castigada con la pena de muerte por fuego. Otra fuente legal, el príncipe elector Augusto de Sajonia, impuso asimismo la pena de la hoguera al pacto con el diablo y la brujería de toda clase, incluso la mera predicción de la fortuna.

En 1562, sesenta y tres mujeres son llevadas a la hoguera en Wesenburg y cincuenta fueron quemadas en ocho hogueras colectivas. En Osnabrück ciento veintiuna personas fueron quemadas en tres meses; en Wolfenbuttenl se quemaba a razón de diez brujas por día. En Weil der Stadt, llegó a juzgarse, condenarse y quemarse un promedio de tres brujas por día. En Bamberg no menos de seiscientas brujas fueron procesadas en la famosa “casa de brujas” donde se levantaba una cámara cuyas paredes estaban adornadas con textos bíblicos. Sin duda los protestantes resultaron tan efectivos como los católicos en su celo por exterminar a las brujas: el mismo Lutero aseguraba que debían ser quemadas aunque no hicieran daño, meramente por su pacto con el diablo. La Escocia presbiteriana aceptó también de buen grado estas ideas sobre la brujería.

En Inglaterra, un Acta sobre la Hechicería de 1542 no tuvo mayor efecto y acabó por ser derogada cinco años después por Enrique VI. Sin embargo, durante el reinado de Isabel, las cosas cambiaron. “Después del sangriento reinado de María, los protestantes de todas clases estaban de acuerdo en un punto. El papismo debía ser desterrado para siempre y, junto con él, todos los restos de paganismo”. En 1563 se promulga entonces un nuevo decreto cuyas partes sustanciales sostenían: “...en el presente no existe castigo ordinario o condigno establecido contra los practicantes de los malvados delitos de conjuración e invocación de espíritus malignos, y/o hechicerías, encantamientos y brujerías... si cualquier persona o personas practica o ejercita la brujería, el encantamiento o la hechicería, como consecuencia de las cuales alguna otra persona sufra muerte o destrucción...

⁸ ERIC MAPLE, *op. cit.* Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

sufrirán la pena de muerte como felón o felones y perderán el privilegio y beneficio del santuario y la clerecía.”⁹

Jacobo I sustituyó el decreto de Isabel por otro más estricto. Una y otra ley sirvieron de base para que las cortes y tribunales se pronunciaran desfavorablemente contra las brujas en la mayoría de las acusaciones por este delito. En Chelmsford, en Dorset, en Essex, en Wimbish, en Devon, en Lancaster se sucedían los juicios y las condenas.

En Austria Rodolfo II desató una larga persecución contra el delito de brujería, en tanto en Polonia, el rey Segismundo dictó en 1543 un decreto por el cual se otorgaba al clero la facultad de instituir el enjuiciamiento y el castigo de la brujería. La pena era la de muerte por fuego y durante el proceso se aplicaba la tortura. Hungría, Transilvania -donde se avecinaba la ola vampírica-, Moldavia, Valacia y Rusia ostentaban una cantidad de sentencias por brujería bastante apreciable.

En el territorio español la brujería fue también severamente castigada, en tanto en Cataluña se instituyeron procesos contra multitudes de personas “por haberse entregado al diablo, honrándolo como si fuera Dios.”

En Italia se mantuvieron las disposiciones del derecho romano contra la magia y la astrología completadas por las leyes longobárdicas y sustentadas por las legislaciones civiles. De todos modos en este país, como en Portugal y España, las persecuciones fueron más débiles en el centro que en las fronteras y mucho menos letales en comparación con las especialmente virulentas de Alemania y las naciones circundantes, Francia y Suiza.

IX.5 La caza de brujas en negro sobre blanco

Siempre atenta a controlar las expresiones del pensamiento, la Iglesia, ahora bajo la inspiración de los jesuitas, extendió la censura de publicaciones iniciada por Sixto IV al establecer el *Index librorum prohibitorum* en 1559, perfeccionado en la Congregación del Índice de 1571. Esa censura se ejercía sobre todo aquel que disintiera con las ideas aprobadas, fueran protestantes o católicos que negaran la necesidad de terminar con las brujas. Ya un humanista como Pico della Mirandola había atestado sobre la existencia de las brujas y sus prácticas horripilantes, aunque un físico como Paracelso insistía que cuanto él había aprendido provenía de una bruja.

A partir del recrudescimiento de la cacería en el último tercio del siglo XVI, apareció una multitud de libros, folletos e impresos sobre el diablo y la brujería. Mientras los artistas plásticos, como Brueghel, reproducían las que creían formas del diablo, los intelectuales y no tanto se explayaban sobre el tema. Los demonólogos más relevantes y de mayor influjo quizá sean Weier y Bodin. Johann

⁹ SAINT EDMÉ. *Dictionnaire de la pénalité chez tous les peuples du monde connu*. París, 1810. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

Weier, nacido en Bélgica, era un físico que escribió en 1563 su **De praestigiis daemonum**. Seguidor de las ideas de Cornelio von Nettesheim, quien afirmaba que las brujas eran producto de la imaginación, la tesis principal de Weier era que las brujas eran mujeres mentalmente enfermas de melancolía, incapaces de hacer daño. Sin embargo, curiosamente, sostenía que la creencia en la brujería era causada por el diablo, con lo cual producía el efecto contrario del que probablemente haya sido su intención. Por las razones que fuere, esta obra fue denunciada por Jean Bodin. Este juez francés de vasta cultura, profesor de Derecho Romano en la Universidad de Toulouse durante años, escribió en 1580 su **De la demonomanie des sorcières** en la cual insistía que negar la existencia de las brujas convertía a una persona en bruja. Escrita para servir de orientación en los juicios, asegura en principio que es preferible “absolver a un culpable que condenar a un inocente”. No obstante, con una casuística perversa, sostiene: “No debemos atenernos a las reglas ordinarias de enjuiciamiento...pues la prueba de semejante mal es tan oscura y difícil que ni una sola bruja entre un millón podría ser acusada o castigada si siguiéramos un procedimiento legal regular.” Se debe a su talento, elogiado por Montaigne, el facilitar la definición legal de la palabra “bruja”: “Aquella que conociendo la ley de dios intenta realizar alguna acción mediante un acuerdo con el diablo.”

El debate entre las teorías de Wier y las de Bodin dividió a los especialistas; sin embargo, nadie dudaba de la existencia del diablo -hasta un escritor como Bossuet creía en la realidad de la brujería- aunque es cierto que manifestarse escéptico en la materia podía resultar muy peligroso.

Otro juez, Nicholas Remy, encargado de la persecución de brujas y brujos en Lorena, sufría alucinaciones creyendo que Satanás era su enemigo personal y que lo seguía a todas partes. En su **Demonolatry** de 1595 hace gala de su obseción citando ciento veintiocho casos de brujería, comprobados por él mismo, cuyo análisis lo hace desembocar en la afirmación de que la brujería debe ser exterminada, de lo cual se ocupó activamente enviando a la hoguera a las acusadas. Una vez más un juez, Henri Bouquet en su **Discours exécration des sorcières**, además de relatar sus actuaciones en el Jura asegura que la simple presunción de brujería basta para apresar a una persona e imparte instrucciones sobre cómo arrancarle la verdad a las brujas, expresando también su deseo de que le gustaría que todas las brujas estuvieran “juntas en un único cuerpo para poder ser quemadas a la vez en un único fuego.”

Un inglés, Reginald Scot, después de ver una impresionante ejecución de brujas en Kent, en su **The Discovery of Witchcraft**, se atrevió a enfrentarse con los cazadores de brujas afirmando que era una “interminable, inexcusable y manifiesta vergüenza” ya que las brujas no poseían un auténtico poder. El libro de Scot recibió el honor de ser refutado por Jacobo I de Escocia que, en su **Demonology**, calificó de “condenables” las opiniones de Scot por cuanto los “asaltos de Satanás son muy ciertamente practicados, y sus instrumentos merecen ser lo más

severamente castigados.” Y ésta era la convicción general, expresada en las obras de Francesco Guazzo, de Lancre, del Río y tantos otros que alimentaban los más sórdidos temores populares.

Los protestantes, por su parte, tenían su propia producción de libros, los llamados *Teufelsbücher*. Escritos en su mayoría por pastores luteranos, apelando a diversas formas como sermones, compilaciones, cartas, piezas dramáticas, denunciaban los vicios de su época pero sobre todo alertaban contra los riesgos de practicar magia o brujería. El mensaje final que transmitían apelaba a la voluntad personal para no caer en los vicios que se habían mostrado y resistir el poderoso influjo del Príncipe de las Tinieblas.

Protestantes y católicos, rivales sin cuartel en lo político, se acusaban mutuamente de servir al demonio, porque unos y otros compartían la creencia en el diablo como mal y la necesidad del exterminio de la brujería. ¿A cuantas decenas, o centenas, o miles ascendió semejante escalada de ejecuciones?

Las estimaciones llegaron en algún momento a la escalofriante cifra de seis millones, hablándose en algún momento de un “genocidio”¹⁰. No obstante, un detallado trabajo en base a documentos fidedignos de los procesos y no a especulaciones emocionales, rebajó considerablemente el número.¹¹ Aun cuando se trate de quinientos mil, como generalmente se conviene, el porcentaje es enorme dada las tasas de población de la época. Igualmente abominable resulta el cuadro que surge: terminar con una expresión de la cultura y mantener bajo el terror a poblaciones enteras a fin de gobernar conforme a las necesidades de la ideología de poder dominante.

¹⁰ Por ejemplo, en los trabajos referidos a la brujería de Barbara Ehrenreich y Deirdre English, o los que hacen alusión a ella, aparecidos durante la década del 1970 y 1980.

¹¹ Cf. BRIAN P.LEVACK. **The Witch-hunt in Early Modern Europe**. Londres, 1987.

CAPÍTULO X

CONVICTA ET COMBUSTA

La vida desplegaba ante los ojos renacentistas el abanico policromo de los goces del presente y las maravillas del pasado. Cada individuo se afirmaba frente a los otros, construyéndose a sí mismo, en los juegos de la competencia; olvidaba así el temor al juicio venidero del alma, el pavor por las penas del más allá. La única verdadera tristeza era tener que abandonar algún día la existencia, razón por la cual los filósofos comienzan a enseñar a bien morir. Lo único que parecía interponerse entre la vida y sus goces era el mal encarnado en el Demonio.

Lujo, comodidades, estima pública, deleites sensuales, embellecimiento artístico en las clases poderosas. En el otro extremo, un pueblo excluido del disfrute de la vida; víctima reciente¹ de las epidemias de viruela, sarampión, tifus, gripe, de la sífilis, la lepra; atrapado entre guerras religiosas y pujas por el poder, explotado por una agricultura en transición, por nuevos patrones económicos. Y violencia, violencia en todas partes. Los relatos de la época se colman con hechos de violencia y crueldad. La gente importante temía ser envenenada y apuñalada: los asesinos eran baratos. Las calles y los caminos podían resultar trampas fatales donde perder la vida.

A veces, la violencia se convertía en espectáculo: la intolerancia de Carlos V produjo los primeros mártires protestantes cuando los ordenó quemar vivos el 1ro. de julio de 1523. La hoguera se levantó en la plaza pública, tal como ocurría cada vez que ardían los culpables de ser judíos, homosexuales, herejes o brujas. Y, como toda vez que eso ocurría, la multitud rodeaba la hoguera doliéndose y, a la vez, regocijándose con cada detalle del drama que se desarrollaba ante sus ojos. Como tantas veces ocurrió en la historia, el pueblo olvidaba sus penas, sus ansias, sus miedos, sus necesidades, en el espectáculo de la muerte ajena.

X. 1.1 El proceso inquisitorial

Diligentes, atentos, sagaces, cultos, allá partían los inquisidores en busca de culpables: culpables de hecho o culpables de ideas. Menos esforzados en Italia y España durante los siglos XIV y XV, lo fueron en extremo en los territorios fronterizos y en Alemania y Francia, lugares donde las sectas heréticas habían llegado a prosperar enormemente.

La bula de Inocencio VIII sirvió de base al sistema del proceso inquisitorial: los jueces debían proceder a inquirir oficialmente a los autores de los delitos de

¹ La gripe, la viruela, el sarampión, la sífilis, el tifus, eran todas enfermedades casi desconocidas en Europa antes del siglo XVI.

brujería. Esto es, el enjuiciamiento criminal contra las brujas se verificaba *ex officio*, lo cual no excluía el enjuiciamiento criminal por denuncias particulares. Los papas Julio II, León X, Adriano VI y Clemente VII, en bien de la Contrarreforma, ampliaron la competencia de los tribunales de inquisición a los casos de magia, considerándose magia y brujería delitos de lesa majestad divina.

En principio, se solicitaba que los culpables de herejía o de prácticas brujeriles se presentaran voluntariamente ante los inquisidores que se hallaban en una plaza determinada. Este período de gracia duraba aproximadamente un mes.

En caso que no se presentaran, se procedía a entablar proceso que podía iniciarse por tres razones: por acusación, ofreciéndose el testigo a probarlo y a “someterse a la ley del talión si no lo consigue”²; por mera denuncia, quedando el denunciante en el anonimato y la tercera “es la que implica una Inquisición: no hay acusador ni denunciador, pero corre el rumor por la ciudad o por la región de que hay brujas”, sobre todo se prestaba atención a las mujeres de edad porque se suponía que, al no expulsar la sangre menstrual, ésta las convertía en personas mágicas.

En primer lugar se aprehendía a la persona acusada o sospechada, consistiendo el método para arrestar a la bruja “en levantarla súbitamente del suelo mediante unos servidores y llevarla en un cesto o cajón, con el fin de que no toque tierra para nada”; asegura el manual de los inquisidores que esto se debe a que así se evitaba que el diablo le diera fuerzas. Asimismo, debía revisarse hasta el último rincón de la casa para encontrar pruebas de la práctica de la hechicería. En caso de que tuviera “una sirvienta o compañeras...convendría que fuera encerrada en otro lugar aparte de ellas, aunque no hayan sido denunciadas, porque se debe presumir que no ignoran los secretos de la bruja denunciada.”

El encierro debía ser en una celda aislada -*carceris squalores*- para que reflexionara “acerca de su pasado y su porvenir”. Si no lo hacía, comenzaba el proceso propiamente dicho, en presencia por lo menos de cinco personas, “a saber, el juez de instrucción, el testigo o denunciante, el que le responde o el denunciado que comparece después, el notario o el secretario.” Todos ellos debían tener cuidado que la bruja no los toque porque era capaz de hacerles un maleficio. Al proceder al interrogatorio, el juez debía “considerar tres puntos, que son, la mala reputación, los indicios del hecho y las opiniones de los testigos.” Si el/la acusada insistía en tener un abogado dicho abogado “no es designado según el capricho del acusado, porque él querría tener uno a su gusto”; por consiguiente, se nombraba uno a gusto del juez.

“La siguiente acción del juez es clara: la justicia común pide que la bruja no sea condenada a la pena de sangre sin que sea convicta por propia confesión.” Se aplicaba luego el recelo -*territio*- en que se la intimidaba describiéndole y mostrándole los instrumentos de tortura que la esperaban en caso de negar su delito. Si esto no daba resultado, se desnudaba a la acusada y se le rasuraba el pelo

² KRAEMER y SPRENGER, **op. cit.** Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

de todo el cuerpo porque se creía que, de este modo, no podría recibir ayuda de su aliado, el Demonio. De inmediato se procedía a la búsqueda del llamado “estigma diabólico” *-sigillum diaboli-*; dice un comentarista, “todas las brujas tienen una marca, algunas en el hombro, algunas en el párpado, otras en la lengua o en el labio, y otras en las partes de vergüenza del cuerpo, en resumen, se dice que no existe bruja carente de esa marca en alguna parte de su cuerpo”³. Otro relator cuenta que, interrogada una mujer sobre una aparente hernia, lo atribuyó al hecho de transportar agua. Los examinadores, dudando de esta causa accidental, continuaron revisando la hernia hasta que hallaron un pequeño orificio “como si últimamente hubiese sido chupado y, al apretarlo, salió de allí una sustancia blanca y lechosa.”⁴ Se suponía que esas marcas eran insensibles al dolor; para comprobarlo, se las pinchaba con un punzón. Algunos inquisidores que no querían correr riesgos de que efectivamente reaccionaran ante la pinchadura, empleaban una daga que no causaba dolor al penetrar en la carne por lo cual encontraban no sólo un sitio insensible sino todos los que se les ocurriera. Asimismo, se preocupaban de encontrar un pezón suplementario con el que se decía alimentaban a los diablillos o familiares. La enfebrecida imaginación de los inquisidores solía encontrarle forma de pezón a un lunar, un forúnculo -muy comunes en ese tiempo-, una verruga, una pústula.

(Figura Nro. 9)

En algunos casos, previo a la tortura misma, se efectuaban tres pruebas: la *prueba de lágrima*, la *ordalía* y la *balanza*. La primera consistía en que el acusado, con una mano sobre su cabeza, debía rezar una fórmula de juramento; si era inocente, sus ojos comenzarían a verter lágrimas, si en cambio no lograba llorar, quedaba demostrada su culpabilidad. De todos modos, llorar no era una prueba del todo valedera porque se solía asegurar que el llanto se había producido con ayuda del Diablo.

La *ordalía* o *juicio de Dios* consistía en arrojar al agua a la persona atada de pies y manos. El agua, considerada un elemento sagrado como en el bautismo, se supone que rechazaría a los que fueran culpables y les permitiría hundirse en su interior si eran inocentes, en cuyo caso se los sacaba a la orilla. Asimismo, era señal de culpabilidad si flotaban, esto es, si el agua los rechazaba.

En cuanto al último examen, el de la balanza, consistía en pesar a la persona. Si ésta pesaba menos que lo calculado por quienes la conocían antes de entregarse a la brujería, se la consideraba culpable por cuanto una bruja debía ser liviana para volar en la noche; si, por el contrario, pesaba más, se la declaraba inocente.

Si se la suponía culpable, pero la bruja no admitía sus faltas, se procedía a hacerla confesar por la fuerza *-probatio probatissima-*. En algunos casos, se consultaba

³ H. BOGUET. *An Examen...*, op- cit.

⁴ C. L'ESTRANGE EWEN. *Witch Hunting and Witch Trials*. Londres, 1929.

antes a la Universidad: las de Bamberg, Lyon, París, Bologna, nunca tuvieron ninguna duda sobre la eficacia de la tortura para arrancar confesiones. Asimismo por la *Multorum querela* de Clemente VI, no podía torturarse a una persona sin el conocimiento del obispo.

X.1.2 La tortura

El escenario está dispuesto: los inquisidores⁵, vela en mano al fondo de la escena, prontos a efectuar las preguntas pertinentes; el notario atento a anotar las palabras que inquisidores y reo fueran diciendo; el torturador, próximo a sus instrumentos de trabajo. Ingresaba luego la víctima, después de un largo encierro; estaba mal alimentada, ha sufrido frío e incomodidades y soportado la falta de comunicación, sin saber las razones de su encierro ni quiénes fueron sus acusadores. Grilletes en los pies, las manos trabadas, seguramente no tenía muy en claro qué se esperaba que dijera.

Si el acusado no confesaba a la vista de esa escena, se decretaba que su falta de miedo era prueba de que efectivamente había cerrado un pacto con el demonio. Se procedía entonces al martirio. “La presentación del paciente a la tortura iba acompañada de estas palabras, proferidas por el verdugo: ‘Quiero torturarte de tal manera que el sol pueda atravesar tu cuerpo’”⁶ Comenzaba entonces la tortura misma, de lo cual no se esperaba obtener demasiado ya que “las cuestiones (torturas) son frecuentemente falaces y a menudo ineficaces.”⁷

(Figura Nro. 10)

Los instrumentos que se empleaban eran muy variados: pinzas, tenazas, látigos, tijeras, sierras y elementos como el agua, la sal y el fuego. Sin embargo, el ansia de martirizar agudizaba la imaginación produciendo aparatos más complejos: la bota, consistente en ajustar con un torniquete dos maderas a las pantorrillas hasta que los huesos crujieran; la horquilla, en que cabeza, manos y pies quedaban sujetos en un mismo plano, posición que provocaba al poco rato horribles calambres; la *strappada* en que la víctima, con las manos atadas a la espalda y pesas en los pies, era alzada dos o tres metros sobre el nivel del suelo y se la dejaba allí suspendida para que se fuera descoyuntando. Una variante era la llamada “cuna de Judas” en que, una vez suspendida la víctima a buena altura, se la dejaba caer sobre una pirámide que se le incrustaba en el ano, la vagina, el escroto o bajo el coxis, variando el daño conforme a la intensidad de la caída.

⁵ En los primeros tiempos no estaba permitida la presencia de los inquisidores durante la tortura; Urbano IV los autorizó a presenciarse.

⁶ ALEC MELLOR. **La tortura**. Buenos Aires, 1960. La fórmula se refiere a los torturadores de Bamberg pero, con ligeras variantes, se repetía en todas partes.

⁷ KRAMER y SPRENGER, **op. cit.** Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

Tampoco faltaban las torturas de orden psicológico, como falsas promesas de liberación alternadas con ofrecimientos de buen trato, comida o dulces en caso de confesar o la privación del sueño.

Cada sesión de tortura no podía durar más de media hora ni repetirse el mismo procedimiento. El juez debía observar atentamente si la bruja lloraba “cuando esté ante él de pie y cuando sea sometida a tortura”. Si no era así, seguramente era por estar afectada del maleficio de taciturnidad, algo que se consideraba realmente peligroso; si, por el contrario, lloraba, podía ser que fuera “por un engaño del diablo” dado que “llorar, tejer y engañar son cosas propias de mujeres”.

Los funcionarios debían tener extremo cuidado de no ser tocados ni mirados por la hacedora de supercherías, de modo que se les recomendaba que hicieran entrar a la acusada de espaldas a la sala de interrogatorio.

Los oficiales civiles que entendían en el proceso cobraban excelentes salarios y gozaban de indulgencia plena durante el ejercicio de sus funciones y lo mismo le alcanzaba al verdugo que se esmeraba en su tarea auxiliado por más de cuarenta variantes de tortura con aparatos. Entre otros, ataduras y ligaduras de todo tipo, el collar de púas, el potro o cuerda en que, sujeto el cuerpo a una mesa, se lo iba estirando hasta descoyuntarlo, el aplasta-pulgares, el aplasta-cráneos, el garrote, la pera oral, rectal o vaginal en que se introducía un artificio de metal en forma de pera en dichos orificios y luego se la dilataba al máximo dentro de la cavidad hasta desgarrar todos los tejidos. Había asimismo algunos muy sofisticados como la doncella de hierro, una caja en forma de ataúd con clavos desmontables en su interior que, al cerrarse la tapa, se clavaban en todo el cuerpo; según el daño que se quisiera infligir se colocaban más o menos clavos y se cerraba la caja con más o menos fuerza. Y estaba también la rueda para despedazar, en que, según testimonios, “la víctima se convertía en una especie de pulpo gigante con cuatro tentáculos, un gran títere aullante que se retorció entre arroyuelos de sangre, carne cruda, viscosa y amorfa mezclada con astillas de huesos rotos.” En ocasiones la víctima gritaba tanto que, dejando de lado que estaban allí para oír una confesión, los inquisidores le pedían al torturador que les aplicara el barbero o mordaza de hierro, esto es, una barra de hierro sujeta a la nuca en cuya parte media había un trozo de metal que se introducía en la boca hasta ahogar todo sonido. En general este barbero se reservaba para que los gritos de quienes eran quemados en la hoguera no interfirieran con los sonos de la música sacra que acompañaba el espectáculo. Esta mordaza se aplicó, por ejemplo, a Giordano Bruno, culpable de difundir las ideas que se hallaban en las obras del Índice de Libros Prohibidos, el filósofo cuyos ataques al escolasticismo y su defensa de los conceptos científico-aristotélicas lo llevaron a perecer en la hoguera, condenado por hereje.

X. 1.3 El interrogatorio

Que cualquier hombre prudente y libre de prejuicios escuche las confesiones tan comúnmente aducidas y verá con cuánta trampa y engaño, con cuánta tergiversación y embuste, con cuánta pena y simple bribonería se arrancan estas confesiones a pobres personas inocentes y cuántos monstruosos agregados y multiplicaciones se inventan luego para que todo parezca verdad, lo cual es falso y digno de la máxima condenación.

Thomas Ady (1655)

Por rumores, por delación, por inquisición, la bruja era acusada y esto por sí mismo la convertía en culpable. Pero, según la Inquisición, “la justicia común exige que una bruja no sea condenada a menos que su propia confesión la condene”. Las preguntas que le formulaban no iban entonces en el sentido de si había hecho o no aquello que se le imputaba sino cuándo, dónde, cómo y, sobre todo, con quién. Se utilizaban para ello formularios pre-confeccionados que contenían interrogantes sobre la causa de haberse hecho bruja, con qué demonio se había juramentado, a cuál había tomado por amante, dónde había consumado su unión con el íncubo, qué marca tenía en su cuerpo hecha por el diablo, a qué personas había dañado con maleficios, quitándole su poder genésico, sus bienes, su ganado, quién la había instruido en tales artes, a quiénes había sacrificado a Satanás, a quiénes había hecho mal de ojo, quiénes la acompañaban en los *sabbahs* o aquelarres, cómo eran los banquetes que allí se celebraban, quiénes eran sus cómplices, de qué estaba hecho el unguento que frotaba en su escoba para volar por los aires, cómo conseguía volar, qué prácticas sexuales ocurrían en los *sabbaths*.

Una y otra vez se repetían las mismas preguntas mientras el dolor de la tortura atenazaba a la acusada. Muchas veces no entendía el lenguaje técnico que se empleaba en el interrogatorio y otras muchas veces ni siquiera entendía el idioma de los inquisidores. Entonces suplicaba que se le dijera cuál era la respuesta correcta, pero esto tampoco satisfacía a los torturadores. Con paciencia, con dolor, se iba socavando la resistencia hasta que, por último, si la muerte no se apiadaba de ella antes, se declaraba culpable. Esto tampoco era suficiente: se esperaban detalles de sus acciones. Se le insinuaba recordar las atrocidades que había cometido: que había devorado carne de niños, que copulaba con el demonio, que efectuaba maleficios que impedían el débito conyugal, que procuraba abortar lo concebido en el útero propio y ajeno, que separaba el miembro viril del cuerpo...

Entre gemidos y llantos, llegaba la confesión: sí era cierto, sí había copulado con el diablo, había abortado, había hecho maleficios ilícitos, había dañado, había devorado carne de niños, se había transportado por el aire, había renegado de la fe cristiana. Los inquisidores se congratulaban de que resplandeciera la verdad de los formularios con la confesión que los convalidaba: la brujería era una realidad, las brujas efectuaban un pacto con el demonio, sostenían relaciones sexuales con íncubos y súcubos, se entregaban a las orgías en el *sabbath*, Satanás las marcaba

con un signo, dañaban a las buenas familias, realizaban encantamientos y maleficios. ¿Quedaba así completada la confesión? No, el celo inquisitorial pedía más: nombres, nombres. Nombres de cómplices, de mujeres malas, de asistentes, de testigos, de damas de la noche.

La acusada vacilaba; media hora más de tortura, dictaminaba el juez y consentía el médico. Media hora de dolor, de cuerpo destrozado, tajado, quebrado, herido, aprisionado. Media hora de espanto, de perplejidad, de vacilaciones. Y brotaba un nombre, y otro y otro más hasta que la sagacidad de los inquisidores quedaba satisfecha: ya sabían que el bien triunfaría sobre las huestes diabólicas. Ahora podían pronunciar la sentencia porque el alma de la confesa se había salvado: sólo faltaba purificarla por el fuego.

(Figura Nro. 11)

X. 2 Los autos de fe

Hasta el siglo XIV, cristianos, musulmanes y judíos convivían en paz en el territorio de España. La herejía, considerada esencialmente en términos culturales, no alcanzaba a los judíos por cuanto nunca habían sido cristianos. No obstante, se castigaba con la pena de muerte a quien se convirtiera al judaísmo.

A partir de la denominada “Reconquista” -una especie de cruzada para recuperar los territorios en poder de los moros- entre musulmanes, judíos y cristianos se desatan importantes tensiones que no dejaron de ir en aumento. En 1380 fray Ferrant Martínez primero y Vicente Ferrer después, comenzaron a predicar contra los judíos, culpándolos de engaños, crímenes y malas artes. Sus palabras exacerbaban el latente odio popular contra la riqueza y el saber de los judíos, que ocupaban altos puestos, conocían la numeración decimal y los movimientos contables y compartían con los mejores hombres del Renacimiento el gusto por la antigüedad clásica. En Córdoba, en Toledo y otras ciudades se produjeron asaltos a las juderías, saqueos, incendios y matanzas. De grado o por fuerza, muchos judíos se convirtieron al cristianismo. Estos “cristianos nuevos” o *marranos*⁸ vieron que se abrían ante ellos muchas oportunidades y no dudaron en tomarlas. Ocuparon altos puestos en el Estado e incluso dentro de la jerarquía eclesiástica, se hicieron terratenientes, mezclaron su sangre con antiguos linajes cristianos. Todo esto fue visto con recelo y sospecha por parte del pueblo, las autoridades y los viejos cristianos.

La dispersión masiva por toda España de los musulmanes que habían habitado los reinos moros tanto como los clamores populares contra los judíos y conversos ocupando puestos prominentes decidieron a la pareja real, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla solicitar al papado la creación de una Inquisición independiente,

⁸ El origen de esta palabra no está claro; tal vez se deba a que los cristianos nuevos comían carne de cerdo, que les estaba prohibida a los judíos.

dado que la creada en 1227 no tenía un papel muy activo en el territorio de España, siendo el reino de Aragón casi el único lugar donde se persiguió con cierta tenacidad a la herejía albigense.

Judíos y moros ricos y limpios, cristianos pobres y sucios, tal parecía la antinomia que se presentaba. No era la primera vez que la codicia que movía los corazones terminaba en una bula papal. En 1197, los habitantes de Stedingerland se habían rehusado a pagar el diezmo debido al arzobispo de Brema. Éste los excomulgó, aquéllos apelaron y por último el papa Gregorio IX, en una bula de 1232, los declaró heréticos, acusándolos de tener tratos con el diablo, practicar el arte de la brujería, despreciar los sacramentos y formar parte de una secta malvada.⁹

En noviembre de 1478 Sixto IV expide la bula correspondiente para organizar la Corte Española de la Inquisición. Asimismo, autoriza a perpetuidad a los reyes a nombrar y remover a los inquisidores. Tomás de Torquemada, un monje dominico confesor de los Reyes Católicos, es nombrado Inquisidor Supremo para Castilla, Aragón y Sicilia. Torquemada¹⁰ presidía un Consejo llamado Supremo compuesto por cinco miembros. El Consejo, a su vez, nombraba a los miembros de los Tribunales subalternos, con jurisdicción sobre todo el reino -más adelante, se agregaron los territorios de ultramar-. Estos Tribunales estaban compuestos por dos jueces letrados y un teólogo, que recibían el trato de “Señoría”; los asistían los “familiares” encargado de vigilarlos y protegerlos, que también secundaban a los comisarios en los arrestos. Los fallos de los procesos no podían apelarse en Roma y los acusados sufrían la confiscación de sus bienes.

Los delitos que se tomaban en consideración para procesar a una persona se dividían en cinco artículos:

- 1) Contra la religión y la fe: herejía, brujería, judaísmo, adivinación, etc.
- 2) Contra la moral y las buenas costumbres: bigamia, comercio y posesión de imágenes prohibidas, sodomía, sodomía bestial, homosexualidad, etc.
- 3) Contra la dignidad del sacerdocio: decir misa sin estar ordenado, solicitar favores en la confesión, hacerse pasar por sacerdote, etc.
- 4) Contra el orden público: lectura, comercio y posesión de libros subversivos, sobre todo franceses, libelos contra la corona, España o la Iglesia, et.
- 5) Contra el Santo Oficio: cualquier actividad que impidiera o dificultase las libertades del tribunal inquisitorial.

Los procedimientos eran los de la Inquisición Episcopal, incluida la tortura y la *relajación* al brazo secular, eufemismo con que se conocía la entrega a los civiles para la ejecución de los reos. Sin embargo, una de las partes del proceso, llamada *sermo generalis* tomó el nombre de *auto de fe*, habiendo autos de fe privados y públicos. Por lo general, la condena en los privados era destinar a los culpables a

⁹ Cf. JULIO CARA BAROJA. **Las brujas y su mundo**. Madrid, 1995.

¹⁰ Se debe a la iniciativa de Torquemada la promulgación, en 1484, de las Leyes de la Sangre como doctrina oficial. Ésta consistía en que se consideraba judío a quien tenía ancestros judíos hasta la tercera generación –Torquemada los tenía en la cuarta. Asimismo, fue el artífice de la expulsión de los judíos de España en 1492.

las galeras. En los públicos, el trámite consistía en colocar a los penitenciados en el centro de una iglesia donde el Gran Inquisidor, vestido de verde, tomaba juramento a todos los presentes. Luego se leían las confesiones de los acusados, se les requería que las confirmaran y se les pedía recitar una fórmula abjurando de su herejía. El celebrante los absolvía entonces de la excomunión y procedía a leer la sentencia. Los que habían de ser relajados al brazo secular tenían un día para convertirse; si se arrepentían, se les conmutaba la pena por la de prisión perpetua, de lo contrario, se procedía a quemarlos. La Iglesia no pronunciaba nunca una sentencia de muerte -*ecclesia abhorret sanguine*-, por ello se limitaban a ordenar que los laicos procedieran a aplicar la pena debida. Una variante extraña era la de los “relajados en efigie”, personas a las que se les seguía proceso después de muertas, se las condenaba y se las desenterraba para ser quemadas -a veces esto último se suplantaba por una estatua de papel. El trámite resulta menos extraño si se tiene en cuenta que la sentencia habilitaba a los jueces a apropiarse de los bienes del difunto.

(Figuras Nro. 12 y 13)

Los autos de fe tenían un raro dramatismo. Duraban todo un día, desde la mañana hasta la noche y comenzaban con una misa, a veces seguida de una procesión. Luego aparecía la columna de condenados. Abría la columna una cruz verde cubierta con un crespón negro, flanqueada por los clérigos, los soldados de fe y los ciudadanos ilustres. Los condenados eran acompañados a lo largo del camino por esta escolta mientras la muchedumbre se agolpaba riendo, insultando y hasta arrojando piedras a los reos a los que se había exigido guardar silencio sobre todo lo ocurrido durante el proceso.

Las víctimas llevaban una vela verde apagada, una coraza¹¹ con los símbolos de su delito -diablos en actitudes obscenas, brujas montadas en escobas, haces de leña- y vestían un sambenito. El sambenito -*saco-bendito*- en los primeros tiempos fue de tela amarilla pero luego se hizo de distintos colores; sobre él se colocaba el tipo de pena destinado al portador: la cárcel, los azotes, la peregrinación, la hoguera.

Los blasfemos debían portar una mordaza y una soga al cuello y la pena era cien azotes o cortarles la lengua. Los bígamos, también con soga al cuello, debían abjurar *de levi* y luego se los desterraba o enviaba a galeras. Los que causaban escándalo debían someterse públicamente a la “flauta del alborotador”, un collar que se colocaba alrededor del cuello prolongado en una barra de hierro sobre la que se posaban los dedos en la actitud de un músico; el verdugo procedía entonces a apretarlos, a veces hasta deshacerlos. Los homosexuales, sodomitas, etc. sufrían castigos que iban de los cien azotes a la castración o la pena de muerte. Los judaizantes, además de padecer azotes, debían llevar a perpetuidad un hábito

¹¹ Sombrero en forma de cucurucho.

penitencial amarillo con las dos aspas coloradas de San Andrés y una coraza color azafrán. Aquellos que habían sostenido creencias extrañas a la fe católica -brujas, judíos, moros- debían abjurar *de levi* o *de vehementis*, sufrir azotes, la vergüenza pública y la quema en la hoguera.

El primer auto de fe se llevó a cabo en Sevilla. Los inquisidores Miguel de Morillo y Juan de San Martín entregaron al brazo secular un grupo de mujeres y varones que fueron quemados en la Tablada el 6 de febrero de 1481. La turba rodeaba la hoguera que se había levantado, disfrutando cada detalle del drama que se desarrollaba ante sus ojos; tal era el entusiasmo del populacho que, cuando un condenado salía arrastrándose fuera de las llemas que lo abrasaban, decenas de manos inmundas lo empujaban de nuevo al fuego entre carcajadas interminables. El espectáculo de la muerte ajena saciaba sus más perversos anhelos.

X. 3 La inquisición en América

La Inquisición española respondía directamente a los intereses de la Corona en cuanto a unificar en la fe católica a todos los habitantes, extirpando por ende todo resabio de islamismo y judaísmo y cerrando la entrada a las sectas protestantes. La América recién descubierta podía ser un territorio fértil para que volvieran a arraigar dichas creencias: los judíos expulsados de España, que habían pasado primero a Portugal y de allí a América, los moros en dispersión, los protestantes que arribaban muchas veces en los barcos de la piratería. No tardaron en llegar a España denuncias de crímenes y delitos de apostasía y brujería; en consecuencia Jiménez de Cisneros dio ciertos poderes inquisitoriales a los obispos de Indias, aunque insistía en que debía remitirse a su jurisdicción los reos de las Antillas. Dos años más tarde, en 1519, el inquisidor Adriano hizo la primera designación legal a favor del obispo de Puerto Rico, Alonso Manso.

En 1535 el Inquisidor General de España expidió el título de inquisidor apostólico de México a Juan de Zumárraga. Durante su gestión se celebraron en México autos de fe con ciento treinta y un procesos, entre los que había acusados de luteranismo, de ser judaizantes y de ejercer la hechicería. El proceso más resonante fue el de Chichicatécotl, llamado Carlos, al que se le imputaron ofrecer sacrificios humanos a los dioses aztecas, aunque se suponía que los indígenas debían estar excluidos de cualquier proceso porque el objetivo era evangelizarlos, convertirlos a la fe católica, no combatirlos. No obstante Carlos, el nieto de Netzahualcóyotl y Señor principal de Texcoco, fue encontrado culpable y se procedió a quemarlo vivo en 1539. Esta muerte causó preocupación al Inquisidor español, que mandó revisar el proceso y amonestó severamente a fray Zumárraga.

La Inquisición debía estar muy vigilante porque a los conflictos importados de Europa se sumaban las rebeliones de los encomenderos, el establecimiento de los hugonotes en Brasil y Florida que afectaban los intereses hispanos y la revisión de

la legitimidad de los títulos de la dominación española en las Indias. Entre 1569 y 1570 Felipe II firma las Cédulas que autorizan el establecimiento del Santo Oficio en América.

La Inquisición tuvo tres centros principales: en México, en Lima y en Cartagena. Éste fue el último en establecerse, en 1611, con un extenso radio de acción: Santa Fe, Santo Domingo, Panamá, Santa María, Popayán, Venezuela, Puerto Rico, Santiago de Cuba y la misma Cartagena. La mayoría de los procesos que se incoaron estuvieron relacionados con la brujería, la blasfemia y la bigamia y menos con otras ideas religiosas. Hubo pocos casos que terminaron en la hoguera, quizá debido a las intensas protestas de las poblaciones locales que veían con muy malos ojos todas las actividades inquisitoriales.

Los primeros juicios en México se hicieron contra ingleses acusados de luteranismo, de los cuales algunos fueron quemados, otros condenados a azotes y otros a servir en conventos. Autos de fe, reos y condenados, se sucedieron desde entonces por docenas.

Unos meses antes el Santo Oficio se había instalado en Perú. El tribunal limeño no ahorró esfuerzos para perseguir a cuantos creía desviados de la buena senda católica. El primer auto de fe se realizó en noviembre de 1573 y fue relajado Mateo Salazar. Hoguera, garrote o cuerda fueron aplicados sin vacilaciones, sobre todo en los primeros años de los 230 que duró la Inquisición peruana. La jurisdicción del tribunal de Lima comprendía la actual República Argentina. En estas tierras hubo un caso, no muy frecuente en las colonias del Río de la Plata pero sí paradigmático de la injusticia y la arbitrariedad que corroen las estructuras de poder: el proceso de la esclava Inés.

El juicio comenzó en octubre de 1703 en Tucumán, cuando un rico hacendado, don Francisco de Luna y Cárdenas, presentó un escrito ante el alcalde de Tucumán acusando a Inés, una esclava de su propiedad, de haber realizado un hechizo que hacía peligrar su vida y la de su esposa, ya gravemente enferma. El escrito estaba avalado por el médico de don Francisco con pruebas científicas sobre el presunto hechizo. Inés, que había criado con tierno afecto al acusador y sus hermanas, se declaró inocente de los cargos.

Diversos testigos dijeron conocer la fama de bruja de Inés, por lo cual se la sometió a la tortura del potro. En tales circunstancias, la vieja criada, que apenas hablaba español, asintió a cuanto le fuera sugerido durante los interrogatorios, llegando al punto de reconocer que había atentado contra la vida de sus amos. Como si esto fuera poco, se la presionó hasta hacerla confesar que era culpable de otros cuatro crímenes cuyos autores no habían sido hallados.

Los trámites fueron inusualmente breves, a diferencia de la mayoría, que duraban meses y hasta años. Dos meses después de iniciado, el proceso culminó con la sentencia a que se la condenó: ser paseada por las calles montada en un burro hasta llegar al lugar del suplicio, allí las llamas pusieron fin a sus penas, devorando prontamente su cuerpo.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO XI

ANVERSO Y REVERSO DE PODERES Y PRÁCTICAS

La brujería es una y múltiple y sus poderes y prácticas se reflejan en los distintos sentidos que soporta su denominación. El campo semántico da cuenta de las distintas significaciones que se acumulan en un vocablo; así, la palabra española “bruja” tiene una rica y variada etimología, aunque incierta. Hay quienes la asocian a *lechuza* tanto por su procedencia -del sardo *bruscia*- como por cuanto “había ciertas mujeres que creían convertirse en gallos, lechuzas o cuervos”.¹ Otros suponen que *bruja* designó inicialmente un fenómeno atmosférico tal como la borrasca a partir del catalán *bruixó*, *bruixina* y *calabruix*, “viento frío”, “llovizna” y “pedrisco”, respectivamente. Aun hay quienes deslizan que podría estar emparentada con el italiano *bruciare*, “quemar” o con la raíz indoeuropea *bhr(e)jus*, “bramar, agitarse”. Asimismo algunos infieren que deriva del celta *brüscius* cuyo significado equivale aproximadamente a agria, amarga, áspera pero también viva, ágil.

“La etimología de la palabra inglesa ‘witch’ se remonta a la palabra indoeuropea ‘weik’ que tiene que ver con la religión y con la magia”², y que dio origen a cuatro familias de derivados, una de las cuales es “*wikk*, ‘magia, hechicería’. De donde proviene el alemán medio *wikken*, ‘vaticinar’, y los términos del inglés antiguo *wicca*, *wicce*, ‘bruja’ y *wiccian*, ‘realizar hechizos, embrujar’. De *wicca* derivan las palabras del inglés medio *witche* y del inglés moderno *witch*.” Otros autores, en cambio, dan por válido que *wiccie* es sinónimo de “sabia”.

El *sortarius* del latín antiguo se transformó en la *sorciere*, “bruja” del francés, en tanto “mago, maga” proviene del latín *magia* y éste del griego *mageia*, arte utilizado por los sacerdotes astrólogos que acompañaban a los ejércitos.

XI. 1 Escobas y vuelos nocturnos

En rigor, todos los rasgos que se asignan a las brujas y brujos europeos -con excepción de Satanás y el Sabát- también los poseen los yoguis y magos tibetanos.

Mircea Eliade

La representación más común de la bruja, tanto en el imaginario popular como en las expresiones artísticas, la muestra a horcajadas sobre un palo de escoba, en

¹ J. COROMINAS. **Diccionario etimológico castellano e hispánico**. Todas las referencias a la etimología de la palabra bruja pertenecen a esta obra.

² JEFFREY B. RUSSELL. **Historia de la brujería**. Barcelona, 1998.

vuelo nocturno hacia el *sabbath*; tan corriente era esta figura que las brujas medievales fueron llamadas “amazonas de la escoba”³. El tema no era nuevo: Apuleyo en **El asno de oro** presenta a un sirviente que, espiando a su patrona Pampilla, ve que ésta se desnuda, se frota con un ungüento y vuela por los aires. Por su parte, “los hebreos estaban familiarizados con la mujer bruja que volaba por la noche en una escoba para asistir a su sábado, con el cabello flotando al aire (el cabello cuidadosamente peinado y atado la privaba de su poder mágico.”⁴ Entre los cristianos, ya en tiempos del Concilio de Ancyra se hace referencia a los vuelos nocturnos, que en el *Canon Episcopi* se han pluralizado, convirtiéndose en una legión de brujas encabezadas por Diana o Herodíada. No obstante, en esa época se los creía ilusorios, en tanto los inquisidores -inspirados en el **Malleus**- los daban por ciertos, siendo su constante desvelo averiguar de qué modo se producían dichos vuelos.

En un principio se pensaba que volaban a sus encuentros por obra del diablo, convertido en macho cabrío, lobo, perro o carnero negro, pero posteriormente se determinó que lo hacían en escobas. La escoba tiene una larga tradición que arranca de la etapa de las diosas lunares de la agricultura: en los templos y santuarios, barrer el suelo con la escoba formaba parte del servicio del culto para alejar los elementos de suciedad que pudieran ingresar: por ello, quien lo hiciera debía tener las manos puras. En Roma se usaba la escoba para barrer los umbrales de la casa después de un nacimiento a fin de mantener a la madre y al niño libres de malas influencias. El efecto mágico de la escoba dependía del material con que estuviera hecha: en la India, las cualidades mágicas sólo podían ser aportadas por las ramas de bambú, no las hojas de palma de la escoba ordinaria, aunque ésta se consideraba sagrada. En Occidente, las escobas de manojos de brezo servían para atraer la prosperidad y evitar tropiezos con los huéspedes invisibles⁵, sin embargo, el efecto producido era el opuesto si esa escoba era manejada por una bruja.

(Figura Nro. 14)

¿Volaban realmente las asistentes a los *sabbaths*? El medio ordinario de acudir a las reuniones del *sabbat* era caminando o, en aquellos lugares en que las brujas pertenecían a una clase más próspera, montando a caballo.”⁶ Cabe añadir que para llegar al lugar de reunión y no tropezar en los caminos nocturnos, muchas usarían un palo o una vara en que apoyarse, lo cual, visto a la distancia, podía dar una idea errónea de que se trataba de un transporte. Sumado a eso, los bailes de la asamblea solían tomar un ritmo frenético -por ejemplo en la *volta*- en que no eran inusuales saltos acrobáticos semejan a volidos de pájaros. En las actas inquisitoriales las

³ HANS PETER DUERT. **Dreamtime**. Oxford, 1985.

⁴ AMAURY DE RIENCOURT, **op. cit.**

⁵ J. SERVIER. **Les portes de l'année**. París, 1962.

⁶ PENETHORNE HUGHES, **op. cit.**

mujeres hablan con frecuencia de un ungüento, generalmente de olor acre, que se frotaban antes de emprender el viaje. Esto hace suponer una cualidad ilusoria, distorsiva, en lo que veían, proporcionada por alguna droga de tipo alucinógena, lo cual es más que probable en muchos casos. Ese mismo efecto llevó a otras a confesar que habían estado en una asamblea nocturna cuando en realidad los testigos ocasionales sostenían que habían permanecido en su lecho. Por otra parte, las acusadas eran en su mayoría viejas de nula instrucción, sugestionables, dispuestas a admitir cuanto se le sugiriera en los interrogatorios para evadir la tortura.

Sin embargo, existían algunas otras, las brujas del culto a la Gran Diosa que, muy probablemente, hubieran recibido los secretos de la ubicuidad y la levitación derivada de una técnica de concentración mental similar a alguna de las practicadas en Oriente: "...la idea de que los santos, los yoghis y los magos pueden volar se encuentra en toda la India. Efectivamente, elevarse por los aires, volar como un pájaro, franquear distancias enormes con la rapidez del rayo, he aquí algunos poderes mágicos que el budismo y el hinduismo confieren a los arhats y a los magos."⁷

El vuelo mismo no era lo que interesaba a los inquisidores ya que lo aceptaban sin cuestionamiento en personajes como Hildegarda de Bingen, san Francisco, san Ignacio de Loyola o Juana de Arco. En esos casos se atribuían a inspiración divina; pero, respecto a las brujas, ¿era inspiración diabólica o era un conjunto de procedimientos que podían ser adquiridos, siendo entonces el interrogatorio un medio idóneo para acceder a la técnica empleada y, por tanto, a las capacidades que de ella derivaban?

XI. 2 *Metamorfosis y familiares*

Una creencia fuertemente arraigada era que las brujas poseían el don de transformar a una persona o transformarse a voluntad en casi cualquier tipo de animal: gato, perro, serpiente, incluidos los pájaros, los ratones, las comadreas, los cerdos -como lo habían demostrado las diosas y hechiceras lunares. Este poder era un rasgo divino tanto en Occidente como en las mitologías de Oriente; la hinduista llega a ser abrumadora con las distintas manifestaciones animales de Vishnú, Shiva, Kali, Parvati y tantas otras deidades. El Olimpo griego y el panteón romano mostraron también esta capacidad en sus dioses: Zeus, por ejemplo, hasta llegó a mostrarse en forma de lluvia de oro. En rigor, casi no hay cultura que no muestre a sus divinidades transformadas bajo un aspecto seductor, punitivo o glorioso.

No obstante, tomar la apariencia de lobo fue siempre la metamorfosis más corriente. Ya en los mitos egipcios aparece esta transformación cuando Osiris, al salir de los infiernos, adoptó la forma de lobo para ayudar a su esposa-hermana Isis

⁷ MIRCEA ELIADE. *Yoga, inmortalidad y libertad*. Buenos Aires, 1977.

y a su hijo Horus. La literatura clásica abunda en historias de hombres-lobo; recogidas, y muchas veces poetizadas, por Homero, Estrabón, Plinio, Apuleyo, Ovidio.

(Figura Nro. 15)

San Agustín y san Jerónimo consideraron reales estos cambios de apariencia y abrieron el camino del crédito que se le concedió al diablo como hacedor de toda metamorfosis, como supremo engañador, al punto de presentarse él mismo con la apariencia de macho cabrío en las reuniones de brujas. Lutero, por su parte, no toleraba perros en su castillo de Wartburg porque pensaba que eran el diablo disfrazado, ese diablo que creía encontrar en su lecho más a menudo que a su esposa Kethe.

El reputado cirujano Ambroise Paré no titubeó en afirmar que los demonios tomaban las forma que les placía, fuera ésta de sapo, cuervo, asno, toro o perro; aunque, según el demonólogo de Lancre, el diablo “se transforma más a gusto en lobo que en otro animal porque el lobo es devorador y, por lo tanto, más dañino que otros animales, también porque el lobo es el enemigo mortal del cordero, en cuya forma fue figurado Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor.”

Por ese entonces se consideraba que las servidoras del diablo preferían la forma de lobo a la de cualquier otro animal: Goya en Transformación de las brujas muestra a la mujer-lobo como figura dominante. En verdad, sólo se vestían para reproducir la figura de la *Lupa*, llamada también Feronia, la obstetra divina, primera de las vestales y madre de los lares o espíritus ancestrales cuyo culto se celebraba en las lupercalias romanas por haber sido ella quien amamantó a los gemelos Rómulo y Remo, los fundadores de Roma.

Lejos del sentido primigenio, el espíritu de la época torcía los significados, urdiendo relatos que buscaban provocar espanto como el caso que narra el jurista Boguet en su **Discours exécration des sorcieres**. Repetido hasta el hartazgo por otros demonólogos, se convirtió en prototipo de estas mutaciones. Se trata de la historia de un cazador que, al ser atacado por un lobo en los bosques de Auvernia, se defendió bravamente, logrando cortarle una pata. El animal huyó, en medio de terribles aullidos. El cazador guardó la pata en su morral y acudió a pedir hospedaje en una casa de la vecindad. Cuando el dueño del lugar le preguntó a qué se debía su aspecto lastimoso, el cazador le relató lo sucedido y quiso mostrarle la pata que había conservado. Al abrir el morral, ¡oh sorpresa!, la pata se había trocado en una suave mano femenina, que llevaba en uno de sus dedos un anillo perteneciente a la esposa del dueño de casa. De inmediato éste fue en busca de su cónyuge y la halló fuera de sí, pálida y estremecida. Notó entonces que la mujer ocultaba bajo el vestido uno de sus brazos. Al obligarla a confesar la verdad, la desdichada reveló que le faltaba la mano que le había cortado el cazador cuando, transformada en lobo, acudía a la asamblea de las brujas.

En estrecha conexión con la idea del demonio metamorfoseado en animal, se hallan los *familiares*. La idea de un espíritu tutelar como tótem protector era de antiguo arraigo. Este *daemon* griego o *deva* hinduista fue adoptado en la figura de un águila por los cristianos primitivos y luego desarrollada como ángel de la guarda. En relación con las brujas, estos pequeños trasgos en forma de gato, perro, sapo, liebre, eran esenciales, según Dalton⁸, para sus prácticas; por ello la posesión de uno de estos animales era indicio seguro de encontrarse en presencia de una de ellas ya que “mascota” significaba “máscara” y, por extensión, la máscara de los diablillos.

En la Europa de los siglos XV, XVI, no era frecuente poseer animales de compañía, en general sólo los tenían las mujeres solitarias, despreciadas y dejadas de lado por ser viejas y pobres. En esos pequeños seres se refugiaban, buscando el cariño y la ternura que la sociedad les negaba. Y, precisamente a estos seres vulnerables, indefensos, se dirigían las denuncias de vecinos malintencionados que no se hacían cargo de sus propios errores o calamidades y las búsquedas de los cazadores de brujas.

Uno de los tantos dones atribuidos a Santa Colette era el de enseñar a los corderos a arrodillarse en el momento de la Elevación de la misa y san Francisco poseía una capacidad lingüística asombrosa para entenderse con todos los animales, todo lo cual era visto con respeto y simpatía. Sin embargo, el umbral de tolerancia desaparecía ante “cualquier mujer que acariciara un gato o le hablara, o tuviera un cuervo domesticado: era mirada por sus vecinos con tal extrañeza que sólo eso podía suscitar la sospecha de que fuera bruja.”⁹ La sospecha crecía hasta convertirse en certeza si la pobre vieja tenía la desdichada idea de levantar en sus brazos al animalito o acercarle su rostro. De inmediato se suponía que era para amamantarlo con el pezón supernumerario que poseía y que constituía una de las marcas del diablo. Allí estaban prontos los cazadores de brujas para confirmar los hechos y declararla culpable.

Matthew Hopkins, un abogado de mala nota, cobró fama con el título que él mismo se adjudicó de “buscador general de brujas”, al que más tarde se unirían muchos otros. La técnica que empleaban estos cazadores, consistía en clavar alfileres para comprobar que la mujer tenía una parte insensible, aunque en verdad utilizaban un artificio que ocultaba el alfiler en el mango, de modo que la insensibilidad del lugar y, por tanto, la culpabilidad de la acusada, estaba plenamente garantizada. Hopkins, junto con sus asistentes John Sterne y Mary Phillips, recorrieron Essex, Norkolk, Suffolk y otros condados, buscando víctimas al precio de veinte chelines por cada examen y otros veinte en caso de llegar a una condena. Sus métodos vejatorios, que incluían la prueba del agua, mantener despierta a la víctima u obligarla a caminar sin descanso, incluso con los pies llagados, privarla del

⁸ Cf. C. L'ESTRANGE EWEN, *op. cit.*

⁹ FRANK DONOVAN, *op. cit.*

alimento o atarla con los pies cruzados por largos días, provocaron centenares de confesiones de mujeres a las que llevó a un estado de cuasi locura al punto de preferir la horca antes de soportar tanto dolor.

La primera víctima del siniestro abogado fue Elizabeth Clarke, una inválida acusada por un sastre de ser la autora de la enfermedad de su mujer. Hopkins la hizo arrestar, declaró bajo juramento en contra de la inválida y la hizo examinar para ver si encontraban una marca sospechosa: se encontraron varias. Las autoridades le dieron permiso para mantenerla sin dormir; tres días y tres noches después de estar así vigilada, Hopkins afirmó que, en presencia de testigos, había sido visitada por sus familiares: un gatito, un perro de aguas, un galgo de largas patas, un conejo negro, una comadreja. La pobre mujer dio sus nombres: Holt, Jarmara, Vinegar Tom, Sack and Sugar, Newes. Hopkins afirmó solemnemente que “ningún mortal podría haber inventado tales nombres.” Las confesiones de Clarke arrastraron a juicio a otras cinco mujeres y estas cinco, a su vez, a otras veinte. Una de ellas fue encontrada culpable tan sólo porque frente a su casa se había encontrado una liebre. Pequeñas venganzas pueblerinas, pequeños chismorreos de gente pobre contra gente pobre acabaron en la muerte de más de dos docenas de mujeres mal nutridas, extenuadas de trabajo, con pocas alegrías y muchas penas.

Al igual que los *benandanti*¹⁰, que salieron a cazar brujas en Italia y terminaron ellos mismos siendo acusados de brujos debido a sus métodos de averiguación, los de Hopkins acabaron por llevarlo a la ruina. Mirado al principio con recelo, las críticas y antagonismos se fueron sumando hasta que su carrera terminó cuando en Norfolk se lo acusó de crueldad, de atormentar mujeres y, sobre todo, de enriquecerse a expensas del país con el cobro de sus honorarios.

Entre todos los familiares, el gato es la figura más recurrente. Reverenciado en Egipto como la diosa Bastet fue luego identificado en Grecia con Artemisa, la Diana romana que, a su vez, en la reversión de los valores aportada por el cristianismo, se convirtió en un animal maligno. Por largo tiempo se lo dejó vivir en estado más o menos salvaje, llegándose lentamente a su domesticación. Entre el siglo XVI y el XVII, todavía no se había incorporado realmente a la vida hogareña, por lo que su presencia en una casa se asociaba a la brujería. Quizá donde apareció con más frecuencia sea en las Islas Británicas, donde se acusaba a las brujas de ir montadas en gatos a sus reuniones. Asimismo, se pensaba que los gatos eran brujas disfrazadas: en un librito titulado **Cuidado con el gato**, aparecido en 1584, se advertía que una bruja podía convertirse en gato hasta nueve veces, lo que quizá haya dado origen a la leyenda de las múltiples vidas de los gatos.

San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, creía que usar en el pulgar un anillo con la imagen de un gato negro, previamente mojado en leche de

¹⁰ Cf. MIRCEA ELIADE. **Ocultismo, brujería y modas culturales**. Buenos aires, 1977,

vaca blanca, podía volver invisible a un hombre. Esta opinión contrariaba la creencia generalizada de que los gatos traían mala suerte, ya que se suponía que las brujas ejecutaban sus maleficios mediante la colaboración de estos auxiliares. Lo cierto es que muchas de ellas fueron llevadas a la hoguera junto con sus gatos. Además, periódicamente, se quemaban bolsas llenas de gatos, como había ocurrido en el cristianismo primitivo cuando parte de las conmemoraciones del Viernes Santo era la quema de gatos, símbolo de la diosa madre. Los protestantes, por su parte, en ocasión de ser coronada Isabel I de Inglaterra lo celebraron quemando una cesta llena de gatos junto con una efigie del Papa. Los aullidos y alaridos de los gatos fueron considerados “el lenguaje de los demonios dentro del cuerpo del Sumo Pontífice”.

XI.3 Íncubos y súcubos

Las noticias que llegaban allende el océano hablaban de tierras fabulosas, con muros de oro y ríos de plata, con una fauna monstruosa y una flora exótica, con aborígenes deambulando semidesnudos, entregados a extraños usos y costumbres. Todo ello creaba en las mentes europeas un clima de lujuria que se contraponía al modelo que se estaba intentando implantar: un código de continencia reglamentada.

En ese mundo la canalización del impulso sexual debía hacerse sólo a través de la monogamia reproductiva y legalizada, ideal al que todos debían someterse. Se esperaba que las mujeres cumplieran los roles de doncella y buena madre -que los varones debían defender- y se olvidaran del goce alegre de su propio cuerpo. La figura de la ramera o prostituta confirmaba la regla de orden: una sexualidad controlada, esta vez bajo el signo monetario. No debía haber distracciones porque muchos teólogos habían advertido sobre la sexualidad hambrienta de las mujeres y su poder para hacer caer en pecado a los pacientes varones, ideas que la moderna ciencia médica iba poco a poco confirmando. La sexualidad no aprobada era intrínsecamente mala, como lo confirmaba la expansión de la sífilis y los monstruos por ella engendrados. Por ello, el Estado y la Iglesia debían ejercer su cuidado y vigilancia sobre el cuerpo femenino, usurpándole los derechos que la mujer tenía sobre sí misma.

La realidad cotidiana, donde se bloqueaba la pasión, especialmente la pasión sexual, y la libertad que teóricamente se disfrutaba en otros espacios, fueran éstos las lejanas tierras del nuevo continente o el ámbito del *sabbath*, creaban un cuadro ficcional perverso en los cazadores de brujas. Preguntas y más preguntas sobre las relaciones con el demonio, preguntas y más preguntas sobre íncubos y súcubos.

Originalmente, los íncubos eran las personas que acudían a un templo lunar y permanecían una noche “incubando” en una cámara especial con forma de vientre materno hasta que, al día siguiente, era curado o recibía la iluminación por la que había acudido. Cámaras de este tipo las había, por ejemplo, en el templo de Delfos.

En uso de sus poderes de transformación, los teólogos reconvirtieron el significado de los íncubos, atribuyéndoles toda clase de intenciones sexuales; así, Juan XXII identificó a Diana con un súcubo y, poco tiempo después, en la bula *Summis desiderantes* afirma que “personas de ambos sexos...se han abandonado a los demonios, íncubos y súcubos”.

Reinterpretadas como súcubos, las hijas de Lilith retorcían de curiosidad a los inquisidores, en tanto los teólogos se preguntaban si un íncubo podía engendrar. Esto no parecía ser improbable, ya que en el Génesis (VI.4) se habla claramente de que los ángeles, tan inmateriales, tan espirituales, habían “entrado en las hijas de los hombres”. Seguramente, concluye san Agustín, porque se trataba de ángeles caídos. Y santo Tomás arguye que los demonios se revestían de los cuerpos de los muertos o construían nuevos cuerpos, según fuera su necesidad, para practicar comercio sexual con los hombres. Los autores del **Malleus** debaten extensamente el tema, pero acaban acordando que, sin duda puede ocurrir, tanto como que las brujas pueden privar de su órgano viril al varón u obstruir el acto venéreo en ambos sexos.

Santas y santos conocieron las tentaciones de íncubos y súcubos –cuya existencia se reconoció por ley- aunque dicen no haber sucumbido a ellas sino haberlas alejado mediante recursos píos. En cambio, “casi todos los teólogos y eruditos filósofos han estado de acuerdo, y ha sido la experiencia de todos los tiempos y todas las naciones, que las brujas practican el coito con los demonios: los hombres con los diablos súcubos y las mujeres con los diablos íncubos”¹¹ Guazzo ejemplifica estos casos con las poluciones y los sueños sexuales nocturnos.

Lo cierto es que el trato sexual con demonios ocupa gran parte del registro de las actas inquisitoriales, muchas de las cuales “son ejemplos espeluznantes de pornografía”.¹² Dado que el demonio podía tomar el cuerpo que quisiera, no era infrecuente que adoptara el de un animal. Bogue, que suele extenderse en detalles sumamente escabrosos para explicar las diferencias y semejanzas de las relaciones sexuales entre humanos y de humanos con diablos, también se detiene en explicaciones de humanos con animales que en verdad eran diablos, y cita el caso del perro de un convento que, sin duda, era un diablo disfrazado. Así, al pecado de idolatría se sumaba el de bestialidad que, junto con el de sodomía, eran dos de las imputaciones más temibles. De esas uniones no podían nacer sino esos seres monstruosos que solían verse deambular por las calles de los pequeños pueblos.

Los relatos referentes a los encuentros sexuales en el *sabbath* suelen describir las relaciones con el diablo como dolorosas, de contacto frío con un miembro que no parecía de carne, lo cual subrayaría el empleo en el *sabbath* de un artificio ritual. En cambio, las relaciones privadas con íncubos parecen haber sido mucho más placenteras. “Un letrado pontificio levantó acta de las confesiones de unas mujeres

¹¹ FRANCESCO M. GUAZZO, *op. cit.*

¹² GEOFFREY PARRINDER. *La brujería*. Buenos Aires, 1965.

que dijeron haber gozado con el diablo *maxima cum voluptate*".¹³ Con seguridad debieron ser más que agradables esas relaciones dado que algunas mujeres confesaron haberlas mantenido durante más de diez años.

Los cazadores de brujas demostraron poco interés en interrogar sobre estos detalles a las mujeres viejas, arrugadas, sin dientes, solitarias; en cambio, no cesaban de hurgar en las mentes núbiles e incluso de niñas para obtener alguna nueva variante erótica. El jurista Bodin habla de niñas que confesaban haber tenido relaciones carnales con el diablo, pequeñas de seis años "que es la edad de consentimiento para las mujeres". Una vez arrancadas las palabras que querían oír, esto es, los pormenores inmundos que les sugerían, los lúbricos verdugos rara vez demostraban clemencia: las niñas eran sentenciadas a la hoguera.

XI. 4 El dominio del clima y otros poderes

El "hacedor de lluvias", el "productor de lluvia" es una figura común en las culturas agrícolas: numerosos ritos están dirigidos a producirla o detenerla ya que es determinante en el establecimiento de comunidades humanas. El agua que descende del cielo a la tierra es considerada el principio masculino, el semen que fertiliza a la madre tierra, que trae la abundancia de plantas y animales. El agua, en tanto asociada a la luna como principio cósmico primordial, se supone emparentada con las mujeres. Así, no era infrecuente que se pidiera a las mujeres, ataviadas de manera especial, que lanzaran gritos y cantaran canciones lascivas para producir la lluvia que necesitaba un suelo sediento.

Muchas de las ceremonias tendientes a producir lluvia debían contar con la presencia femenina, como celebrantes o como parte importante del ritual. Por otra parte, los gatos "animales lunares de la misma naturaleza que la sangre menstrual", a decir de Cornelio Agrippa, y los sapos, por su afinidad con el agua, eran dos de los animales directamente relacionados con la producción de lluvia. La ecuación resultante era que "Nadie dotado con el menor sentido común, podrá negar que los elementos son obedientes a las brujas y sus órdenes, que pueden enviar, según les plazca, lluvia, granizo, tempestades, truenos, rayos cuando una de ellas, una vieja caduca, arroje un pedernal sobre su hombro izquierdo hacia el oeste, o lance un puñado de arena hacia los elementos, o humedezca una escoba de ramas en el agua y la rocíe en el aire."¹⁴ En cambio, no parecía haber nada demoníaco en reconocer que Santa Ágata pudiera extinguir el fuego o desviar la lava de los volcanes en erupción mediante la utilización de un velo.¹⁵

(Figura Nro. 16)

¹³ FRANK DONOVAN, *op. cit.*

¹⁴ REGINALD SCOT. Citado por ROBERT BRIFFAULT, *op. cit.*

¹⁵ El velo de Santa Ágata todavía se conserva en el Duomo de Florencia.

El aire era uno de los dominios que se suponía otorgado a sus servidoras por Satanás, quien fue llamado “Príncipe del aire”. Tan sólo tres silbidos en honor de Lucifer -en realidad la Diosa Blanca- permitía que las brujas consiguieran desencadenar cualquier tipo de viento. Convicciones como ésta hacían que el verdadero conocimiento de las mujeres sabias -legatarias de enseñanzas con las que podían discernir las señales del tiempo- quedara sumergido en un peligroso mar de supersticiones y mala fe. El **Malleus**, por ejemplo, menciona que en la diócesis de Constanza se había producido “una violenta tempestad de granizo que había destruido en el espacio de una milla, todos los frutos, de siega y vendimia, hasta el punto de que no se esperaba una cosecha de uvas hasta el tercer año.”¹⁶ Hechas las averiguaciones, detuvieron a dos mujeres. Interrogada una de ellas, de nombre Inés, dijo que el diablo se le había presentado, ordenándole “que fuese a la llanura de Kuppel, tal es el nombre, con un poco de agua” para producir lluvia. El demonio, que se hallaba bajo un árbol, la “mandó cavar un pequeño agujero y arrojar en él el agua”, luego de la cual la removió, en nombre del demonio. Interrogada si había tenido compañía, dijo que sí, que la otra detenida, de nombre Ana, aunque ignoraba qué había hecho. Interrogada Ana, confiesa lo mismo, agregando que “el pedrisco había sobrevenido cuando el diablo había tomado el agua y la hubo lanzado al aire y ella vuelto a su casa.”

La explicación de porqué se había producido la tormenta de granizo satisface a los jueces que, al tercer día, mandan quemar a ambas. El enojo popular por haber perdido las cosechas quedó acallado al encontrar a las culpables en dos criadas casi analfabetas.

La falta de lluvia se asoció universalmente a la ira celeste, fuera en la persona de Indra, de Zeus, de Tlaloc, cuyos favores se pedían mediante prácticas de magia simpática, como imitar el sonido de la lluvia cayendo, mojar ramas, ir a un arroyuelo y salpicarse unos a otros o tirar una mujer al agua. Producir sequía mediante el método de “atar la lluvia” fue uno de los graves cargos que a menudo se imputaron a las brujas. Así como podían impedir la caída de la lluvia, se les reconocía también el poder de ligar e inmovilizar la función sexual masculina, de cerrar la garganta o la boca y, por supuesto, de lanzar un maleficio (*maleficus*, “mala obra”) que trabara cualquier manifestación de la naturaleza.

La mayoría de las condenadas a la hoguera por estos cargos no eran las herederas de los conocimientos lunares sino ancianas en quienes se descargaba el rencor y el odio de los vecinos, proclives en su ignorancia a personificar sus males en las criaturas menos protegidas del espectro social. O, cuando la desesperación era muy grande y no estaba guiada hacia un chivo expiatorio predeterminado, se culpaba a lo celestial, como en un caso de sequía prolongada de finales del siglo XIX, en que se desterró las efigies de los santos, tirando “a San José a una huerta para que viese

¹⁶ KRAEMER y SPRENGER, **op. cit.** Esta cita y la siguiente, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

por sí mismo el estado de las cosas y juraron los campesinos dejarle allí, abandonado al sol, hasta que lloviese. Otros santos, a la manera de chicos traviosos, fueron puestos cara a la pared o despojados de sus bellísimos trajes y desterrados de sus parroquias, insultados groseramente y zambullidos en los pilones de bañar las caballerías.”¹⁷

Si alguien perdía un objeto, si una vaca no daba leche, si un novio no cumplía las promesas de casamiento, si un marido se mostraba impotente, si una esposa era incapaz de procrear, si la exasperación y las discusiones iban en aumento en una casa, si una joven perdía a destiempo la virginidad, si los campos perdían su verdor, si un hijo se enfermaba o su conducta era extraña, eran otros tantos motivos para creer que se había sido víctima de un hechizo o un maleficio: el testimonio podía ser definitorio si provenía de gente acomodada. Un caso típico es el de Helen Jenkenson, de Thrapston, Northants, acusada y ahorcada en 1612 “por embrujar a un niño y causarle la muerte. Ella alegó hasta el fin que era inocente. En los documentos sobre este caso se pueden leer las siguientes palabras: ‘Ahí terminó esta mujer su miserable existencia, después de haber vivido durante años en la pobreza, desdichada, escarnecida y abandonada por el mundo’.”¹⁸

Un supuesto muy difundido era que brujas y magos utilizaban “palabras de poder” en sus hechizos y encantamientos. Esto se basaba en la creencia de que conocer el verdadero nombre de las cosas era poder dominarlas, para ello había que pronunciarlas correctamente y repetir las una determinada cantidad de veces.¹⁹

Junto con el poder de las palabras estaba el de la vista que, aunados, producían el más común de los maleficios, el “mal de ojo”. El ojo ha tenido siempre una enorme potencia simbólica, tanto en sentido positivo como negativo. El ojo-que todo-lo-ve es uno de los calificativos atribuidos a la Gran Diosa; el dios Ra egipcio estaba dotado de un ojo incandescente, el sol del mundo que se representaba con una cobra, la serpiente de ojo fijo; por su parte Set devoró en una lucha el ojo derecho de Horus, dejándolo ciego -equivalencia de las “horas oscuras” del día-, aunque luego fue obligado a regurgitarlo; según la tradición hindú, el mundo había sido creado en un parpadeo de la divinidad. En cambio, los seres de un solo ojo fueron considerados inferiores.

Al quebrarse el sentido unitivo del cosmos, se atribuyó la capacidad de dañar al ojo izquierdo, femenino, de la divinidad, o, en su defecto, a la manifestación como anciana de la Diosa. En concordancia con esta línea de pensamiento, el ojo de las brujas era particularmente temido. En el **Nuevo Testamento**, san Marcos y san

¹⁷ JAMES FRAZER. **La rama dorada**. México 1965.

¹⁸ ERIC MAPLE, **op. cit.** Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

¹⁹ Ver más adelante el Capítulo XX donde se trata más extensamente el uso de las “palabras de poder”, los nudos, la danza, etc.

Mateo advierten sobre la relación existente entre las personas malvadas o brujas y el mal de ojo.

En un juicio celebrado contra una tal Susana Edwards se decía que ésta “había mirado por un momento al hombre que la escoltaba, con el asombroso resultado de que éste comenzó a echar espuma por la boca y a saltar de un lado a otro como un loco.” El resultado fue una opinión pública embravecida con “escenas de un salvajismo que aterraba a la gente cumplidora de la ley... Sir Francis North, que estaba presente en este juicio, describió a las prisioneras como ‘las más decrepitas y miserables criaturas que jamás había visto y cuyas confesiones excedían las Una fantásticas acusaciones formuladas contra ellas’.”

Los jueces hacían entrar de espaldas a las acusadas de brujería por temor de que les lanzaran el maleficio del “mal de ojo”. Éste se dirigía especialmente a los niños, las mujeres embarazadas y los personajes importantes: nunca hay quejas de que una mujer fea o vieja haya padecido del mal de ojo. Tanta frecuentación de la brujería hizo que no raras veces se atribuyera a los clérigos hacer mal de ojo, siendo el caso más famoso el del papa Pío IX.

Una variante del mal de ojo era la “fascinación” de la mirada. Curiosamente, este tipo de ejercicio visual nunca era practicado por las brujas viejas sino por jóvenes, incluso muy jóvenes, que fascinaban o embrujaban a los varones con sólo mirarlos.

Una figurilla de cera, paja o arcilla y una anciana malvada clavándole alfileres, agujas u otro objeto puntiagudo: he ahí el cuadro más clásico de brujería. Al igual que en los amuletos y talismanes, se trataba de una forma de magia simpática; en las imágenes el supuesto era que cualquier cosa que se le hiciese mientras se pronunciaban palabras apropiadas, tendría su efecto correspondiente en la persona representada, cuyos desechos –uñas, pelo, orina- era conveniente haber incluido en el muñeco. En rigor, la práctica de la magia de imagen no pertenece al tiempo de la caza de brujas sino que tiene una larga tradición que se remonta a Egipto, por lo menos dos mil años antes de la era cristiana, según se consigna en un papiro de esa época. Ovidio, Horacio, Teócrito informan de esta práctica entre las brujas y diosas. En ninguno de estos casos se toma al diablo por asistente, lo que sí ocurre a partir del ascenso de la figura del Demonio. Una y otra vez las brujas son acusadas por efectuar perversas transferencias de dolor y sufrimiento de la imagen a la persona; así ocurrió cuando se declaró la muerte de una arpía que había trasladado a un varón “los naturales y amables dolores” del alumbramiento, de los cuales las mujeres debían sentirse felices.

En sentido inverso, se podía efectuar una operación mágica para traspasar los padecimientos de una enfermedad de la persona a la imagen; contra esta práctica, tan corriente como la anterior, nadie efectuó ninguna denuncia, aunque hubiese estado asistido por el mismísimo demonio.

“Por desgracia, aunque las acusaciones de transferencia de enfermedad son muy comunes, el método nunca es descrito en totalidad.”²⁰ En este caso, como en tantos otros, las acusadas seguramente sabían muy poco del contenido de las imputaciones; en cambio, las que sí sabían estaban preservadas por sus mismos conocimientos.

¿Se podían curar los maleficios? Teólogos y juristas discutían sobre la legitimidad de curar sortilegios, maleficios y hechizos con métodos similares. Establecían sutiles diferenciaciones en caso de recurrir a una bruja para contrarrestar los efectos de otra, siendo el central si aquella había celebrado o no un pacto con el diablo; por ello, la que hiciera maleficios lícitos como quitar un daño “no ha de ser juzgada como bruja sino como cristiana”, afirman los inquisidores más destacados. No obstante, esto contradecía opiniones como la de Santo Tomás, quien sostenía que los maleficios no debían ser curados, porque todo medio para lograrlo era ilícito a los ojos de Dios: “aunque la fragilidad humana se deja a menudo arrastrar por estas prácticas, más ardientes en la búsqueda de la salud del cuerpo que la del alma”²¹ El remedio recomendado era el exorcismo, la plegaria, la penitencia; sin embargo, no debían estar muy convencidos de la efectividad de ellos porque, afirman “un único remedio parece quedarnos, que los jueces refrenen sus ataques castigando por lo menos con variadas penas a las brujas autoras de tantos males. De esta forma se ahorrará a los enfermos el deseo de ir a visitar a las brujas.” No obstante, si no se llegara a exterminar a todas las brujas y éstas continuaran con sus prácticas, aquellos que contrarresten los maleficios para producir tempestades o granizo, o evitar la impotencia, “no merecen castigo sino recompensa” por parte de los jueces, si sus métodos “son conformes perfectamente con la ley”, que deben tolerarlos “si no se sigue de ello ningún escándalo para la fe.”

²⁰ MARGARET MURRAY. **The god of the witches**. New York, 1960.

²¹ KRAEMER y SPRENGER, **op. cit.** Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

CAPÍTULO XII

MEDICINA Y ARTE SANADOR

A partir del siglo XII la Iglesia fue prohibiendo progresivamente el ejercicio público de la medicina por el clero. El método corriente era que los sacerdotes, los domingos después de misa, se colocaran a un lado de la pila de agua bendita recordando a los enfermos que allí acudían que el alma era más importante que el cuerpo y que sus males eran el castigo de Dios por sus pecados, agregando que de ese modo tendrían menos faltas que pagar en el otro mundo. Cuando no se curaban con esas palabras reconfortantes, solían ser recibidos en monasterios y conventos, sobre todo en el medio urbano. Las monjas, especialmente las beguinas, se habían hecho cargo de la preservación de un patrimonio médico que incluía el uso pormenorizado de plantas medicinales y la habilidad en el uso de instrumentos quirúrgicos, como es el caso de Clara de Montefalco. La abadesa de Bingen, Hildegarda, se ocupó de la medicina clínica en un tratado titulado **Causae et curae** y se interesó por la anatomía femenina, discutiendo poéticamente pero sin ambages la sexualidad femenina y el papel que ésta juega en la determinación del sexo de un embrión.

La escuela de Salerno, donde enseñaban griegos, musulmanes, judíos, latinos, estaba abierta a los conocimientos greco-arábigos que incluían preparados farmacéuticos como los jarabes *-sharab* en árabe- y el uso de baños terapéuticos. Se estudiaban las obras de Avicena, Averroes, Isaac Israeli, Avenzoar y se escribían tratados sobre todas las ramas de la medicina. Las *mulieres Salernitanae* eran famosas por sus conocimientos de obstetricia; una de ellas, Trótula, escribió un tratado sobre las posiciones amorosas, el **Speculum al foderi**, y otro sobre enfermedades femeninas que alcanzó gran fama.

La profesión médica comenzó a reglamentarse a comienzos del siglo XIII. Federico II, por ejemplo, exigió para su ejercicio una licencia expedida por la escuela de Salerno y fundó luego la Universidad de Nápoles, estableciéndola sin sanción eclesiástica, donde acudieron a enseñar eruditos en todas las ramas de las ciencias y las artes. Obtener la licencia médica suponía seguir un curso de tres años de ciencia y filosofía naturales, luego otro de cinco años de práctica general y, por último, ejercer un año bajo la dirección de un médico experimentado. Uno tras otro, los distintos estados fueron regulando el ejercicio médico que producía buenos dividendos y permitía el ascenso social al punto que el cuidado de príncipes, prelados y otros altos personajes permitía amasar enormes fortunas.

El Concilio de Tours de 1163 había prohibido a los eclesiásticos realizar operaciones con derramamiento de sangre. Esto hizo que los médicos consideraran despreciable a la cirugía que, durante mucho tiempo, fue ejercida por barberos. Éstos se limitaban a labores prácticas consideradas inferiores por el médico que

muchas veces las supervisaba. Por otra parte, los médicos no se sentían muy interesados en una profesión que, en caso de fallar el procedimiento, podía llevarlos a la cárcel. Los cirujanos que habían hecho estudios especiales protestaron contra la intromisión de los barberos por lo que “en el siglo XIV, una serie de edictos y de ordenanzas sancionan en Francia la división de los cirujanos; el primer edicto es de 1311 y fue dado por Felipe el Hermoso. Luego se distinguen los *cirujanos de túnica larga*, que tienen los grados de bachiller o de licenciado -en virtud de los cuales los más antiguos que conocemos datan de 1379- y que forman una aristocracia quirúrgica, de los *barberos* que arreglan el pelo y se limitan a la pequeña cirugía, venden unguentos y tisanas, hacen sangrías, vendan heridas y protuberancias y abren apostemas”¹. Una verdadera separación entre el mundo práctico y el técnico.

XII.1 El cuerpo femenino

Ninguna institución ha producido tantos “cabezas de vaca” como las universidades. No el estudio sino el rendimiento es lo decisivo.

Emanuel Kant

En el modelo de sociedad que gestó el Renacimiento, los ejes de poder lentamente pero con firmeza iban girando hacia nuevas orientaciones. Uno de esos nortes fueron las universidades. Los hombres de razón buscaban suplantar a los hombres de fe en la pugna por la conquista de la mente humana. Sin embargo, el conocimiento universitario se cimentaba en el sistema de creencias vigente, encontrando a través del intelecto aquello dictado por la fe.

La antigua desconfianza, el más viejo recelo hacia el cuerpo femenino junto con la necesidad de preservarlo por ser el receptáculo procreativo encontró así nuevos cauces de expresión. La definición de Aristóteles de la mujer como varón incompleto, tamizada por los aportes de Galeno, volvió a cobrar brío en la teoría de la anatomía femenina como la inversión hacia dentro de la masculina, llegándose a equiparar los ovarios con los testículos. De esta manera la reconocida inferioridad femenina de la religión aparecía como impuesta por la naturaleza. Asimismo, resurgió la división en temperamentos: el varón es seco y caliente y la mujer húmeda y fría. La consecuencia de esto es que los órganos femeninos, al ser fríos, húmedos e internos, arruinan con facilidad el semen masculino, siendo en consecuencia la mujer la responsable de la esterilidad de una pareja. La división en temperamentos convalidaba también los peores prejuicios: tal como las servidoras del diablo, según el jurista Bodin, se habían convertido en tales porque al ser muy feas nadie las quería, el médico Louys de Serres sostiene en su libro sobre los impedimentos para la concepción y la esterilidad de las mujeres que en las mujeres

¹ JACQUES LE GOFF, *op. cit.*

feas su carácter hurraño las hace más proclives a la esterilidad porque corrompen el temperamento.

Tota mulher in utero habían dicho los Padres de la Iglesia. En reemplazo del teológico, el discurso médico avala que, en rigor, la mujer no es un varón mutilado sino un ser completo en sí mismo, pero frágil, un ser que se define íntegramente por el lugar donde se forma una nueva criatura: la matriz. Se multiplican los estudios de ginecología y obstetricia que se hicieron más precisos a partir de la disección regular de cadáveres que se realizó por primera vez en 1238 y se corrobora la importancia definitiva del útero en la mujer, que es también el causante de la mayoría de sus errores y enfermedades. El apetito de este órgano que tiene vida por sí mismo, que exige y se debate en el interior de la mujer como una bestia hambrienta, debe ser duramente encauzado por las leyes morales, ya que los vapores que produce llevan al desorden de las costumbres tanto como a la histeria. La esfera de la sexualidad se fue entonces restringiendo más y más, sobre todo para la mujer: el pecado, la trasgresión, de algún modo ponía en peligro el orden del universo. Cada joven, cada adulta, debía reflexionar sobre la fragilidad de su cuerpo, proclive a todo exceso sexual, sobre las imperfecciones de conducta a que lleva el órgano que las define y deberían atenerse a las reglas que consolidan la unidad familiar donde el padre es el primer eslabón de una cadena en cuyo extremo superior se halla el Estado, la Iglesia y Dios.

XII.2 Maternidad, aborto y canibalismo

Los científicos desarrollaron un discurso en que la mujer ya no era dueña de su propio cuerpo ni sus propias percepciones. El médico mediatizaba la relación de la mujer consigo misma, indicándole cómo era y qué debía hacer desde su perspectiva cargada de prejuicios y tabúes.

En la tradición de Plinio, la mujer menstruante será vista, por médicos como Agrippa o Lemnius, revestida de elementos mágicos: su mirada hace caer antes de tiempo los frutos, ablanda el marfil, embota el filo de los cuchillos, hace que las yeguas aborten y las abejas se fuguen. Impureza o fuerza contaminante, la menstruación es separada del orden corriente de la comunidad. Se la instala en los límites de lo confesable, se trata de domesticar su olor, y se la respeta sólo en función de la maternidad.

La maternidad, carga biológica contingente, manejada políticamente se tradujo en términos de necesidad instintiva para el cumplimiento existencial femenino. Pero, en tanto ligada al sexo y a un poder del que carece el varón, se erigieron espesas barreras a su alrededor. Durante siglos, la asistencia a los partos fue dejada en manos de mujeres. Tal como lo refleja una miniatura tomada de una obra de Jean Bondol de 1375, todavía en esa época eran las mujeres -serenas y precisas, con sus cabellos ocultos por un pañuelo- las que asistían a una parturienta en trance de practicarle una cesárea.

Muy pronto esa escena iba a convertirse en cosa del pasado. La ascendente profesión médica requería formación universitaria; dado que mujeres no tenían acceso a la universidad, quedaban automáticamente excluidas del arte de curar y, mucho menos, de practicar la cirugía. “Los primeros blancos no fueron las sanadoras campesinas, sino las mujeres instruidas que competían con los médicos doctorados por la atención a la misma clientela urbana.”² Uno tras otro se suceden los procesos judiciales contra estas mujeres cuyos resultados van traspasando la competencia en la obstetricia exclusivamente a los médicos.

Reglamentaciones municipales, eclesiásticas, reales, apuntan no sólo a que la práctica sea realizada por titulados sino que debían tenerse en cuenta antecedentes morales y religiosos. Se subordina toda actuación de las parteras a la vigilancia de médicos y cirujanos. Se estimula a denunciar a quienes ejercieran su profesión sin tener la licencia correspondiente. Se prohíbe a las mujeres el uso de instrumentos quirúrgicos -todavía muy rudimentarios- y se extiende el uso del fórceps, versión mejorada del que se utilizaba para practicar la “obstetricia destructiva”, vale decir, la mutilación del feto en el vientre materno cuando su expulsión estaba trabada. Huelga decir que el embrión no era lo único mutilado puesto que junto con él iban trozos de útero y vejiga pertenecientes a la madre. La consecuencia inmediata de la introducción del fórceps en la obstetricia fueron los dos siglos de fiebre puerperal que asoló a Europa, debido a las pésimas condiciones de asepsia en que se trabajaba.³

La operación de cesárea ilustra las interrelaciones entre medicina y religión. Por largo tiempo, la cesárea se realizaba sólo el cuerpo de una mujer muerta. Rousset, un médico francés, sostuvo en un tratado sobre el tema que debían efectuarse también en las parturientas vivas cuando la situación lo requería para aliviar las angustias y el horror de esas criaturas sufrientes. La teoría se extiende por tener sólidas bases anatómicas. Sin embargo, médicos como Paré o Guyon desisten de efectuarla porque los resultados llevan a la muerte de la madre para salvar al hijo. La validez de esta afirmación es, precisamente, lo que tomará el jesuita Théophile Raynaud para sostener en sus **Opuscula moralie** que la cesárea es posible y que el beneficio de salvar el alma del niño para el bautismo es prioritaria a salvar la vida de la madre.

No obstante, fueron los procesos por brujería los que consolidaron la red de dominación y entendimiento que se había ido tejiendo entre la Iglesia, el Estado y las universidades. Se condena por bruja a toda mujer que cure sin haber estudiado y se advierte que las parteras causan enormes perjuicios a la fe. La solidaridad de las comadronas-brujas, instaladas pacientemente junto a la mujer a punto de parir, midiendo la frecuencia de las contracciones, hundiendo sus manos en la “boca de todos los vicios” para efectuar una torsión si la criatura estaba mal ubicada, ayudando a la madre a pujar o recibiendo con amor al sucio recién nacido que salía

² BARBARA EHRENREICH y DEIRDRE ENGLISH. **Brujas, comadronas y enfermeras**. Barcelona, 1984.

³ Cf. LEONOR CALVERA. **El género...op. cit.**

a la luz del mundo, hacían temblar de miedo y repugnancia a los inquisidores cuyos dedos debían conservarse limpios de sangre. Los médicos, formados en esa misma ideología, buscarán romper esa unidad de mujeres que conocen bien sus cuerpos, mediatizando ese trato con el aparato de la formación universitaria.

Sin embargo, el principal espantajo que se agitaba alrededor de las brujas era el aborto, considerado por Tomás de Aquino un crimen sólo inferior al homicidio y prohibida formalmente por ley su práctica. Las fábulas tejidas alrededor del aborto y las brujas son innumerables e innumerables las que fueron a parar a las llamas de la hoguera acusadas de practicarlo. Sin duda las brujas conocían hierbas para hacer abortar a esas pobres campesinas que no podían sostener una boca más y sin duda por piedad las ayudaban a deshacerse del feto. En las mentes de los observadores, esto se convirtió en que si el aborto no se completaba, devoraban a la criatura recién nacida o la convertían en ofrenda al demonio.⁴

Los primitivos cristianos habían sido acusados de devorar niños; los judíos fueron acusados de practicar el canibalismo en sus sinagogas: los cristianos acusaban a las brujas de aquello mismo por lo que las religiones solares habían perseguido a las lunares. El jurista Boguet dice que algunas en particular “esas comadres y mujeres doctas que son brujas, tienen el hábito de ofrendar a Satanás los niños a cuyo alumbramiento asisten, y luego los matan antes del bautismo, clavándoles una larga aguja en el cerebro. Algunas han confesado la muerte de más de cuarenta niños de esta manera. Hacen aún cosas peores, pues los matan mientras todavía están en el vientre materno.”⁵ La confesión de las brujas: una palabra siempre arrancada bajo tortura y amenaza de muerte, una palabra que se invalida a sí misma.

XII. 3. 1 **La medicina**

Las malas condiciones de salubridad de las pequeñas ciudades amuralladas, la carencia de servicios sanitarios y la mala alimentación eran los factores principales que determinaban la frecuente aparición de las llamadas “enfermedades contagiosas”: erisipela, peste bubónica, sarna, ántrax, tuberculosis, epilepsia, tracoma y la temida lepra. A partir del siglo XVI se agregaron la viruela, el sarampión, la gripe, el tifus y la sífilis. Esta novísima enfermedad tomó diversos nombres, según a quiénes se atribuía su origen: a los franceses -el *morbo gallico*- a los italianos -*le mal de Naples*- e incluso hubo quien, como el médico español Ruy Días de la Isla, creyó que había sido traída de América. Lo cierto es que se expandió a una extrema velocidad, no reconociendo clases ni méritos: la contrajeron tanto César Borgia como el papa Julio II.

⁴ Cf. la extensa obra de los juristas de la época.

⁵ H. BOGUET, *op. cit.*

Frente a todos estos males, la Iglesia oponía el ascetismo y la oración y Lutero recordaba que las pestes, así como la existencia de los mudos, los paralíticos, los sordos, los picados de viruela, los locos, se debía a Satanás y la acción de sus servidores dentro del cuerpo.

La sociedad, por su parte, decidió aislar a la mayoría de ellos, basados en los juicios médicos. Así Fracastoro, que unía el estro poético a su condición de médico, escribió un poema sobre la sífilis según el modelo de las **Geórgicas** de Virgilio y fundamentó la idea de contagio en base a sus estudios sobre la viruela y el sarampión. Al igual que otros colegas, aconsejó el uso del guacayo, una “madera santa” traída de América, para combatir la sífilis y otras infecciones y, por supuesto, el socorrido mercurio.

Los médicos del momento estaban sobre todo entregados a descubrir cómo era el hombre en su interior. Vesalio, uno de los más notables cirujanos de su tiempo, escribió un tratado, **De Humani Corporis Fabrica**, donde aparece encandilado por los descubrimientos de la anatomía, pero ni él, ni Pedro de Abano, que buscó conciliar filosofía y medicina, ni Harvey, que descubrió la circulación de la sangre, ni tantos otros, no aportaron casi nada sobre las causas de las enfermedades y sus tratamientos. O aportaron razones fantásticas y curas no menos fantásticas.

Moscardo dice que la conjunción Marte, Júpiter, Saturno en la noche es la culpable de la sífilis. Georg Bartisch, que escribió un libro sobre cirugía ocular, atribuye las dolencias de la vista a la brujería y el poder de los amuletos. Ninguno vacilaba en prescribir recetas que incluían el uso de hierbas en función de magia simpática, como las propuestas por Alberto Magno en su **De Virtutibus Herbarium**. Los componentes de esos remedios solían incluir hígado de gusano y lengua de tritón, entre otras sustancias no menos asombrosas, como la mixtura de mandrágora, cicuta, opio y mora utilizada durante largo tiempo en una especie de anestesia que se llamó “esponja soporífera”.

Los boticarios vendían las prescripciones médicas, que abusaban del láudano, el semen de rana, la carne de serpientes venenosas, el oro y la sangre de dragón. La más popular era el *theriacum*, un preparado de más de cincuenta sustancias de este tipo. Por su parte, experimentaban con las hojas de tabaco, que se creía tenían inmensas propiedades curativas. El negocio del boticario se completaba con la venta de espejos, amuletos, talismanes. Y el del médico con la aplicación de sanguijuelas, lavativas y dieta. Pero sin duda dieron un gran paso adelante cuando descubrieron que las heridas podían ser vendadas hasta su curación en lugar de cauterizarlas con un hierro al rojo candente.

Aislar, separar, era la consigna del momento. Se prohibió entrar en las ciudades a cualquiera de los enfermos considerados contagiosos, que debían anunciar su presencia mediante un cuerno o una campana. Los leprosos fueron recluidos en sitios especiales, atendidos por los hermanos de la orden de San Lázaro, creada especialmente para la vigilancia de las leproserías.

Mancha, mácula, pecado, contaminación: no acercarse, no tocar. Cuando no estaban internados, ¿adónde iban los leprosos, los locos, los sífilíticos, los enfermos en general?, ¿adónde iban los pobres que descubrían en su cuerpo un síntoma delator y temían ser segregados de por vida a un lugar remoto?, ¿a los médicos, que no sólo no los curarían sino cuyos honorarios les resultaba prohibitivo pagar? ¿O a la bruja que los comprendía, los calmaba y en muchos casos los curaba?

XII. 3.2 Filtros, ungüentos, pócimas, ensalmos

Mezclemos las hierbas que curan el alma,
que sanan el cuerpo.
Hagamos hechizos de amor y esperanza
contra las muchas penas
de este mundo amargo.

María de Baldrich

Fatucierie, veneficae, “hechiceras”, “envenenadoras”: los adjetivos dirigidos a las brujas revelan que su conocimiento de las hierbas y sus propiedades se creían dirigidos a dañar, a hacer el mal. Tres brujas revolviendo en una vasija mientras entonan horriblos cantos ilustra la imagen de la bruja empleando la magia medicinal con fines maléficos. Aun cuando en parte esto era cierto, en general su sabiduría de lo que la naturaleza brinda se encaminaba antes que nada a curar.

La historia del célebre caldero de las brujas torna clara esa doble vertiente. En sus orígenes esta vasija, generalmente de hierro, tuvo el sentido simbólico de matriz femenina. Antiguas deidades egipcias e indias, dadoras de la vida universal, eran representadas por calderos siendo éstos, a su vez, conocidos como “el vientre de la Madre”. Esta asimilación del caldero a un útero hará que, por analogía, siempre deba haber algo de sangre en lo que se cocina, calienta o hierve dentro de la marmita. Por la misma razón, en esa forma sublimada del caldero que es el vaso ceremonial, siempre habrá sangre, como la de Jesús en el cáliz cristiano.

El caldero, cuya forma semeja la bóveda celeste invertida, suele cumplir funciones de carácter netamente iniciático, como sucede con los chamanes siberianos que aseguran que sólo pueden practicar su arte después de ser desmembrados y hervidos en un caldero por los espíritus ancestrales. El dios hindú Indra y el noruego Odín adquirieron su sabiduría, su clarividencia y su poder mágico al beber la sangre de los calderos que yacían en el vientre de la Madre Tierra.

Medea, la gran hechicera griega, demostró que podía restaurar la vida con ayuda de un caldero: hizo cocinar un viejo cordero, pronunció unas fórmulas mágicas y, en el momento de sacarlo, extrajo un cordero recién nacido. De igual manera Jasón, cautivado por la idea de ser rejuvenecido, se sometió a un proceso similar.

Regeneración en el orden biológico; sabiduría en el orden espiritual: una y otra serie apuntan a transmutaciones profundas, misteriosas, incomprensibles. La sola

idea de algo parecido a ese poder en manos de mujeres no podía sino suscitar odio, rencor, miedo, envidia. En la soledad de sus casas, o en el encuentro del *sabbath* donde el caldero era también la gran olla popular, las brujas mezclaban sus buenas hierbas y también las malas: “las plantas que se confundían bajo el nombre de *hierbas de las brujas* parecían ministros de la muerte.”⁶ Eléboro, artemisa, cardo y camomila, trébol, eneldo y miel y bellotas y cuanto está a su alcance en la tierra, en la montaña, en el agua, es recogido por las brujas en horas determinadas y mezclado paciente, sabiamente según fórmulas que ya conocían Sira y Filina, sus colegas del antiguo Egipto.⁷

Pierre de Lancre, un detractor de las brujas, afirma que siempre utilizan para sus mezclas sustancias impuras, como los menstruos o los orines, que luego cocinan con fuegos especiales. Sin duda su destreza sutil en el manejo de las temperaturas les permitía emplear eficazmente el hielo que conserva y el fuego que transmuta hasta llevar al punto óptimo aquello que sometían a distintos grados de calor. En la cosmovisión de las brujas, no hay nada inmundo, ni nada absolutamente puro. “Aquí la Edad Media se había mostrado en su carácter verdadero, la *Antinaturalidad*, haciendo distinciones en la unidad del ser, creando clases y castas jerárquicas.” Pero el ser es uno, “todo es solidario de todo”, mente y espíritu trabajan mancomunados dicen sin palabras las brujas. Por ello, conocen el valor terapéutico pero también destructor de los elementos, de los minerales, de los fluidos y humores corporales en sus distintos estadios, fluidos y humores humanos y animales cuyos efectos llevan a la perfección. Y acompañan con ensalmos y recitados las recetas que entregan, que deben ser bebidas repitiendo otros ensalmos y recitados. Y limpian un rostro juvenil cubierto de sarpullido, y curan los dolores de estómago y la gota y la tisis y ayudan a interrumpir un embarazo no deseado y suavizan los dolores del parto y mejoran a los epilépticos y los leprosos.

Expertas en la recolección de hierbas, en el manejo de los tiempos de su cocción - sobre lo que tanto insistieron los alquimistas-, en las dosis que convierte un veneno en una droga curadora, las brujas fueron también hábiles en inducir sueños maravillosos o terribles. El beleño, el acónito, la belladona, algunas variedades de hongos, la amapola, el betel formaban parte de esa fábrica de sueños que les permitían volar sin moverse, desprendiéndose del peso de un cuerpo feo o decadente, dañar a quien hería, conseguir ser amado o mantener eternamente la fidelidad pretendida.

Filtros para el recuerdo y para el olvido; conjuros beneficiosos y maléficos, hechizos y encantamientos, ungüentos, tisanas, pócimas y perfumes: el abanico era tan amplio como el corazón de la bruja que se identificaba con cada uno de los que acudían a ella. Todo servía para hacer el bien: frotaba una pócima hecha con escaramujo y agrimonia mezclado con grasa animal para cicatrizar quemaduras, llagas y úlceras; si un dolor era muy fuerte aplicaba un ungüento a base de girasol,

⁶ JULES MICHELET, **op. cit.** Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

⁷ Según el papiro egipcio Número XX, compuesto en hexámetros, conservado en el Museo Estatal de Berlín.

cáñamo, amapola y eléboro. Si se trataba de curar la esterilidad o aumentar el deseo sexual, prescribía una tisana donde no faltaba la raíz de mandrágora -que contribuyó a acelerar las acusaciones por brujería de Juana de Arco cuando se encontró una rama entre sus ropas- o, si pretendía acelerar las curaciones, las suaves manos de la bruja, hábiles en el magnetismo, extendían sobre la piel el *aceite de luna* hecho con sándalo y jazmín. Y con palabras y música, con el poder todavía no acabadamente comprendido del sonido, le permitía acceder a su propia salud, a su propia fortuna, a sus propios mundos invisibles. Pero también podía hacer daño, porque uno y otro eran vistos como partes distintas y complementarias del ciclo de la existencia. Y esas mismas plantas curativas podían paralizar o provocar ataques o lesionar los órganos si ese era el efecto buscado.

Sin duda había un fuerte elemento de fe en quienes acudían a ella, como lo había en los médicos que sostenían que el contacto con un personaje real podía curar la escrófula. Sin duda sus pociones se completaban con algunos elementos raros, que tampoco despreciaban médicos afamados como Robert Boyle, que recomendaba mezclar en la comida jengibre con ralladura de cráneo humano para contrarrestar ciertos ataques. Pero lo que no ofrece ninguna vacilación es su profundo conocimiento de la ciencia de las hierbas, un fragmento del cual fue tomado por della Porta en su “Teoría de las Rúbricas”, de 1538, donde sostiene que la semejanza produce la semejanza, lo que condujo, entre otros adelantos todavía vigentes, a que se descubriera que la salicina de la corteza del sauce, que crece en sitios húmedos, cura o alivia la fiebre reumática.

La ciencia de las plantas en manos de las brujas tenía un poder fenomenal, de alcances imposibles de dimensionar desde el rechazo y las malas interpretaciones. No obstante, cuando una mente lúcida pudo acceder sin prejuicios a sus concepciones, de inmediato las adoptó, como el magnetismo o la coordinación de todos los fenómenos en Paracelso, el gran médico suizo precursor de la química y la homeopatía, que no vaciló en quemar en una hoguera los libros de medicina de la época, considerándolos vacuos ante el monumental conocimiento de las brujas. Ellas mismas nunca escribieron nada; fracciones de su saber, distorsionado, revuelto, todavía sin explorar, se hallan en algunos de los antiguos grimorios.

CAPÍTULO XIII

HADAS Y GENTE MENUDA

¿Cómo adquirirían su conocimiento las brujas? ¿Lo recibían después de pasar por ritos iniciáticos o de admisión? ¿O por comunicación oral, esto es, la palabra que va de la boca sabia al oído de quien merece oírla? Existen razones para pensar que las hadas formaban parte importante de esa transmisión de ideas.

XIII.1 ¿De dónde vienen las hadas?

No siempre las hadas tuvieron la apariencia de gráciles personajes, diminutos y multicolores, con una pequeña varilla en sus manos, dispuestas a conceder los deseos de los mortales. En verdad, hasta entrado el siglo XVII, las hadas eran criaturas temidas por la mayor parte de las gentes aunque no así por las brujas; numerosos testimonios emanados de las actas inquisitoriales hablan de las consultas que éstas efectuaban a las hadas. “Los estudiosos de esta ciencia han sabido siempre que había una conexión real entre brujas y hadas”.¹ Este trato fluido no dejaba de preocupar a las autoridades que sentían una gran aprensión por las hadas a las que Boguet denominó “diablos encarnados”.

Walter Scott fue quizá el primero en formular la teoría de que las hadas provienen de las razas primitivas que habitaban el Oeste de Europa que, en sucesivas invasiones, se fueron retirando y escondiendo en el interior de bosques y pantanos. Homero, entre otros clásicos, se hace eco de una batalla fabulosa emprendida por unos seres pequeñitos a los que les dieron el nombre de *pygmé*, literalmente “puño”. “Originalmente, los diminutos nativos...escapando de las armas conquistadoras de los asae, buscaron las regiones más apartadas del Norte y allí se esforzaron en ocultarse de sus invasores del Este. Se trataba de una raza diminuta y poco numerosa, pero debieron poseer algunas habilidades, probablemente en la minería y el fundido de metales, abundantes en su país. Quizá también podían ser expertos en predecir el tiempo, debido a su conocimiento de los cambios en las nubes y demás fenómenos meteorológicos, lo cual los dotaba de una habilidad sobrenatural. De todos modos es admisible suponer que esta pobre gente, que buscó ocultarse en cavernas y lugares escondidos de sus perseguidores, compensaban su inferioridad en fuerza y estatura con las artes y el poder con que

¹ MARGARET MURRAY. *The Witch-cult in Western Europe*. Oxford, 1921.

los había investido la superstición de sus enemigos.”² La fuga de este pueblo pigmeo, puesto en la clave de un antiguo romance germánico, el **Nibelungen-Lied**, aparece traducido en que Teodorico de Verona derrotó al rey de los elfos, el Enano Laurin, que moraba en un “jardín de rosas encantado y que tenía una escolta de gigantes.” Las antiguas leyendas celtas respaldan asimismo la teoría de un pueblo de gente menuda -miembros de la Tuatha de Danaan, el pueblo de la diosa Anu-, asegurando que eran “grandes nigrománticos, hábiles en todo tipo de magia, y excelentes en las artes como constructores, poetas y músicos”.³

Es lícito suponer que esta raza de enanos -duendes, hadas- no dejó atrás su sistema de creencias sino que continuó con sus prácticas que, poco a poco, fueron adoptando también los campesinos que nunca negaron su temor por las “gentes menudas”. “Sin duda, a medida que avanzaba la civilización y progresaba el cultivo de la tierra, las hadas deben haberse ido mezclando más y más con la población establecida, hasta que muchas de ellas entraron en los poblados y ya no pudieron distinguirse de los ‘mortales’ corrientes”.

Lentamente se iba produciendo un fenómeno de traslación de los antiguos ritos al europeo medio. Así, por ejemplo, como las hadas giraban en torno a determinados árboles, en cierto momento los campesinos aparecen bailando alrededor del palo de mayo pagano, un sacerdote conduciendo en Inverkeithing una procesión del árbol de mayo⁴ y las brujas danzando alrededor de un árbol en sus *sabbahts*.

XIII.1.1 Modo de vida de las hadas

Recogidas en cuentos y leyendas tanto como en las deposiciones ante los tribunales, son innúmeras las descripciones de los testigos medievales que dicen haberlas visto y haber tenido trato con ellas. El cuadro que presentan es el de personas laboriosas, siendo sus trabajos variados y múltiples, desde la hilandería y la cocina hasta la música y la forja del bronce, casi una contrapartida de las ocupaciones humanas, aunque parecen ser muy superiores a los humanos en el tejido, ya que en una novela en verso de 1170 la protagonista le ofrece a la Virgen María una casulla “bordada toda en oro puro y era verdadera prueba de que la obra la hizo el hada Morgana”⁵. En cuanto a la cocina, sus tortas de trigo negro -llamadas Pan de las Hadas- han hecho las delicias de quienes las han probado a

² Sir WALTER SCOTT. **Letters on Demonology and Witchcraft**. Nueva York, 1970. Esta cita y la siguiente, pertenecen a la misma obra. En el momento de terminar de escribir esta obra, comienzos de 2005, nos llega la noticia de que arqueólogos australianos descubrieron lo que creen es un antepasado del hombre actual: el *homo floresiensis*, así denominado por los restos encontrados en una caverna de la isla indonesia de Flores. Se trata de una especie humana de no más de noventa y un centímetros de altura que caminaba erecta. En apariencia, esta criatura diminuta de dieciocho mil años de antigüedad utilizaba herramientas y conocía el fuego. Sólo faltaría encontrar los eslabones de la cadena que lo llevaron hasta Europa.

³ Lady Wilde. **Ancient Legends of Ireland** en: MARGARET MURRAY. **The God of...**, *op. cit.* Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

⁴ GUY RAGLAND PHILIPPS. **Brigantia**. Londres, 1976.

⁵ CHRÉTIEN DE TROYES. **Erec y Enid**. Madrid, 1982.

través, no sólo de las brujas sino de conspicuas mujeres de la Iglesia como Hildegarda de Bingen.

Muy rara vez se mencionan sus casas dado que dificultaban su acceso, velándolas en la profundidad de la floresta por ser muy celosas en la preservación de su mundo, castigando a quien se atrevieran a violarlo. Sin embargo, repetidamente se alude a un País de las Hadas con palacios construidos en cristal etérico, árboles cargados de frutos que rezuman miel, trigales que crecen entre susurrantes arroyuelos y hadas bellas e inteligentes aprendiendo y entrenándose en las artes mágicas. Aunque su localización es desconocida, hay quienes lo sitúan en una isla al poniente, y lo llaman las Islas de la Fortuna o de Avalon, esto es, de las manzanas.

No era infrecuente suponer que entre sus poderes estaba la habilidad de tornarse invisibles, lo cual lograban cubriéndose con un manto o sombrero mágico. Sin embargo, la rapidez en aparecer y desaparecer es probable que fuera desarrollándose en siglos de persecución, lo cual les valió ser llamadas en gaélico *sith people*, la gente silenciosa, la que va y viene con pasos sin ruido.

Se dijo siempre que su gobierno era monárquico, “por la gran importancia de la reina en la comunidad pareciera que era ella la verdadera gobernante y que el rey ocupaba un lugar secundario, excepto quizá en caso de guerra”.⁶ Sin embargo, también se aseguró que cada comunidad tenía un jefe o reina propios, algunos de cuyos nombres han llegado hasta nosotros. La pompa de su corte y sus entretenimientos abarcaban cuanto la imaginación puede concebir pero, si eran observados por un ojo extraño, “la ilusión se desvanecía. Los jóvenes caballeros y las hermosas damas se mostraban como patanes arrugados y odiosas arpías, sus riquezas se transformaban en piedras pizarra y sus vituallas...se volvían faltas de gusto e insípidas.”⁷ Mediante este repudio al foráneo, que tanto mal les había hecho, ponían de manifiesto otra de sus reconocidas aptitudes: la de transformarse a voluntad.

“Hay un considerable cuerpo de evidencia en relación con la apariencia y vestidos de las hadas. Sus ropajes variaban no sólo conforme a la tribu a la que pertenecían sino también al rango que ocupaban en la comunidad.”⁸ El rey y la reina de las hadas usaban ricos vestidos y se tocaban con coronas, en tanto los de clase inferior usaban chaquetilla y calzón los varones y polleras y blusas las mujeres. El material que empleaban era por lo general la lana, prefiriendo el verde y el azul a los demás colores por lo que la literatura medieval les dio el nombre de *greenies* o *greencoaties*. No obstante, algunas damas de alto rango lucían vestidos flotantes blancos o escarlata que caían hasta el suelo en tanto su gorra, capucha o sombrero podía variar con todos los colores del arco iris. La capucha -distintivo de todas las

⁶ MARGARET MURRAY. *The God of...*, op. cit

⁷ WALTER SCOTT, op. cit.

⁸ MARGARET MURRAY. *The God of...*, op. cit.

clases- era quizá la pertenencia más preciada para las hadas, dispuestas a correr cualquier riesgo para recobrarlo en caso de extravío o de caer en manos extrañas. Una explicación plausible para el uso del color arbóreo es que “en la medida que se puede considerar a las hadas como supervivencias de tribus primitivas desalojadas y obligadas a ir a las montañas y los bosques, el verde de las ropas se puede considerar como un color protector; los habitantes de los bosques y los proscriptos lo adoptaban también en la Edad Media.”⁹ Sin duda un jefe de clan, Rob Roy o Robin Goodfellow fue quien dio lugar a la leyenda de Robin Hood, el héroe de las minorías anglosajonas oprimidas por los normandos, que se vestía de verde, caperuza incluida.

(Figura Nro. 17)

Las hadas se sentían especialmente atraídas por la música y la danza. Noches enteras se entregaban a rondas interminables alrededor de las encinas, acompañadas por silfos, duendes, gnomos. En Domremy se elevaba el Árbol Encantado o Árbol de las Damas al que concurría Juana de Arco y donde sin duda fue impuesta de su misión por las hadas. Pero “la hierba nunca crece a gran altura en el borde del Anillo de las Hadas, pues sólo la más fina y corta crece en ese lugar. En el centro hay un círculo de setas de las Hadas, en las que éstas toman asiento.”¹⁰ Como las brujas, según las órdenes de Diana o Herodías celebraban los solsticios y equinoccios con grandes fiestas en las que abundaba la comida. No muy lejos de ellas se hallaba su arma tradicional: las flechas o saetas de elfos hechas de pedernal a las que solían untar con venenos mortales.

Las hadas eran expertas en la fabricación de pócimas, elixires y pomadas cuyos secretos enseñaron a las brujas. El más conocido es el unguento de hadas -en cuya composición figuraba el trébol de cuatro hojas- que servía tanto para curar enfermedades como para romper hechizos o encantamientos.

Su trato con la gente era leal: devolvían lo que solicitaban en préstamo y retribuían con regalos las buenas acciones, por ello se las conocía como *daione coire*, *daione matha*, “gente honesta, buena gente”. Asimismo, solían conceder a los hombres algunos dones sobrenaturales, tal el caso de Thomas de Erceldouane, llamado el Rimador o Versificador, que fue el primero en obtener por intermedio de la reina de Elfland el don de la profecía, hecho que se repetiría tres o cuatro siglos más tarde con Andro Man y William Barton, prendados de la gran hermosura de la reina de las hadas. Éstas a menudo cautivaban a los hombres corrientes con los que sostenían romances que muchas veces desembocaron en la creación de una familia. No obstante, también podían ser crueles si alguien se inmiscuía en sus asuntos: si una persona no invitada entraba en el círculo de su danza, ya no podía salir, excepto que lo arrastraran con una cadena de hierro, metal al que las hadas temían.

⁹ ROBERT GRAVES. *La diosa...*, op. cit.

¹⁰ W.Y. EVANS WENTZ. *The Fairy-faith in Celtic Countries*. New York, 1966.

En muchos casos se las culpaba de las enfermedades, fueran de personas o animales, de los que se decía que estaban “tomadas por las hadas” o “heridas por los elfos”.

Pero el daño más grave de que se las acusaba consistía en intercambiar los niños “mortales” por los propios. Los padres de niños retardados aprovechaban la ocasión para repudiarlos, alegando que habían sido cambiados por las hadas y lo mismo ocurría con los médicos que no podían resolver los problemas de los males infantiles. En general se sostenía que los secuestros eran debidos a que los duendes tenían la obligación de pagar un tributo a un príncipe de las regiones subterráneas, pero es más que probable que se debiera a la necesidad de sangre nueva para reforzar la especie ya que, si bien eran muy longevas, no eran inmortales.

XIII.1.2 Morgana

Morgana hace su aparición en la literatura alrededor del siglo XII, aunque su prosapia se remonta a la diosa de la muerte celta Morrigan o Mara. Morgan le Fay o Fata Morgana, los nombres por los que también se la conoce, aluden al *faye* o *fatum*, el destino del que ningún humano escapa.

En el ciclo artúrico, Geoffrey de Monmouth la presenta como una de las nueve hermanas que gobiernan la Isla Afortunada o Isla de las Manzanas: “La mayor de ellas es sabia en el arte de curar, y por su espléndida belleza supera a sus hermanas. Morgana es su nombre, y conoce la utilidad de las hierbas para la curación de los cuerpos enfermos. También conoce el arte de mudar su figura, y como Dédalo sabe cortar los aires con plumas nuevas”¹¹. De todas esas artes, volar, transformarse, curar, fue esta última la que más reconocimiento le aportó.

Morgana aparece como media hermana de Arturo por parte de madre, con quien se halla en buenos términos. Pero la reina Ginebra obstaculiza su romance con Guiamor, dando pie al rencor que Morgana sentirá contra ella, lo cual la decide a abandonar la corte y buscar refugio junto a Merlín, hijo de un elfo, quien perfeccionará sus artes mágicas. La venganza contra la reina se centrará en su amante Lanzarote, al que rapta varias veces, y cuyo amor secreto revelará a Arturo, presumiblemente a través de medios mágicos, esto es, antes de abandonar la corte de Arturo hizo entrega de una bebida que no podía beber ninguna dama infiel sin derramarla.

Tristán, otro gran héroe artúrico, da muerte a uno de sus amantes, Huncson, de modo que Morgana prepara un poderoso veneno con el que Marco unta la lanza con que herirá de muerte a Tristán. Luego descubre que un caballero del que estaba enamorada la engaña con una joven en un sosegado valle. Mediante un encantamiento, tiende una trampa de modo que cualquier varón que entre en el Valle del Sin Retorno no podrá salir si ha engañado en el amor.

¹¹ GEOFFREY de MONMOUTH. **Vida de Merlín**. Madrid, 1986.

El episodio más conocido de Morgana, el que revela mejor su temperamento afectuoso que defiende bravamente sus amores aunque odia ser engañada, es el relativo al rey Arturo. Se supone que Arturo había matado a uno de sus amantes; Morgana arregla entonces un plan para provocar su caída, entregándole a su amante Accolon la espada Excalibur para que diera muerte a Arturo en combate cuerpo a cuerpo. Esa espada le había sido dada a Arturo por la Dama del Lago. Al fallar, Morgana arroja la vaina de la espada a un lago. No obstante, cuando el monarca es derrotado en la batalla de Camlann, es Morgana quien acude a llevarlo: "...y vio venir por el mar una nave llena de damas; cuando la nave llegó a la orilla, donde estaba el rey, se acercaron a la borda; la señora de todas ellas tenía por la mano a Morgana, hermana del rey Arturo, y comenzó a llamar al rey para que entrara en la nave; éste, tan pronto como vio a su hermana Morgana, se puso en pie, levantándose de donde estaba sentado, entró en la nave, con su caballo tras de sí, y tomó las armas".¹² Morgana, la antigua Moira griega, y las ninfas acuáticas escoltan a Arturo a la prodigiosa Isla de Avalon donde se honran a los muertos, el paraíso donde sus heridas sanarán y donde permanecerá hasta regresar a construir una época de armonía y paz en el mundo.

XIII.1.3 Melusina

Las hadas solían presentarse bajo forma de mujer, y de mujer muy hermosa, como Morgana. Melusina también era bellísima, aunque ostentaba algunas peculiaridades, de imprevisibles consecuencias. Una versión de su historia cuenta que el rey Elinas de Albania distraía el dolor por la pérdida de su mujer yendo a cazar. Cierta día, habiéndose acercado a una fuente a saciar su sed, llegó a sus oídos una música extraordinaria. La cantante resultó ser el hada Pressina. Ambos se enamoraron y ella aceptó casarse con la condición de que él renunciaría a verla cuando ella diera a luz o bañara a sus hijos. El rey estuvo de acuerdo en celebrar el pacto de modo que se casaron y, un tiempo después, Pressina dio a luz trillizas: Melusina, Melior y Palatina. Un hijo del matrimonio real anterior se apresuró a comunicarle la buena noticia a su padre que se precipitó a entrar en los aposentos de su mujer. Ésta se hallaba bañando a sus hijas; al verlo, lanzó un grito, exclamando que el pacto se había roto. Huye entonces con sus hijas a Cefalonia, desde donde se podían divisar las tierras de Albania.

Día tras día la madre señalaba a sus hijas las riberas de su país, señalándoles que sin la perfidia de su padre, ellas hubieran podido vivir felices. Al cumplir quince años, Melusina y sus hermanas deciden tomar venganza. Capturan a Elynas y lo encierran en una montaña, junto con sus riquezas. Pressina, que todavía amaba a su marido, decide castigar a sus hijas por lo que habían hecho: la condena que cayó sobre Melusina fue tomar la forma de serpiente de la cintura para abajo. El

¹² TOMAS MALORY. *La muerte del rey Arturo*. Madrid, 1980.

maleficio se cumpliría una vez por semana y su matrimonio estaría sujeto a que el hombre que la eligiera no debía verla los días sábado.

Melusina emigró a Francia en busca de su amado y llegó al bosque de Colombier en Poitou donde las hadas la eligieron por reina. Junto a la Fuente de la Sed encontró por primera vez al caballero Remondin. Se enamoraron y contrajeron matrimonio con la expresa condición impuesta por Pressina. Melusina, en apoyo de su esposo, utilizó sus poderes sobrenaturales para construir varios castillos, entre los que se contaba el de Lusignan, en los alrededores de la Fuente de la Sed o de las Hadas. Tuvieron varios hijos, que se destacaron por sus obras y hazañas.

Remondin seguía muy enamorado de su mujer, aunque empezó a sentir muchas dudas sobre lo que hacía su mujer los sábados, tanto más cuanto que un pariente le había sugerido que sus hijos tal vez no fueran suyos sino producto de los encuentros sabatinos. En procura de terminar con su zozobra, cierto día abrió un agujero un portillo para ver qué ocurría con su mujer. “Por el agujero que hizo en la puerta Remondín pudo divisar todo lo que había dentro de la habitación y vio a Melusina que estaba peinándose en la cuba: hasta el ombligo tenía forma de mujer y del ombligo para abajo era como la cola de una serpiente, del grosor de un tonel donde se ponen arenques; la cola era muy larga y golpeaba con ella en el agua de tal modo que la hacía saltar hasta la bóveda de la habitación.”¹³

El pacto se había roto y las consecuencias no se hicieron esperar; durante una disputa, Remondín la maldice como serpiente diciéndole que deshonoró su raza. Melusina se entristece afirmando que la maldición la había alcanzado y que debía abandonar la casa, condenada a volar por los aires hasta el día del juicio, pero que, en tanto el castillo se halle en pie, avisará la muerte de cada señor de Lusignan.¹⁴ Dicho esto, desapareció por una ventana que daba a los jardines del castillo y lo hizo con tanta ligereza como si volara, convirtiéndose a la par en una gruesa serpiente.¹⁵

Melusina siguió visitando periódicamente a sus hijos a quienes instruía y ayudaba. Por último, tres días antes de la muerte de Remondín, se cumplió por primera vez la profecía de la anunciación: “La serpiente apareció encima de los muros (del castillo) de modo que todos pudieron verla, y dio tres vueltas alrededor; luego, se posó en la torre Pictavina, donde hizo tan graves lamentos y suspiros, que a los que allí estaban les pareció que era la voz de una dama.”¹⁶

XIII.1.4 La banshee

¹³ JEAN d'ARRAS. **Melusina o la noble historia de Lusignan**. Madrid, 1987.

¹⁴ Mediante esta historia Jean d'Arras convalidaba que el castillo de Melusina pertenecía a los Lusignan, poniendo de este modo fin a una larga disputa por su posesión, originada en la Guerra de los Cien Años, y pagando asimismo el mecenazgo de que era objeto por parte del duque de Berry.

¹⁵ Cf. sobre el simbolismo de la serpiente LEONOR CALVERA. **Historia de la..., op. cit.**

¹⁶ JEAN d'ARRAS, **op. cit.**

Al igual que Melusina, la *bañes* se presentaba para anunciar una muerte. Su nombre significa “mujer de los montes encantados” y es el aspecto de la voz de la Triple Diosa. Por lo general se presentaba vestida con un manto gris con caperuza o con la mortaja o el sudario de un muerto sin confesar; en ocasiones era vista lavando las manchas de sangre de las ropas de quienes iban a morir, por lo cual se la conocía como la *bean-nighe*, la lavandera. Si en algún camino nocturno alguien creía divisar en el cielo un carruaje tirado por caballos sin cabeza, podía tener la seguridad de que se había cruzado con una *banshee* que le advertía sobre la proximidad de su deceso.

Hay registros de que en muchas casas de Irlanda existía una *banshee* o profetisa para anunciar las muertes; sus lamentos, entre plañidos femeninos y quejidos de lechuza, llegaban a ser tan agudos que podían romper los cristales e incluso hacer caer muerto de terror a quien los escuchara.

No obstante, para quienes habían comprendido que la destrucción sigue al nacimiento en un ciclo que se renueva a sí mismo interminablemente, este heraldo de ultratumba les reservaba una palabra dulce y reconfortante que era menos un aviso que una bienvenida.

XIII. 2. Las ninfas

“La aparición de Melusina anunciaba la muerte de un Lusignan: la aparición de las Hijas de las Aguas anuncia tempestades y desastres”.¹⁷ En paralelo a las hadas, a su lado, o con ellas confundidas, se mueven estas y otra cantidad de criaturas muy peculiares que, durante siglos, inspiraron temor y respeto. En la antigua Grecia las ninfas eran las sacerdotisas de los *nymphaeae*, los templos situados en los manantiales sagrados. Más tarde, en tiempos romanos, esa clase de templos estuvo dedicado a las ceremonias de casamiento y, durante la Edad Media, se convirtieron en sinónimo de hadas, incluso con sus connotaciones sexuales originarias.

Se reconoce la existencia de ninfas de las montañas -oréadas-, de los bosques, llamadas dríadas o hamadriadas porque, como los elfos nórdicos, nacían con el árbol y con él morían cuando se secaba o lo cortaban y, sobre todo, de las aguas: las nereidas, náyades y océanidas. No era infrecuente que las jóvenes realizaran ciertos ritos de propiciación a las ninfas para lograr casarse así como acudían a ellas para la práctica de la adivinación porque se suponía que todo espejo de agua era un excelente conductor mágico del futuro.

En la mitología germánica y escandinava recibieron el nombre de ondinas, estando también muy ligadas a los sortilegios del agua y el amor; en cierto modo representaban los supuestos peligros del amor sin control. Se las describe con una cabellera verde glauco que peinan constantemente con mucha elegancia. La hora en que suelen aparecer es la mitad del día; “el que las ve se convierte en presa de

¹⁷ JACQUES BRIL. *Lilith ou...*, op. cit.

un entusiasmo ninfoléptico; así Tiresias, que ve a Palas y a Charicló, o Acteón, que descubre a Artemisa con sus ninfas”, por ello “se recomienda no acercarse a las fuentes, los manantiales, las corrientes de agua o a la sombra de ciertos árboles”¹⁸ porque quien ve salir esa forma del agua “experimentará un sentimiento ambivalente de miedo y atracción”, fascinación que lleva a la locura, sea amorosa o profética.

XIII.3 Elfos y otras gentes menudas

En una relación casi simbiótica con las hadas se encuentran los elfos. Su nombre proviene de *alb* o *alp*, palabra de los lenguajes nórdicos con que se designa a los fantasmas o espíritus asociados con el elemento aire aunque surjan de la tierra. Su accionar es muy equívoco: suelen acudir a las casas para realizar las tareas hogareñas y supervisar a los niños y los animales pero, si los dones que se le ofrecen no les resultan apropiados, pueden ser malignos y destructivos.

El tamaño de los elfos es muy variable: pueden encogerse hasta pasar por el agujero de una cerradura, tomar proporciones gigantescas o adquirir apariencia humana. Si bien tienen un lugar de vivienda propio, el Alfheimt o “País de los Elfos”, similar al de las Hadas, suelen rondar por los bosques donde los adolescentes antes que los adultos suelen divisarlos entre las brumas. Allí se entregan a frenéticas danzas bajo la dirección de su reina, la Dama Blanca, y no es raro que inviten a los humanos a unirse a ellos. Si un mortal llegase a aceptar o se enamorara de alguno, pueden ocurrir una de dos cosas: sufrir una transformación permanente que lo convierta en elfo -como ocurrió con algunos héroes medievales- o ser llevado a la muerte, tanto por esta gente menuda como por los humanos, como ocurrió con Bessie Dunlop, condenada en 1576 por fraternizar con la corte de los elfos.

Específicamente originarios del aire son los silfos. Las gentes creían que se trataba de espíritus de antepasados muertos que andaban por los cielos o el aire; las mujeres sabias, que se decían encarnaciones de espíritus, acabaron por ser llamadas silfos por su poder de construcción basado en las palabras del viento. Asimiladas a las brujas, Luis el Pío emitió un edicto prohibiendo aparecer a los silfos, amenazándolos con fuertes penalidades.¹⁹

Gnomos y duendes formaban también parte de la extensa familia de las hadas, las gentes menudas -*Heinzelmannchen*- que ayudaban en aquellas tareas que las hadas propiamente dicho desdeñaban o temían, como la metalurgia. La talla de los gnomos era muy pequeña, no alcanzando el metro de alto, y pertenecían al elemento tierra, siendo las cuevas y montañas, los pasajes inexplorados y las minas

¹⁸ MIRCEA ELIADE. *Tratado de...*, op. cit.

¹⁹ LEWIS SPENCER. *An Encyclopedia of Occultism*. Nueva York, 1960.

su lugar de residencia. Su nombre se emparenta con la raíz griega *gnosis*, conocimiento, aunque hay quienes sostiene que fue Paracelso que denominó así a estos espíritus, por su profundo conocimiento de lo subterráneo.

Guardaban los tesoros y las gemas -como el Alberich de los Nibelungos-, y no vacilaban en dejar caer una lluvia de piedras hasta matar a quien se hubiera adentrado demasiado en su territorio. Eran buenos trabajadores metalúrgicos y protegían a los mineros y los que labraban metales. Las gnomas, más pequeñas todavía que los varones, eran de una sorprendente belleza que acentuaban con el uso de babuchas recamadas de rubíes y esmeraldas.

En el imaginario popular, los gnomos se fueron transformando en duendes y enanos que, a su vez, se confunden con otras gentes menudas. Según las tradiciones germánicas, los enanos habían surgido de los gusanos que habían roído el cuerpo del gigante Ymir. Esto los convirtió en divinidades del inframundo, ligeramente deformes, oscuros y secretos, de palabra clarividente.

Dado que las hadas sentían horror por el hierro, estos compañeros asumieron esas tareas: con la ayuda de los elfos forjaron, entre otras maravillas, la espada Durandal y la lanza mágica de Odin. Su jefe, Gwion, que se decía hijo de la propia Cerridwen, la del caldero mágico, tenía a su cargo cumplir la importante tarea de custodiar en un valle lo que se conoce como el Grial aunque, por otra parte, se los consideraba irresponsables e invulnerables debido a su libertad en el lenguaje y las actitudes.

Los duendes tampoco gozaban de la belleza de los gnomos. Se los describe con cuerpo de niño y cabeza arrugada de viejo enmarcada por grandes orejas y subrayada por una gran nariz. Sin embargo, no es infrecuente que en su accionar se confunda con otras gentes menudas: “Hemos oído a nuestros antepasados que en sitios distintos y a multitud de personas se les han aparecido seres a los que unos llaman duendes, otros hadas, otros buenas damas, que caminan por la noche. Un tal Gervasio dice que los duendes se aparecen por la noche y entran en las casas sin romper ni abrir la puerta, sacan de las cunas a los niños y les deforman los miembros o los queman. Y cuando se marchan, los dejan tan sanos como estaban, haciendo que algunos lleguen a ser muy felices el resto de su vida.”²⁰

En verdad, a estos trasgos se les reconoce una inteligencia superior, astucia, vivacidad, una enorme presteza para moverse y poderes mágicos. Les complace estar próximos a los humanos a los que molestan en sus casas efectuando ruidos extraños, apagando un fuego encendido o prendiéndolo si está apagado, estallando en risas raras e incluso arrojando sobre la cabeza de alguien barro, piedras o un objeto cualquiera.

Su lugar de residencia suele encontrarse dentro mismo de los hogares, generalmente debajo de un tejado; sin embargo, esta afición a convivir con los

²⁰ JEAN d'ARRAS, *op. cit.*

humanos puede tornarse molestísima y persistente: “Tuve una relación muy individuada del caso del Duende de Barcelona, pero la perdí no sé cómo. La especie que únicamente me quedó, es que el Duende empezó a perseguir a un Militar de Sevilla, el cual pasó después a Barcelona, seguido siempre de aquel importuno compañero; que en esta última Ciudad, habiéndose hecho público el caso, algunos otros Militares procuraron en varias ocasiones examinar la verdad del hecho, y en sus mismas personas experimentaron las malignas travesuras del Duende. El único Militar de los que fueron testigos, de cuyo nombre me acuerdo por ser natural de esta Ciudad, y haberle conocido un tiempo, es don Joseph de Velarde Cienfuegos, Coronel del regimiento de Granada.”²¹

XIII. 4 Metamorfosis de la gente menuda

Jaime I, haciéndose eco de la opinión pública de su época, dictaminó en su **Demonology** que hadas y brujas eran equivalentes, en consecuencia, unas y otras debían ser exterminadas.

La táctica que se empleó con las hadas y la gente menuda, sin embargo, distó mucho de la sangrienta cacería de las brujas. En primer lugar, fueron demonizadas: el cristianismo explicó su origen convirtiéndolas en algunos de los ángeles caídos junto con Lucifer pero, a diferencia de éste, no habían llegado al infierno, quedándose trabadas en la tierra. Esto no pareció conjurar definitivamente el miedo que inspiraban, de modo que se las revistió de culpa: Eva estaba dando un baño a sus hijos cuando se acercó Dios; Eva, equivocándose una vez más, los ocultó a la mirada divina por lo que la divinidad, airada, los condenó a ser pequeñas criaturas en exilio permanente de la sociedad humana.

Las dotes para volar y desaparecer de las hadas, que tanta sorpresa y temor suscitaban, se retradujeron en la visión medieval en dos pequeñas alitas que le brotaban de los costados, los verdes ropajes feéricos mudaron en vaporosos vestidos multicolores; la escoba bruja, que desvelara a los inquisidores, se volvió una encantadora varita cuyos delicados golpecitos conceden sus deseos a los humanos y la caperuza mitraica se redujo hasta desaparecer o formar parte del atuendo de locos y payasos.

Las egregias Moiras -que alguna vez fueron las cultoras de Diana²²- se convirtieron así en hadas buenas, insignificantes seres domesticados. Desde el siglo XVII en adelante los cuentos para niños contribuyeron a perpetuar ese clisé tranquilizador que afirma tácitamente el triunfo del hombre obediente de los postulados sociales sobre todo lo oculto, lo misterioso, lo diferente.

La otra gran vía para sitiar y conjurar lo desconocido e inquietante fue la broma, la chanza, la risa. Estos grandes correctivos de cualquier desviación del modelo

²¹ BENITO JERÓNIMO FEIJOO. *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid, 1742.

²² Mircea Eliade dice lo siguiente respecto a Diana: “El nombre mismo de la diosa en rumano se convirtió en *zina* (-*dziana*) que significa “hada”. (**Ocultismo, brujería y modas culturales**) Buenos Aires, 1977.

impuesto servían, a la vez, para minimizar el objeto del miedo. Los enanos fueron incorporados a las cortes nada menos que para actuar -terrible ironía-, de bufones, y el resto de la gente pequeña se fue diluyendo en cada vez mayores trivializaciones hasta casi desaparecer, quedando sólo como huellas de un pasado de barbarie e ignorancia.

Los que fueran símbolos de fuerzas poderosas devinieron expresiones de sátira y chocarrería: cualquier necio podía sentirse importante por hacer irrisión de lo que alguna vez perteneció a los más sagrados cultos lunares. Por la fuerza o por la burla, se cerraba otra etapa de una cultura que no podía sobrevivir junto a la prepotencia hegemónica del patriarcado solar.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO XIV

AQUELARRES Y EXORCISMOS

En el siglo XVII el epicentro del pensamiento y el arte se traslada de Italia a Francia; sobre todo en la segunda mitad del siglo crece el poder y el prestigio de Francia “en parte sobre la decadencia, de hecho la postración, de España, hasta entonces su mayor rival.”¹

A través de los pensadores y artistas del siglo, la razón se descubría y contemplaba, quedando maravillada por el alcance y la grandiosidad de su potencia. Descubierta el individuo en el Renacimiento, el intelecto se entregaba a la tarea de dar cuenta de sí mismo y del mundo mediante construcciones imponentes: la duda metódica de Descartes, el antagonismo entre los hombres de Hobbes, la entrega incondicional del alma al destino divino de Pascal, el conocimiento panteísta de Spinoza, la conciencia auto-analítica de Locke y aun la ley de la gravedad y el cálculo infinitesimal newtonianos o la continuidad real de las mónadas de Leibniz. Todo se mide, pesa, repite; todo se puede fragmentar y analizar. La singularidad estalla por todas partes: en los personajes de la picaresca, en los esplendores de Rubens, en la locura del Quijote, en la elegancia de Van Dyck, en los caracteres de Shakespeare o de Molière, en el paisaje de luz de Claude Lorena, en las pinturas de los bodegones españoles. No hay cánones universalistas: la imagen del mundo es múltiple e infinitas sus posibilidades de transformación.

La tarea del hombre en el cosmos se ha vuelto interminable, pero la vida es breve, de modo que el espíritu del siglo se entristece al saber que poco es lo que podrá alcanzar de lo mucho a que aspira. La melancolía por la fugacidad de la vida ensombrece el pensar que medita sobre el existir, el arte de la vida y el modo de convivir con la muerte siempre amenazante.

No había forma de olvidar esa presencia: la violencia era la forma más corriente de dirimir cualquier situación. No escaseaban las guerras religiosas, las conspiraciones, los enfrentamientos entre facciones políticas, las revueltas populares; reinaba un estado de belicosidad que también reproducía en pequeña escala la vida cotidiana. Hay toda una literatura del horror que refleja esa situación de peligro constante, desde los clásicos hasta un Camus o las gacetillas que se habían puesto de moda a finales de la Edad Media. Estos impresos o bulos, que se ocupaban tanto de historias maravillosas como de crímenes, se detenían con especial interés en los detalles sangrientos de asesinatos y ejecuciones. Paralelamente, se iba creando una atmósfera que imponía el modelo del control de las pasiones y la aceptación de las normas sociales so pena de ser castigado de una

¹ M. S. ANDERSON. *La Europa del siglo XVIII*. México, 1968.

u otra forma; por ello, un concepto axial surgido en este período será la idea de culpa, una culpa nunca concluida porque siempre se corre el riesgo de dejarse llevar por los impulsos del deseo, aguijón de Satanás.

XIV.1 El aquelarre vasco

En el año 1609, el rey Enrique IV, a pedido de dos notables de Labourd, comisiona a dos jueces para que repriman los delitos de los brujos y brujas del país, que allí eran plaga. La elección recayó en el presidente del parlamento de Burdeos, d'Espaignet o Espagnet y en el consejero del mismo parlamento, el abogado de Lancre; pero d'Espagnet se ocupó poco del cargo que le fue asignado y la represión estuvo a cargo casi exclusivamente del jurisconsulto, aunque éste opinaba que un solo juez en este tipo de casos era proclive a la inconstancia.

Desde el primer momento, tal como lo testimonia en sus obras, no fue buena la impresión que le causaron los habitantes del país vasco; los encontró sin identidad definida -ni franceses ni españoles-, poco laboriosos en el trabajo rural, proclives a las juergas, de costumbres relajadas aunque de espíritu orgulloso y aristocrático. La conducta de las mujeres le pareció especialmente sospechosa porque manejaban las casas por su cuenta y, abuso execrable, intervenían en la iglesia como “seroras”, esto es, sacristanas.

De Lancre encontró que en el lugar las reuniones de brujos y brujas eran mucho más frecuentes que en otras partes. Esos encuentros, llamados *aquelarres*², se celebraban casi todos los días e incluso durante la misa mayor del pueblo, reservándose las asambleas generales para las grandes fiestas del año. Ni bien llegado de Lancre, el terror se apoderó de muchas personas que buscaron refugio del otro lado de la frontera, aunque otras pensaron que serían los propios jueces los que acabarían en la hoguera.

De inmediato el jurista borgoñés de Lancre, junto con sus subalternos, se dio a la tarea de tomar declaraciones sin parar mientes en la persona misma del declarante, como el caso de una criatura de ocho años cuyo testimonio se consideró valedero y respetable. De todo ello comenzó a surgir un cuadro fantástico y contradictorio en que las cosas aparecían de la nada y las personas se encontraban en sus casas y, a la vez, en el aquelarre. Éste surgía como símil de una corte real presidida por Satanás bajo la forma de macho cabrío; luego estaba la reina del aquelarre, los bailes desenfrenados, la música extraña, la fabricación de venenos y ungüentos en el gran caldero donde hervían sapos y culebras. Tanto gentes rica como pobres acudían a esas reuniones donde sierpes, diablos y brujas poblaban el aire con sus vuelos. Tampoco faltaban los frailes porque, a estar de las declaraciones, de pronto aparecían templos y altares donde se oficiaba una misa diabólica que reproducía

² Aunque de Lancre afirma que significa “lane de Bouc”, aquelarre es una palabra compuesta por *akerra* o *aquer*, “macho cabrío” o “cabrón” y *larre*, “prado”, esto es, el prado del cabrón. No obstante, nuevas investigaciones afirman que no es una palabra vasca sino una construcción culta emanada del lenguaje jurídico.

punto por punto la original aunque en el momento de la consagración lo que se elevaba era una hostia negra y el sacrificio solía ser de un niño real. Esta parte de las declaraciones llevó a de Lancre a detener a varios clérigos, someterlos a proceso y tortura y condenarlos.

Entre las primeras declarantes se encontraba una joven de diecisiete años llamada la Murgui que decidió denunciar a otras por brujería. “La Murgui aterró, divirtió, atrapó a los jueces, los manejó como si fueran imbéciles. Así los jueces confiaron a esta muchacha corrompida, ligera, enfurecida, el terrible cargo de buscar en el cuerpo de los muchachos y muchachas el lugar en que Satanás había puesto su marca. Este lugar se reconocía por ser insensible y porque en él se podían clavar impunemente agujas. Un cirujano martirizó a las viejas; la Murgui martirizó a las jóvenes que habían sido llamadas como testigos, pero que podían convertirse en acusadas si la Murgui encontraba en ellas la marca satánica.”³

La joven no se detiene: denuncia que la castellana de Lancine había hecho el amor con el diablo en el dormitorio del juez mientras éste dormía. De Lancre manda levantar el lugar de ejecución donde se decía haberse celebrado el aquelarre. “Esto aterró a la gente: se sintió que los comisionados eran fuertes y estaban además armados por el brazo del rey. Las denuncias llovieron como granizo. Todas las mujeres, formando cola, vinieron a acusarse unas a otras. Además, se trajo a los niños para que denunciaran a sus madres... Lancre, arrastrado por la violencia de las jóvenes denunciadas que hubieran quedado en peligro si no hacían quemar a las viejas, lanzó el proceso al galope, a rienda suelta.”

En tres meses manda a la hoguera aproximadamente a cien personas⁴, entre las cuales estaban tres de los ocho sacerdotes acusados; los otros cinco escaparon una mañana de la prisión con una ayuda ajena que nunca se supo de quién era.

XIV. 2 El proceso de Logroño

El juez de Lancre no dejó de observar con incredulidad el desarrollo de un juicio parecido en Logroño. Precisamente su caza despiadada en Labourd había hecho que familias enteras huyeran a España, donde el pánico comenzó a apoderarse de los pobladores fronterizos; los que hasta entonces habían sido amables encuentros populares se convirtieron en sitios espantables donde ocurría cuanto la imaginación puede idear. No poco contribuyeron a ello las pesadillas de niños y adolescentes que culpaban al demonio de sus fechorías porque aseguraban haber sido arrastrados sin su consentimiento al aquelarre y obligados a jurar que cometerían acciones perversas.

La caza se desató a partir de la denuncia de una joven. La familia de María de Ximildegui se había trasladado de Zugarramurdi a la ciudad francesa de Ciboure cuando la muchacha contaba dieciséis años. Cuatro años después, en coincidencia

³ JULES MICHELET. *Historia del satanismo...*, op. cit. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

⁴ Algunas estimaciones sostienen que llegó a seiscientas personas.

con las persecuciones de Lancre, volvieron a su lugar natal, donde María se empleó como criada.

Al poco tiempo, María comenzó a relatar extrañas historias. Dijo que en Francia había renunciado al cristianismo para convertirse en bruja y que había acudido a los *sabbaths* a lo largo de tres años. Sin embargo, una iluminación que había tenido en tiempo de Cuaresma la persuadió de retornar al cristianismo, provocando con esto la ira de las otras brujas. Desesperada, sintiéndose enferma de muerte, María acudió a un sacerdote, al que le confesó que había sido una bruja. El sacerdote le perdonó su pecado y le ofreció un talismán como protección. De todas maneras, María dejó el lugar tan pronto pudo.

Una y otra vez María repitió su historia, pero las gentes no reaccionaron dado que ya había sido absuelta y eso pasaba del otro lado de la frontera. María actualizó entonces su historia, diciendo que había acudido a aquelarres en Zugarramurdi y que podía decir el nombre de las brujas que allí acudían. No tardó en producirse una reacción por parte de las personas involucradas. Así, un granjero, Esteban de Navarcorena, exige que demuestre lo que dijo contra su mujer, María de Juruteguía. La joven insiste en su historia, incluso delante de la propia Juruteguía y añade más detalles de cómo ambas se encontraban en las juntas de brujas. El clima comienza a enrarecerse y los parientes políticos de María a creer que las acusaciones son ciertas. Por último, María se desmaya y, al recobrarse, acepta que son ciertas las acusaciones.

El episodio le da prestigio a María, cuya opinión sobre la identidad de una bruja se convierte en infalible; el sacerdote, por su parte, ofrece el perdón a quienes confiesen su falta. El pueblo se obsesiona con la idea de estar cercados por brujas que podían hacerles daño, de resultas de lo cual atacan a cuanta mujer señalara María como culpable. Las autoridades civiles realizan algunos arrestos, y torturan a quienes insisten en declararse inocentes, llegando incluso a ejecutarlos. En ese punto, la Suprema ordena al tribunal de Logroño realizar una inspección en la zona.

El inquisidor Juan Valle Alvarado fue la persona comisionada para inspeccionar Zugarramurdi. Efectúa consultas, recibe denuncias y, por último, quedan inculpadas alrededor de trescientas personas, sin incluir a los niños. De todas ellas, cuarenta quedan presas y son remitidas a Logroño, donde se realiza una consulta el 8 de junio de 1610 con la asistencia del propio Alvarado, cuatro consultores, el ordinario del obispado junto a Alonso Becerra Holguín y Alonso de Salazar. En esta primera consulta se pone de relieve que Salazar discrepa con sus colegas, aduciendo que las pruebas son mínimas y poco confiables.

Dos supuestas brujas, las ya conocidas María de Jurreteguía y María de Zuzaya, revelaron al tribunal de Logroño cuanto creían que pasaba en el Prado del Cabrón. De sus confesiones y de otras muchas se desprende un cuadro que repite casi punto por punto las acusaciones tradicionales. En los relatos se dice que el Demonio, que gusta de recibir un culto solemne, “toma figura de hombre triste, iracundo, negro y

feo; está sentado en silla grande, unas veces dorada, otras negras como el ébano, con muchos adornos de trono majestuoso. Su cabeza está ceñida con corona de cuernos pequeños, dos grande como de cabrón en el colodrillo, otro grande en medio de la frente, con el cual ilumina el prado más que la luna y menos que el sol. Sus ojos son grandes, redondos, muy abiertos, centelleantes y espantosos; la barba, como de cabra; el cuerpo y talla, parte como de hombre y parte de cabrón: las manos y pies, en su terminación como humanos; los dedos, todos iguales, con uñas largas afiladas hacia lo alto en punta; la parte superior de las manos, corva como de ave de rapiña, y la de los pies, como de ganso. La voz era como de rebuzno, desentonada, espantosa y ronca; sus palabras eran mal pronunciadas en tono bajo, iracundo y destemplado, de manera grave, severa y arrogante. Su semblante, melancólico y enojado.”⁵ La presencia de este diablo hacía posible efectuar un remedo de la misa cristiana en la que Satanás predicaba que no debían volver jamás al cristianismo. “Acaba la misa conoce sodomíticamente a los hombres y mujeres, y luego éstas en manera común; después manda a los hombres a hacerlo entre sí, y a las mujeres también por modos extraños; y asimismo hombres con mujeres, sin respeto a matrimonios ni parentescos.” Luego se les requiere que hagan todo el mal que puedan entre lo que se cuentan los maleficios a personas, campos y animales, preparar venenos mortíferos, desatar tempestades y practicar el vampirismo y la necrofagia. El vuelo para llegar a la sesión se consigue con la untura mágica del sapo que se consigue de este modo: “El brujo le da bien de comer, después le azota con una varilla sin cesar, hasta que el Demonio residente en él dice; ‘¡Basta, porque ya está hinchado!’ El brujo aprieta con pie o mano el sapo contra el suelo, hasta que éste hace movimientos como ponerse en estado de arrojar por boca u orificio lo que le incomoda. Notando esto, se le coloca de suerte que su licor caiga en barreño, taza o vasija parecida.

El sapo vomita, o despide por detrás, agua verdinegra y sucia. El líquido se conserva en una olla y sirve para untar plantas de los pies, palmas de las manos, cara, pecho y partes pudendas, con lo que se habilita el brujo a volar llevando su sapo. A veces va el brujo a pie, y el sapo delante dando tales saltos, que en poco tiempo avanzan distancias enormes, mientras sea de noche, antes de ser anunciada el alba por el canto del gallo; si amanece, el sapo desaparece y el brujo queda en estado natural. El sapo comparece luego en la casa y sitio común de su custodia.”

Los cargos por las confesiones realizadas ante el tribunal iban desde los muy graves hasta leves como las acusaciones por tocar el tambor y el *txistu* para que cantaran y bailaran los asistentes al aquelarre. Su lectura fue muy extensa, tanto que duró un día entero en el auto de fe celebrado en Logroño en noviembre de 1610. Al día siguiente, se dictó sentencia: cinco fueron quemadas en efigie por haber ya muerto en prisión; dieciocho acusadas fueron reconciliadas por haber confesado sus culpas y pedido misericordia. Seis fueron quemadas vivas por

⁵ JUAN ANTONIO LLORENTE. *Histoire critique de l’Inquisition d’Espagne*. París, 1817. Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

clamar su inocencia; de las dos arrepentidas iniciales, María de Jurreteguía fue dispensada de usar el sambenito, en cambio a María de Zuzaya se la sentenció a la hoguera; a los que confesaron haber practicado la brujería, se les dio el perdón que les permitió seguir vivos.

Desde el primer momento, el inquisidor Salazar y Frías se había sentido disconforme con el modo de obtenerse las confesiones, la calidad de los declarantes y el espíritu mismo de los testimonios, de modo que votó en contra del criterio de los otros dos miembros del tribunal en el momento de dictar sentencia. No conforme con esto, emprendió una especie de encuesta por el norte de Navarra para determinar la veracidad de los hechos. Examinó los informes, cotejó declaraciones, preguntó y volvió a preguntar a vecinos y liberados, incluso a más de mil niños y niñas que habían sido absueltos *ad cautelam*. Más de ochenta personas habían revocado sus confesiones; otras, absueltas, decían haber vuelto a practicar la brujería. Las de otros centenares, entre las que había personas de mucha edad, no resistían un análisis pormenorizado. Poco a poco se fue afirmando en sus convicciones de que la mayoría de las declaraciones eran producto de la imaginación de gentes temerosas o malintencionadas. Peor aún, descubrió que las dos principales instigadoras del proceso se jactaban de haber mentido y que los componentes del tribunal habían coaccionado a los declarantes: más aún, habían falsificado o adulterado las pruebas.

En 1613 Salazar termina su informe de cinco mil páginas donde enumera en detalle los perjurios y falsos testimonios así como las revocaciones a la par que desestima el valor de la voz pública como instrumento de culpabilidad todo lo cual lo lleva a afirmar que no habían existido pruebas suficientes de culpabilidad de los reos. Un año después, la Suprema recoge, en lo teórico, gran parte de las ideas de Salazar en relación con la brujería. En la pleamar de la caza de brujas comenzaba cautelosamente a producirse su reflujó.

XVI. 3.1 Las poseídas. Gauffridi

Satanás poco a poco se iba desinteresando de hacer pactos con las brujas para tornarse invisible y tomar posiciones en el interior de las personas. Desde allí se expresa y ataca desde otro ángulo: con la voz y el cuerpo de las damas que entraron en el anochecer de la razón clama, se retuerce, baila, seduce, prorrumpe en obscenidades y, máxima osadía, se convierte en juez que critica, amonesta y sanciona.

Los siglos XVI y XVII occidentales conocieron un auge sin paralelo en otras culturas de poseídos y exorcizados. En las prácticas chamánicas, en Egipto, entre los sumero-babilónicos o los persas, se practicaban ciertas formas de exorcismo fundamentalmente como vehículos de curación. Los malos espíritus eran los productores de las enfermedades que aquejaban el cuerpo y ahuyentarlos significaba devolver al paciente la buena salud.

En el aire recargado con la presencia de demonios “dieciséis siglos después de la muerte de Cristo, vastas áreas de Europa presentaban el lamentable espectáculo de exhibir comunidades hechizadas que rivalizaban entre sí ufanándose de producir el mayor número de endemoniados tartamudos y farfullantes, de maniáticos que proferían alaridos y de epilépticos que echaban espuma por la boca y se deshacían en contorsiones.”⁶

El reinado de los demonios “cuyo nombre es Legión” llevó a que la Iglesia perfeccionara sus métodos de exorcismo, tornándolos más severos y crueles. En principio, después de la invocación a Dios, al que se le pide no recordar los pecados del exorcista o los asistentes, se ordena al demonio no dañar a nadie. Luego se procede a interrogar al diablo con todo tipo de preguntas respecto a su nombre y procedencia y el nombre y procedencia de sus compañeros, si los tuviera. En nombre de Dios, los ángeles, arcángeles y santos se ordena entonces al espíritu maligno entregarse, marcharse, partir, dejar el cuerpo, desistir, emprender vuelo. Por doce veces se lo conmina a escapar, dos veces a retirarse, cuatro veces a salir, seis veces a irse, siete veces a abandonar a la persona, a alejarse y ser expelido y puesto en el aire al instante. El ritual se lleva a cabo en nombre de muchas entidades, desde los misterios de Nuestro Señor Jesucristo, el Juicio Final, el Juez de los vivos y los muertos, el Creador, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la fe de los Santos apóstoles, la sangre de los Mártires, la pía intercesión de los Santos, hasta la Palabra hecha carne, los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, tronos, virtudes y potestades.

A pesar de las invocaciones y la excelente compañía en cuyo nombre actuaba el exorcista, los demonios solían mostrarse falaces y renuentes. Si eran demasiado violentos, se procedía a atar al poseído. En caso de detectarse que se habían alojado en una parte del cuerpo, se pasaba a tratar de eliminarlos directamente; el lugar que con frecuencia elegían como morada eran los intestinos, de modo que se sometía al poseído a una larga serie de dolorosas enemas con líquidos diversos. Los síntomas que permitían discernir que alguien estaba poseído eran las convulsiones, el desarrollo de una gran fuerza corporal y el don de hablar en lenguas -curiosamente, la facilidad para hablar en un idioma que el sujeto jamás había aprendido u oído en su vida corriente había sido considerado por San Pablo como signo de revelación divina-. El ritual continuaba hasta ver claramente signos de liberación, aunque esto tampoco era definitivo, dado que los demonios podían retornar en cualquier momento.

Sin embargo, lo que acabó por ser clave en la posesión fue la capacidad de distinguir a otros poseídos tanto como a magos y brujos. Este fue precisamente el comienzo de uno de los procesos de posesión, exorcismo y condena más resonantes, el de Louis Gauffridi.

⁶ ERIC MAPLE, *op. cit.*

La historia de Gauffridi es simple y trágica. Cierta día llegó al convento de las ursulinas como director espiritual de Madeleine de Mandol. No transcurriría un largo tiempo antes de que las monjas se sintieran perturbadas por la presencia de ese provenzal de fuertes sentimientos. En lugar de reconocer lo que sentían como una forma de enamoramiento, largan el llanto, gritan, aúllan y dicen estar poseídas por el demonio. Todo podía haberse mantenido a puertas cerradas, como “ocurrió en esos claustros españoles mencionados por Llorente: Gauffridi hubiera podido convencerlas que el sacerdote consagra sacerdotisas a las mujeres con quienes hace el amor, y que el pecado cometido con él es una santificación. Opinión difundida en Francia, incluso en París, donde a las amantes de los frailes se las llamaba ‘las consagradas’.”⁷ Pero el escándalo trascendió. Romillion, el fundador de la orden, escandalizado, hizo exorcizar secretamente a las muchachas, pero el diablo de Madeleine se negó a proferir palabra. Ese demonio, llamado Belcebú, era muy bravo; se decía que los huesos de la joven habían entrechocado ruidosamente cuando entró en su cuerpo y que, al ubicarse en sus intestinos, perturbó sus funciones de tal modo que la joven defecaba por la boca.

Pronto se unió a los ataques de melancolía o de insultos de Madeleine el de otra monja, Louise Capeau, con la que acabó por entablarse una especie de dúo mortal. Louise dijo estar poseída por tres demonios, el de la impureza, Verrine y Leviatán -y quizá olvidó el más importante, el de los celos por Madeleine-. Ésta, en uno de sus ataques convulsivos, confesó haber ido al *sabbath*, donde había sido la reina en tanto el principal era Gauffridi, “el príncipe de los magos”. Las otras posesas, con Louise a la cabeza, tomaron como válida esta aseveración y los declararon el rey de los brujos. El rumor fue imparable y una ola de temor se apoderó de todos.

Romillion hace trasladar a las dos muchachas al convento de Sainte Baume, donde era prior el padre Michaëlis, inquisidor del Papa en tierras de Avignon. El objetivo del dominico fue acusar a Gauffridi y encontró en Louise una aliada inexorable.

A lo largo de varios meses, Louise imprecó, castigó, apabulló a Madeleine para que contara todo lo sucedido: “era terrible ver a esta muchacha mayor y más fuerte, una provenzal robusta... lapidar día a día, deshacer, abrumar a su víctima, joven y casi niña, atormentada ya por su enfermedad, loca de amor y de vergüenza, en medio de las crisis de epilepsia.” Por último, ante la amenaza de ser quemada viva, la joven se quebró.

La ciudad defendía a Gauffridi; los capuchinos “a quienes Louise ordenaba imperiosamente que creyeran en sus palabras al pie de la letra”, se ponen también de su parte; el obispo, el cabildo, los doctrinarios, defendían a esa alma inocente que decían era Gauffridi. Sin embargo, atrapado en una red de intrigas entre el Parlamento, el inquisidor Michaëlis y el segundo de éste, Gauffridi llega a Sainte Baume como culpable. En el colmo de lo paradójico, una endemoniada confesa, Louise, fue elegida para actuar como jueza y “lo interrogó sobre asuntos de

⁷ JULES MICHELET, **op. cit.** La presente cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

doctrina y a todo Gaufridi contestó *sí*, concediéndole lo más dudoso. Por ejemplo, ‘que el diablo puede ser creído bajo palabra y juramento’.” No obstante, Marsella reclama a su sacerdote y éste vuelve a su casa.

Mientras tanto, los inquisidores examinan a Madeleine. Louise dice “Madeleine se ha entregado a la impureza, lo cual era “en efecto, lo más triste. La pobre loca, por una ciega alegría de vivir, de no ser quemada, o por el sentimiento confuso de que era ella quien impresionaba a los jueces, cantó y bailó a veces con una libertad vergonzosa, impúdica y provocadora.” Michaëlis dice haberla exorcizado, extrayéndole seis mil seiscientos diablos de su cuerpo, aunque todavía quedaba un centenar. Ante un público ávido le hace vomitar el hechizo que asegura se había tragado junto con una materia viscosa. Madeleine vuelve a relatar su estadía en el *sabbaht* donde *Él* le suplicaba de rodillas que no lo abandonara. Supuestamente curada, Madeleine vuelve a Gaufridi.

La vuelven a prender. Esta vez el exorcismo se efectúa aplicándole en el rostro los huesos de un pudridero adonde se la encierra. Esta vez, las acusaciones contra el sacerdote tienen las exactas dimensiones que los jueces necesitaban. Gaufridi es tomado preso. Se declara inocente. Se amplía la investigación. Se le aplica tortura. Se lo somete a la búsqueda de “marcas del diablo” con los ojos vendados. *Él* mismo se sorprende de no haber sentido dolor en tres lugares. Se siente perdido y se declara culpable. Más tarde se retracta y pide auxilio a los monjes mendicantes. Éstos lo convencen de que se declarara mago para salvar su alma. Gaufridi, ya sin voluntad, efectúa la confesión que lo llevaría a la hoguera. Lo someten a tortura ordinaria y extraordinaria para que diga los nombres de sus cómplices. Condenado a la muerte lenta en la hoguera, se le tuvo la clemencia suficiente como para ahorcarlo antes de encender las llamas el 30 de abril de 1611 en Aix en Provence.

Madeleine de Mandol, cuyo diablo salió de su cuerpo para nunca más volver después de la muerte de su amante, fue repudiada y abandonada por sus padres; sus superiores le prohibieron que volviera a hablar sobre el asunto y le hicieron llevar una vida de penitencia. En cuanto a Louise Capeau, sus demonios la impulsaron a acusar ante los inquisidores a muchas personas que, afirmaba, estaban afiliadas a la magia. Entre esas acusadas, se encontraba una joven de nombre Honorée, ciega de ambos ojos, que fue quemada viva.

XIII. 3.2 Las poseídas. Loudun

Urbano Grandier llega cierto día a Loudun a remplazar al párroco anterior, un nonagenario achacoso. El clérigo tiene 27 años, es alto, de buena planta, con ojos ardientes, negros rizos que se asoman bajo el solideo y barba y bigotes cuidadosamente recortados. Es arrogante, despreciativo, de palabra fácil, culto y de buenas maneras. No era precisamente indiferencia lo que Grandier sentía por las mujeres sino todo lo contrario, de modo que no tardó en enredarse con viudas y jóvenes. Su temperamento apasionado, su gusto por las disputas, su satisfacción en

demostrar su superioridad a personajes encumbrados, su elocuencia e impetuosidad lo condujeron pronto a tener buenos amigos y sólidos enemigos, uno de los cuales fue el cardenal Richelieu.

En una ciudad del siglo XVII, de escaso movimiento y mucha chismografía, la presencia de este párroco seductor en una población cuya mayoría eran hugonotes, no podía de dejar de tener una vasta repercusión. Trece años después de su llegada, se lo acusó y detuvo por escándalo e inmoralidad. En principio, Grandier se sintió un tanto temeroso porque unos años antes un párroco rural, René Sophier, había sido quemado vivo por las acusaciones de “incestos espirituales y sacrílegas impudicias”. Mediante la ayuda de sus amigos, logró salir con bien del juicio aunque en el camino aumentó el número de enemigos ya que quienes habían efectuado la denuncia quedaron muy malparados a la vista del pueblo.

“Amor, que a nadie amado amar perdona”, decía Dante, y amor lo atrapó a Grandier en la persona de Madeleine de Brou. Ya no era ésta una relación sólo sexual sino un auténtico enamoramiento que lo llevó a cometer dos torpezas, una privada y otra que más tarde se hizo pública. La primera fue celebrar ante el altar el voto de matrimonio con Madeleine; la segunda, escribir un folleto contra el celibato sacerdotal.

En Loudun había un convento de ursulinas que en 1627 recibió como nueva superiora a sor Juana de los Ángeles. Sor Juana tenía 25 años, pertenecía a una familia encumbrada y era bella de cara pero deforme de cuerpo. Astuta, mordaz, capaz de reírse hasta de las cosas más sagradas, alimentaba asimismo un resentimiento permanente. Quizá encandilada por el aura de seducción de Grandier, quiso que éste fuera el confesor de la comunidad. El párroco rehusó, lo cual fue interpretado como sor Juana como un rechazo personal.

Quizá ese fue el mayor error en la vida de Grandier: a partir de ahí comienzan a desarrollarse una serie imparable de hechos que darían una fama equívoca a Loudun. El primero de ellos fue una broma planeada por algunas monjas que fraguaron la existencia de fantasmas; el convento se atemorizó y el padre Mignon hubo de escuchar en el confesionario todo tipo de relatos sobre íncubos y extrañas presencias. Luego de amonestar a las monjas, junto con el fiscal Trincant, con cuya hija Urbano había tenido descendencia, y otras autoridades locales, ideó la manera de atrapar a Grandier. Para ello necesitaba un exorcista que trabajara con las monjas. “Al poco tiempo comenzaron a correr rumores sobre los fantasmas del convento y, en un abrir y cerrar de ojos, ya fue comidilla de todos la extraordinaria noticia de que las santas hermanas iban siendo poseídas, noche tras noche, por íncubos satánicos, con el aditamento de que estos demonios cargaban la culpa de todas aquellas incidencias sobre las espaldas de Grandier.”⁸

⁸ ALDOUS HUXLEY. **Los demonios de Loudun**. Barcelona, 1972.

Los protestantes se hallaban felices por el escándalo y el pueblo por los espectáculos que las monjas brindaban al ser exorcizadas: violentas convulsiones, posturas provocativas, contorsiones, rechinar de dientes, palabras soeces, piernas abiertas obscenamente. Johannes Weyer había subrayado el origen y el carácter erótico de las posesiones cuando se lo envió a investigar a las monjas poseídas de Colonia. “Cita, por ejemplo, que los paroxismos de aquellas monjas consistían en movimientos corporales compulsivos. Que todas se acostaban con el cuerpo ligeramente arqueado para que sus órganos genitales quedaran bien expuestos y prominentes en imitación del coito, posición que se denominaba *arc-en-cercle*... Parece que la combinación de la intensa religiosidad con los deseos sexuales tiene una carga erótica especialmente abrumadora.”⁹

El padre Mignon, que leía asiduamente los relatos de Michaëlis sobre el juicio de Gauffridy, se hallaba a la cabeza de los exorcistas. Uno de ellos, Barré, consiguió un gran triunfo cuando consiguió extraer a Asmodeo, uno de los siete demonios del cuerpo de la priora. El comienzo fue muy negativo para Barré: Asmodeo lanzó una carcajada ante sus palabras, luego se burló y dijo unas gruesas blasfemias. “Cualquier otro hombre hubiese reconocido su derrota. Pero Barré no se daba por vencido. Ordenó que la madre superiora fuese trasladada a su celda y que enviasen a toda prisa por el boticario. El señor Adam se presentó con los clásicos adminículos de su profesión: la enorme jeringa de latón de las comedias de Molière y la efectiva realidad del siglo XVII. Ya tenía dispuesto un cuartillo de agua bendita. Llenaron la jeringa y Adam se aproximó al lecho en que se hallaba tendida la madre superiora. Por su parte, Asmodeo, dándose cuenta de que había llegado su última hora, pretendió resistir con unas cuantas convulsiones. Todo en vano. Entonces ligaron los miembros de la madre endemoniada y una manos sujetaron su cuerpo impidiendo sus retorcimientos espasmódicos. Así el boticario Adam, con la destreza que acreditaba una práctica de muchos años, le aplicó la milagrosa lavativa. Dos minutos después Asmodeo se había tomado las de Villadiego.”¹⁰

Alarmado por las proporciones del escándalo y a pedido oficioso de los protectores de Grandier, el arzobispo de Burdeos, monseñor Sourdis, manda efectuar una investigación de resultados de la cual impidió formalmente al canónigo Mignon efectuar exorcismos. Al saber esto, las monjitas y sus demonios se silenciaron por unos meses.

Los hilos de la trama política, entretanto, se iban tejiendo en otro sentido. El cardenal Richelieu pretendía despojar a Loudun de sus derechos para transferirlos a su propia ciudad. El silogismo era perfecto: si Grandier era sospechoso y debía revivirse la Inquisición en Francia, esto allanaría los planes para centralizar el poder en una monarquía absoluta. A ello debía añadirse que corría por la ciudad un

⁹ ROGER BAKER. *El demonio y...*, op. cit.

¹⁰ ALDOUS HUXLEY, op. cit. Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

libelo, la *Cordonnière*, plagado de difamaciones e injurias contra el cardenal que se atribuía al párroco ya que se supo que anteriormente había escrito un trabajo contra el celibato sacerdotal. Esto revivía el viejo rencor de Richelieu contra Urbano por haberse enfrentado con él cuando todavía era obispo de Lucon. La suerte estaba echada: se revocó el Edicto de Nantes que permitía la libertad de cultos, y se avanzó en el proyecto de los exorcismos; ante el Rey afirmaba: “Los demonios, Majestad, están contraatacando, y tan sólo por medio de una acción lo más enérgica posible podrán ser atajados y obligados a la retirada.”

Luis XIII, convencido por estas palabras, firma un documento en que le entrega al señor Lauderdemont, agente del Cardenal, plenos poderes para actuar en la acción iniciada contra Grandier. Lauberdemont, de vuelta a Loudun, manda prender a Grandier. Sor Juana había dicho que el párroco tenía cinco marcas del diablo, colocadas en la espalda, dos en las nalgas, próximas al ano, y una en cada testículo. El cirujano Mannoury es el encargado de efectuar la verificación para lo cual se desnuda al reo, se le vendan los ojos y se le rasura el cuerpo. Las agujas inquisitoriales se hunden sin compasión, perforando el ano. Los ayes de dolor son seguidos con interés desde la calle por una multitud entusiasta. El veredicto fue que se encontraron sólo dos marcas. “Una vez seguro del prisionero, Lauberdemont prestó toda su atención a los principales y en verdad únicos testigos con que contaba para llevar adelante aquel proceso: sor Juana y las otras dieciséis endemoniadas.”

“*Draco nequisime, serpens antique, immundissime spiritus*”, las palabras del Rituale Romanum resonaban sin cesar mientras los exorcistas se inclinaban sobre las monjas, apoderándose de su conciencia. En esa simbiosis perversa que se crea entre el torturador y la víctima, uno y otro adivinan qué le ocurre al que tiene a su lado. Y lo mismo sucedía con los exorcistas: las monjas respondían a sugerencias, insinuaciones, medias palabras, apuntes o gestos fugaces y verbalizaban, entre blasfemias, gritos y retorcimientos, las pruebas que condenarían al padre Grandier. La Iglesia había sostenido siempre que no se pueden tomar en consideración los testimonios de las posesas porque el diablo es el rey de la mentira. Sin embargo, el imperio de las circunstancias hizo que se reviera esa posición; el encargado fue el padre Tranquille que publicó “un pequeño tratado en el que explicaba y justificaba la nueva doctrina. ‘Debidamente apremiado, el diablo se ve constreñido a decir la verdad’.” El cerco se cerraba cada vez con más fuerza alrededor del párroco encarcelado.

Loudun se había convertido en centro turístico. Algunos de los observadores que por allí pasaron, como el futuro duque de Lauderdale, quedaron horrorizados de la mistificación que allí se estaba perpetrando. Algunas de las monjas también tenían en ocasiones momentos de lucidez: la hermana Claire declaró que todo cuanto había dicho sobre Grandier era falso y que lo había hecho en cumplimiento de órdenes del canónigo Mignon, de Lactance y los padres carmelitas. La hermana

Agnes, entre lágrimas y contorsiones impúdicas, suplicó que la liberaran del cautiverio en que la tenían los exorcistas. Incluso la priora tuvo una fuerte reacción pidiendo que se revieran las ofensas contra Grandier. Pero estos escrúpulos de las monjas, así como la reacción popular, nada significaron para el agente de Richelieu, cuyo objetivo debía cumplirse a rajatabla.

Grandier es careado con sus acusadoras, que no vacilan en afirmar que él las había endemoniado y que, durante los cuatro últimos meses, había merodeado por el convento haciéndoles sucias insinuaciones. Sor Juana añade una pieza decisiva en el macabro rompecabezas: “el 17 de junio, en tanto que era poseída por Leviatán, vomitó el documento de un pacto con sus demonios que contenía, además de un pedazo de corazón de un niño sacrificado en 1631 en el *sabbath* de los hechiceros celebrado cerca de Orleáns, las cenizas de una hostia consagrada, algunas gotas de sangre y semen de Grandier.” Obviamente, el papel que mostró con la firma de los demonios y del párroco, estaba escrito con la letra de la priora.

Poco antes de la última parte del proceso, Urbano Grandier envía una carta a Luis XIII en la que expone sus objeciones sobre lo actuado “lo más claramente que pueda hacerlo un hombre que ha estado siete meses en las tinieblas”¹¹. El primer punto concluye en que las monjas no están poseídas. Porque “lo primero es hablar en diversas lenguas, o por lo menos entenderlas. Estos Demonios no hacen ni lo uno ni lo otro. Desde el comienzo han hablado latín; pero cometen faltas tan gruesas que los espíritus esclarecidos juzgan que no son las inteligencias que se perdieron por saber demasiado. Los exorcistas se dieron cuenta de hacerlas hablar nuestra lengua, porque era la que hablaban mejor y les resultaba más natural: los Demonios aman a Francia porque quieren hablar francés. Mas, para excusar el silencio de los diablos mudos, cuando se los interroga en griego o en buen latín puro que no es común, responden que es un pacto que han hecho conmigo.” Sigue diciendo que tampoco responden a la segunda marca de posesión, que es la de hacer elevar en el aire a las criaturas poseídas. Luego agrega que si no se considera esa posesión falsa, se es herético porque él no es la causa de la posesión y porque recusa el testimonio del Diablo por falsario. “Los exorcistas de Loudun tienen por falta arrancar mediante órdenes el testimonio contra mi interés de este enemigo jurado de la gente. Y, lo que es más ridículo, usan a menudo plegarias y parábolas, zalamerías, llamándolo generoso, sabio, amigo, y que, en recompensa, disminuirán las penas impuestas por su rebelión.” Le solicita entonces a Su Majestad que designe “dos doctores de la Sorbona para juzgar la verdad de la posesión y buenos jueces para examinar mi asunto con madurez.” La solicitud de Grandier no prosperó.

Tres veces los jueces examinaron al párroco; en la tercera, el 18 de agosto de 1634, tomaron su decisión: Grandier era culpable. De inmediato comenzó a cumplirse la

¹¹ Carta enviada desde la prisión por Urbano Grandier a Luis XIII poco antes de su ejecución.

sentencia. Lo desnudaron, le afeitaron el cuerpo, la cabeza, la barba, los bigotes, las cejas. Tras la negativa del cirujano a arrancarle las uñas, lo vistieron con un camisón largo, zapatillas raídas y un solideo en la cabeza. De esta guisa lo condujeron a la sala del juicio, donde todo había sido rociado con agua bendita. Allí, el amanuense le leyó la sentencia compuesta por una retractación pública que el reo supuestamente iba a efectuar munido de un cirio de dos libras en la mano y arrodillado ante las puertas de San Pedro y Santa Úrsula; después sería amarrado al cepo en la plaza y quemado vivo. Posteriormente, se colocaría una placa conmemorativa en la capilla de las ursulinas a un costo de ciento cincuenta libras. Asimismo, se hacía mención de la confiscación de los bienes y los procedimientos ordinarios y extraordinarios a que iba a ser sometido antes de la ejecución. Todos guardaron silencio que Grandier acabó por romper afirmando su inocencia e invocando “como testigos a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo y a la Virgen, mi única abogada...” Algunos espectadores estallaron en sollozos, de manera que se mandó despejar la sala.

Laubardemont solicitó a Grandier la confesión de su culpabilidad. El párroco persistió en su negativa de firmar la confesión. Fue entonces sometido a la tortura de la bota española: dos tablas de madera fijas puestas sobre las piernas y dos tablas móviles sobre las que se clavaban cuñas cada vez más anchas; la primera fue colocada en las rodillas, la segunda en los pies, la tercera más abajo que la primera. Comenzaron los mazazos para hacer entrar las cuñas. Grandier rezaba, pero sin declararse culpable de brujería, enfureciendo más y más a Laubardemont y los otros jueces. La tortura ordinaria finalizaba al ser clavada la octava cuña. Se continuó con la extraordinaria mientras se lo urgía a confesar su culpa y el nombre de sus cómplices en la hechicería. Los sacerdotes decían que el Dios invocado por Grandier era Lucifer, que lo había vuelto insensible al dolor. Al cabo de tres cuartos de hora, se le permitió sentarse mientras el padre Arcángelo hurgaba en las piernas deshechas de Grandier procurando obtener una respuesta positiva a la acusación más los nombres de los brujos acompañantes. Luego fue el turno del Comisionado que, durante dos horas, insistió en arrancarle la confesión. Por último, lo entregaron a los verdugos que le pusieron una camisa impregnada en azufre, le ataron una soga al cuello, lo subieron a un carro tirado por seis mulas y lo llevaron hacia el lugar de la ejecución. En el camino, Laubardemont no cesaba de urgirlo, sobre todo a la vista del populacho que comenzaba a sentir simpatía por el párroco.

(Figura Nro. 18)

En la plaza de la Santa Cruz, donde se habían congregado más de seis mil personas, se alzaba el poste de la hoguera. Dado que el reo no podía mantenerse en pie por tener las piernas destrozadas, colocaron un asiento de hierro junto al poste

donde se lo sujetó. Grandier le pidió a La Grange que tuviera piedad y lo ahorcara antes de encender el fuego, a lo cual accedió el jefe de la guardia. Todo fue escrupulosamente rociado con agua bendita, incluso Grandier, sobre todo cuando pretendió hablar a la multitud. El padre Lactance seguía intentando que confesara; Grandier le pidió el beso de la paz. A regañadientes, éste lo hizo, pero ante los gritos de “¡Judas, Judas!” de la gente, se enfureció e incendió de inmediato la paja que rodeaba al poste. La Grange corrió donde tenía la cuerda preparada para ahorcarlo pero no pudo hacerlo porque uno de los capuchinos había trabado el nudo corredizo.

Las llamas comenzaron a tragarse el cuerpo de Urbano Grandier entre las fórmulas de exorcismo y el agua bendita de los frailes. Un alarido terrible se oyó entre el crepitar del fuego. Un moscardón negro golpeó la cara de fray Lactance. Un golpe de tos del condenado; otro grito inhumano surgido del centro de la hoguera. Silencio. Una bandada de palomas alzó el vuelo y comenzó a girar alrededor del poste de la ejecución; los frailes las rociaron con agua bendita y los guardias blandieron sus alabardas, pero las palomas continuaban girando suave, dulcemente sin temor al humo y las llamas.

El espectáculo había concluido; la muchedumbre se acercó a los restos de la hoguera para recoger fragmentos de huesos o de piel como amuletos. El gasto de la ejecución había ascendido a “un total de veintinueve libras, dos sueldos y seis peniques”.

XIV. 3.3 Las poseídas. Madeleine Bavent

Mujeres encerradas en los claustros, muchas incluso contra su voluntad. Viudas que habían conocido los encantos de los placeres sexuales y jovencitas que soñaban con ellos. Mujeres oprimidas y sexualidad reprimida por la religiosidad sin deseos que pretendía implantarse formaban una combinación cuyos elementos contenían los gérmenes de la propia enajenación.

“En muchos de sus aspectos, las ceremonias de consagración de cada nueva monja se asemejaban a las de casamiento; le ponían una sortija en el dedo anular, y una de las declaraciones que debía hacer decía: ‘Amo al Cristo en cuya cama he entrado.’ Además, la Iglesia recibía todo el dinero que como dote entregaban los padres de la novicia recién consagrada.”¹¹

Trasladar el amor por Cristo a la persona de su representante en la tierra no resulta un desplazamiento difícil de imaginar, de modo que una y otra vez los sacerdotes se convirtieron en blanco de la carga erótica que flotaba en los conventos, siendo la posesión uno de los medios en que hubo de manifestarse. Uno de los primeros casos fue el de una monja de Cambrai que, en 1491, mostró estar poseída a través de ataques paroxísticos, gran fuerza física y demostraciones de lascivia

¹¹ ROGER BAKER, *op. cit.*

descontrolada. Hubo muchos otros: en 1577, un grupo de monjas del Rin decían estar rodeadas de una jauría de perros sexualmente agresivos; en Milán hubo monjas que presentaron alucinaciones sexuales, y lo mismo ocurrió en un convento de Madrid en 1613. El aspecto más interesante, sin embargo, es ver cómo estas monjas posesas lograron convertirse en las perseguidoras del clero que tanto perseguía a las brujas.

Una figura masculina transitando por el convento, en la situación privilegiada de conocer los más íntimos pensamientos de las reclusas, de tener asiduo trato con ellas aunque conservando una respetuosa distancia semeja la de un equilibrista en permanente riesgo de despeñarse por el abismo de las pasiones carnales. Y esto ocurría con gran frecuencia, aunque no siempre el escándalo acompañaba el conflicto. En Aix con Louis Gauffridi, en Loudun con Urbano Grandier, la situación se salió de cauce, sin duda ayudada por un sombrío entramado político. Las monjas de Louviers ofrecen otro ángulo de esa relación: allí es el propio sacerdote quien toma el papel desencadenante. El hecho ocurrió entre 1633 y 1647. A los dieciséis años entra Madeleine Bavent a un convento de San Francisco. Orgullosa, se niega a seguir la doctrina adamita que predicaba el padre David, por lo cual acaba como tornera. El sucesor de David, el cura Picart, comienza un asedio amoroso de la joven con un constante martilleo de sus pretensiones. Emplea cuanto cree necesario para lograr su objetivo: promete paraísos de placer, apela a la piedad de la joven para lo cual se finge enfermo o recurre al terror afirmando estar en posesión de fórmulas mágicas para acudir a los aquelarres. Poco a poco va doblegando la voluntad de Madeleine hasta a convertirla en su títere. Al quedar embarazada, el sacerdote la premió convirtiéndola de hermana laica en religiosa y le permitió vivir en el interior del convento, donde se asegura que dio a luz varias veces.

Ya viejo, Picart le hizo firmar un testamento en el cual prometía “morir cuando él muriera, estar donde él estuviera”. Por imperio de su ascendiente sobre la joven el cura no cesaba de exigirle más y más pruebas; entre otras, prostituirse en grupo, y atraer por su intermedio a otras religiosas. Todo esto resultó muy fuerte para el débil espíritu de Madeleine, a cuyos oídos llegó el relato de lo ocurrido en Loudun. Madeleine manifiesta que está poseída, que un gato con ojos de fuego la perseguía para hacerle el amor. Otra posesa, Anne de la Nativité, se encargó de refutar con las suyas las visiones de Madeleine. Una y otra decían haberse visto en el *sabbath*, haber visto al diablo. Prevalece la opinión de Anne y Madeleine es desnudada y pinchada para encontrar las marcas del diablo. El obispo la condena a un *in pace*, suponiendo que luego de esto el convento se tranquilizaría. No ocurre así.

Una tras otra las monjas comienzan a mostrar los síntomas clásicos: gritos, obscenidades, profecías. Un cirujano, Yvelin, demuestra que sus síntomas no son sino expresiones del mal de los claustros, que sus augurios están falsificados, que sus saltos y piruetas no pasan de las que podría hacer cualquier niño.

Mientras tanto, el penitenciario de Evreux, uno de los que actuó en Loudun, se la llevó a un lóbrego sótano episcopal donde la mantuvo en la oscuridad, sin asistencia médica y casi sin comida y agua: Madeleine intenta suicidarse. No lo logra e incluso se repone de las úlceras que padecía. Se convierte entonces en objeto de la lujuria de los carceleros. El penitenciario le hace firmar listas interminables de los supuestos crímenes que había cometido e intenta hacerla quemar en la hoguera. La iniciativa no prospera, de modo que la reserva para otros usos; por ejemplo, queriendo condenar a un hombre llamado Duval le hace decir a Madeleine, ya sin voluntad ni coraje, que lo había visto en el *sabbath*. De resultas de ello, Duval es quemado vivo.

Un cambio de gobierno pone fin al convento de Louviers y sus escándalos, ordenándose que las muchachas sean entregadas a su familia. Madeleine es rescatada de las manos de Evreux sólo para seguir presa hasta su muerte en las cárceles de Ruán.

CAPÍTULO XV

NIÑOS Y JÓVENES DENUNCIANTES

A mediados del siglo XVII, el movimiento que había llevado a la caza de brujas toma impulso pendular en sentido contrario. Algunas voces ya se habían levantado en contra de la persecución a las brujas, como la de Cornelio E. von Nettesheim - que se manifestó contra la tortura y las brujas por considerarlas un producto de la imaginación- y la del médico Jean Wier, que calificaba de “ilusión tonta y ridícula” la creencia en la brujería. No obstante haber llegado a seis ediciones, el **De praestigis daemonum et incantationibus de veneficiis** no hizo demasiada escuela. Asimismo, tampoco tuvieron un éxito resonante las obras de Gabriel Naudaeus, de los protestantes Ewick y Goddelmann y del inglés Reginald Scott.

En 1623, en su constitución Omnipotentis, el papa Gregorio XV recomendó un proceso más clemente que el empleado hasta ese momento en los tribunales que juzgaban los casos de brujería; en 1637 Urbano VIII enfatizó que se debía castigar tan sólo a los culpables debidamente constatados y en 1657 se promulgó una Instrucción de la misma Inquisición en que amonestaba la crueldad de las persecuciones.

En 1626 el jesuita Tanner emprende un ataque directo contra la persecución de brujas, seguido por otro jesuita, Friedrich von Spee. Éste, al igual que Salazar de Frías, pasaron de inquisidores a defensores de las brujas. Von Spee, en su libro **Cautio Criminalis de processibus contra sagas**, publicada en 1642, se extiende en la denuncia de las impiedades y fierezas que jalonaban los juicios.

XV. 1 La brujería entre el pueblo

La creencia en la brujería comenzó a declinar, junto con las persecuciones a su práctica que habían llegado al punto máximo en la década de 1650. Los teóricos polemizaban sobre su realidad tanto como sobre los métodos empleados. Las clases dirigentes estaban demasiado entregadas a moverse con éxito en un mundo donde la clave del poder era el dinero como para perder tiempo en reflexionar sobre el tema. El pueblo llano, en cambio, seguía creyendo fervorosamente en su existencia.

Los pequeños males de la vida cotidiana, los enconos personales, las envidias, la competencia, los celos, eran otros tantos motores para acusar a una persona de bruja. “Ninguna historia de la hechicería estaría completa si no hiciera referencia a la increíble Anne Armstrong, de Northumberland, cuya historia comenzó en 1673, al disputar con una vecina por algunos huevos. Anne podía haber ganado el

alegato, pero la mujer de los huevos dijo la última palabra y la ojeó.”¹ A partir de este hecho Anne cree estar bajo el poder del diablo: sueña que viaja a un aquelarre transformada en caballo, llevando como jinete a la mujer de los huevos; que había visto al Hombre de Negro y a trece brujas en la fiesta y que éstas se jactaban del daño que hacían a las personas y que luego volvió a ser ensillada para regresar a su casa. Muchas personas del vecindario fueron señaladas como brujas por la loca Anne.

Las gentes tomaban repetidamente justicia por mano propia en caso de suponer que alguien era una bruja mala. Una vez encontrada la víctima propiciatoria, nada podía detenerlos, excepto un pago por la denuncia o la muerte de la acusada. “Típico de la furia insana de las masas fue la muerte de la viuda Chambers, a quien le echaron los perros hasta que se la comieron.”

No obstante, las autoridades no estaban dispuestas a ceder a las masas el ejercicio de la ley, aunque no dejaban de sufrir su influencia. Gentes gritando, llorando, desmayándose: los espectadores ofrecían un espectáculo irresistible que los magistrados no sólo no podían obviar sino que le prestaban particular atención. “Hubo un caso en Exeter, en 1682, en que la corte se vio tan atemorizada por la muchedumbre, que se creyó que si las acusadas hubieran sido absueltas, habría estallado un serio tumulto en el pueblo.”

XV.2 Las denuncias de jóvenes y niños

¿Qué impulsaba a niños y jóvenes a denunciar a una persona por bruja, descartando el hecho de que podían estar sometidos a la presión de los mayores? En muchos casos se trataba de personas de su entorno, lo cual hace pensar que la acusación era una revancha por castigos recibidos, ya que en ese entonces el maltrato y abuso infantil eran moneda corriente. En conexión con este desinterés por los menores, quizá se tratara de una forma de llamar la atención sobre su propia persona. Asimismo, podía deberse al enfrentamiento generacional, a una forma de afirmarse frente a los padres, sometiendo a éstos a una autoridad mayor. O al odio y temor siempre latentes a las personas solitarias y de avanzada edad.

No deben descartarse otras razones, por ejemplo, convertirse en portavoces de lo que sólo se murmuraba entre las paredes del hogar. O, en casos de criaturas especialmente sensibles, o con tendencias patológicas, que vivieran en su cuerpo la idea de estar embrujados. O, simplemente, acaso se debiera a que los pequeños pueblos donde se produjeron la mayoría de las denuncias, eran lugares chatos, con pocos entretenimientos, de modo que estar hechizado o poseído podía proporcionar una diversión bastante atrayente. En 1593 los niños de Thorckmorton; en 1597 Thomas Darling de Burton; Mary Glover en Lancashire, el muchacho de Bilson

¹ ERIC MAPLE, *op. cit.* Esta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

fueron algunos de la larga lista de acusadores que llevaron a la hoguera a miles de personas.

En Alsacia se produjo en 1607 una mala cosecha que fue atribuida a la brujería. Se detuvo por ello a tres mujeres y una niña. La niña acusó a un muchacho de trece años llamado Meter. “El joven Meter fue responsable de la quema de veinticuatro personas y de tres suicidios en prisión. El muchacho, pretendiendo que estaba embrujado, fue enviado a un hospital en vez de la horca. Allí, varios meses después, urdió una historia en la que había exorcizado al diablo. Cuando el demonio entró por la ventana del hospital para tentarle, el chico ahuyentó a Satanás con la ayuda de Cristo. Por esta acción firme y fiel, los jueces le elogiaron altamente y le asignaron dos frailes capuchinos para que lo protegieran en el futuro.”⁴

No siempre los jueces creían en las manifestaciones de posesión. Sir Francis North era un magistrado que no se dejaba embaucar fácilmente. Cierta vez, le tocó presidir un juicio donde la supuesta víctima vomitaba alfileres y entraba en estado de locura cuando el pretendido brujo se acercaba. Sir North se detuvo a examinar el caso con cuidado y descubrió el momento exacto en que la joven, como una hábil prestidigitadora, introducía los alfileres en su boca. Por supuesto, el prisionero fue absuelto.

En 1664 se llevó a cabo un juicio contra dos mujeres, Rose Cullender y Amy Dun, en Suffolk, Inglaterra. Un grupo de niños las acusaba de haberlos hechizado, asegurando que cada vez que las ancianas estaban cerca vomitaban clavos y agujas, aparecían espectros y los sapos lanzados al fuego estallaban con un sonido aterrador. Un doctor y filósofo llamado Thomas Browne, “hombre de gran conocimiento”, según rezan las actas del proceso, atestiguó sobre la realidad de tales hechos, aportando además pruebas de que cosas similares ocurrían en otras partes de Europa. Las mujeres no confesaron ser culpables ni haber firmado pactos diabólicos siquiera bajo apremios ilegales. No obstante, el juez Hale, de sólida reputación como persona moderada y poco proclive a creer en fantasías, condenó a las dos ancianas a la horca.

Un caso que cobró fama tuvo lugar en Suecia, aunque esta vez con un final desdichado para algunos de los denunciantes. El asunto empezó cuando un joven de quince años, quizá despechado en su amor por una muchacha de dieciocho, la acusó de robar niños para llevarlos al *sabbath*. La joven Gertrude fue arrestada, de manera que Eric, el acusador, amplió sus denuncias, mencionando a otras personas. Todas protestaron su inocencia, con la excepción de una mujer de setenta años.

El rey Carlos IX ordenó a una comisión que investigara las denuncias. La Comisión Real efectuó un acto público de oraciones en masa. Esto no hizo sino

⁴ FRANK DONOVAN, *op. cit.*

producir el efecto contrario, desatando una especie de histeria infantil que los llevó a formular nuevas denuncias. La Comisión interrogó en total a trescientos niños. Sus relatos pintaban una escena fascinante y extraña: una pradera interminable en la cual se elevaba una casa de varios colores; si se atravesaba la puerta de entrada, se pasaba a otro prado donde había animales. Allí tomaban parte en una reunión donde el diablo los bautizaba, y les pinchaba los dedos para que pudieran escribir su nombre con sangre en un libro. El demonio, de barba rojiza, se presentaba usualmente vestido con un jubón gris, medias azules, calzas coloradas y un sombrero en punta. Las brujas solían llamarlo Locyta o Antesser. Luego de jurarle fidelidad al diablo, se celebraba un banquete con abundante comida y se construía una casa de piedra que luego volvía a caer. Las brujas, para concurrir a ese lugar, invocaban al diablo y exclamaban tres veces “¡Antesser, ven y llévanos a Blockula!”

Setenta supuestas brujas fueron arrestadas por las declaraciones de los niños; luego de un breve juicio, se las encontró culpables: primero se quemó a veintitrés y luego a las restantes. Asimismo, probada su culpabilidad, se arrojó a las llamas a quince de los jóvenes mayores, a otros cuarenta se los condenó a sufrir azotes y a otros veinte -menores de nueve años- se los castigó a ser golpeados en las manos con varas durante tres domingos seguidos, a la puerta de la iglesia. El asunto adquirió tal resonancia que decir Blockula era sinónimo de infierno.

XV.3 Los procesos de Salem

En lo que ahora son las costas del estado de Massachussets se levantaba un poblado indígena llamado Naumkeag. Allí, los miembros de la secta puritana que habían llegado en 1620 a bordo del Mayflower, huyendo de la persecución religiosa inglesa, seis años más tarde fundaron Salem Village.

La vida en la comunidad puritana se centraba en el trabajo, la oración y la ayuda mutua; también, en la mutua vigilancia, al punto de haberse designado una patrulla de dos hombres con la expresa obligación de tomar debida cuenta de quienes no concurrían a la iglesia y los motivos para no hacerlo.

Devoción, esfuerzo y arrogancia eran sin duda las características más destacadas de esa comunidad que pretendía mantenerse unida a toda costa contra cualquier invasión, fuera ésta material o ideológica. La inmensa extensión hacia el oeste del continente americano, del que surgían de tanto en vez algunas tribus de indios que merodeaban por el paraje, los envolvía con una atmósfera de misterio y amenazadora oscuridad. Esto los tornaba aún más reconcentrados y represivos, sintiéndose los portadores de la luz de la autoridad bíblica.

En todo grupo vuelto sobre sí mismo se produce un nudo de pasiones de signo muy diverso. El amor, la ayuda al prójimo, la piedad, la devoción, el cumplimiento de los deberes morales se hallan en un nivel manifiesto, expresado. Sin embargo, por debajo, o junto a ese estrato emocional, se encuentra aquel otro que debe

reprimirse, que está mal considerado y que comprende el afán de posesión, la envidia, la mala competencia, incluso el odio. Por ello, bajo la superficie de unión y solidaridad que mostraba Salem, yacían oscuros vórtices de sentimientos que se pusieron de manifiesto con los sucesos que comenzaron en enero de 1692.

Dos niñas, acaso para averiguar su futuro amoroso, comenzaron a efectuar algunos experimentos de adivinación. Sin embargo, muy pronto se atemorizaron y mostraron algunos síntomas extraños, tales como lanzar gritos blasfemos, adoptar posturas convulsas y entrar en una especie de estado de trance. Una de ellas, Elizabeth, de nueve años, hija del pastor Parris, le arrojó un ejemplar de la Biblia a la familia que estaba congregada en una habitación. No pasaría mucho tiempo antes que otras niñas de Salem comenzaran a tener comportamientos similares.

A Elizabeth Parris y Abigail Williams se añadieron Ann Putnam, de once años, Mary Walcott de diecisiete años y Mercy Lewis de la misma edad.

Consultado el médico del lugar, William Griggs, se mostró incapaz de diagnosticar, y menos curar, las dolencias, que incluían ataques de fiebre, dolores junto a una fuerza y energía inusuales. Pronto apareció la teoría de una influencia sobrenatural. Esto no era de extrañar, dado que llegaban las noticias de la caza de brujas en el continente, que Cotton Mather había divulgado recientemente en un libro, **Memorable Providence relating to Witchcraft and Possessions**, donde describía el caso de posesión de una lavandera de Boston. A ello había que añadir que, a poca distancia, se desarrollaba una guerra contra el mal, esto es, los indios, habiéndose poblado los contornos con numerosos refugiados. No se tardó mucho en concluir que nadie sino el diablo podía ser responsable de lo ocurrido a las niñas. Sobre todo, porque se sabía que el blanco preferido de las servidoras del demonio eran los menores de edad.

Por cierto que no se trataba del primer caso de brujería en el área. En 1648 había sido ejecutada por bruja Margaret Jones, seguida al poco tiempo por Mary Parsons. Luego, en 1656, se había ejecutado a Anne Hibbins y en 1658, también en Boston, se llevó a la horca a una tal Glover, debido al testimonio de una niña de trece años, proceso que sirvió de base al libro de Cotton Mather.

Mary Sibley, una vecina del lugar propuso que Tituba, una esclava comprada por el reverendo Parris en Barbados, cocinara una torta de centeno con la orina de las víctimas como una contra-magia efectiva que, al ser devorada por un perro, revelaría la identidad de las supuestas brujas. Esto atrajo la atención sobre Tituba, de quien se decía que hablaba mucho sobre vudú y otras prácticas raras.

El número de las poseídas ya había llegado a siete cuando las dos primeras fueron sometidas a un fuerte interrogatorio para que revelaran los nombres de quienes las habían embrujado. Elizabeth y Abigail dieron tres nombres: el de Sarah Goode, Sarah Osborne y la propia Tituba. Goode era una mendiga y Osborne una anciana penderciera que nunca iba a la iglesia.

Mercy Lewis y Ann Putnam afirmaron haber visto “volar a brujas en la bruma invernal”. En bien de su hija, la destacada familia Putnam, que se disputaba el poder en Salem con los Porters, elevaron sus quejas a los magistrados Jonathan Corwin y John Hathorne, quienes el 1ro. de marzo examinaron a las acusadas. Durante el examen, las niñas dijeron haber sido atacadas por los espectros de las tres mujeres. Otros vecinos aprovecharon la ocasión y se acercaron al lugar donde se llevaba a cabo la indagación para contar historias de animales que habían nacido deformes, de manteca y quesos echados a perder, de disputas hogareñas, todo lo cual se debía sin duda a la acción de las hechiceras.

Los magistrados, que evidentemente las creían culpables, efectuaban las preguntas de modo tal de conseguir la declaración que pretendían. Las dos Sarah se mantuvieron firmes en sus protestas de inocencia; pero Tituba confesó que había tenido relaciones sexuales con el diablo bajo la forma de un hombre alto de Boston, que practicaba la brujería y que en Salem había una conspiración de brujas. Se detuvo en detalles como que Satán a veces tomaba la forma de un animal de larga nariz, y que ella y otras brujas habían volado por los aires montadas en un palo. Tituba había querido ir a confesarle todo al reverendo, pero el diablo se lo había impedido.

La deposición de Tituba convenció hasta a los más escépticos. Día a día los vecinos descubrían haber sido atacados por las brujas, de modo que las denuncias se sucedían sin parar. Las primeras denunciadas fueron mujeres en mala posición económica o cuyo comportamiento no coincidía con los patrones de la comunidad. Luego le siguieron figuras prominentes: Martha Corey, Rebecca Nurse, Elizabeth Proctor, Sarah Cloyce, fueron denunciadas por hechicería. Durante la indagación de Elizabeth Proctor y Sarah Cloyce se acusó también a John Proctor. Y la lista continuó: Abigail Hobbs, Bridget Bishop, Giles Corey, Mary Warren.

Dorcas Good, la hija de Sarah Good, una criatura de cuatro años, fue la primera niña acusada de brujería por tres muchachas que dijeron haber sido mordidas por el espectro de Dorcas. La pequeña fue arrestada, recluida en prisión durante ocho meses, para terminar insana después de haber visto como se llevaban a la horca a su madre.

Los procesos se extendieron. Deliverance Hobbs, como Tituba, encontró que confesarse bruja era una manera de evitar la horca. La confusión se expandía por doquier. En ese punto, los pastores insisten en que debe frenarse la brujería, pero recomiendan prudencia en el momento de pronunciar las sentencias.

El 14 de mayo llega el gobernador William Phips y el 27 del mismo mes establece un Tribunal Superior de Jurisdicción Criminal para juzgar casos de brujería; lo componían siete jueces, uno de los cuales era William Stoughton, un reconocido cazador de brujas. A instancias de Mather, los jueces admiten las confesiones como prueba junto con las “marcas del diablo”, la evidencia espectral, esto es, que las víctimas habían sido visitadas por el diablo bajo la forma de una persona inocente y la prueba del tacto, esto es, se les pedía a las acusadas que tocaran a las

personas aquejadas de ataques y contorsiones, de modo que si las crisis cesaban se comprobaba que eran brujas. Asimismo, se admitían como pruebas los rumores, los comentarios generales, la voz pública. Las acusadas podían defenderse careando a sus acusadores y aportando evidencias en contrario.

La sesión inicial del Tribunal se ocupó del caso de Bridget Bishop, una mujer de sesenta años, muy crítica de las actitudes de sus vecinos y dueña de una casa de mala fama. Se la encontró culpable de brujería y fue condenada a muerte. Poco días después, Nathaniel Saltonstall, uno de los jueces de la corte, renunció a su cargo, por encontrar poco satisfactorios los procedimientos empleados. El 10 de junio de 1692 se procedió a efectuar la primera ejecución oficial, colgando a Bridget Bishop que, hasta último momento, declaró ser inocente y desconocer de qué se trataban las acusaciones.

Continuaron las acusaciones, cruzadas con peticiones a favor de los reos, por creerlos inocentes.

(Figura Nro. 19)

Entre el 29 y el 30 de junio se juzgó y condenó a Rebecca Nurse, Susana Martin, Sarah Wildes, Sarah Good y Elizabeth Howe, que fueron ejecutadas el día 19 de julio. El caso de Rebecca Nurse fue especialmente conmovedor. Nacida en Inglaterra en 1621, Rebecca llegó con su familia a Salem cuando tenía veinte años. Allí contrajo matrimonio con Francis Nurse, junto al cual labraron una pequeña fortuna. En el momento de comenzar la caza de brujas, Rebecca, que vivía rodeada del amor de su numerosa familia, afirmó que la mayoría de las acusadas eran tan inocentes como ella misma y, para expresar su disconformidad, se abstuvo de concurrir a las sesiones del Tribunal tanto como a la iglesia del reverendo Parris. Esto fue usado especialmente en su contra cuando la acusó de brujería Ann Putnam, heredera de un clan con quienes los Nurse habían sostenido numerosos pleitos por cuestiones de tierras. Arrestada el 24 de marzo, junto a sus dos hermanas, Mary Etsy y Sarah Cloyce, también procesadas, se negó a reconocer una culpabilidad que la liberaría porque “no podía traicionar su alma”. Encadenada en la prisión, sometida a las infamantes búsquedas de “las marcas del diablo”, y a la burla de los visitantes, nunca perdió su serenidad y su compostura. Su marido y el resto de su familia, junto con cuarenta ciudadanos, firmaron una petición a su favor. El jurado la declaró en primera instancia inocente, pero las niñas embrujadas tuvieron tal ataque de histeria, con gritos y convulsiones, que Stoughton pidió al jurado reconsiderar su decisión. Presionados por las poseídas, los jueces volvieron sobre el tema, pidiendo a Rebecca que ampliara una de sus declaraciones. La señora Nurse permaneció en silencio, dado que no oyó la pregunta porque padecía una acentuada sordera. Esto se interpretó como una señal de culpabilidad, por lo cual se la condenó a la horca.

La familia presentó una declaración ante el tribunal, explicando el silencio de Rebecca, y cuarenta caballeros salemitas firmaron una apelación ante el gobernador. Todo fue en vano. El 3 de julio en la iglesia de Salem se le hizo conocer su excomuniación ante un público conmovido. El 19 de julio, la anciana de 71 años fue ahorcada en Gallows Hill, junto a otras cuatro personas y su cuerpo sepultado en una fosa común.

El clan Nurse luchó por reivindicar la memoria de la matriarca. En 1706, Ann Putnam, el instrumento de su desgracia, pidió perdón públicamente por la muerte de Rebecca; en 1711 la legislatura de Massachussets revirtió la sentencia de culpabilidad y un año después la iglesia levantó la excomuniación de la señora Nurse “para que ella no fuera ya una mancha en su memoria y un motivo de dolor para sus hijos.”

En el verano de Salem de 1692 se sucedían las acusaciones y los procesos. Nadie estaba a salvo. John Proctor era un tabernero que se burlaba abiertamente de los procesos, considerándolos falsos. Ann Putnam, Abigail Williams, Elizabeth Booth e Indian John testificaron contra él -Indian era un esclavo de Samuel Parris que trabajaba en la taberna de la competencia-. Le imputaron que se había presentado ante ellas en forma espectral y que había cometido varios crímenes. Proctor se defendió bravamente acusándolas de mentir, se quejó de las torturas y pidió que su caso fuera juzgado en Boston. Como era habitual en estos casos, nada de cuanto dijo se tomó en consideración y se lo condenó a morir colgado. Su mujer, Elizabeth, también culpable de brujería, pudo escapar a la ejecución de una sentencia similar por estar embarazada.

John Proctor fue colgado el 19 de agosto junto a otros cuatro condenados entre los que se encontraba George Burroughs. El caso de este ex pastor es particularmente interesante. Las voces de treinta acusadores se levantaron contra él, identificándolo como el jefe de las brujas y declarando que había maltratado a sus dos esposas y las había obligado a firmar un pacto con Satanás. Por entonces vivía en Maine, de donde fue llevado a Salem para juzgarlo. Ann Putnam aseguró que había embrujado a los soldados durante una fallida campaña contra los wanabakis en 1688-89, el primero de una serie de desastres militares en la defensa de las fronteras. Mercy Lewis, una refugiada de las guerras fronterizas de diecinueve años, dijo que Burroughs se había subido a lo alto de una colina y que, señalando la tierra alrededor, le había prometido hacerla dueña de un reino si firmaba el libro del pacto diabólico. Todo conspiró para llevarlo a la horca, incluso su baja estatura y su gran fuerza, que se atribuyó a un don del demonio.

Cotton Mather, reputado la “conciencia de Nueva Inglaterra” consideró que la sentencia era el remate de un juicio certero. Sin embargo, la ejecución arrojó serias dudas sobre el proceso. El ex pastor se dirigió resueltamente hacia la soga que lo esperaba y, ya en el patíbulo, rezó sin titubeos la plegaria del Señor con voz sonora y penetrante, lo cual se suponía que no podían hacer los brujos. La multitud empezó a conmovirse, pero las jóvenes agrupadas al pie de la horca prorrumpieron

en feroces gritos de que veían al diablo detrás de Burrough. Cotton Mather aprovechó la confusión y, saltando sobre un caballo, se dirigió a la muchedumbre recordándole que el diablo se transformaba en ángel de luz para engañar a los cristianos. El verdugo se apresuró a cumplir su tarea.

La última víctima de ese día fue Giles Corey. Corey era un anciano de ochenta años que había pasado los últimos ocho meses en prisión junto a su esposa, siendo su único crimen haberla defendido. En vista de cómo se llevaban a cabo los juicios, no sintió sino desprecio por los procedimientos y así se lo hizo saber a los magistrados. Los jueces no podían tolerar que se los pusiera en entredicho, en consecuencia, decidieron aplicarle, por primera y única vez en América, la “pena fuerte y dura” del antiguo derecho inglés. La sentencia se llevó a cabo colocándole sobre el pecho bloques de piedra de peso creciente hasta aplastarlo totalmente.

Las niñas continuaban su ronda de contorsiones y gritos, rodeadas de jueces y clérigos que no sabían cómo librarlas de sus tormentos, a pesar de las constantes denuncias que efectuaban contra una y otra persona por brujería. Sus acusaciones iban subiendo la escala social, no quedando nadie libre de sospecha; incluso se llegó a recelar de la esposa del gobernador, lady Phipps. Esto molestó a algunas personas encumbradas de la colonia de Boston, que menearon la cabeza con desaprobación. El reverendo John Hale, Thomas Browe Samuel Willard y el padre de Cotton Mather, Increase, se sumaron al coro de críticas. Increase Mather se atrevió a afirmar que “era mejor dejar libre a diez personas sospechadas de ser brujas que condenar a una inocente.” Sus escritos influyeron en la decisión del gobernador de excluir del tribunal la influencia espectral y requerir pruebas de culpabilidad claras y convincentes.

El 29 de octubre el gobernador Phipps disolvió el Tribunal Superior de Jurisdicción Criminal. Un mes después el Tribunal General del condado creó el Tribunal Superior para entender en las causas de brujería restantes, que superaban largamente la centena. Se las juzgó en mayo de 1693 pero nadie fue condenado.

Un vendaval de muerte había atravesado la ciudad de Salem, dejando un saldo de más de veinte personas muertas, dos perros ejecutados como cómplices, familias deshechas y luto en las almas.

Varios de los jueces confesaron posteriormente haber estado equivocados en sus sentencias. El gobernador Phipps acusó de todo el episodio al cazador de brujas William Stroughton. Éste, abatido por no poder ejecutar más personas, exclamó: “Estábamos purgando a nuestro país de un azote y se interrumpe, sin que yo sepa el motivo, el curso de la justicia. Dios se apiade de todos nosotros.” Más tarde su labor lo llevó a convertirse en el siguiente gobernador de Massachussets.

En 1697 las autoridades de Boston expresaron su pesar por los trágicos sucesos y en 1711 compensaron con 600 libras a las familias afectadas.

CAPÍTULO XVI

VENENOS, MISAS NEGRAS Y EROTISMO

Los salones literarios confirieron al siglo XVII su marca distintiva. La regla que gobernó esos salones fue la expresión lingüística correcta de sentimientos y emociones, pasados por el tamiz de lo racional. En estos encuentros mundanos, que fueron perfeccionando la lengua francesa, los asuntos personales se manejaban con ingenio, humor y buen tono; imitados en toda Europa, se convirtieron en un eje de la vida política. Nadie podía quedar ajeno a lo que allí ocurría, fueran romances o intrigas, consagraciones o fracasos. Los varones de talento convergían en esas tertulias, sabiendo que su palabra sería escuchada. Como protagonistas o consejeras, las mujeres aprendieron a manejarlas de manera admirable, al punto que hasta el cardenal Richelieu escuchaba de buen grado a la duquesa de Aiguillon.

Cultura literaria y poder se aliaban armónicamente merced a la intermediación de las mujeres. Sin embargo, las lenguas afiladas pronto se volvieron contra ellas. Si brujas y posesas inspiraban temor, la mujer culta suscitaba burla y desprecio. Molière las llamará “las preciosas ridículas” y Bossuet, Regnier, Boileau, acumularán obras sobre la imperfección, la mezquindad y la malicia del sexo femenino. Entre las múltiples tachas que se le atribuían estaban su habilidad para intrigar y sus conocimientos para fabricar venenos.

XVI. 1.1 Los envenenadores

Arsénico era una palabra de uso corriente en el siglo XVII. A finales de la centuria anterior este tósigo, junto con otros, había sido introducido en Francia por Catalina de Medicis y otros italianos, muy aficionados a dar por terminados con un veneno los problemas con sus enemigos. No obstante, como lo habían enseñado las brujas y sus discípulos, los tóxicos también podían ser usados en función curativa. Los boticarios y médicos de la época lo comprendieron tan bien que mezclaban arsénico y mercurio casi en cualquier remedio.

La práctica de los venenos se extendió por el Continente. Se decía que la reina Isabel de Inglaterra había sufrido varios atentados con venenos, en uno de los cuales fue contratado para provocarle la muerte un médico llamado dr. Lupus: el complot fracasó y el médico fue colgado. Asimismo, se sostenía que Ana Bolena había tratado de envenenar a Enrique VIII -si lo hubiera logrado, habría salvado su propia vida, dado que el rey tuvo más éxito que ella en darle una mejor vida-. En España la esposa de Carlos II, María Luisa, murió súbitamente; años después, se confirmó que su muerte se había debido a la acción de un tósigo. En Francia hubo

tantos casos de este tipo que llegó a ser conocida como la “Escuela francesa de venenos”.

Nadie estaba libre del temor a ser emponzoñado, y mucho menos los nobles; se contaban casos como el de la princesa Enriqueta, casada con el duque de Orleáns, el del cardenal de Lorraine, tío de la reina María, que había muerto por llevar consigo monedas de oro untadas con veneno o el asunto de la marquesa de Brinvilliers, casada con Antoine Gobelín. La marquesa tomó por amante a Sainte-Croix, con quien comenzó a experimentar con bebidas y alimentos envenenados en los hospitales. A pesar de tomar muchas precauciones, pronto el marqués pasó a mejor vida y Sainte-Croix fue puesto en prisión. Allí conoció a un italiano, Exili, que le transmitió muchos de los secretos con que había envenenado en Roma a más de ciento cincuenta personas. Una vez liberado, Sainte-Croix y la marquesa continuaron sus hazañas venenosas, dando muerte a considerable cantidad de personas, incluidos el padre y dos hermanos de la dama.

Este caso, que cobró una notoriedad inusitada, repetía lo que los sacerdotes de Notre-Dame solían oír en la confesión: que los fieles se servían de pócimas y drogas para obtener el amor de una persona, provocar abortos, exaltar la sexualidad o causar la muerte de personas y animales.

Esta epidemia de envenenadores movió al rey Luis XIV a crear un tribunal secreto, destinado específicamente a investigar este tipo de crímenes. Dicho cuerpo se formó en 1679 y fue conocido como la Corte de los Venenos o la *Chambre Ardente*. Recibió este nombre porque la sala donde se desarrollaban las sesiones estaba tapizada de tela negra e iluminada sólo con velas. Cerca de medio millar de personas fueron interrogadas por los cargos que pesaban sobre ellas. Sin embargo, pudieron evadir los castigos -que incluían la pena capital- todas aquellas personas distinguidas o con buenas influencias en las altas esferas.

Entre los acusados famosos se hallaba Catherine Deshayes, conocida como “la Voisin”. La Voisin se dedicaba a vender polvos muy especiales a las señoras que querían deshacerse de sus maridos o conquistar el amor de algún señor. La Voisin fue arrestada, juzgada y sentenciada, junto con muchas otras personas cuyos nombres suministró. Pero, lo más relevante de las actuaciones de la Voisin era que había colaborado estrechamente con la ex amante del rey, Madame de Montespan. El nombre de la Montespan apareció no sólo unido a los envenenamientos sino a una actividad que comenzó a surgir con frecuencia en los interrogatorios: la celebración de misas negras. El rey se alarmó al ver cuán alto llegaban las actividades ilícitas y prefirió silenciar el escándalo, ordenando detener las pesquisas.

En 1682 Luis XIV promulgó un edicto compuesto de once artículos, tres de los cuales estaban dedicados a los seductores y ocho a los envenenadores. Asimismo, se establecía una regulación estricta de las profesiones que utilizaban productos tóxicos. Se prohibía la preparación de drogas o destilados a todos aquellos que no tuvieran expresa autorización para tener un laboratorio; esto es, solamente los

médicos, los profesores de química y los maestros boticarios estaban habilitados para realizar estos trabajos. El edicto negaba la realidad de la brujería y los pactos satánicos, llamándolos “supuesta magia”. Por lo menos en el papel esto ponía punto final a las persecuciones por ese motivo en Francia; en la práctica, durante sesenta años más siguieron produciéndose procesos y ejecuciones por brujería.

XVI. 1. 2 Madame de Montespan

El 5 de octubre de 1640 nacía en Lussac, Francoise Ahénaïs de Rochechouart Montemar en el seno de una familia perteneciente a la nobleza. Como la mayoría de las niñas de su clase, fue educada en un convento y, también como la mayoría, pronto salió de esa tutela para contraer un matrimonio ventajoso. En 1663 se casó con un Louis Henri Gondin de Pardaillan, marqués de Montespan, con el cual tuvo dos hijos, María Cristina y Louis Antoine.

En 1666 llega a la corte del rey Luis como dama de honor de la emperatriz María Teresa. El rey Sol tenía en ese momento veintiocho años y estaba decidido a gobernar firmemente, como lo hizo en su largo reinado de más de medio siglo. Su *maitresse en titre*, de influencia mucho mayor que la mera *dame de lit royal* era Luisa de la Valière. Ésta le había dado cuatro hijos y la pasión del rey por la favorita había comenzado a declinar.

Madame de Montespan era instruida, amena, “una bella dama, una belleza triunfante”, como asegura Madame de Sevigné. El monarca no tardó en caer prendado de ella, a sabiendas de que se dejaba admirar por todos los hombres; por un tiempo, entonces, tuvo tres mujeres, la reina, la *maitresse en titre* y madame de Montespan. Los celos de ésta resultaron muy activos porque la favorita fue primero desplazada para acabar recluyéndose en un convento.

El marqués de Montespan, avergonzado por los amores de su mujer con el rey, se lanza a la carrera militar, combatiendo en Argelia y en la campaña del Rousillon. No obstante, al manifestar públicamente su desaprobación hacia el rey, es encerrado en Fort l’Eveque. Al salir de la prisión marcha al exilio, no sin haberse separado de cuerpo y bienes de su mujer.

Desde 1670 la Montespan fue la reina de Versalles, aunque no sin altibajos. Protege a La Fontaine, a Corneille, a Lully, a Molière: incluso le sugiere al rey la idea de que Racine o Boileu podían escribir su biografía. En 1675 se le niega la absolución a Luis; éste en un acto de contrición, la obliga a marchar a España. Sin embargo, luego le siguió dando hijos al rey, el primero de los cuales nació en 1669; todos ellos fueron legitimados y entregados en cuidado a la viuda del poeta Scarron, la rígida y católica madame de Maintenon.

Entre 1677 y 1679 estalla el escándalo de los venenos, en el cual aparece involucrada la Montespan. “Las relaciones de la favorita del rey con la Voisin y sus acólitos se remontaban a 1666, es decir, a la época en que se propuso

conquistar al rey. Ella misma iba al antro de la hechicera, o le enviaba una de sus criadas, cierta señorita Desoeillets. Parece que también estuvo relacionada con un tal Luis de Venens, alquimista dado a las prácticas demoníacas... Los polvos y los conjuros fueron también puestos en práctica cuando el conocido arrebato de devoción, en 1675, determinó al rey alejar a la manceba.”¹

A pesar de todas las hechicerías de su amante, el paso de los años iba desgastando la pasión de Luis, quien fue entregándose a otras amantes hasta que finalmente tomó como favorita a Angélique de Fontanges. Madame de Montespan hierve de celos y se dedica a hacerle escena tras escena. El monarca la relega a superintendente de la reina. Como en otras circunstancias, como en un caso similar, el de madame de Ludres, la Montespan recurre nuevamente a oscuras prácticas para recuperar el amor perdido. La señorita de Fontanges muere poco después, a los veinte años, a consecuencia de un parto difícil: los rumores afirmaban que había sido envenenada.

Nadie podía considerarse a salvo de los arrebatos de la Montespan; la propia Maintenon le escribía a su hermano que había sido llevada por la favorita a Clagny y que sabía que allí no estaba muy segura. Tampoco lo estaba el rey. “Luis XIV debía ser envenenado el primero. La Voisin y sus asociados pensaron en primer término en poner polvos, preparados según las fórmulas de los libros de magia, en las ropas del rey, o en algún sitio por donde tuviese que pasar, lo cual parecía fácil a la señorita Desoeillets, afecta a madame de Montespan. El rey moriría de melancolía.”² Luego se pensó que sería mejor utilizar un papel untado con esos polvos: al sujetarlo el rey, caería muerto. La conspiración no tuvo éxito.

La Voisin es mandada prender por el Tribunal que investiga los envenenamientos. Nada dice en los interrogatorios sobre el proyecto de envenenar al monarca y su joven amante. No obstante es declarada culpable y se la obliga a subir a la pira atada y cargada de cadenas, al decir de madame de Sevigné. Se la cubrió de paja, que ella trató de sacudirse entre maldiciones y juramentos, hasta que finalmente las llamas crecieron en intensidad y desapareció de la vista.

Producida la ejecución, sus cómplices efectúan declaraciones aterradoras. “Margarita Mauvoisin, la hija de la Voisin hizo ante los jueces la siguiente declaración: ‘-Siempre que ocurría algo nuevo a madame de Montespan, y cuando tenía alguna disminución en el favor del rey, avisaba a mi madre a fin de que le llevase algún remedio; y mi madre recurría a su vez a ciertos sacerdotes sacrílegos a quienes hacía decir misas negras, y le daba polvos para que los hiciese tomar al rey... Aquellas prácticas iban acompañadas de sangrientos ritos. En las misas negras fueron degollados algunos niños y su sangre mezclada, en un cáliz, con innobles ingredientes, para componer filtros’.”³

¹ LUIS BERTRAND. **Louis XIV.** París, 1928.

² FRANTZ FUNCK-BRENTANO. **El drama de los venenos.** Buenos Aires, 1939.

³ LUIS BERTRAND, **op. cit.**

El comisario de policía de París, Nicolás de la Reynie, encargado de las pesquisas, registra también que la hija de la Voisin sostenía que ella misma había ayudado en una misa donde oficiaba el abate Guibourg. Esa especie de misa, que había comenzado alrededor de las diez de la noche, tenía el cuerpo de la Montespan por altar y durante su transcurso se degolló a un niño que se había hecho llevar de la casa de la hechicera. Interrogado el abate Guibourg, confesó que él ponía “la sangre en una vasija de cristal, con varios fragmentos de la hostia consagrada”⁴ y que dichas ceremonias se hacían en nombre de Astaroth y Asmodeo.

Conforme se desprende de las actas de los juicios, la misa negra se había celebrado repetidamente: en la capilla del castillo de Villebousin, en Saint-Denis, en una mansión en ruinas, en lugares donde el abate no podía precisar porque había sido conducido allí con los ojos vendados. Ayudada tal vez por la imaginación echada a vuelo, la cifra de niños sacrificados se hizo ascender a más de dos mil.

Las actas del proceso fueron remitidas al rey Luis. ¿Cómo podía reaccionar ante semejantes declaraciones el orgulloso soberano que afirmaba “el Estado soy yo”? ¿Qué podía sentir ante las intrigas de su concubina para conquistarlo, para atraparlo en la lujuria e incluso para lograr su muerte? ¿Deseos de venganza, estupor, vergüenza? Sus acciones puntuales fueron dar por concluidas las investigaciones, detener el escándalo, dejar a la Montespan en la corte y tomar como amante a la severa madame de Maintenon.

La ex-favorita permaneció unos cuantos años en palacio, alimentando quizá la esperanza de reconquistar el favor del rey. Por último, Luis decide alejarla de su progenie, lo cual significó para la marquesa de Montespan un duro golpe a su orgullo. Luego de un tiempo de meditación, se retiró a vivir en un convento. Allí fue una penitente que mortificaba su carne con un cilicio y puntas de hierro, siempre temerosa de Dios y de la oscuridad por lo cual multitud de velas ardían permanentemente en su habitación. Cierta día del mes de mayo se sintió mal; se hizo sangrar pero esto no evitó un ataque a la cabeza. Un sirviente le alcanzó una pócima que la empeoró. Murió el 27 de mayo de 1707.

XVI.1.3 Las misas negras

Los encuentros llamados *sabbaths* habían saltado al primer plano del interés social a través de la persecución de que fueron objeto las brujas. Precisamente la caza de brujas, junto con otros factores como la desviación de los dogmatismos hacia esferas de políticas internas, o la afirmación de una filosofía racionalista, hizo que esas asambleas fueran declinando lentamente y, junto con ellas, la representación tradicional del demonio.

El rito de adoración brujeil a las potencias de la fertilidad, de neto corte popular, aparece remedado en las urbes por la aristocracia, estremecida con el gustillo

⁴ FRANTZ FUNCK-BRENTANO, *op. cit.*

picante de erotismo y muerte que emanaba del *sabbath*. Esta transformación perversa recibió el nombre de “misa negra”. Ya no eran las gentes del pueblo las que intervenían sino los poderosos señores, los cultos y refinados que se estremecían de placer al parodiar en sus castillos algunas de las confesiones que habían sido arrancadas bajo tortura a los acusados de prácticas maléficas. Lo que había sido una reunión casi multitudinaria se convierte en una ceremonia aislada e independiente mediante la cual se busca obtener riqueza, poder, amor o la muerte ajena.

En líneas generales, el ritual negro reproducía a la inversa la misa cristiana. Bajo un crucifijo puesto al revés, se hallaba el altar que no era sino el cuerpo de una mujer desnuda – de preferencia virgen- entre cuyos senos se colocaba el cáliz. El rito, presidido ya no por Satanás sino por un sacerdote renegado, comenzaba por el final, siempre con la cruz invertida. Las palabras incitaban al desafío a todo poder celeste y, en el momento de la consagración, se degollaba a un niño de corta edad, generalmente no bautizado, cuya sangre era utilizada como vino. La misa negra concluía con la entrega de todos a todos en una danza de lujuria y frenesí.

Bodin en su **Demonomanie des Soircières** cuenta que Catalina de Medicis había mandado celebrar una misa negra para salvar la vida de su hijo Philipp que se hallaba en peligro. Agrega que un sacerdote la ofició con elementos sacramentales: una hostia negra, una blanca y un cáliz. El cura ordenó a un niño comulgar con la hostia blanca y de inmediato le cortó la cabeza, llenando con su sangre el cáliz. Mucho antes de Catalina, se había asociado al mariscal Gilles de Rais, al conde de Bothwell y a la condesa de Bathory con prácticas similares. Asimismo, hay breves menciones a misas invertidas en el **Malleus**, en los relatos de algunos inquisidores, en una alusión del padre Gauffridi que, bajo tortura, confesó haber hecho el signo de la cruz al revés y haber sustituido la fórmula de bendición con las palabras “Id en nombre del diablo”.

En rigor de verdad, a partir de los *sabbaths* originales de las brujas corre un río de distorsiones, prejuicios, malos entendimientos e interpretaciones interesadas que desemboca en la paródica misa negra puesta de manifiesto en los procesos de la *Chambre Ardente*. Tal como se desprende de las confesiones, algunos de los aspectos de esos rituales “tienen su origen en las misas amatorias de la primitiva ortodoxia cristiana. Éstas, que se hacían mediante retribución, y con finalidades concretas, eran cosa común en la Iglesia primitiva. La misa mortuoria, destinada a asegurar la muerte de un enemigo, no se consideraba herética, aunque el sacerdote y el que pagaba el servicio se exponían al destierro. No eran raras las misas amatorias destinadas a suscitar el amor o la pasión o a asegurar la fidelidad. Podían decirse sobre una joven desnuda tendida sobre el altar, y a la liturgia se añadían siempre hechizos especiales.”⁵ Asimismo, se empleaban en los exorcismos: “Una

⁵ FRAN DONOVAN, **op. cit.** Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

técnica especial de un exorcista famoso consistía en decir misa sobre el vientre de una monja posesa.”

Las pesquisas de la *Chambre Ardente*, hasta que fueron suspendidas, arrojaron trescientos diecinueve detenciones y ciento cuatro declaraciones de culpabilidad. Los crímenes confesados cubrían un amplio registro: elaboración de filtros amatorios y mortuorios, conjuros, magia de la imagen, adoraciones fetichistas y, lo más relevante, la celebración de misas negras con los consiguientes sacrificios.

La descripción de una misa pedida por madame de Montespan podría ser considerada arquetípica. Cubierto el rostro por un antifaz, la favorita llega al lugar donde se desarrollará el rito. La recibe la Voisin, que la conduce a un pabellón donde la insta a quitarse la ropa. Aduce que el pacto que va a celebrar requiere estar tendida completamente desnuda sobre un paño negro.

Luces titilantes iluminan tenuemente el recinto, creando extrañas figuras con el humo que se desprende de los incensarios. Silencio y quietud. Comienza la ceremonia: el blanco cuerpo, recorrido por leves estremecimientos, se destaca sobre la negrura de la tela, la cabeza reposa sobre una almohada de terciopelo del mismo color dejando que la cabellera caiga en una ola dorada. Las piernas, abiertas, cuelgan a uno y otro lado del altar; los brazos están extendidos en forma de cruz, sosteniendo un candelabro dorado cada uno. Entra el abate con pasos leves; sobre el vientre de la dama deposita un cáliz recubierto por un lienzo fino y un pergamino donde constan los deseos que se pedirán.

Se eleva la voz del sacerdote en graves letanías, a las que responde la Voisin en su papel de acólito. Agita una campanilla. El oficiante pone una rodilla en tierra y besa el pubis de la marquesa. En el momento de la consagración, mezcla en el cáliz cenizas de un niño quemado y fragmentos de hostia consagrada. Es el momento de recibir al pequeño que le han traído, una criatura de dos años a quien el abate levanta por sobre su cabeza en medio de gritos y llantos. Luego de pronunciar la fórmula del sacrificio, procede a abrir las venas del cuello de la víctima con un pequeño cuchillo. El cuerpo de la bella favorita es salpicado por gotas de la sangre que van llenando el cáliz. Mientras todavía arden los cirios negros, el cura impetra a los espíritus de las tinieblas que concedan los deseos de la marquesa. Poco después concluye el rito que tantas veces satisficiera los pedidos de madame de Montespan.

XVI. 2 La sexualidad inmolada

El pensamiento europeo, fuertemente influido por Descartes, emprende la tarea de desacralizar la naturaleza. Hasta finales del siglo XVI, el cosmos se percibía como un organismo cuyas partes eran interdependientes y el hombre, en tanto formaba parte del él, lo reproducía en sí mismo a escala. “A diferencia de los intentos dispares del Renacimiento...la actividad intelectual del siglo XVII se articula y emprende una faena de proselitismo a la luz del día con el propósito de difundir sus

logros, de elevar la vida a los niveles alcanzados por la inteligencia y de introducir su influjo en las costumbres y en las instituciones. Este proceso de aclaración universal y de transformación práctica ha recibido el nombre de Ilustración (*Aufklärung*), Iluminismo, Época de las Luces.”⁶

La Ilustración cree en el progreso, en las posibilidades de cambiar y transformar el mundo, en la capacidad de la razón para descubrir las leyes naturales. Critica la intolerancia religiosa, los abusos del poder absolutista del antiguo Régimen y la rigidez de la sociedad dividida en estamentos. Se propone “conquistar y dominar la Naturaleza, sacudirla en sus bases”, al decir de Bacon; para ello, divide, separa, corta, fragmenta, individualiza. Sin embargo, por debajo de toda esa actividad maravillosamente racional, las viejas creencias se abrían camino bajo otras formas o denominaciones.

El siglo XVIII, que vio aumentado el número de los enemigos de la creencia en la brujería, no por ello dejó de interesarse por sus temas centrales. Así, el potente diablo de la teología se convierte en el pobre diablo de la literatura y la filosofía, en un diablo cuya imagen ya no es unívoca sino a la medida de cada cual. Un demonio al que los pedidos de la misa negra le imprimen un neto corte material. En consonancia con este nuevo cariz, los siempre prácticos ingleses fundan varios clubes del fuego del infierno, el primero de los cuales apareció en 1700 por inspiración del duque de Wharton. El más famoso Hellfire Club fue presidido por sir Francis Dashwood y entre sus miembros se contaban Benjamín Franklin y el conde de Sandwich. Quizá con intención paródica se reunían casi siempre bajo tierra convocados por un rito de adoración a Satanás que incluía beber, comer, jugar y gozar del sexo. Dashwood, “con un séquito de jóvenes libertinos, restauró la abadía de Medmenham y se instituyó en superior de un cuerpo sacrílego de ‘monjes’ que celebraban misas negras como parte de sus diversiones nocturnas. La abadía tenía también una galería de arte y biblioteca, con raras pinturas pornográficas y libros”⁷

En la nueva concepción del hombre que se buscaba imponer cada uno valía por sí, por sus logros en el mundo; el hombre y su ser ya no eran parte de la naturaleza, vuelta sólo materia. La identidad propia, perdido así su anclaje en lo divino, se vuelve inestable y se buscará reafirmarla, muchas veces brutalmente, a través del canibalismo de la identidad ajena. El blanco perfecto para esa apropiación es la mujer que, según esas modernas concepciones teñidas de viejas creencias religiosas, aparece como encarnación de la naturaleza. El mensaje normativo que se desprende es que, en tanto naturaleza, la mujer puede ser poseída, dominada, esclavizada. La escena erótica que las misas negras contribuyeron a edificar reflejarán largamente esos valores.

⁶ FRANCISCO ROMERO. *Historia de la filosofía moderna*. México, 1959.

⁷ FRANK DONOVAN, *op. cit.*

El varón se considerará afirmado en tanto venza al otro yo, el yo-naturaleza-misterio femenino. Las relaciones eróticas se vuelven conquistas, para lo cual se precisa que no haya complicidad, que haya un orden que alterar, una materia psicológica de la cual alimentarse. Hay que violar al otro en su carne para adentrarse en el secreto último de la personalidad. Al dar muerte a la voluntad femenina, el varón se adueñará de la naturaleza, cuyo juego inter-reflejante de vida-muerte procura eludir definitivamente por medio de la aniquilación simbólica, cuando no real.

El erotismo de las recámaras de los castillos, inaugurado por Gilles de Rais y la condesa de Bathory y continuado con las misas negras que unían mujer-erotismo y muerte va a ser exaltado en Sade y su obra de “cadáveres ensangrentados, niños arrancados a los brazos de sus madres, jóvenes degolladas para una orgía, parejas saciadas de sangre y vino, torturas inauditas”.⁸ Tal fue el impulso que Sade le imprimió al tema de los ritos de invocación-eros-muerte que alguien⁹ llegó a afirmar que la misa negra era prácticamente una invención literaria del marqués.

En este nuevo erotismo el varón se convertirá en amo de la carne; el otro-presa, ideal perfecto victimizado, será la mujer, dadora de vida, antigua diosa de la muerte. En ese cuerpo femenino el varón contemporáneo de la máquina se impondrá sobre la naturaleza; al negar e invertir la sexualidad de Lilith ahogará sus miedos ante la potencia de la materia, su reciente desazón ante las asperezas del existir, su pérdida del sentido último de la vida y la inexorabilidad del fenecer.

El carácter objetual de la mujer será señalado hasta el hartazgo por los ideólogos del erotismo tanático, desde el mismo marqués hasta Bataille, desde D.H. Lawrence, Klosowski, Leiris, Mailer, hasta los fabricantes de pornografía actuales.

La marca del poder real en el cuerpo de los individuos cesó legalmente con la Revolución Francesa; como lo advirtiera Foucault, Sade perpetúa esa marcación bajo el pretexto del erotismo.

Violar, sacrificar, macular el cuerpo para someter la voluntad de la mujer, para aniquilarla, dice el oficiante erótico-tanático cuyo reloj de la realidad marca el instante del poder. “El amante desarregla a la mujer amada tal como hace el sacrificador sanguinario con el hombre o el animal inmolado. La mujer es desposeída de su ser en manos del que la asedia. Junto con su pudor, pierde esa firme barrera que, al separarla de los otros, la hacía impenetrable: se abre bruscamente a la violencia del juego sexual desencadenado en los órganos de la reproducción, se abre a la violencia impersonal que la desborda desde afuera.”¹⁰

Durante el siglo XIX las misas negras y la brujería, que se hallaban en estado de reposo, cobran nueva vigencia. La obra de Karl Huysmans, convertido tardíamente al catolicismo, retoma las descripciones de la misa negra que se conocieran durante

⁸ JULES JANIN. *Revue de Paris*, 1834. Citado por GEORGE BATAILLE. **El erotismo**. Buenos Aires. 1960.

⁹ Robins en su **Enciclopedia**.

¹⁰ GEORGE BATAILLE, **op. cit.**

los procesos de la *Chambre Ardente*. Ritos blasfemos y prácticas sado-masoquistas acompañan un mundo de exaltaciones sexuales en lo que denomina la *misa espermática*. Allí las mujeres, sometidas al sacrificio masculino, convierten el lugar en “una monstruosa jaula llena de prostitutas y de locas”¹¹ que produce en los asistentes una oleada de histeria colectiva.

El mal que antes era una entidad encarnada en Satanás se ha desplazado al cuerpo femenino: el varón inducirá a la mujer -empleando la medida de fuerza que crea necesaria- para convencerla de que la única verdad femenina es alejarse del propio cuerpo y considerarlo propiedad masculina. La muerte había sido durante los siglos anteriores uno de los mecanismos para accionar la voluptuosidad. El modelo surgido de las misas negras efectuará una aproximación inversa, cimentando lo erótico sobre el placer de la aniquilación, del exterminio, de la muerte. La sexualidad femenina como tal quedaba inmolada.

¹¹ JORRIS KARL HUYSMANS. **Là-bas**. Buenos Aires, 1953.

CAPÍTULO XVII

VAMPIROS, MAGOS Y SOCIEDADES SECRETAS

Las luces de la razón iluminaban por doquier “el estudio más propio del hombre, el hombre mismo”, como sentenciaba Pope. Esta tarea formaba parte de lo que el siglo de la Ilustración se propuso: aplicar el entendimiento no sólo a los avances científicos sino al orden de las humanidades. La filosofía se aboca así a desarrollar el tema de la ética con independencia de los postulados religiosos. La literatura, a su turno, procura edificar el alma de sus contemporáneos con ejemplos moralizantes. La virtud, el amor a la patria, la amistad, se constituirán en tema de muchas obras amables, orientadas por la razón. La ópera, con sus imponentes reconstrucciones de tiempos idos, apuntará a desarrollar la imitación de las conductas del pasado en vastos núcleos populares.

La subjetividad se torna valiosa, “al humanismo, con su admiración unilateral por ciertos pueblos y ciertas formas de vida, sucede el humanitarismo, el culto de la humanidad, divinizada también bajo el nombre de naturaleza”.¹ Una humanidad compuesta de particulares pensantes.

Se inquiere en los meandros de la mente humana, se funda la psicología asociacionista; la pintura refleja en el arte de los retratistas las huellas del pensamiento en el rostro. Nacen los tratados específicos del arte poético, el arte literario, el arte pictórico. Se respetan y toleran las diferentes, aun las religiosas, dado que son expresiones, a veces corruptas, de ideas innatas en el hombre.

Se va abriendo paso una filosofía de la historia asentada sobre la base de una concepción integral de la cultura, tendiente a un mejoramiento paulatino que se logrará a través de la acumulación de conocimientos y el aumento de las luces que llegará a su punto óptimo con la felicidad derivada del imperio de la razón. La **Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par un société de gens de lettres**, la obra máxima de la Ilustración, introducía desde su título los nuevos valores: el trabajo humano era digno de respeto y los trabajadores, por serlo, debían recibir educación y conocimientos. Asimismo, tenía la pretensión de exponer “el orden y encadenamiento de los conocimientos humanos”, apuntando a sistematizar zonas de la realidad que pudieran servir de instrucción a sectores cada vez más amplios de la sociedad.

Esos adelantos a veces parecían muy crueles: por ejemplo, descubierto el contagio de ciertas enfermedades, se marcaba con una cruz la casa de los enfermos en las grandes epidemias que asolaron el siglo XVIII, o se les disparaba a boca de jarro a

¹ BENEDETTO CROCE. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires, 1953.

los apestados que circulaban por las calles. No obstante esto representaba un progreso respecto a creer que las pestes formaban parte de la obra diabólica o de una maldición divina. Lo cierto es que el hombre, en tanto un cuerpo con necesidades específicas, había hecho su entrada en el pensamiento lógico formal.

XVII. 1 Los críticos de la brujería

El número de los enemigos de la creencia en la brujería no cesó de ir en aumento. Tomasio, con argumentos de carácter histórico-cultural, jurídico y filosófico, demostraba la necesidad de suprimir por completo los juicios a las brujas. Si bien los diferentes países fueron suprimiendo las leyes que permitían el enjuiciamiento criminal contra la brujería, el cambio máximo fue transformarla en simple delito contra la credulidad ajena.

Sonnenfeld, Tartarotti y Reiche continuaron la línea de pensamiento que ya había aparecido en **De betoorte Wereld** (“El mundo encantado”) de Baltasar Bekker, un pastor holandés que negaba la existencia de la magia; la obra, publicada en 1691, se convirtió en parte del material de una polémica que quizá todavía no haya cesado. Esta tendencia al ejercicio estricto de la razón se contrapesaba con el gusto por lo extraño y maravilloso que en parte saciaban los cuentos de Perrault, las traducciones de **Las mil y una noches**, los relatos de viajeros.

El diablo también sufrió una transformación. La imagen del terrible macho cabrío del *sabbath* fue quedando atrás; ahora formaba parte de la conciencia humana, de la esfera onírica. Entre discusiones y controversias, entre burlas y sátiras literarias, se fueron acentuando las facetas teatrales que el diablo siempre había tenido. Satanás fue remplazado por Lucifer, “el portador de la luz”, el joven y bello ángel caído que los románticos tomarían como símbolo de la rebelión. Lo oscuro, lo temible, la sexualidad sin coto, la otredad absoluta, que habían sido algunas de las características demoníacas, rotan hacia una nueva criatura donde se proyectarán miedos, locura, angustia, erotismo, extrañeza: el vampiro.

XVII. 2.1 La epidemia vampírica

Desde el siglo XV en adelante, hay registros de casos en que los difuntos se comían su propio sudario y emitían sonidos raros. Los higienistas alertaron sobre los peligros emanados de la condición de las sepulturas, no siendo el menor el de los *Schmätzen Tode* o “muertos gruñones”. ¿Qué producía esos ruidos? ¿Qué clase de extraña vida continuaba más allá de la tumba?

Los médicos, categoría profesional en ascenso, procuraban aislar el hecho vital, investigando el alcance de sus límites que, para horror de las gentes, parecía continuar en el cadáver. Lo cierto es que los confines de ultratumba, mal custodiados por la ausencia de un ritual comunitario y efectivo, parecían propender

a permitir el regreso de los muertos a la tierra. A veces regresaban en forma de ave o animal; otras como vampiros.

Figuras similares al vampiro surgen en las más variadas tradiciones culturales. La novedad era que se manifestaban en cantidades alarmantes, al punto que se ordenan diversas investigaciones en el epicentro de sus manifestaciones: el este, el camino hacia la Rusia que asomaba como potencia económica en expansión. Los periódicos de la época, como el Mercure Galant, se hacen eco de la preocupación generalizada y recogen diversas historias de vampiros. Caraccioli, Davanzatti, Rauff, Herenbergio tratan asimismo el tema. Este último, contrariando la opinión de que quien veía un vampiro estaba condenado a morir en una quincena, afirma haber visto un vampiro en pleno mediodía sin que le causara daño; en consecuencia, entiende que la imaginación, al desarreglar el cuerpo y los humores, es la verdadera causa de esos fallecimientos.²

La misma opinión sostenía el monje benedictino Dom Agustin Calmet, una verdadera autoridad en la materia. En su obra máxima sobre vampiros³ los define diciendo que se trata “de muertos y enterrados desde muchos años o, al menos, desde muchos días, que vuelven *en cuerpo y alma*, hablan, caminan, infestan las ciudades, maltratan a los hombres y los animales y, sobre todo, succionan la sangre de sus prójimos, los exprimen y les causan la muerte.” Como el Convidado de Piedra -otro muerto que no moría- no come el pan de los hombres ni bebe su agua. Su cuerpo ficticio que no proyecta sombra ni se refleja en los espejos, se presenta ante las gentes y se sienta a su mesa sin pronunciar sílaba y sin servirse nada. Sólo se alimenta de sangre.

(Figura Nro. 20)

La Iglesia medieval había asegurado que los santos no se corrompían en sus tumbas por tener impreso en el alma el sello de la bienaventuranza eterna. Los vampiros tampoco se corrompían, aunque su olor era nauseabundo: por lo general se los encontraba incorruptos, con la boca abierta y los ojos sanguinolentos, los miembros flexibles, los labios encarnados y retraídos sobre sus comillos agudos y prominentes, con el pelo y las uñas muy crecidas. Si se cortaba la cabeza de ese cadáver, manaba de sus venas y arterias una sangre fresca y abundante; fuentes autorizadas sostienen que algunos espectadores mezclaban esa sangre con harina para amasar un pan que, al ingerirlo, les daría protección contra los vampiros.

Defenderse de los vampiros y darles una muerte definitiva eran cuidados esenciales. Había distintos métodos: colgar unos ajos, quemar incienso o resinas en general, depositar una rama de rosa silvestre sobre la tumba del presunto vampiro,

² JOHANN CHRISTOPHORE HERENBERGIO. *Philosophicae Christiani cogitationis de Vampiriis*. Amsterdam, 1753.

³ DOM AGUSTIN CALMET. *Dissertation sur les apparitions des anges, des demons, et des esprits, et sur les revenants et vampires de Hongrie, de Bohème, de Moravie et de Silesie*. París, 1746.

mostrarle un crucifijo. Y otros más truculentos -que recordaban la muerte en efígie de los métodos inquisitoriales- que eran proporcionarle una segunda muerte al cadáver por medio de una estaca clavada en su pecho, la quema del cuerpo, la decapitación o, dado que el vampiro odia el agua, enterrarlo en una isla o arrojarlo a un río.

Casi nadie quedaba exento del peligro de convertirse en vampiro al morir: si una persona había sido mordida por un vampiro, los fallecidos por envenenamiento, embriaguez o enfermedades raras u otras como la rabia, los abortos de padres ilegítimos, los niños que nacen con dientes, los perjuros, los excomulgados, los que mueren fumando o bebiendo durante la Cuaresma, los que son enterrados sin recibir los Santos Sacramentos. Como los suicidas, a los que debía clavárseles una estaca en el pecho para que no retornaran del más allá, los vampiros engrosaban sus filas con los marginales del sistema social, con los que no se ajustaban a las convenciones imperantes. Por eso dos grupos humanos proporcionaban ingentes cantidades de vampiros: los judíos y las brujas.

XVII.2.2 Lilith resurrecta

Fassmer define de esta manera a los vampiros: “Cadáveres de brujos o brujas maléficos, que erran de noche bajo la forma de lobos o búhos y asesinan a las gentes y a los seres vivientes.”⁴ Como el demonio, el vampiro está relacionado con los muertos, con las tinieblas dentro de las cuales cobra vida. “No es por azar que Henne am Rhijn considera que ‘las strigas romanas que vuelan de noche son los ancestros de los vampiros europeos’ o que, para Freimark, ‘las lamias griegas y romanas son a la vez demonios lúbricos y vampiros’.”⁵ Esto lo corrobora que la raíz de la palabra vampiro -con sus diferentes fonéticas en los idiomas europeos- debe encontrarse en el vocablo serbio *vampyr* que, a su vez, remite al antiguo eslavo *péro*, “pluma” y a su pariente filológico griego “ala”.

Alas para el vuelo de los cadáveres vivientes, como las alas de Lilith y, como Lilith que suele retornar bajo forma de animal, canibalismo y gusto por la sangre para reanimar su vitalidad. Y, también como Lilith, una sexualidad distinta, osada.

En primer lugar, la preferencia vampírica se dirigía hacia los seres conocidos: se sabía que el vampiro tenía comercio carnal con su viuda pero tampoco faltaban casos de padres vampíricos que se deslizaban en el cuarto de sus hijas por el ojo de la cerradura o de hermanos que se fundían en un abrazo de dos mundos. Si no había parientes o allegados a quienes unirse, no desdeñaba a jóvenes hermosas o apuestos donceles.

En sentido contrario, las muchachas muertas sin haber conocido los goces sexuales corrían el riesgo de transformarse en vampiros, quizá hasta agotar su deseo nunca saciado. Y lo mismo ocurría con los judíos. La sexualidad judía, considerada por

⁴ FASSMER M. *Etimologhitchskii slovar rousskovo iazyka*. Moscú 1964-1973

⁵ JACQUES BRIL, *op. cit.*

ese tiempo excesiva para la media aceptada, los volvía pasibles de transformarse rápidamente en vampiros. Esto se veía reforzado por la extraña relación con la sangre que se atribuía a los hebreos, tal vez en razón de sus costumbres grupales, como las prohibiciones sobre la mujer menstruante o el ritual de la circuncisión. Por ello, al desenterrar un cadáver del que se sospechaba era una de esas criaturas colindantes con la vida y la muerte, de inmediato se le realizaba un examen genital para verificar si tenía el prepucio cortado.

Al igual que Lilith que no cesaba de acoplarse en su destierro del mar Muerto, los vampiros eran atormentados por la constante punzada del ansia sexual, al punto que se encontraba a muchos de ellos con el pene en erección cuando se abrían los sepulcros. Ese fuerte impulso sensual les confería un halo de enorme magnetismo. Según se desprende de las historias picantes, recogidas entre otros por Voltaire, el vampiro ejercía una atracción inusitada sobre las personas que buscaba someter. Las palabras contribuían a crear una atmósfera de seducción irresistible. No obstante, sus actos negaban toda levedad: “si bien el paso del tiempo fue dulcificando su trato, las magulladuras, marcas y golpes, acompañaron largamente sus noches de amor. En cada encuentro dejó lo que siempre fue y será su huella transformadora, imborrable, única: la mordedura.”⁶

Dientes masculinos clavados en delicados cuellos ebúrneos, pero también mujeres clavando su colmillo sediento de sangre en la yugular de un varón, esto es, conduciendo con absoluta libertad la práctica del amor. La existencia de vampiras reforzaba la teoría de las brujas revivían los cadáveres con sus poderes mágicos, ¿quiénes sino las brujas se atreverían a gozar del sexo de un modo libre y anti-conventional? Si los vampiros inspiraban miedo, las vampiras inspiraban terror y desagrado. Cuando las plumas de Goethe, Byron, le Fanu, Gautier le presten al tema la dignidad del buen estilo literario, se regocijarán en la truculencia de sus rasgos femeninos, como una tácita advertencia sobre los peligros de la sexualidad específicamente femenina tanto como de la autonomía que las mujeres iban ganando en el plano social.

XVII. 3 Los nuevos magos.

La brujería no existe; la magia no existe, afirmaban las voces cultas europeas; son creencias “irracionales”, dicen los autores de la **Encyclopédie** mientras el pueblo llano se afana en sacar de su sepultura a los seres denunciados como vampiros y en los altos niveles económicos persisten las prácticas de misas negras a las que no tardará demasiado en añadirse el condimento vampírico con el uso de sentadoras capas negras que simulaban las alas del vampiro.

Barrios enteros se dedican a la magia, como el alquímico Saint-Marceau de París, y los magos pululan en las cortes. A diferencia de las brujas, se los halaga, se los

⁶ LEONOR CALVERA. *Historia de...*, op. cit.

escucha y consulta. Se publica una imponente cantidad de libros dedicados a la magia y las ciencias ocultas: algunos son reediciones de Agripa, de Alberto Magno, de antiguos grimorios. Otros se revisten de un lenguaje moderno, dejando traslucir la influencia del racionalismo puesto que se empeñan en equiparar ciencia y magia: al cimentar ésta sobre bases científicas nacen nuevas y complejas técnicas y rituales.

“La alta nobleza, ansiosa de independencia y de poder, segrega su propio mito: el del gran señor cosmopolita, potencia oculta en política, gran seductor, amigo inmortal y profeta.”⁷ Entre esos personajes de nota que poblaban las cortes, algunos nombres han llegado hasta nuestros días con una fama ambigua de farsantes e iniciados. El conde de Saint-Germain es uno de ellos.

El lugar y la fecha del nacimiento del conde de Saint-Germain son hipotéticos; se presume que nació en 1699, en Bayona, y que era hijo natural de la viuda de Carlos II de España y un cierto conde Adanero; otras genealogías lo suponen hijo de Francis Rakoczy II, príncipe de Transilvania. Se le asigna una vida muy dilatada, de más de cien años, aunque algunas personas lo vieron después de la fecha de su fallecimiento, en 1784. Las descripciones físicas lo pintan como un hombre que invariablemente pareció tener entre cuarenta y cincuenta años y que, al igual que el vampiro, nunca probaba bocado en las comidas a las que asistía. Sus habilidades eran múltiples: podía tocar muy bien el violín, pintaba, tenía una memoria excepcional para recordar hechos y anécdotas históricas, era vidente y hábil en alquimia y química, todo lo cual le valió el apodo de *der Wundermann*, el “hombre maravilla.”

Nunca se le conocieron negocios ni cuentas bancarias, por lo cual se suponía que la extraordinaria fortuna de que hacía gala provenía de su talento para transformar en oro el metal vil. Asimismo, el conde aseguraba que podía quitar las imperfecciones de los diamantes y agrandarlos a voluntad, así como a las perlas. Su gusto por las gemas era indiscutible puesto que los personajes retratados por él están cubiertos de joyas que los iluminan de modo muy particular. Él mismo no sólo las usaba en profusión, incluso en el calzado, sino que se decía que las llevaba cosidas en el doblez de sus vestidos y que también las guardaba a puñados en una arquilla que llevaba siempre consigo.

Disfrutaba la compañía de mujeres hermosas, algunas de las cuales fueron sus amantes: las elegidas resultaron casi siempre personas tan misteriosas como él, verbigracia, la princesa de Lamballe a quien puso al frente de una de las logias esotéricas que fundó. Su trato con Luis XV, de quien se lo creía agente secreto, sus veladas interminables a solas con el rey provocaron los celos de la corte y la enemistad de sus ministros, que lo tildaron de charlatán y aventurero. Saint-Germain partió a Inglaterra, luego a Rusia -donde tomó parte en la conspiración que puso en el trono a Catalina la Grande- y volvió a Francia diez años antes de su

⁷ JEROME-ANTOINE RONY. *La magia*. Buenos Aires, 1962.

muerte. Profetizó los acontecimientos de la Revolución Francesa con las siguientes palabras: “Habrá una república sedienta de sangre cuyo cetro será el cuchillo del verdugo”.

Uno de los discípulos de Saint Germain fue Alessandro, conde de Cagliostro. Había nacido éste en 1743 en Palermo, Italia, siendo su nombre real Giuseppe Balsamo. Desde la infancia tuvo una vida accidentada: escapó de la casa de su tío, escapó de un seminario y escapó de un monasterio benedictino donde descubrió su talento para la medicina. Luego de la huída del monasterio, se unió a una banda de vagabundos que cometieron diversos crímenes. Salvado de la prisión por su tío, a los diecisiete años conoció a un orfebre llamado Marano con quien se asoció para el estudio del ocultismo y la alquimia.

Luego de estafar a Marano, Cagliostro emprendió diversos viajes recorriendo Egipto, Grecia, Etiopía, India, Persia, donde profundizó sus estudios de alquimia y ocultismo. De regreso en Italia, se estableció como médico en Roma, donde contrajo matrimonio con Lorenza Feliciani, llamada Serafina. Pronto la Inquisición comenzó a sospechar de Cagliostro pero, antes de ser detenido por hereje, huyó con su mujer a España donde permaneció varios años.

En 1760, después de una breve estadía en Italia, llegó a Inglaterra con la pretensión de haber descubierto un secreto alquímico. En ese momento conoció al conde de Saint-Germain que lo inició en los ritos egipcios de la francmasonería y le transmitió las recetas para producir el elixir de la juventud y el de la inmortalidad. A su turno, fundó varias logias masónicas del rito egipcio en Inglaterra, Alemania, Rusia y Francia. En París se dedicó a la venta de medicinas hasta que despertó el interés de Luis XVI en cuya corte de Versailles permaneció varios años difundiendo algunos secretos mágicos. Envuelto en un oscuro complot que desembocaría en la Revolución Francesa, Cagliostro fue primero encarcelado en la Bastilla y luego desterrado.

De regreso a Roma con su esposa, retomó la práctica de la medicina sin descuidar la celebración de sesiones mágicas. Luego de fundar una logia masónica, fue arrestado por la Inquisición; en el juicio que le siguieron, fue acusado de herejía, magia, conjura y francmasonería. Luego de dieciocho meses de deliberación, los tribunales inquisitoriales lo encontraron culpable y lo sentenciaron a muerte. El Papa le conmutó la pena por la de prisión perpetua. Una vez más intentó huir de la cárcel de Sant Angelo pero fue fácilmente recapturado y confinado en el castillo de San Leo, una prisión de máxima seguridad, donde murió en 1795. Nadie creyó en Europa que había muerto Cagliostro, una de las más destacadas figuras del ocultismo, sino que de algún modo habría de reaparecer; a tal punto era impensable su muerte que el propio Napoleón debió insistir en que Cagliostro efectivamente había fallecido.

XVII. 4 Las sociedades secretas.

Lo que da el sello especial a los finales del siglo XVIII y comienzos del XIX es el florecimiento de las sociedades secretas, el resurgir de los antiguos misterios. Nadie que se preciara, desde condes y duques hasta artistas e inventores, dejaba pertenecer a una sociedad secreta o, por lo menos, de estar al tanto de su existencia y mantener con ellas cierto trato.

El conocimiento que luego recibiría el nombre de tradición hermético-cabalística se reflejó con fuerza inusitada en sectas, órdenes, logias y movimientos de diferentes orientaciones pero con un idéntico sustrato de saberes ocultistas. La orden de los Templarios fue reconstituida en Francia; en Viena se crea la orden de los Frates Lucis; en Alemania aparecieron los Caballeros de la Estricta Observancia y el propio Federico II fundó la secta de los Arquitectos de África.

Los rosacruces, que habían revelado su existencia al público a través de dos documentos titulados Fama Fraternitatis Rosae-Crucis y Confessio Fratrum Rosae-Crucis -publicados respectivamente en 1614 y 1615-, se multiplicaron con diferentes orientaciones. Martínez de Pasqually enseñó su teoría de la reintegración que combinaba el cristianismo platónico con las teorías de Swedenborg y Mesmer; éste, que redescubrió el fluido magnético, después de ser miembro de varias sociedades, fundó en París el rito denominado de la Armonía Universal. Los filaleteos o analogistas interpretaban los misterios sagrados; los Hermanos Reunidos aspiraban a la mística, los miembros del Club del Fuego Infernal mantenían sin pausa sus reuniones, los masones florecían y místicos como de Maestre hablaban de magia y milagro en referencia a los hechos de la Revolución Francesa.

El siglo XIX extenderá y bifurcará una y otra vez todo ese movimiento esotérico, ayudado por la extensión y significado que se diera a Oriente de resultados del gusto por los viajes y de las conquistas napoleónicas tanto como por la necesidad de hacer y hacerse que caracteriza la vida en sociedad desde la Revolución Industrial.

SEXTA PARTE

CAPÍTULO XVIII

TODO SE CUESTIONA, TODO SE RENUEVA

Fascinada por el impulso del progreso, la sociedad decimonónica se entrega al fragor de las acciones, incluida la inmensa tarea de moldear la propia persona. Se valoriza entonces la infancia, la biografía temprana, los inicios personales. La muerte pierde su dimensión de otredad y se convierte en el horizonte que pone fin a una vida que se vuelve muy corta con el enorme quehacer que se encuentra por delante. Pero, como cada vez que la mirada se rehúsa a contemplar el misterio de la muerte, gira hacia el pasado, hacia los orígenes. En consonancia con los ideales de la Edad Media, se vuelve al ayer, esta vez no para redescubrir la mitología griega sino las leyendas cristianas. En este retorno, las ruinas ganaron un extraño aprecio. La sensibilidad romántica se sintió conmovida porque el mundo de las ruinas le revelaba una dimensión de la obra de arte no sujeta a los avatares del tiempo, la decadencia y la extinción. Desde su individualidad, el hombre podía hacer coincidir, mediante el arte, su tiempo vital con el tiempo cósmico.

XVIII. 1 Arte y pueblo

El arte aparece engarzado asimismo en el contexto de una época que, con la aplicación de las ciencias a la industria y la forma de producción capitalista, iba a poner “al descubierto los antagonismos latentes de las diversas clases sociales que se habían lanzado a la producción. El romanticismo social, que era todo lástima por los humildes y deseos de reorganizar la sociedad, iba a tener su origen en las repetidas pruebas de la miseria y de los sufrimientos del pueblo”¹ Aun cuando algunos poetas habían saludado al maquinismo, viendo en el vapor el símbolo de la democracia, pronto el creador se transformará en paladín de la defensa del pueblo, movido por la conmiseración hacia la nueva esclavitud derivada de la industrialización, a beneficio de los burgueses. Los hechos de la vida popular perturban la imaginación romántica, que acaba por concluir que las capas más bajas de la sociedad son ofrecidas en aras del progreso de las fuerzas materiales. En la novela social, que había florecido en el siglo anterior, el pueblo aparece como la virtud mancillada por la crueldad y el egoísmo de las clases adineradas. El artista reflexiona sobre el progreso, la injusticia, la rebeldía, sobre la paz universal, sobre las instituciones. En sus obras refleja la singularidad del hombre en la singularidad de su oficio. Sin embargo, sea cual fuere la condición del trabajador, todo tiene un denominador común: la necesidad de emancipación. Emancipación de las ideas que los mantienen oprimidos, emancipación de las costumbres, que los

¹ ROGER PICARD. *El romanticismo social*. México, 1947.

mantienen sojuzgados, emancipación del pensamiento, mantenido dentro de los confines de lo racional durante el Iluminismo.

La Declaración de los derechos del hombre impregna todas las clases. Se lucha por la independencia de las naciones; se lucha por la independencia de las mujeres; el arte lucha para manifestar lo no visible, lo fantástico, lo mágico. “Con la publicación de la novela onírica de Horace Walpole, **El castillo de Otranto** (1764), lo demoníaco encontró una forma literaria en medio de ideales augustos de armonía clásica, decoro público y razonable restricción.”² A poco le seguirán Ann Radcliffe, Mathews Gregory Lewis, Ernst Theodor Hoffman en los comienzos de una lista de cientos de obras que con sus castillos enigmáticos, sus aparecidos sorprendidos, sus vampiros y monstruos darán lugar a lo que se denominaría género gótico.

No poco lugar le cabe al diablo en esta literatura, aunque es un diablo que ha cambiado sustancialmente al ir cayendo las barreras del miedo que lo circundaban, aunque la Iglesia siguiera sosteniendo la verdad de sus poderes. Lo cierto es que, en la era de las revoluciones, el demonio se ha liberado y ya no representa al mal ni es el macho cabrío: es el hombre mismo, es Lucifer, un bello adolescente rebelde ante un dios-padre arbitrario. Byron, Shelley, de Vigny, Víctor Hugo, George Sand lo reivindicaron como el ángel “del pobre, del débil, del oprimido” y así lo representan pintores como Delacroix.

El pensamiento religioso-libertario recoge esa efervescencia de lo popular en dos ramas que en ocasiones suelen unirse: la que se aboca a la enseñanza de prácticas mágico-brujeriles y la que analiza y reinterpreta los sucesos del pasado relacionados con esa corriente.

XVIII. 2 Nuevas orientaciones de la magia

En la tradición hermético-cabalística uno de los primeros nombres que se destacan por sus nuevas contribuciones es el de Eliphas Levi. Este ocultista francés nació en 1810, siendo hijo de un zapatero. Fue educado en la iglesia de San Sulpicio donde pronto se interesó por la magia. Prosiguió sus estudios eclesiásticos hasta recibirse de diácono aunque fue expulsado del seminario tanto por sus romances como por su interés por el ocultismo y sus escritos políticos. Estos últimos, de corte socialista revolucionario -uno de ellos se titulaba **La Biblia de la libertad**- le valieron ser encerrado en prisión tres veces.

Trabó conocimiento con un excéntrico llamado Ganneau, que se decía reencarnación de María Antonieta a la vez que profundizaba en la magia y se ganaba la vida con sus escritos. Por ese tiempo cambió su nombre de Alphonse Louis Constant por el seudónimo hebreo con el que se haría conocido.

² ROSMARY JACKSON. *Fantasy*. Buenos Aires, 1986.

Como en muchas otras circunstancias, es una dama de la noche, una extraña mujer quien, durante un viaje a Londres, lo induce a conjurar el espíritu de Apolonio de Tiana, un mago de la primera centuria cristiana. Vestido con ropas blancas, en una habitación revestida de espejos, con una mesa cubierta por una piel de cordero y dos recipientes de metal con fuegos prendidos, se entrega a las encantaciones durante doce horas. En ese momento comienza a sacudirse violentamente y ve aparecer un espíritu vestido de gris frente a él, que responde telepáticamente a sus preguntas. Levi siente un frío extremo y su brazo izquierdo entumecido y se desmaya cuando la aparición toca su espada ritual. Al recobrarle, duda que, en efecto, haya evocado el espíritu de Apolonio. Más tarde explicará estas apariciones conforme a las teorías que fue elaborando.

En el aspecto práctico, Levi enfatizó la importancia del Tarot -el juego de cartas cuya historia dio a conocer en el siglo XIV Court de Gebelin- como un instrumento perfecto para la adivinación ya que contiene la clave de la ciencia oculta. Su interés por el Tarot y sus profundos conocimientos de la Cábala lo llevaron, en compañía de Papus, a introducir modificaciones en el llamado Tarot de Marsella y a dedicarle veintidós capítulos en su obra cumbre³. Sin embargo, antes que como mago practicante, Lévi será admirado precisamente por sus aportes teóricos que se basaban en el reconocimiento de tres leyes o doctrinas fundamentales: la “ley de las correspondencias”⁴, la importancia de la voluntad humana, que constituía “una fuerza tan real como la del vapor o la corriente galvánica” y la existencia de la luz astral -término tomado a Paracelso pero también deudor de Mesmer- que impregna la naturaleza toda aunque es invisible y carece de forma. Esta luz astral es la que, mediante la voluntad, puede moldearse para provocar la aparición de entidades desaparecidas.

Conforme a las teorías de Levi, cualquier rito mágico puede llevarse al término deseado aplicando la ley de las correspondencias ya que todo factor presente en el alma humana es “un espejo mágico del universo”. Por consiguiente, si lo que se busca es valor, se debe invocar a Marte y todo cuanto con él se relacione: el número cinco, las vestiduras rojas, los inciensos fuertes y así indefinidamente. Este mago y experto en Cábala, que buscó reconciliar sus ideas con la fe católica, declaraba: “Demostrar la base natural de lo maravilloso...es equivalente a erradicar de la mentalidad común la prueba convincente de los milagros, que cada religión reclama como propiedad exclusiva y argumento definitivo.”

Una década después de la muerte de Levi, sus escritos comenzaron a estudiarse con sumo interés, no siendo ajenos a ese despertar el marqués de Guaita y Josephin “Sar” Peladan, ambos miembros del Salón de la Rosa Cruz. Ésta había sido

³ ELIPHAS LEVI. **Dogma y ritual de la alta magia**. Buenos Aires, 1951. Las citas siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a esta obra.

⁴ Se trataba de una nueva versión de la creencia medieval en que el hombre constituía un microcosmos que se correspondía punto por punto con el macrocosmos. Este reverdecimiento de esa vieja doctrina no sólo influyó en los practicantes de la magia sino en poetas como Baudelaire.

fundada en 1888 con objeto de estudiar textos cabalistas y del ocultismo. Muchos de los seguidores del Salón acabaron enfrentados por la orientación cristiana o cabalista de sus estudios. A pesar de reivindicar al artista como sacerdote del “gran misterio”, del “gran milagro” y de contar entre sus filas a músicos como Eric Satie, la Rosa Cruz católica acabó por disolverse, no así la cabalista, dirigida durante mucho tiempo por Papus⁵ y luego escindida en múltiples fracciones.

Entre los seguidores de Levi se contaban no sólo franceses sino también ingleses. Kenneth Mackenzie fue uno de ellos. Mackenzie era un ocultista experto en la magia enoquiana de Dee. John Dee -un extraño personaje del siglo XVI-, además de fabricar criaturas articuladas, decía haber recibido del ángel Enoc distintos elementos compuestos por un alfabeto -diecinueve “llaves” o invocaciones-, la traducción de esas invocaciones, una importante cantidad de conocimientos ocultos y más de cien grandes cuadrados de letras, constituídos por dos mil cuatrocientos un caracteres, y las respectivas instrucciones para su uso. Mackenzie, que combinaba esta magia enoquiana con rudimentos de química y medicina, es quizá el responsable de unos manuscritos que se publicaron en 1887 y que ejercieron una influencia determinante en la fundación de la Orden del Amanecer Dorado, la fraternidad ocultista que le dio un impulso inusitado a la tradición mágica occidental.

XVIII. 3 El espiritismo

“¡Aunque seas el mismo Diablo, haz lo mismo que yo!” estas palabras de una de las hermanas Fox acompañaron el castañeteo de dedos con que se le ocurrió responder a los ruidos que se escuchaban permanentemente en su residencia y que habían obligado al dueño anterior, el pastor Vekman, a abandonarla. Ante su sorpresa, la invitación fue aceptada. De este manera, en la noche del 31 de marzo de 1848, comenzaba oficialmente el espiritismo. Como el primer telégrafo, inaugurado en 1794, el de la comunicación con las entidades espirituales se propagó rápidamente. Su teórico Allan Kardec -seudónimo del francés H.L. Rivail-reconoce, como la democracia liberal del industrialismo, que todos los hombres, de aquí o del más allá, son hermanos y que no existe supremacía de unos sobre otros, excepto las surgidas del talento o la virtud. Uno de los artículos del Credo espiritista afirma: “Creo en la solidaridad de los sufrimientos en el mundo visible y en el invisible, en vista de una armonía final de paz y amor.”

Las brujas habían sido reiteradamente acusadas y perseguidas por practicar la necromancia; ahora los científicos estudiaban con interés el fenómeno de las *médium* que interrogaban a los muertos. Eusapia Palladino, Florence Cook, fueron damas de la noche cuyos nombres cobraron fama en el Continente, no sólo por sus

⁵ Uno de los magos que influyeron en el último zar.

comunicaciones de ultratumba sino por las formaciones ectoplasmáticas que emanaban de ellas.

El espiritismo tenía muchos puntos de contacto con la teoría de la reencarnación importada de Oriente. A mediados del siglo XIX se decidió encarar seriamente los estudios orientalistas y, por primera vez, se tradujeron a lenguas romances algunas joyas del pensamiento oriental. Esta labor, en la que fueron pioneros nombres como los de Max Müller y M.E. Bornouf, permitió a un vasto público acceder al manantial de origen de concepciones sobre el universo cuyos parámetros sobre la vida y la muerte, el bien y el mal, el tiempo y el espacio diferían notablemente de los que se hallaban en vigencia en la sociedad judeo-cristiana.

Escritores de la talla de Mallarmé, Barrès, Huysmans, Schuré, o pintores como Puvis de Chavannes o Rouault discutieron apasionadamente temas tales como la mística india, la reencarnación, la metempsicosis, proporcionándoles en muchos casos el material con que alimentaron sus creaciones.

La teoría de la metempsicosis de las almas y la ley del *karma* encontraron cabida en un movimiento fundado por *madame* y el coronel Olcott: la teosofía -término que se remonta al siglo III a.C-. En la Sociedad Teosófica, que vio la luz en 1875, se enseñaba que es posible llegar a la sabiduría suprema y que se produce una evolución constante a través de la reencarnación. Su cosmogonía, muy compleja, abarca varios mundos y edades sin cuento. El ser humano nace una y otra vez en esos mundos, revestido de cuerpos diferentes. En esta tierra, la misión del hombre es vivir de modo tal que pueda prestar su auxilio en la arrolladora marea de la evolución. En este sentido, las actividades de la Sociedad se extendieron a una faz práctica, cuyo objetivo era producir reformas que condujeran a la unión fraternal de toda la humanidad. A ese mismo fin, sus adeptos investigaban la Verdad Una a través de todas las religiones, artes, ciencias y arcanos.

XVIII. 4.1 Las primeras revisiones de la brujería

La hora de la lucha de las mujeres por obtener sus derechos había comenzado a sonar en las postrimerías del siglo XVIII. Los comienzos del XIX las encuentran activas junto a los socialistas utópicos con cuyas metas teóricas aparecen fuertemente solidarizadas. Los nuevos tiempos revolucionarios exigen, según los utopistas, un nuevo lenguaje, de modo que en 1830 Fourier acuña el término “feminismo” para la búsqueda de la emancipación femenina en todos los planos: el económico, el político, el matrimonial.

En la expresión artística, triunfa el gótico en “textos que fantasean un ataque violento al orden simbólico, y no es casual que en la tradición gótica haya tantas escritoras mujeres: Charlotte y Emily Brontë, Elizabeth Gaskell, Cristina, Rossetti, Isak Dinesen, Carson McCullers, Sylvia Plath, Angela Carter. Todas ellas

emplearon el fantástico para subvertir la sociedad *patriarcal*, el orden simbólico de la cultura moderna.”⁶

Se pone bajo la lupa la vida cotidiana de las mujeres pero también, como lo impone el momento, se tiende la mirada hacia atrás y se analiza la vida en otros tiempos, en la época oscura de la caza de brujas. Lo notable de estas indagaciones es la diferencia sustantiva con los enfoques de siglos anteriores.

Acaso el primero en pronunciarse sobre la supervivencia en la brujería de antiguos cultos paganos fue Kart Ernst Jarcke. Este jurista prusiano, que abrazó el catolicismo y añoraba la monarquía medieval, descreía de hechos tales como los vuelos nocturnos, la presencia de Satán y otros prodigios, pero admitía que las brujas se reunían en asambleas nocturnas y pertenecían a una secta organizada de origen germánico. Por consiguiente, en tanto opositoras al catolicismo, quedaba justificado haberlas perseguido y condenado a muerte. Diez años después, en 1839, Franz Josef Mone, hizo propios esos mismos puntos de vista, agregando que el *sabbath* era la deformación de un culto esotérico a Dionisos y Hécate. Asimismo, ambos compartían la idea de que esas prácticas formaban la base de una rebelión campesina; sin embargo, ni uno ni otro aportaron pruebas para sostener sus tesis. Junto con Walter Scott y sus influyentes **Letters on Demonology and Witchcraft**, de 1830, -escritas poco antes de padecer un ataque de apoplejía- llevaron nuevamente a un primer plano el tema de la brujería, despertando la necesidad de profundizar en los conocimientos y raíces del viejo culto.

Un año antes Etienne Leon, barón de Lamothe Langon, dio a conocer su **Histoire de l’Inquisition en France**. El barón de Lamothe era un escritor mercenario que había publicado obras góticas como **The Vampire**, **The Head of Death** y **The Monastery of the Black Friars** sin mayor éxito, habiendo además dejado volar su imaginación en una colección de memorias privadas de Luis XVIII. En la **Histoire** describe enormes procesos que habrían tenido lugar en el sur de Francia y asegura haber transcrito actas de la Inquisición que luego fueron destruidas. Conforme a esa documentación, la brujería del siglo XIV era un culto organizado que tal vez fuera la supervivencia de una antigua religión. Lamothe se detiene largamente en la descripción de *sabbaths*, enormes misas negras y pactos elaborados con una complejidad mayor que la surgida del **Malleus**. Y, sobre todo, da cifras espeluznantes sobre la cantidad de condenados por la Inquisición en Toulouse y Carcasone que, en el peor día, ascendieron a cuatrocientas personas muertas en la hoguera. Aunque nunca se pudo comprobar la veracidad de sus fuentes, la obra tuvo un impacto movilizador en una sociedad sacudida por la violencia de constantes brotes revolucionarios de modo que extensos fragmentos de la obra fueron citados y vuelto a citar en obras de estudiosos, incluso del siglo XX.

Menos espectacular es la contribución de Charles Mackay en las **Memories of Extraordinary Popular Delusions and the Madnes of Crowds**, título revelador

⁶ ROSMARY JACKSON, *op. cit.* El subrayado pertenece a la autora.

publicado en 1841. Allí muestra una visión optimista de la evolución humana al definir la brujería como “una epidemia de terror que atrapó a las gentes” y que había quedado atrás puesto que ya no se la criminalizaba. El hospital y no la pira era el futuro que aguardaba a quienes creyeran ser lobos o volar por los aires.

XVIII.4.2 Otros aportes a la revisión histórica

Hacia la segunda mitad del siglo XIX se publican algunos de los libros que dejarán una huella perdurable en el análisis de la brujería. Uno de ellos provocaría una polémica desde el momento mismo de su aparición: **La Sorcière** de Jules Michelet.

Michelet nació el 21 de agosto de 1798; su infancia fue penosa por cuanto su padre, un modesto impresor y librero, vio malogrado su negocio a consecuencia de la censura de prensa que había impuesto el régimen de Napoleón. A pesar de las privaciones, su padre logró darle una educación elemental y esto, unido a los esfuerzos del joven Jules, hizo que a los 29 años estuviera en condiciones de enseñar en la Escuela Normal Superior de París e impartir clases de historia y filosofía. Asimismo, había llevado a buen término la traducción francesa de la **Scienza Nuova** de Vico y comenzaba a ser respetado en los altos círculos intelectuales.

Los acontecimientos políticos de 1830 le permitieron confirmar la verdad de las teorías de Vico -que había hecho suyas- respecto a que la voluntad de los hombres y mujeres determina el curso de la historia. El pueblo en las calles, un pueblo doliente, explotado, idealista, le permite a Michelet desentrañar en ese protagonismo una lucha contra la adversidad que dará color a toda su visión histórica, desde su monumental **Histoire de France** hasta las obras menores como **Nos fils**.

En 1831 aparece su **Introduction à l'histoire universelle** donde queda en claro la tesis moral y crítica subyacente en todas sus obras: el Cristianismo, la Reforma y la Revolución son las tres etapas capitales de la lucha por la libertad humana. Ese mismo año es nombrado jefe de la sección histórica de los Archivos Nacionales de Francia, lo cual le dio la oportunidad de consultar de primera mano documentos relativos a la elaboración de sus libros de historia. En los años siguientes, abrumado por su viudez y otras tragedias personales, pasa poco a poco de sus convicciones cristianas a una visión de la democracia como progreso liberador. En 1852, al proclamarse el Segundo Imperio, Michelet rehúsa brindarle su apoyo, lo cual le cuesta ser despedido de los puestos oficiales.

Vuelto a casar con una mujer treinta años menor que él, Michelet cambia el tono de su prosa, tornándose más lírico, más libre y flexible. De esa época son sus obras dedicadas a los insectos, los pájaros, el amor, los hijos y las mujeres. Precisamente

en ese momento, 1862, publica **La Sorcière**.⁷ No bien aparecido el libro, se vio envuelto en un escándalo de proporciones cuando el editor, Hachette, hizo retirar de la venta los ejemplares, al darse cuenta tardíamente del tono encendido de la introducción. Luego de varias idas y vueltas terminó por aparecer, expurgado, en noviembre de 1862 con el sello de Hetzel E. Denter.

La Sorcière es una exposición del más conspicuo pensamiento de Michelet: liberalismo político y filosófico, anticlericalismo, altos ideales morales que debían conducir al hombre a la libertad y, por supuesto, preocupación por la condición femenina. La moderna historiografía ha señalado hasta el hartazgo la falta de rigor en la compilación de datos, la escasa sistematización, la endeblez de las pruebas que sostienen su tesis, entre otras carencias de tono científico. Pero lo cierto es que Michelet es, ante todo, un escritor entrañable que, con una prosa brillante, habla de lo que le duele de la condición humana, habla desde el corazón y no desde el microscopio académico. Michelet es el historiador de las multitudes, del pueblo llano eternamente oprimido, de las aflicciones de una libertad siempre esquiva, por eso, más allá de sus falencias, su obra sigue brillando con la vida del amor que le insufló.

En 1860 había escrito: “Por un singular concurso de circunstancias sociales, religiosas, económicas, *el hombre vive separado de la mujer*”.⁸ Esa mujer separada del hombre pero dispuesta a colaborar con él, esa mujer a la que le ha sido vedado el uso del conocimiento, esa mujer que soporta por su género y su condición social la tiranía de los poderosos, esa mujer que guarda los secretos de la sexualidad, es la *sorcière* de la obra de Michelet. Una bruja que es la novia de Satanás. Un Satanás que ya no es una figura espantable sino el que trae la luz, “el príncipe de la Naturaleza”. Alejarse de las ciudades y volver al campo, a la naturaleza, era un centro magnético en Rousseau, en los prerrafaelistas, en Edward Williams -que había atraído la atención sobre el paganismo, la religión de los *paganus*, los paisanos, los campesinos. Michelet elogia el retorno a las raíces, a esa vida silvestre de la cual es sacerdotisa la bruja que también obra como nexo entre las gentes de olvidados parajes rurales. Porque la bruja es la sanadora, la consejera, la que escucha las voces secretas, la que da el pan de la misa rebelde, la *conferratio* contra el orden social, jurídico y simbólico instituido por el patriarcado.

¿Cómo no habría de ser objeto de temor la sacerdotisa de una religión que buscaba la igualdad, la paz y la democracia en un mundo de violencias injustas? ¿Cómo no habría de ser objeto de persecuciones y matanzas? ¿Y cómo no habría de ser denostado Michelet en tanto continuaran las condiciones que tan bien describió? Porque Michelet el historiador es también el artista que buscaba tender puentes entre los sueños de armonía universal y la realidad de sus posibilidades en un mundo que constantemente las traba y escamotea, un creador que aspiraba a que su palabra ayudara a construir un mundo mejor.

⁷ Publicada en castellano con el título **Historia del satanismo y la brujería**, op. cit.

⁸ JULES MICHELET. **La mujer**. México, 1985.

Dos obras, no específicamente relacionadas con la brujería, habrían de ejercer una considerable influencia en los análisis posteriores sobre el tema. El primero es la extensa obra de Jacob Bachofen titulada **Der Mutterrecht**. En ella expone una visión por completo diferente del rol de la mujer en las sociedades arcaicas. Bachofen reúne una amplia documentación tendiente a demostrar que la maternidad es la fuente de la sociedad humana tanto como de la religión y la moralidad. Según el teórico suizo, hubo un largo período materno pre-racional, caracterizado por la libertad y la igualdad, al que le siguió un mundo patriarcal cuyo perfil estuvo dado por la jerarquía y la desigualdad.

Aunque en la actualidad se las suele descartar por considerarlas evolucionistas, sus teorías influyeron de forma directa en las ideas político-filosóficas de Engels y otros marxistas, y las antropológicas de Frazer, Briffault e incluso Mircea Eliade. Aún conserva plena vigencia lo medular de sus trabajos que Fromm hubo de sintetizar con estas palabras “demostró que la estructura social, el derecho, la religión, la constelación familiar y la estructura caracterológica no son elementos que puedan ser estudiados independientemente uno de otro.”

La segunda de las obras periféricas pertenece a sir James Frazer. **The Golden Bough** se publicó originalmente en 1890 en dos tomos; veinticinco años después se hizo una “edición monumental” de doce tomos. Por último, en 1933, se publicó una versión abreviada de un tomo. En la Introducción de esta última, Frazer explica el objetivo de la obra: “La primera aspiración de este libro era explicar la ley que regulaba la sucesión en el sacerdocio de Diana en Aricia. Cuando me propuse resolver el problema, hace más de treinta años, supuse que podría presentar con brevedad la solución, mas pronto encontré que para interpretarla como probable y hasta inteligible era necesario discutir otras varias cuestiones generales, de las cuales algunas apenas si habían sido expuestas antes.”⁹

Frazer, nacido en Irlanda en 1854, cursó sus estudios superiores en la Universidad de Glasgow y en el Trinity Collage de Cambridge con el que se mantuvo relacionado toda su vida. Su interés apasionado por la historia, la antropología y la filosofía se combinaron para producir su obra magna, **La rama dorada**, donde estudia mitos, cultos, costumbres, vida y familia. Quizá fue el primero en señalar la relación entre mitos y rituales, así como la influencia de la sexualidad en los mitos y dioses agrícolas. Asimismo, procura desentrañar los mecanismos de la magia, a la que llama “ciencia primitiva”, diciendo que actúa uniformemente, logrando resultados uniformes automáticos.

Los detractores que nunca faltan señalaron numerosas fallas metodológicas; sin embargo, su teoría del sacrificio -recogida entre otros por Murray-, la riqueza de su

⁹ SIR JAMES FRAZER. **La rama dorada**, op. cit.

material, sus observaciones sobre la magia y la legitimidad social que le dio a los mitos constituyen hitos insoslayables para todo examen antropológico.

Lejos del continente europeo, en Nueva York, una voz femenina se alzó con fuerza a favor de los derechos de las mujeres y contra las injusticias y postergaciones de que eran y habían sido objeto: la voz de Matilda Joslyn Gage. Largo tiempo olvidada, la vida y la obra de esta teórica y activista del movimiento de mujeres están siendo re-descubiertas a más de un siglo de su muerte.

Gage subrayaba que, en su hogar, había recibido la mejor de las educaciones: la de pensar por sí misma. Dada su condición de mujer, no pudo proseguir estudios superiores de medicina, por entonces vedados a su sexo, aunque quizá esto la haya favorecido para encontrar su verdadero modo de expresión: la lucha por la libertad. Esto la llevó a comprometerse con el movimiento de mujeres, con el abolicionismo, con la defensa de los americanos nativos, contra la victimización de las prostitutas, con la sindicalización de los trabajadores, con los independentistas irlandeses, con el movimiento por la paz, con la protección de los animales. Gage solía decir que, “todas las luchas por la libertad están interconectadas... nuestra lucha es por la vida. Y la libertad es la clave para mantenerla.”

Abrazó la teosofía, tuvo cuatro hijos de su matrimonio con Gage y, desde los veintiséis años hasta su muerte, trabajó codo a codo con las feministas de la época, revolviendo en archivos, bibliotecas y librerías en busca de material para apoyar sus argumentos. Junto con Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton formó parte del triunvirato que puso su firma en los tres primeros volúmenes de la **History of Woman Suffrage**. Sus convicciones la llevaron a enfrentarse incluso con sus compañeras puesto que les reprochaba ignorar a la Diosa Madre, a quien en 1888 le dirigió una plegaria públicamente.

Gage sostenía que debajo de la superficie visible corría una historia oculta de las mujeres. En procura de remediar en parte esta falencia publicó en 1893 un libro titulado **Woman, Church and State**¹⁰. Uno de sus capítulos está dedicado a la brujería.

Los conceptos de Gage respecto a la brujería son reveladores del entramado del poder como conjura contra la independencia femenina. Dice Gage: “Las brujas eran mujeres sabias (*witch* significa sabia) hábiles en el uso de los remedios de hierbas. Específicamente, las brujas conocían preparados de hierbas para aliviar el dolor... El saber superior de las brujas fue reconocido en la creencia muy extendida de su habilidad para realizar milagros.”

No ignora Gage las malas pasiones que se movían en torno a la figura de una mujer sospechada de sanadora: “Toda clase de intereses particulares fueron puestos en juego en las acusaciones de brujería contra las mujeres que ejercían la medicina:

¹⁰ El título original era **Woman, Church, State** con un subtítulo muy explícito: **The Original Expose of Male Collaboration against the Female Sex**. El pie de imprenta decía: “Copyright 1893 by Matilda Joslyn Gage.” Las citas de Gage están tomadas de esa obra.

avidez, malicia, envidia, odio, miedo, el deseo de limpiarse a sí mismo de toda sospecha, eran otros tantos motivos. Los médicos no suficientemente capacitados para curar una enfermedad deliberadamente juraban que sólo podía haber una razón para su fracaso: el uso de la brujería.” Pero, “como el conocimiento ha sido siempre poder, la iglesia temía su uso en manos de las mujeres y apuntó sus golpes mortales contra ellas...La muerte por tortura fue el método de la iglesia para reprimir el intelecto de la mujer, dado que se sostenía que el conocimiento femenino era malo y peligroso.” Si no moría en la tortura, la bruja era condenada a la hoguera: “Una diabólica costumbre de la iglesia fue convertir a estas quemadas en un espectáculo de fiesta.” Ante tanta represión, ¿cómo no ocultarse para gozar sin temores de la comunicación humana? Se decía que el *sabbath* era el remedo de la ceremonia religiosa cristiana cuando, en verdad, “sólo en las profundidades de los bosques, lejos de las ciudades, la gente se sentía lo suficientemente libre como para hablar con ira contra la religión y sus autoridades seculares.”

Existe una forma de muerte que no es la física sino la del silencio y la indiferencia y ese fue precisamente el precio que pagó Matilda Joslyn Gage por su libertad de pensamiento. Las palmas académicas no la coronaron; los críticos no valoraron sus escritos, la literatura la dejó de lado. En cambio, el agradecimiento de la Nación Iroquesa le confirió el inmeso honor de ser adoptada bajo el nombre de la diosa *Karon ien ha wi*, “Sky Carrier”, la “Mensajera del Cielo”.

En la postrimería del siglo XIX se publica **Aradia o El evangelio de las brujas**, una obra cuyo eco resuena en quienes actualmente practican o investigan la magia y la brujería. Su autor, Charles Godfrey Leland, nacido en Filadelfia, Pensilvania, el 15 de agosto de 1824, estuvo relacionado con lo sobrenatural desde la fecha de su nacimiento -coincidente con la ascensión de la Virgen María y con la de Buda- e incluso desde su misma herencia genética: un antepasado se había casado “en brujería” y otro se había dedicado a ella. En la casa donde se crió se respiraba también una atmósfera hechizante: su vieja niñera alemana lo llevó cierta vez al desván donde le colocó una biblia, una llave y un cuchillo sobre el pecho, encendió velas y puso monedas y un plato de sal sobre su cabeza para asegurarle buena suerte en la vida, en una doble faz de estudioso y mago. Las criadas de su casa eran muy peculiares: irlandesas que le contaron los cuentos de hadas, duendes y aparecidos de su tierra y negras esclavas que le hablaron del vudú. Por su parte Leland, como lo comenta en sus **Memoirs** y sus **Memoranda**, fue un niño solitario que escuchaba las voces del agua y de los pájaros.

Sus estudios fueron muy completos: se graduó primero en Princeton y luego en Munich y Heidelberg; sin embargo Leland abominó, con razón, del tipo de educación que se impartía y trazó sus propios caminos. Mientras vivía en París, formó parte de la revolución de 1848. En Norteamérica, donde volvía de tarde en vez, luchó con los unionistas en la batalla de Gettysburg, ejerció brevemente como abogado, y luego trabajó de editor de periódicos y redactor de artículos.

En 1870 se trasladó a Inglaterra, país que tomó como punto de partida para sus viajes por el mundo. Allí comenzó a profundizar sus estudios sobre los gitanos y se ganó la amistad y la confianza de Marty Cooper, el Rey de los Gitanos ingleses, que le enseñó personalmente el romaní, la lengua gitana y, más tarde el *shelta*, su idioma secreto. El resultado de su inmersión en la sociedad gitana y en su saber se plasmó en dos libros sobre ellos y haber conseguido que lo adoptaran como uno más entre los gitanos con quienes “danzó y bailó”, según sus palabras, “a la luz de la luna en medio de las ruinas zíngaras.”

En 1888 se trasladó a Florencia, lugar que tomó como residencia permanente hasta su muerte. Allí conoció a una dama de la noche, a quien llama “Maddalena”, que tiraba las cartas y decía la fortuna en las calles apartadas de la ciudad. Posteriormente se dudó mucho de la existencia de Maddalena; no obstante, ahora parece indiscutible que se trató de un personaje real cuyo nombre era Margherita Talanti. Según algunas referencias epistolares del mismo Leland, se trataba de una mujer que había nacido en Toscana “en el corazón de un insuperable escenario, romántico y salvaje, en medio de riscos, torrentes cayendo en cascada, bosques y viejos castillos legendarios.” Agrega Leland que provenía de “una familia de brujos” que repetían antiguas leyendas, encantamientos e invocaciones, y sabían preparar medicinas, filtros y hechizos. Fueron sus familiares quienes, lejos de todo contacto humano, le enseñaron a Maddalena, como futura bruja, “a cantar en extraños tonos ya prescritos encantamientos e invocaciones a los antiguos dioses de Italia, con nombres un poco cambiados...” En cartas a su sobrina, Leland afirma que la extraña dama tenía una memoria inagotable, que eran infinitos los hechizos que sabía pero que, cuando creía que su memoria fallaba, consultaba a otras brujas. Todo ese intercambio, que duró poco más de una década, se concretó en **Aradia o el Evangelio de las Brujas**.

(Figura Nro. 21)

El subtítulo es un tanto engañoso puesto que no existe algo como un “evangelio”, un cuerpo de escritura autorizado, sino que son transcripciones de Leland de textos sueltos enviados por Maddalena. El original se perdió y el mismo autor admite haber agregado conceptos de su coleteo o haber traducido de una manera que creyó más inteligible los dialectos del material original. Todo esto hizo que se criticara abiertamente el texto por falta de rigor, diciendo que se trataba de un agregado de diversas fuentes y lugares e incluso tachándolo de impostura. Lo cierto es que constituye un valioso aporte sobre la *stregheria* italiana en que puede verse cómo una antigua idea, transmitida por tradición oral, ha ido sufriendo las diversas transformaciones que el color local hubo de imprimirle.

La obra tiene por acápites dos invocaciones del poema que Keats le dedicó al amor de Endimión por la diosa Diana. Luego comienza con el nacimiento de Aradia (o Herodías) hija de la diosa Diana y su hermano e hijo Lucifer, el Sol. Éste no es

sino un desdoblamiento de la diosa ya que Diana había separado la luz de las tinieblas, conservando para sí la oscuridad y entregando la luz al mundo bajo la figura de Lucifer. Aradia, la *prima strega*, tiene la misión, encomendada por su madre, de ir a la tierra y enseñar a los oprimidos cómo debían resistir a quienes los tiranizaban con el yugo de la riqueza, el poder y la religión. Antes de partir de la tierra, la joven promete que si sus discípulos se reúnen en un lugar solitario una vez al mes, cuando haya plenilunio, para adorar “el poderoso espíritu de mi madre Diana”¹¹, la diosa les enseñará la brujería mediante la cual podrán “liberarse de la esclavitud”.

Leland, que había sido nombrado Gran Maestro del Vudú y poseía una de las cinco o seis piedras negras que hay en el mundo, logra amalgamar en **Aradia** elementos de la *vecchia religione* con conceptos de herejías medievales y teorías reivindicatorias socio-políticas. Asimismo, es muy valioso su rescate de algunas invocaciones a Diana, que se corresponden con el tono amenazante de las dirigidas a las viejas deidades paganas y a los primeros santos cristianos antes que al de las peticiones neutras y sumisas de los que enajenaron su voluntad frente a los grandes poderes de la tierra. En cambio, las brujas que Aradia quiere formar deben ser íntegras, deben sostenerse firmemente ante cualquier embate contra su libertad, y estar orgullosas de su vida y su pensamiento.

Sin importar las detracciones académicas de los puristas, lo cierto es que Leland logra dar pruebas de la existencia de una contra-religión formada a partir de una teología de la diosa a la que se mezclan las nuevas ideas sobre el diablo y una decidida exposición contra el autoritarismo y la riqueza dentro de un marco francamente libertario.

¹¹ CHARLES G. LELAND. *Aradia or the Gospel of the Witches*. Washington, 1998.

CAPÍTULO XIX

DESDE LA PERSPECTIVA DEL SIGLO XX

El siglo XX hubo de caracterizarse por ser un tiempo de rápidos cambios, profundas transformaciones y una infinita capacidad para dividir y separar. Se antepone el caso a la norma, la parte al todo, el fragmento a lo general. Triunfa la especialización, la singularidad. Se relativizan los valores, las emociones, las conductas. Se parte, escinde y corta. Se fusiona, conjuga y despedaza. La plástica, la literatura acompañan desde el arte el quiebre de los conceptos totalizadores. Surgen nuevas teorías en todos los campos, tanto humanísticos como científicos que, al poco tiempo, son dejadas de lado o partidas y fraccionadas en escuelas, tendencias o corrientes que se van alejando más y más del modelo original. Las ideas políticas aglutinantes son remplazadas a poco de nacer, quitando de este modo la posibilidad de encontrar un terreno común entre los seres humanos. El individuo se atrinchera en el egoísmo de su propio desarrollo, olvidando cuánto le debe a la existencia ajena. Se privilegia la comunicación y la tarea divulgadora creando una excesiva afluencia de datos; éstos, al ser transmitidos sin un riguroso registro valorativo, acaban por confundir antes que formar al pensamiento. En medio de este fárrago de informaciones, en la atomización constante que dio su tono a todo el siglo pasado, lo único que se mantuvo como eje perdurable fue la globalización de la economía y sus nefastas consecuencias.

XIX. 1 Algunas fragmentaciones de las ideas ocultistas

Las que podrían llamarse ideas ocultistas o místicas en su sentido más amplio no estuvieron ajenas al proceso de fragmentación especializada que constituyó el espíritu del tiempo. Los primeros años del siglo XX vieron la disolución de una de las más notorias fraternidades, la Hermetic Order of the Golden Dawn. Ésta había sido fundada por el William Woodman, W. Wescott y S. L. MacGregor Mathers. El doctor Woodman, aunque formó parte del trivirato directivo inicial, desaparece pronto para dejarles el escenario a los otros dos miembros. Wescott provenía de la Societas Rosicruciana in Anglia, una rama de la masonería que había adoptado la estructura y el ritual de una Orden rosacruz alemana, la Gold und Rosenkreuz, que conjugaba la cábala teórica con las ideas herméticas y el rosacrucismo cristiano. Mathers había logrado una buena reputación como traductor de la **Kabbala Denudata**, de Knorr von Rosenroth y había mantenido fluidas relaciones con madame Blavatsky. Otro personaje interesante, Kenneth Mackenzie, tuvo un papel

determinante en el origen de la Golden Dawn al haber sido el responsable de la aparición de ciertos misteriosos manuscritos. Éstos le fueron confiados para ser traducidos al joven Liddell Mathers por el doctor Wescott, un experto en medicina forense. El “Manuscrito Cifrado” resultó ser una descripción de algunos de los grados rosacrucianos de neófito, teórico, práctico y filósofo. Asimismo, las denominaciones de estos grados son punto por punto iguales a las del rito masónico y alquímico de la Rosacruz Dorada del siglo XVIII. No obstante, a diferencia de las fuentes alemanas, las “palabras de poder” empleadas en los ritos pertenecían al sistema enoquiano ideado por Dee, lo cual hace pensar que sin duda hubo cierta intervención de Mackenzie en la redacción de estos manuscritos supuestamente anónimos. Mathers y Wescott trabajaron este material, añadiendo a cada ritual una “lección de conocimiento” que trataba algunos aspectos de la tradición ocultista. Luego se pusieron en contacto con *fräulein* Anna Sprengel quien, por correspondencia, los instruyó en los secretos de su orden y los autorizó a fundar una rama en Inglaterra. Esta interlocutora, a su vez, no era quien tomaba las decisiones sino que se remitía a un poder mayor, el de los Superiores Desconocidos. En ese momento corría el año 1887 y de ese modo quedó fundado el Templo Isis-Urania de la Orden Hermética del Amanecer Dorado. La orden creció rápidamente, con miembros como W.B. Yeats, Arthur Machen, sir William Crookes y mujeres como Moira Bergson, la esposa del filósofo, ya que por primera vez se aceptaba la presencia femenina en este tipo de sociedades.

Los aportes de Mathers a la Golden Dawn, decisivos y considerables, supuestamente provenían de los seres invisibles que habían alcanzado un alto nivel de evolución, aunque el mismo Mathers decía haber recibido estos conocimientos, “por clarividencia...por proyección astral...por la mesa, el anillo y el disco... a veces por una voz directa que puede captar mi oído externo... a veces copiado de libros que no sé cómo llegaron a mí... a veces por una cita astral en cierto lugar.” Sea cual fuere el origen, las enseñanzas ponían el acento en la voluntad, como lo había hecho Eliphas Levi y, como éste, admitían el principio de correspondencia y el de la luz astral a los que se agregaba un cuarto: la imaginación. Uno de los **Pergaminos Voladores** -nombre de ciertos manuscritos de instrucciones de la Orden- afirmaba que “para practicar la magia deben ponerse en acción tanto la imaginación como la voluntad, pues tanta importancia tiene la una como la otra.” Para desarrollar la voluntad, para adquirir poderes y retenerlos, Mathers adoptó y reformó los hallazgos de John Dee. El lenguaje enoquiano, que Dee decía haber recibido de los ángeles, consistía en veintiún caracteres distribuidos en un tablero con cuarenta y nueve casillas -cuarenta y ocho como el de ajedrez y uno central. Los ángulos del tablero representaban las fuerzas elementales del agua, el aire, el fuego y la tierra en tanto el centro era el espíritu. De este tablero Dee había extraído noventa llaves o invocaciones mágicas. Mathers aseguraba que cada casillero correspondía a una deidad egipcia y con ello creó un juego para comunicarse con ellas. Las llaves en lengua enoquiana se reservaban para los

adeptos de los rangos superiores. La Orden había establecido tres niveles; el de neófito, casi exterior, el intermedio, con sus tres grados, *Señor del Portal*, *Adeptus Major* y *Adeptus Exemptus* y el último, reservado a los Jefes Superiores, dividido en cuatro grados: *Señor del Abismo*, *Magíster Templi*, *Magus* e *Ipissimus*.

Tanta organización jerárquica no sirvió para mantenerlos cohesionados. Distintas interpretaciones de antiguas teorías, el gusto por el poder, orientaciones contrapuestas entre Mathers y Wescott crearon fricciones que no pudieron superar. Mathers, instalado en Francia, nombró a Aleister Crowley como el representante máximo de la organización en Inglaterra. Esto disgustó a Yeats. Mathers, en venganza, denunció que los famosos manuscritos fundacionales tanto como la existencia de Anna Sprengel habían sido una invención de Wescott.

A pesar de estas declaraciones el influjo de la Golden Dawn fue enorme y hasta el presente sus prácticas siguen teniendo mucho peso entre los adeptos de las ciencias ocultas. Jean Robin, e incluso René Guenon, sostuvieron la teoría de que la efímera vida de los círculos ocultistas era una siembra premeditada de alguna organización que nunca se hizo visible. Lo cierto es que la historia de la magia y la brujería estaría incompleta si no se hiciera mención a estas sociedades y a sus adeptos más relevantes.

Aleister Crowley, el aventajado miembro de la Golden Dawn que produjo indirectamente la escisión de la Orden, había nacido en Inglaterra el 12 de octubre de 1875. De su padre, un predicador de Los Hermanos de Plymouth -una secta protestante muy rígida-, heredó una pequeña fortuna y la atracción por el misticismo. Su madre lo acusó tempranamente de ser la encarnación del anticristo y esto pareció divertir al joven que aceptó para siempre el apodo de la “Bestia 666” con que lo denominó su madre, probablemente angustiada por la precoz vida sexual de Aleister, por su gusto por el alcohol, el tabaco, las apuestas e incluso la sangre. A los veintitrés años ingresó en la Orden del Amanecer Dorado y pronto entró en contacto con las ideas orientalistas de las que nunca se alejó sino que, antes bien, trató de unir las sincréticamente con otras ideas.

En tal sentido, se dedicó a la práctica de la meditación, llegando en 1901 a un estado de la conciencia que denominó *dhyana* -en sánscrito *dhyana* significa “meditación”, aunque no es exactamente a lo que se refería Crowley-. Un año después escribe un ensayo titulado **Berashith** en que describe la meditación de la magia ceremonial como un medio para entrenar la voluntad. En 1903, en su ensayo **Science and Buddhism**, resalta la importancia de un abordaje empírico a las enseñanzas budistas. En 1908 funda la Astrum Argentinum y alrededor de 1910 ingresa en la rama inglesa de la Ordo Templi Orientis, para la cual compuso un ritual titulado *Eclesial Gnosticas Catolicae Canon Missae*.

(Figura Nro. 22)

En 1904 Aleister y su esposa Rose se hallaban pasando unos días en El Cairo cuando la señora Crowley cayó en trance tras lo cual le anunció a su esposo que había ofendido a Horus y que era el gestor de una nueva era. Tres días más tarde, Aleister recibió los textos de Thelema, dictados por un “ángel-demonio de la guarda” de nombre Aiwass. En **The Holy Books of Thelema**, en 777, en **Liber AM vel Legis** o **Libro de la Ley** y otros escritos, Crowley desarrolló una filosofía mágica práctica basada en cuatro principios. El primero era la magia que había aprendido en la Golden Dawn; el segundo, sus conocimientos sobre las prácticas yóguicas orientales; el tercero, la magia sexual extraída de la orden de los Templarios Orientales y el cuarto y último, el de la revelación del Ángel, era la “ley de Thelema” que servía de cohesión entre las distintas partes de su sistema mágico. *Thelema* es una palabra de origen griego que significa “querer” o “desear”. Esta es la base de su doctrina, que mucho adeuda a las ideas de superhombre que flotaban en el aire: “todo varón y toda mujer es una estrella”, dice su doctrina básica. Y, con reminiscencias agustinianas, aseguraba que “Haz lo que quieras, esa es toda la ley.” Sus palabras son un canto al individualismo, al poder de la voluntad, al triunfo de los “hombres regios, los pocos y secretos que reinarán sobre los muchos y conocidos.”

La personalidad de Crowley fue muy combatida: se lo acusó de proxeneta, de farsante, de practicar asesinatos rituales, de cultor de todos los vicios, al extremo de llamarlo “el hombre más perverso del mundo”. Por el contrario, este hacedor de innumerables novelas de ficción, de historias de detectives con “Simon Iff” como protagonista, se creía el mejor poeta de mundo, más aún, el creador de una nueva religión mágico-sexual-liberadora que lo tenía como figura principal, un profeta que clamaba “Toma sangre, mézclala y bébela, qué mala, arde en la llama; sólo así podrás adorarme.”

XIX.2 Los aportes de otros investigadores

Antropólogos, historiadores, ensayistas, fascinados por los resplandores de la magia y la brujería, arriesgaron distintas teorías sobre esos fenómenos a la par que contribuyeron en diversa medida a la divulgación de antiguos conocimientos.

En 1921 apareció **The Witch-cult in Western Europe**, escrito por Margaret Murray. Murray, nacida en Calcuta en 1863, estudió lingüística y antropología en el University College de Londres. Haber estudiado en un ambiente patriarcal, hostil a la presencia femenina en los altos estudios, le hizo vivir en carne propia la necesidad de luchar por los derechos de la mujer, convirtiéndose en una activa feminista. Más tarde formó parte de numerosas campañas arqueológicas en el sur de Palestina, Egipto e Inglaterra acompañando a sir William Flinders Petrie bajo cuya guía se especializó en egiptología.

Alrededor de 1915, mientras trabajaba en una excavación en Egipto, contrae una enfermedad que la obliga a volver a Inglaterra y, como ella misma lo señala en su

autobiografía, “elegí pasar mi convalecencia en Glastonbury y uno no puede estar en Glastonbury sin interesarse en José de Arimatea y el Santo Grial.” En esa compleja red que es el ocultismo, un dato lleva a otro, un interés desemboca en otro y pronto la doctora Murray se enfrentó con el tema de la brujería. En principio, trabajó con informes contemporáneos para luego ir retrocediendo a los juicios de las brujas medievales y renacentistas, todo ello enriquecido con trabajos de campo en toda Europa.

La tesis que la doctora Murray expuso en su libro inicial sobre brujería es que ésta extendía sus raíces hasta los cultos paganos europeos del Paleolítico. Al igual que Michelet, la toma como una práctica donde se refugiaban los marginados del sistema, especialmente las mujeres en busca de una libertad que la Iglesia les negaba. Y, al igual que Frazer y su tesis del dios sacrificial, admite que se trataba de un culto cuyo acto central era la inmolación de una víctima. En **The Divine King in England**, de 1954, este supuesto la llevaría a formular una tesis conspirativa de los paganos, mantenida a lo largo de la historia, contra la nobleza de Inglaterra. Esta conspiración habría sido responsable de la muerte de Juana de Arco como mártir pagana y la de William Rufus, rey de Inglaterra, entre otras de una larga lista.

La aparición del primer libro sobre brujería de Margaret Murray levantó un remolino de adhesiones tanto como de enconados juicios en contrario; hubo quien llegó a ridiculizar sus ideas asegurando que se trataba de “un disparate insípido”¹. La doctora continuó trabajando como arqueóloga y especialista en egiptología, obteniendo por ello valiosos reconocimientos. Sin embargo, también persistía en sus búsquedas sobre la brujería.

En 1931 publicó **The God of the Witches**. En este libro retoma su tesis y asegura que las brujas adoraban a un dios astado cuyo origen se remonta al paleolítico; en las reuniones o *sabbaths* el oficiante se revestía de una piel que, en verdad, no representaba al Satán que la Inquisición veía por doquier sino a la antigua deidad pagana. La obra fue ignorada casi por completo. Un año después de la supresión - en 1951- de la ley sobre brujería en Inglaterra fue reimpresa, esta vez alcanzando un éxito total.

Los críticos se ensañaron contra la obra de la doctora Murray diciendo que exageraba los datos que aportaba, que sus fuentes eran limitadas, que malinterpretaba algunos documentos e incluso que los acomodaba en beneficio de sus teorías: por ejemplo, en el caso de los juicios de Aberdeen de 1597 donde fueron quemadas veinticuatro personas y otras siete deportadas, Murray enumera veintiséis para hacer concordar la lista con la suma de dos conventículos de trece miembros. Y lo mismo ocurre con los acusados de Saint Osyth, que eran catorce y Murray los reduce a trece para poner de manifiesto que se trataba de un *coven*, la forma básica de organización que Murray atribuye a la brujería europea. Dice

¹ CECIL L'ESTRANGE EWEN. **Some Witchcraft Criticism**. Londres, 1938.

Russell: “...los más recientes historiadores opinan, injustificadamente, que la tesis de Margaret Murray no contiene absolutamente ningún elemento válido. Una investigación imparcial revela rápidamente que algunas -por no decir muchas- de las creencias y prácticas paganas no solamente sobrevivieron a través de toda la Edad Media, sino que incluso han conseguido llegar hasta la época presente. La cuestión no es saber *si* hubo supervivencias, sino cuántas y de qué tipo.”²

Más allá de la precisión de datos o teorías, los análisis de Margaret Murray conllevan un formidable poder provocativo; el fenómeno de la brujería logró convertirse en un foco de atención masivo merced a su obra, cobrando la *vecchia religione* -como solía llamarla- un impulso cuyo vigor no ha cesado hasta el momento presente.

Augustus Montague Summers se encontró entre los primeros que criticaron las ideas de Margaret Murray respecto a que la brujería era una religión que arrancaba de tiempos remotos. Summers era un personaje bastante extraño. Nacido en 1880 en el seno de una familia anglicana, a los veintinueve años se convirtió al catolicismo y más tarde entró a la Iglesia; él mismo se hacía llamar “Reverendo”, aunque nunca se supo con exactitud su cargo dentro de la institución. Estudió en el Trinity Collage de Oxford y en el Lichtfeld Theological College donde quedó fascinado por el latín y la literatura latina desde los romanos hasta el Renacimiento italiano.

Su interés se centró luego en las obras del siglo XVII; editó entonces las obras de John Dryden, William Congreve, Aphra Ben y otros, e incluso fundó una sociedad para representar dichas obras. En 1915 fue elegido miembro de la Royal Society of Literature.

Su obra personal comenzó con vidas de santos y biografías de escritoras como Jane Austen. Sin embargo, poco después se volcó al ocultismo y la demonología, llegando a creerse que la Iglesia le había encomendado la misión de estudiar la brujería y denunciar el fenómeno. Lo cierto es que se debe a Summers la traducción de las obras de Jean Bodin, Nicholas Rémy, Francesco M. Guazzo, Henri Boguet, Reginald Scott, Richard Borett, Ludovico Sinistrati y, nada menos que la versión en inglés del **Malleus Maleficarum**.

El Reverendo de suaves maneras, largo cabello plateado y manos enjoyadas, se entregó de lleno a la tarea de buscar material sobre ocultismo y brujería en bibliotecas y archivos. De esa época data su amistad con Aleister Crowley a quien le tenía gran respeto, que era correspondido. El resultado fue la publicación en 1927 de **History of Witchcraft and Demonology**, seguida de **The Geography of Witchcraft** al año siguiente. En la Introducción del primero de estos libros afirma: “En las siguientes páginas me he propuesto mostrar a la bruja como era realmente, una mala vividora, una peste social, un parásito, la devota de un credo repugnante

² JEFFREY B. RUSSELL. **Historia de...**, *op. cit.* El subrayado pertenece al autor.

y obsceno, una adepta del envenenamiento, el chantaje y otros crímenes horrorosos, miembro de una poderosa organización secreta enemiga de la Iglesia y el Estado, blasfema en palabras y actos, dominando a los campesinos por el terror y la superstición, charlatana y curandera de a ratos, una alcahueta y abortera, ministra del vicio y de una corrupción inconcebible”.

El Reverendo, que mostraba una rara afición por los niños y que hubo de enfrentar cargos por pederastia, no estaba de acuerdo, sin embargo, con la tortura que la Inquisición le había infligido a las brujas. Por otra parte, creía que las confesiones no eran producto de una alucinación transitoria sino que respondían a un “hecho espantoso y terrible” ya que, para Summers, el diablo era una presencia real y las brujas sus servidoras y que el aumento de la presencia de Satanás en la edad oscura se debió a una prueba para allanar el camino de la salvación de la humanidad.

Los libros de Summers, que luego se completaron con cuentos de fantasmas, de vampiros, de presencias sobrenaturales, causaron el efecto opuesto de la que fue su intención, volcando la simpatía y el interés de mucha gente al fenómeno de la brujería.

XIX.3 La segunda mitad del siglo XX

Un haz de obra impares comienzan a ver la luz alrededor de mediados del siglo pasado. Su importancia fue crucial para entender la función de los mitos y su simbología tanto como para permitir un mayor entendimiento de otras culturas, ya no consideradas como etapas previas de la cultura actual sino como enfoques diferentes frente al universo. De modo indirecto, contribuyeron a efectuar análisis menos prejuiciosos del fenómeno de la magia y la brujería.

Joseph Campbell nació en 1904 en Nueva York, donde se crió en el seno de una familia acomodada. Todavía se encontraba en la escuela preparatoria cuando se sintió fascinado por las culturas americanas nativas, interés que mantuvo a lo largo de su vida.

En uno de sus viajes por el sur de Estados Unidos y América Latina como estudiante de la Universidad de Columbia conoció a Jiddu Krisnamurti bajo cuya guía penetró en el mundo de las teorías hinduistas y el budismo. Una vez completados sus estudios, viajó a la Universidad de Munich para estudiar sánscrito y filología indoeuropea.

Urgido por la necesidad de acercar los puntos de vista de culturas diversas, emprendió una prolífica labor como editor y traductor. Sin embargo, fueron sus trabajos sobre mitología comparada los que le darían un merecido renombre. En 1949 publicó **The Hero with a Thousand Faces**. El antropólogo alemán Adolph Bastien había propuesto por primera vez la idea de que los mitos de todo el mundo parecen estar centrados en “ideas elementales”. Campbell retoma este concepto, al que Jung le dio el nombre de “arquetipos” -productos del inconsciente colectivo- y

argumenta que todas las historias son la misma historia a la que denomina el Viaje del Héroe o “monomito”. En sus otras obras, principalmente en su monumental **The Masks of God**, publicada en cuatro volúmenes entre 1959 y 1968, la tesis se completa de manera magnífica con la idea subyacente de que todas las religiones son ciertas, pero que ninguna es literal.

A diferencia de otros teóricos o analistas de la brujería, Gerald Gardner era un activo practicante de lo que se denominó “el arte”. Nació en Bludenlands, cerca de Liverpool, Inglaterra, en 1884. Su padre, un juez de paz, era de ascendencia escocesa y remontaba sus raíces a Grisell Gardner, que había sido quemada por bruja en 1610 en tanto su abuelo se había casado con una mujer a la que se reputaba bruja por sus habilidades psíquicas.

La niñera del pequeño Gerald lo llevó consigo a Europa en un crudo invierno en procura de alivio para su asma; lo cierto es que el niño se aficionó a la lectura en los prolongados momentos que estaba solo. Más tarde, Josephine “com” McCombie, la niñera, contrajo matrimonio en Ceilán y se llevó consigo al muchacho. Allí Gardner trabajó en una plantación de té y luego se trasladó a Borneo y Malasia. Entre 1923 y 1936 trabajó para el gobierno británico a la vez que se interesaba en las creencias de la región, descubriendo la importante presencia de la Diosa en las religiones nativas. Y, junto con la figura de la diosa, descubrió la belleza de las armas malayas, pasión que lo llevó a escribir un libro sobre el tema: **Kris and Other Malay Weapons**, publicado en Singapur en 1939, con el que se convirtió en una autoridad en el tema.

Retirado de su empleo gubernamental, dedicó su tiempo a realizar extensos viajes arqueológicos por Europa y Asia Menor. En Chipre vio en vivo figuras y hechos que había soñado, lo cual lo terminó de convencer de que la reencarnación era una realidad. De ello y su admiración por la Diosa surgió **A Goddess Arrives**, una novela ambientada en Chipre que trata sobre la adoración a Afrodita en el año 1450 a.C.

En paralelo a estas actividades, tomó contacto con diversas gentes que lo introdujeron al ocultismo a través de una orden masónica fundada por la hija de la teósofa Annie Besant. Dentro de este grupo de la Hermandad de Trotona existía otro grupo secreto que se decían brujos hereditarios de una tradición nunca interrumpida. La alta sacerdotisa de este conventículo era la Vieja Dorothy Clutterbuck que inició a Gardner en la brujería poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Junto a este grupo realizó ciertas prácticas para impedir que Hitler invadiera Inglaterra, lo cual le costó parte de la salud.

En 1946 conoció a Aleister Crowley, que lo hizo miembro honorario de la Ordo Templi Orientis. Gardner reconoció posteriormente haber aprendido mucho de Crowley. Impedido de publicar trabajos sobre brujería por estar prohibida por la ley inglesa, Gardner escribió con el seudónimo de Scire **High Magic's Aid**, que se publicó en 1949, libro de notable influencia crowleyana.

Dos años después, le compró a Cecil Williamson el Museo de Magia y Brujería que había fundado en la Isla de Man y le agregó los objetos rituales de su propia colección. Ese mismo año, ya derogada la ley anti-brujería, Gardner decidió retirarse del conventículo que lo había recibido en New Forest y crear el propio, ya que, según él mismo, practicantes de un viejo culto lo habían autorizado a efectuar ciertas revelaciones y a iniciar individuos escogidos. Allí Gardner llevó a cabo las iniciaciones, compuestas de tres sencillas ceremonias, y retrabajó sus propios materiales, agregándole toques de Leland, del druidismo y la teoría rosacruciana.

En 1954 publicó **Witchcraft Today** y en 1959 **The Meaning of Witchcraft**. Las teorías de Gardner derivaban en parte de **The key of Salomon the King**, en otra parte de Lidell Mathers y las ideas popularizadas por Montague Summers y también de las enseñanzas de la Golden Dawn, sin olvidar la tesis de Margaret Murray de que la brujería es una supervivencia de una antigua religión pagana cuyo jefe supremo es un dios astado. La introducción la escribió la propia doctora Murray y el libro tuvo un éxito inmediato que le valió a su autor el título de “Jefe brujo de Bretaña”.

Sin embargo, la visión de Gardner fue modificándose: agregó nuevos elementos a los ya conocidos, pasando paulatinamente de una magia ceremonial rígida a métodos sencillos de hechicería -o a la combinación de ambos-, de conceptos cerrados a nociones de fácil comprensión. Y, sobre todo, del dios cornudo a la Gran Diosa. Y, con el ascenso de la Diosa, el papel decisivo de la suma sacerdotisa al frente del conventículo. Una sacerdotisa que tiene el poder de “bajar” la luna y convertirse en la diosa misma.

La ayuda de Doreen Valiente, a quien había iniciado en su *coven* el año anterior, le permitió entregarse, entre 1954 y 1957, a la redacción del **Book of Shadows**. Su contenido es una mezcla de rituales, creencias, uso de hierbas, encantamientos, leyes brujeriles, cantos, danzas -forjados algunos en reciente data y otros muy antiguos. Inicialmente contenía extractos de la misa gnóstica de Aleister Crowley, que más tarde fueron eliminados. Esta guía de las brujas para ejercer su arte y sus creencias no es único ni definitivo: cada conventículo, cada bruja puede crear su propio “libro de las sombras.” Se supone que, al morir su redactor o redactora, el libro de las sombras debe ser quemado; sin embargo, el de Gardner pasó a poder de Doreen Valiente.

Hay un antes y un después de la aparición de Gardner en la práctica de la brujería. El papel de Gardner fue netamente el de difundir, de adaptar y divulgar. Esto le valió ser considerado “el padre de la *wicca* moderna”. El interrogante es: ¿realmente transmitió las verdaderas claves o los secretos permanecen tan ocultos como siempre?

Mircea Eliade, como Joseph Campbell, tuvo una fuerte influencia de las teorías indias. Nacido en Rumania en 1907, completó sus estudios superiores en la

Universidad de Bucarest con un trabajo sobre los filósofos italianos, de Marcelo Ficino a Giordano Bruno.

En 1928, merced a una beca que le fue otorgada, viajó a Calcuta a estudiar sánscrito y filosofía bajo la autoridad de un bengalí educado en Cambridge llamado Surendranath Dasgupta. De regreso a su país, presentó su tesis doctoral sobre yoga que fue publicada inicialmente en francés con el título de **Essai sur les origines de la mystique indienne**. Más tarde, en 1958, revisado y corregido se publicó en Londres con un nuevo título: **Yoga, immortalité et liberté**.

En parte debido a las enseñanzas orientales, en parte por la influencia del *trairismo*, esto es, la búsqueda de la autenticidad a través de la *traire* -la “experiencia vivida” en rumano- Eliade siempre le otorgó en sus estudios³ una importancia crucial a vivir las ideas. Este vivir las ideas se manifiesta de diversos modos: como la búsqueda de la propia liberación, como distintas maneras de acceder a lo sagrado, como una percepción cíclica del tiempo.

El tiempo, a diferencia de la homogeneidad de nuestra percepción, es heterogéneo para el ser arcaico, vale decir, lineal en lo profano y cíclico y reactualizable en lo sagrado. La definición del “otro total” de Rudolf Otto tanto como algunas concepciones de Durkheim, dan forma en Eliade a lo sagrado, fuente de significación, poder, sentido y ser. Lo sagrado se manifiesta como hierofanías, cratofanías, ortofanías: ambiguas apariciones del ser, de la energía. Una concepción central del pensamiento de Eliade es que cualquier entidad fenoménica podrá ser aprehendida como hierofanía por aquel que tenga la preparación adecuada. Resulta redundante subrayar la importancia definitiva de este concepto para comprender la relatividad de las ideas religiosas y la legitimidad de las prácticas de brujería y magia.

XIX.4 Hacia el tercer milenio

Robert Graves era un poeta y así se definía a sí mismo, no obstante sus múltiples condiciones. Graves nació en Inglaterra, en 1895, y fue educado por su familia de clase media en firmes convicciones sobre Dios, el rey y la patria. No obstante, esas creencias sufrieron un duro revés cuando el joven sirvió como soldado en la Primera Guerra Mundial. Las injusticias, las crueldades, la estupidez, el fanatismo que le tocó vivir lo llevaron a meditar hondamente sobre el laberinto de la condición humana. Un camino para salir de ese laberinto lo encontró en la creación. En sus novelas, la psicología de sus personajes, el contexto histórico en que se mueven, sus reflexiones, dejan traslucir las preocupaciones de Graves por

³ Ver, entre otras, sus obras: **Cosmos and History: The Myth of the Eternal Return**, Princeton, 1954; **The Sacred and the Profane**, Londres, 1959; **Myths, Dreams and Mysteries**, Londres, 1960; **Images and Symbols**, Londres, 1961; **Myth and Reality**, Nueva York, 1963; **Shamanism Archaic Techniques of Ecstasy**, Londres 1964 y la publicación en Chicago, entre 1978 y 1987, de su **A History of Religions**.

un mundo violento, ansioso y desordenado, agresivo, sin una clara orientación moral.

Quizá encontrando insuficiente la expresión novelística, Graves emprende la revisión de la cultura occidental desde sus expresiones fundacionales en la mitología y la religión. El primer pilar de ese examen fueron **The Greek Myths**, seguido más tarde por **The Hebrew Myths**, escrito en colaboración con Raphael Patai. En ambos Graves, además de relatar de una manera amena y sistemática los mitos sobresalientes de la tradición clásica, va demostrando cómo se interrelacionan las creencias religiosas con las organizaciones matriarcales o patriarcales a la par que explora el sentido trascendente de la sexualidad y el género que constituyen la base de nuestras fuentes psicológicas.

Graves consideraba que un poeta es quien emplea todos los recursos del lenguaje y su propio talento para articular una manera de superar la faz cruel del periodo histórico que le tocó vivir. En función de ello, el poeta debe trazar la ruta de nuevos y más saludables valores basados en el respeto a la tierra, a los otros seres, a la herencia que nos han legado todas las culturas del mundo. Esta profesión de fe de Robert Graves se refleja de manera admirable en **The White Goddess**⁴. Se trata de un libro atípico donde confluyen los aportes folclóricos, legendarios, mágicos, literarios dando forma a un rompecabezas cuya figura central es la Diosa Blanca o Triple Musa. Si la obra de Frazer iluminó vastos territorios mitológicos, la de Graves, en esa misma senda, se adentra en sitios casi inexplorados y peligrosos con un lenguaje de alto lirismo. Rastrea la figura proteica de la Diosa hasta sus orígenes, buscando encontrar, como dice en la Dedicatoria del libro, “a la que deseaba conocer más que todas las cosas, la hermana del espejismo y el eco”. En su peregrinar “era una virtud no detenerse, seguir mi obstinado y heroico camino, buscando en el cráter del volcán, entre los témpanos de hielo, o donde se borraba la huella, más allá de la caverna de los siete durmientes, a aquélla cuya frente ancha y alta era blanca como la del leproso, y sus ojos azules, y sus labios como bayas de fresno, y su cabello rizado del color de la miel hasta las blancas caderas.”

En su derrotero de veintiséis capítulos y una postdata, **La diosa blanca** propone interpretar la gramática de la mitología poética como un lenguaje mágico, relacionado con ceremonias religiosas en honor de la Diosa Lunar. Este lenguaje, extendido por el Mediterráneo tanto como por la Europa septentrional, fue siendo suplantado con el ascenso de los dioses solares: tergiversado por el intelectualismo de los presocráticos, cuyo sistema de pensamiento amenazaba, y relegado por la soberbia racionalista del lenguaje apolíneo. Sin embargo, la Diosa Blanca, que vilipendian “todos los santos...y todos los hombres graves que se rigen por el justo medio del dios Apolo”, la diosa de “la verdad inspirada, la sabiduría y la poesía” continúa viva, sólo percibida por los poetas de mente “milagrosamente afinada e

⁴ ROBERT GRAVES. **The White Goddess. A Historical Grammar of the Poetic Myth**. Londres, 1961. Hay traducción castellana: **La diosa blanca, op. cit.** Las citas siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a esta edición.

iluminada”, por las seguidoras de la diosa. Pero permitir que siga velada, dejar que permanezca oculta genera innumerables males, los males de una sociedad aislada en el sueño de su racionalismo, mecanizada, bélica, impiadosa para inmensos conglomerados de menesterosos, de valores morales inestables, de confusión para cada hombre y de los hombres entre sí. La diosa debe volver, “pero cuanto más se aplace su hora, y en consecuencia más se agoten los recursos naturales de la tierra a causa de la imprevisión religiosa del hombre, tanto menos misericordiosa será su máscara quíntuple, y tanto más limitado el campo de acción que conceda a cualquier semidiós que elija como su consorte temporario en la divinidad.”

El siglo pasado se cierra con la obra de Marija Gimbutas -y en este caso la palabra “obra” tiene el doble significado de sus descubrimientos arqueológicos y su traducción en libros de fuste-. Nació Marija en Vilnius, Lituania, en 1921, de padres intelectuales y revolucionarios. Ya de niña, se despertó en ella el gusto por lo antiguo a través de las canciones que entonaban las campesinas y las costumbres tradicionales que se mantenían en su hogar. “En casa -recordaba- siempre teníamos presente a las diosas del Destino, brujas de una ininterrumpida tradición pagana. Todos los sirvientes de la casa creían en ellas. Los ríos eran sagrados, el bosque y los árboles eran sagrados.”⁵ Poco después de los quince años emprende por su cuenta algunas investigaciones sobre los orígenes de las culturas, sobre todo las creencias relacionadas con la muerte y los ritos sepulcrales.

En 1940, siendo miembro de la resistencia lituana, hubo de interrumpir sus estudios, que retomó al huir a Austria en 1944, donde se doctoró en arqueología, sin dejar de proseguir sus investigaciones personales. En 1949 emigra a Estados Unidos, donde es contratada por la Universidad de Harvard para traducir publicaciones arqueológicas -dado que conocía a la perfección veinte idiomas- y también para escribir artículos sobre la prehistoria en Europa central y oriental.

En 1963 se muda a California y empieza a trabajar en la universidad de ese Estado. En 1965 publica su **Bronze Age Cultures of Central and Eastern Europe** que la consagra como una especialista en la Edad de Bronce europea tanto como en la prehistoria de los bálticos y los eslavos. La nota saliente de sus trabajos fue la relación que estableció entre las investigaciones lingüísticas y la información arqueológica. Sin embargo, fueron sus trabajos de la década del '70 y el '80 los que la proyectarían al primer plano de la notoriedad. En **The Goddesses and Gods of Old Europe**, de 1974, **The Language of the Goddess**, de 1979 y su último libro **The Civilization of the Goddess**, de 1991, Gimbutas se vale del abanico abierto de sus profundos conocimientos para establecer sus teorías. Tras examinar detenidamente las ruinas de gran cantidad de viviendas, templos, tumbas, así como miles de estatuillas encontradas en su interior, Gimbutas reinterpreta la prehistoria

⁵ Tomado de Life and Works, en base a una entrevista que le realizó su discípula y asistente Joan Marler y que escribió un año después de la muerte de Gimbutas.. La presente cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, provienen de la misma fuente.

europaea estableciendo una diferencia entre los sistemas cuyo eje era la figura de la diosa y los elementos de la cultura patriarcal de la Edad de Bronce.

Gimbutas no desdeña ninguna disciplina para cimentar su tesis de que esas ruinas expresaban un alto simbolismo religioso; para demostrarlo apela desde la arqueología, la lingüística, la mitología hasta el estudio de los registros históricos y las religiones comparadas. De todo ello dedujo que, en esas culturas primigenias, la mujer era el centro de la vida religiosa en una sociedad libre de guerras. Asimismo, habían alcanzado un grado importante de sofisticación artística y económica. No obstante, cerca del 4300 a.C. los pueblos indoeuropeos de las estepas -a los que llamó *Kurgos*⁶- avanzaron sobre esos grupos sedentarios y agricultores. Los invasores bélicos llegaron con sus dioses celestiales masculinos y los impusieron simultáneamente con la supremacía del varón sobre la mujer: la Diosa quedó desterrada para siempre y expedito el camino para las culturas monoteístas.

Gimbutas lamentó que mitólogos como Mircea Eliade o Joseph Campbell hubieran descubierto su obra poco antes de morir: “Me habría encantado que ellos hubieran tenido mis estudios en sus manos y que hubiéramos podido debatir sobre estos temas.” Sin embargo, tanto Ashley Montagu como Campbell percibieron la nueva dimensión que abrían estas obras, lo cual llevó a Campbell a comparar la importancia de los aportes de Gimbutas con el desciframiento de la piedra de Rosetta para los jeroglíficos egipcios. Como era de prever, el mundo académico tradicionalista disparó un fuego cerrado de críticas sobre Marija Gimbutas y su obra: sátiras, censuras y juicios adversos que todavía no han cesado.

⁶ Ya en 1956 había establecido la hipótesis de los *Kurgos*, corroborada por estudios posteriores.

CAPÍTULO XX

DECIR EL SILENCIO

Palabras, palabras y palabras que colman bibliotecas. Palabras: olas que rompen en playas de silencio. El mutismo casi absoluto de las brujas y damas de la noche mantenido a lo largo de los siglos. Las pocas expresiones que nos han llegado fueron un resultado confuso de presiones y torturas ejercidas sobre mujeres en situación desamparada. Sin embargo, se ha dicho persistentemente que existía una tradición de brujería que ha llegado hasta la época actual, pero ¿cómo se fue transmitiendo esa tradición, sólo por vía oral? ¿O los que hablan no saben y las que saben no hablan sino que se comunican por otras vías?

XX. 1. Un lenguaje arcaico

Los trabajos de Marija Gimbutas pusieron de relieve lo que ella denominó “el lenguaje de la Diosa”, esto es, signos, huellas, trazos que se repiten una y otra vez en las estatuillas, viviendas y objetos del Neolítico a los que la arqueóloga, ayudada por otras disciplinas, les fue atribuyendo un simbolismo que le permitió reconstruir una sociedad basada en una deidad femenina.

La Diosa, que es también la Gran Madre Serpiente con la que a menudo se confunde, dejó su huella en forma de espirales, bucles, líneas, elipses, tropos, vueltas, nudos, círculos simples o dobles, enmarañados o simétricos, de numerosas vasijas, menhires, tumbas e imágenes. Todo ello articula un lenguaje cuyos sentidos nos resultan esquivos, aun cuando pueda suponerse que han sido preservados clandestinamente a través de los tiempos. Un excelente ejemplo de significados superpuestos a partir de un trazo lo brinda el **I Ching**. Parte de una línea, luego esa línea se quiebra con lo cual se obtiene la primera polaridad. Más tarde la línea entera y la quebrada se van alternando hasta alcanzar treinta y dos combinaciones posibles llamados trigramas. El juego de combinar los trigramas duplicándolos alcanza el número de sesenta y cuatro hexagramas. Dada una atribución de sentido a la primera polaridad -varón-mujer, cálido-frío, norte-sur y así sucesivamente, la interpretación se desarrolla en círculos cada vez más amplios hasta que los sesenta y cuatro hexagramas y sus respectivos comentarios abarcan el espectro completo de las situaciones humanas, tanto pasadas como presentes y futuras.

Tal vez por un proceso similar el lenguaje de la Diosa ha dejado su huella en los cultos religiosos posteriores, sin olvidar su vulgarización a través de los alfabetos y objetos de contemplación como los *yantra*, los íconos, las imágenes. No obstante,

donde han conservado un extremo vigor es en las prácticas chamánicas, estrechamente emparentadas con la brujería.

XX. Las cuerdas

El rastreo del lenguaje de la Diosa remite de inmediato a los hilos, los nudos, las cuerdas. El hilo, el nudo forman parte del tejido cósmico que tejen los vientos, “al igual que los hálitos mantienen unido y articulan el cuerpo del hombre”¹. Estar vivo es entonces estar unido a la tierra, ligado a ella, “ser ‘tejido’ por la potencia misteriosa que trama el universo, el tiempo y la vida”. Por ello Isis usará un cinturón con un nudo formado por las plantas de loto y papiro. Morir, por el contrario, implica estar desligado, haber sido cortado el hilo de la vida, como ocurría con las Parcas y las Nornas.

Manejar los nudos, los entrelazamientos, como derivados del arte femenino de urdir y tejer, se consideraron siempre formas mágicas de controlar los vientos, el tiempo y, más aún, la vida y la muerte: “lo que está tejido”, el destino, llamarán los latinos al devenir de la existencia. En un poema órfico, la Madre Noche responde a la pregunta de Zeus sobre cómo podrá establecer su dominio sobre los mortales con estas palabras: “Rodea cada cosa del éter inefable, coloca en el centro el cielo y la tierra ilimitada, y el mar, y todas las constelaciones de que está coronado el cielo. Pero lo harás cuando tengas una ligadura sólida que rodee todas las cosas, sujetándolas con una cadena de oro al éter.” *Aurea catena* llama Homero a esa cuerda con que Zeus atraía todas las cosas hacia sí. Y Plutarco afirmaba que la *psyché*, que mora en el cuerpo se conecta con el *noûs* por medio de una cuerda para que éste aleje a aquélla de los apetitos de la carne. “Numerosas prácticas de defensa y ataque estuvieron vinculadas con el nudo de Isis, un símbolo de la inmortalidad que en el antiguo Egipto coronaba a menudo la testa de los grandes personajes.”²

“Las imágenes del hilo, de la cuerda, de la ligadura, del tejido, son ambivalentes: expresan igualmente una situación privilegiada (estar unido al Dios, encontrarse en relación con el *Urgrund* cósmico) como una situación lamentable y trágica (estar condicionado, encadenado, predestinado, etc.)”³. Los *medicine-men* australianos para iniciar a sus discípulos utilizan una cuerda, haciéndola brotar como una luz de su interior. Y también es una cuerda mágica la que utilizan los faquires para trepar por ella hasta las nubes, desaparecer entre ellas y retornar regenerados.

“Existe toda una morfología de los nudos y los entrelazamientos conforme al efecto que se quisiera producir; básicamente, se podrían dividir en dos grandes

¹ MIRCEA ELIADE. *Mefistófeles y el andrógino*. Madrid, 1969. La presenta cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a la misma obra.

² MIRCEA ELIADE. *Images et symbols*. París, 1952.

³ MIRCEA ELIADE. *Mefistófeles...*, op. cit.

clases: los lazos utilizados contra alguien, en cuyo caso se suele producir un corte y los nudos y lazos benéficos contra los animales salvajes, la muerte, las enfermedades.”⁴ En procura de evitar que se produjera un mal, las mujeres debían llevar los cabellos desatados en las procesiones de Dionisos. En Roma, la flamina no debía tener ningún nudo en su vestimenta ni en su peinado y al *Flamen Dialis* se le prohibía usar un nudo o un anillo cerca de su persona por temor de que su espíritu fuera atado.⁵

Los chamanes, al no haber perdido contacto con las fuerzas cósmicas profundas, conocen ampliamente cómo manejar las cuerdas que tejen el universo. Del mismo modo las brujas saben cómo desatar los nudos, las ligaduras que traban el desarrollo, el conocimiento, la felicidad de un ser humano o cómo atarlos mágicamente para impedir el goce de su sexualidad, de sus capacidades, de su vida misma. Y también han conservado esos cordones como lenguaje expresivo, como los *quippu* incaicos, como el humilde juego de cuerdas trenzadas con los dedos que todavía juegan muchos niños y que se remonta al Paleolítico Superior, esto es, de 40 a 10.000 años a.C.

XX.2 “Palabras de poder”

¿Se puede hablar sin ser entendido por quienes están próximos? Sin duda las fórmulas que repetían las brujas y damas de la noche no resultaban comprensibles para sus oyentes por carecer de sentido aparente o por estar entremezcladas de voces extrañas. El poder de las palabras era conocido desde antaño. El Verbo creador vetero-testamentario, luego el *Tetrágramaton*, las cuatro letras del “Inefable Nombre de Dios” de los hebreos, el *aum* sagrado de los hinduistas, son otros tantos ejemplos de la importancia definitiva de la palabra en la construcción de las civilizaciones.

Los papiros egipcios están colmados de vocablos de esa clase usados en prescripciones para los más diversos fines, incluso como guía de los difuntos en el más allá. Algunas de esas palabras, como *abraxas* o *abracadabra*, desprendidas de su contexto y ya carentes de fuerza, llegaron a cobrar una notoriedad extraordinaria. Luciano se refiere a esas recetas ininteligibles aclarando que algunos de los vocablos proceden del hebreo o del fenicio y de otras lenguas, como *Semésilams*, en babilonio “Eterno Sol” o *Arsenophore*, en egipcio “Hor, hijo de Ra”.

Quizá las más renombradas “palabras de poder” sean las Ephesia Grámmata así denominadas por Clemente de Alejandría a una serie de palabras grabadas en la estatua de Artemisa en Éfeso. Inicialmente esa lista la componían seis palabras: *askion*, *dammameneus*, *katáskion*, *aisia*, *tetrax* y *lix*; más tarde el número aumentó considerablemente e incluso se introdujeron en contextos poéticos. Estas Letras

⁴ MIRCEA ELIADE. *Images et...*, op. cit.

⁵ Cf. J.E. CIRLOT. *A Dictionary of Symbols*. Nueva York, 1962.

Efesias podían encontrarse en los sitios más variados: en las bodas, para alejar las influencias nefastas; en los amuletos, como protección; en los talismanes para alejar los malos espíritus, según sostiene Plutarco o, mediante su recitado, para salvarse de situaciones de riesgo, como le ocurrió a Crespo que, al pronunciarlas, se salvó de ser quemado vivo en la pira funeraria.

El uso de palabras mágicas estuvo muy extendido durante centurias: las empleaban los magos, las empleaban en los servicios religiosos, las empleaba la gente común. También las utilizaban a menudo las brujas y damas de la noche que tenían un extenso repertorio de estas palabras, a veces onomatopéyicas, a veces sonidos secretos, inexplicables, o en idiomas poco conocidos. Esta lengua de misterio acompañaba sus ensalmos, sus consejos, sus hechizos e incluso su contacto con los muertos. En verdad pareciera tratarse, como en las *darsana* del hinduismo, de una emanación del ser en el sonido, del vacío y el silencio en la acción. Por ello, se ponía especial énfasis en pronunciarlas correctamente, con la justa entonación, la cantidad de veces que fuera debida, de lo contrario, podían producir el efecto inverso al buscado.

XX.3 El *Ogham* y las *runas*

Los signos de la Triple Diosa, que para los celtas era Morrigan-Macha-Badh, se conservaron en el *ogham* de los celtas. Perdido su origen en la noche de los tiempos, el alfabeto de los árboles consistía en un sistema mnemotécnico que atribuía un significado simbólico a cada árbol. Ocho árboles -abedul, aliso, sauce, roble, serbal, avellano, manzano, fresno- le dan forma a veinticinco letras que no se empleaban en el sentido moderno sino que cada una de ellas remitía a un conjunto de ideas o conceptos relacionados con su visión del universo. El *ogham* se utilizaba como idioma mediante la correspondencia de los árboles con distintas partes del cuerpo; por ejemplo, se utilizaban los nudillos de la mano como letras o formando el símbolo de cada letra con los dedos. Asimismo, se utilizaba el código de los árboles en relación con otras partes del cuerpo o el rostro, de modo que se podía mantener toda una conversación sin abrir la boca.

El *ogham*, llamado también Beth-Luis-Nion por el nombre de los tres primeros árboles (*beth*, abedul, *luis*, serbal y *nion*, aliso) solía grabarse mediante una serie de cortes en los bordes de una piedra, de un trozo de madera o una vara, representando una sucesión de trazos sobre un eje, leyéndose normalmente las letras de abajo arriba. Asimismo hay casos en que las varas se han transformado en armazones cuadradas que giraban al tocarlas y lo mismo podía ocurrir cuando lo permitía el borde de la piedra.

El *ogham*, además de servir a la comunicación y emplearse como calenario, tenía otros usos secretos. Sin embargo, para acceder a ellos, debía recibirse una preparación especial respecto a los significados secundarios u ocultos: es lo que Graves llama “el conocimiento de la grulla”. Así se podían transmitir

informaciones sobre la curación mediante hierbas, la confección de talismanes o discernir la inclinación moral o intelectual de una persona. En palos provenientes del serbal se grababan las *runas*, palabra que significa hechizo y que dio lugar a un complejo sistema de adivinación y de predicción del futuro.

El doble manejo del alfabeto de los árboles acabó por molestar a las autoridades: mediante edictos reales prohibieron a los druidas históricos conversar en *ogham*. No obstante, sin duda le prestó un maravilloso servicio a las brujas acosadas por las persecuciones a gran escala.

XX. 4 El *nü shu*, un lenguaje silenciado

¿Puede una mujer hablar un idioma con otras mujeres y no ser comprendida por ningún varón? La respuesta afirmativa la da el *nu shu*, una lengua que se hablaba en la provincia china de Hunan.

El origen del *nü shu* es desconocido, si bien la leyenda lo atribuye a una cortesana imperial de la dinastía Song; lo cierto es que ha persistido durante mil años o más en la China central. Por entonces, no se aprobaba que las mujeres se educaran y aprendieran *nan shu*, la “escritura del varón”, esto es, el lenguaje corriente, así como no se aprobaba que tuvieran pensamientos propios o críticos. Sin embargo, la necesidad de comunicación entre las mujeres fue más fuerte que todas las prohibiciones y se hizo costumbre en la región pertenecer al grupo de las “hermanas juramentadas”. Éstas se comprometían a ser leales entre sí y mantener por siempre la amistad. El medio de comunicarse sin ser molestadas por el cerril patriarcalismo reinante fue utilizando un lenguaje propio escrito con una “caligrafía de mujeres”, vale decir, el *nü shu*.

Muchos de los caracteres de este idioma son similares al chino tradicional, pero los rasgos son más finos y alargados, como si hubieran cobrado alas. La diferencia importante es que en tanto los idiogramas chinos poseen diversos significados, los casi dos mil signos de la “escritura de mujeres” son definitivamente fonéticos: representan sílabas dispuestas en columnas que se leen de derecha a izquierda.

Disfrazados decorativamente en abanicos, en ropas, en vasijas, los textos del *nü shu*, escritos mayormente en verso, hablan del dolor de la muerte de los seres queridos, de la nostalgia por una partida -“ahora que te fuiste me siento muy sola”, dice una joven a la amiga recién casada-, de la triste condición de ser mujeres, de acontecimientos históricos como la Guerra del Opio o la invasión japonesa; también incluyen felicitaciones por un nacimiento o una boda o sirven de apoyo y consuelo a mujeres repudiadas o violadas. Asimismo existen numerosos “diarios del tercer día”, poemas y artículos escritos por íntimas amigas a una mujer después de su casamiento.

Las mujeres no ponían un particular interés en ocultar su escritura, sino que la soberbia masculina era tal que no se interesaban por lo que consideraban inferior. Sin embargo, esto se revirtió durante la Revolución Cultural: toda tradición feudal

debía ser destruida, sobre todo si se había conservado secreta. Miles de textos *nu shu* fueron quemados alegando que era “una escritura del mal” y quienes la practicaban no eran sino “brujas”. El trabajo fue bien hecho. En setiembre de 2004 murió Yang Huanyi, una anciana campesina de noventa y ocho años, última persona experta en este tipo de escritura.

XX. 4.1 Danzas, música, cantos

Gestos, actitudes, ademanes en movimiento: la danza. Pies y manos, el cuerpo y el rostro realizan mudanzas que representan figuras. El latido del corazón les dio el primer ritmo. La Diosa baila sobre el caos y su danza va dando a luz al universo, va trazando el *diakosmos*, el orden de la Diosa. El alma-corazón de cada uno es la danza misma, creada por la Diosa para establecer los lazos de sangre, la cadena de las generaciones. Las que adoren a la Diosa juntarán entonces las manos en el círculo de su corazón, el círculo genitivo, y se expresarán sin traicionarse a través de este lenguaje.

Cada danza ritual une a la divinidad y permite internarse en los laberintos de la vida, renaciendo de la muerte, como la Kali hindú que baila sobre el cadáver de su esposo Shiva, aunque luego será éste el que ejecute la *tandava*, la danza de la creación que se inscribe en el círculo sexual de Kali, que transformará los cráneos que la adornan en las letras sagradas del alfabeto sánscrito.

La danza es el eje de las primeras representaciones rituales en el culto al árbol o a la vegetación en general; así entre los egeos pre-helénicos aparecen coros de jóvenes danzando en un bosque de olivos ante la multitud de fieles o llevando a cabo una especie de “danza de las flores”⁶ cuyo objetivo sin duda era provocar una epifanía de la divinidad. Ya en épocas históricas en el santuario de Delos se bailaba la “danza de la grulla” que, se decía, Teseo había enseñado a los habitantes del lugar y que se bailaba alrededor de un altar de cuernos. En verdad, pareciera que esta danza le había sido enseñada a Teseo por Ariadna -confirmado por el hecho que Teseo había consagrado en Delos una estatua de Afrodita que Ariadna le había entregado-. Las evoluciones expresivas de esta danza “con sus cursos azarosos, sus sinuosidades penosas, sus marchas inquietantes y sin término a través de las tinieblas”, según dice Plutarco, representaban una danza de iniciación en los misterios de la Diosa, ya que reproducían el laberinto del cual había sido salvado Teso por el hilo de Ariadna.

Los coribantes, sacerdotes de Cibeles, bailaban en honor de la diosa acompañados por címbalos, flautas, tambores y cascabeles que los llevaban en sus giros a un estado de trance extático en que proferían extraños chillidos, similares a los de las Amazonas en sus danzas en honor de Diana-Astarteia. De igual modo, en el culto a

⁶ Véase el anillo de oro de Isopata.

Dionisos, las danzas extáticas de las ménades expresaban en primavera la epifanía del dios. “En muchas ciudades de Grecia, cada dos años, tienen lugar reuniones báquicas de mujeres, y es costumbre que las doncellas porten el tirso y se entreguen juntas a la diversión, honrando y venerando al dios, y que las mujeres casadas lo adoren en grupos organizados y que se diviertan para celebrar la presencia de Dionisos, imitando a las ménades, quienes, según se dice, servían al dios constantemente desde antiguo.”⁷

La danza se consideraba el comienzo de la creación y un medio de fusión con los dioses. “Con la creación del universo también cobró vida la danza, lo que supone la unión de los elementos. La danza circular de las estrellas, la constelación de planetas en relación con las estrellas fijas, la armonía y el orden prodigiosos en todos sus movimientos, es espejo de la danza original en el momento de la creación. La danza es el mejor regalo de las musas al hombre. Debido a su origen divino, ocupa un lugar en los misterios y resulta cara a los dioses, en cuyo honor la ejecutan los hombres.”⁸

En función mágica, la danza sirve para atraer la lluvia: lo sabían los curetas que, armados y bulliciosos, bailaban junto a Zeus niño; lo sabían los “hacedores de lluvia” de las sociedades mal llamadas primitivas, cuya función era provocar o detener la lluvia; y lo sabían las brujas medievales contra quienes la Iglesia elevó la acusación de desatar la lluvia, sea mediante danzas o golpeando piedras con un trapo mojado o vertiendo agua en un agujero.

En los primeros siglos de la era cristiana la danza siguió manteniendo su importancia ritual, tal como David había bailado delante del Arca de la Alianza y tal como los Salmos aconsejan celebrar a Dios: “... Alabadle con clangor de cuerno, / alabadle con arpa y con cítara, / alabadle con tamboril y danza...”⁹.

En la misma tradición, los Hechos Apócrifos de San Juan, relatan que el rito místico de la Danza de Jesús fue instituido como un sacrificio espiritual y un himno de glorificación de la Cena de Cristo, diciendo que ordenó a sus discípulos formar un anillo a su alrededor con las manos enlazadas y cantar en honor del Padre y ellos danzaron y alabaron al Señor. Por ello Gregorio Nacianceno afirmaba. “Ejecutad la danza de David ante el arca de la alianza, porque creo que tal baile contiene el misterio de caminar ante los ojos de Dios.” Y san Basilio se preguntaba en el siglo IV “¿Podría existir mayor bienaventuranza que imitar en la tierra la danza circular de los ángeles y elevar nuestras voces al alba en oración y con himnos y cánticos glorificar al Creador ascendente?”

En las iglesias cristianas primitivas se llevaban a cabo danzas litúrgicas similares a las paganas sólo que con un cambio de nombre: en la danza del laberinto el Minotauro fue remplazado por Satanás y Teso por Cristo. En la catedral de Auxerre

⁷ DIODORUS SICULUS. **Historical Library**. Londres, 1814.

⁸ LUCIANO DE SAMOSATA. **Works**. Oxford, 1905. Sobre la danza.

⁹ **Biblia de...**, op. cit. Salmo 150.

se ejecutaba en Pascuas un juego o danza de la pelota: el deán y los canónigos formaban una larga cadena sobre un dibujo del laberinto, mientras danzaban con un ritmo de tres pasos la pelota iba pasando del dirigente al coro y de éste al dirigente a la vez que cada uno giraba alrededor de su propio eje. San Ambrosio, obispo de Milán, escribía en el siglo IV: “Y al igual que aquel que danza con su cuerpo, corriendo por entre los movimientos rotatorios de los miembros, adquiere el derecho de participar en la danza circular, el que baila la danza espiritual, moviéndose siempre en el éxtasis de la fe, adquiere el derecho a bailar en el anillo de toda creación.”

Lo que es bueno y lícito para las instituciones oficiales es malo e ilegal para los disidentes. Una de las acusaciones recurrentes contra las brujas medievales-renacentistas fue que llevaban a cabo danzas desenfrenadas y, entre todas, se temía especialmente la danza del anillo, considerada una “ceremonia siniestra”⁹. Boguet “compara la danza circular de las brujas con la de las hadas, a quienes estigmatiza como ‘diablos encarnados’.” Estas imputaciones contrastaban con el favor que gozaba entre el pueblo, los artistas, la aristocracia, un tema similar, el de las danzas macabras. En ellas, se representaban cadáveres del inframundo que efectuaban una ronda para ir tocando a todos, ricos y pobres, viejos y jóvenes, feos y hermosos, sanos y enfermos con el fin de llevárselos, ya que tocarlos era contaminarlos de muerte.

Poco a poco, sucesivos Concilios fueron prohibiendo la ejecución de las danzas, aduciendo que despertaban la sensualidad, sobre todo en las mujeres. Sin embargo, hasta entrado el siglo XIV todavía hay informes de que los propios sacerdotes encabezaban procesiones en las cuales se bailaba y cantaba incluso en el atrio de la iglesia.

Sacadas de su contexto, habiendo perdido su sentido original, las danzas de la Diosa se fueron vulgarizando en las fiestas del Primero de Mayo o Palo de Mayo¹⁰, en carnavaladas, en celebraciones profanas. Algunas, bailadas por varones y mujeres que se sostienen de la mano con pañuelos, la recuerdan en su nombre, como la “danza de las brujas” vasca o *soka dantza*. Y hay quienes las honran, bailándolas en luna llena, como las danzarinas balinesas de la *colon arang*, dedicada a Colon Arang Rangda, la Reina de las Brujas y Diosa de la Muerte.

XX. 4.2 El sentido oculto

Los pies de las brujas golpean el suelo acompasadamente con un ritmo exterior que es similar al de su propio corazón. En este centro se cruzan los ejes de los puntos de orientación en el espacio formando una cruz que el cuerpo, al entrar en movimiento, convierte en una rueda móvil, dinámica, donde interactúan los opuestos. Poco a poco la música, pensamiento en acción, se va haciendo más

⁹ MARGARET MURRAY. *The God of...*, *op. cit.* Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

¹⁰ Ver, por ejemplo, la representación de la fiesta en la Danza de Mayo de Pieter Bruegel el Jove, del siglo XVII.

compleja mientras las voces imitan el vagido de un infante, el susurro del viento entre las hojas o el grito penetrante del animal herido.

Las brujas se mueven en este diagrama sagrado en cuyo centro comienza el tiempo y el espacio, se ordena el caos. El eje vertical se convierte en un sendero por donde desciende el poder de la divinidad; el horizontal, en su manifestación terrena. Los brazos se alzan en actitud de reverencia a la creación y bajan como en el momento de la muerte. El cuerpo se mueve hacia atrás y hacia la izquierda, recordando el pasado; hacia adelante y a la derecha, visualizando el porvenir. Los pasos entretejen primero un círculo para incorporar, dar y recibir; luego una cadena como símbolo de transmisión del conocimiento entre las generaciones; por último trazan un laberinto como emblema del misterio que debe proteger el centro sagrado. La vida de cada bruja y la vida trascendente comienzan a fusionarse: nacen a la dimensión del espíritu donde todo es posible, son una con el universo, su cuerpo se ha vuelto sagrado. “En esta danza podemos encontrar la fuente de la vida, la fuente de la inteligencia, el principio de la existencia, la causa de la bondad y el origen del alma.”¹¹

Giran como las estrellas y los planetas, abrazan el sol y la luna; se alzan hacia el infinito y descienden al submundo de las ánimas; erran por los tiempos y espacios y se concentran en un solo punto axial. Saltan y gritan, liberándose de lo que son, de sus emociones y su mente para dejar que su cuerpo exprese la máxima energía, la potencia máxima. La música armoniza las leyes de la naturaleza con las leyes espirituales de la conciencia. Cada gesto se torna significativo porque responde a los ritmos profundos del cosmos, de cada ser. Se han vuelto poderosas: los elementos le responden, pueden mirar frente a frente el existir y el vacío. Pueden destruir. Pueden crear.

¹¹ PLOTINO: **Las Enéadas**. México, 1951. En rigor de verdad, aunque el sentido es el mismo, Plotino no se refiere a las brujas sino a los coros griegos que cantaban y danzaban alrededor del altar

CAPÍTULO XXI

WICCA Y CULTOS SATÁNICOS

Predecir el futuro, gobernar los elementos, dañar o curar personas o animales, transportarse por los aires sin medios mecánicos, discernir los pensamientos y emociones ajenas o provocarlos son algunos de los poderes atribuidos a las brujas. Todo ello indica un situarse en el universo diferente al de las concepciones racionalistas; aquí la realidad es aprehendida como espirales de energía expresadas de diversos modos en el tiempo/materia, lo cual las ubica en una percepción similar a la que puede obtenerse desde la física sub-atómica.

En un extremo lo que se conoce como operaciones mágicas o de hechicería y, en el otro, lo que la ciencia actual estudia como dones extrasensoriales parecen estar mancomunados al unirse una persona al flujo de energía cósmica, al vibrar al unísono con cada una de sus manifestaciones. Desde esa experiencia de fusión con el todo, desde el interior mismo del remolino energético, con voluntad y auto-determinación no parece ser ilusorio modificar el curso de esa corriente y sus leyes. El grado de aptitud que lograron quienes lo han intentado -sean magos, santos, chamanes o brujas- ha ido variando considerablemente conforme a las épocas y las circunstancias. Nuestro tiempo no luce un grado de excelencia que vaya a la par del florecimiento expansivo de la brujería.

XXI. 1.1 La *wicca*

El sentido de la brujería debe encontrarse, no en extrañas teorías sobre Dios y Satán, sino en los niveles más profundos de la mente humana, el inconsciente colectivo y los desarrollos más tempranos de la sociedad humana. Lo más profundo de las raíces ha preservado el árbol.

Gerald Gardner

La influencia de los libros de Margaret Murray sobre brujería comenzó a manifestarse en la década del '40, tanto en los círculos intelectuales como en la práctica de la "vieja religión". A partir de sus descripciones, surgió la idea de fundar *covens*, pequeños círculos de brujas compuestos por trece personas. Es probable que fuera en uno de ellos que recibió su iniciación Gerald Gardner, considerado el padre de la *wicca*.

En lo inmediato, las tesis de la doctora Murray impregnaron la doctrina gardneriana tanto en las ideas sobre el Dios Astado y la transmisión del culto desde tiempos matriarcales como en la estructuración de sus encuentros y la amplia gama de términos tomados en préstamo y revitalizados. Sin embargo, no es ésta la única fuente de que se nutre la *wicca*: la tradición ocultista misma, los aportes de

Crowley, el folclore, el druidismo, la masonería, las ideas expuestas por Leland en **Aradia, el Evangelio de las Brujas**, todo ello fue elaborado por Gardner construyendo así sus teorías con los materiales disponibles. El producto resultante marca un antes y un después en la brujería moderna. En la práctica gardneriana se trataba de una religión misteriosa, limitada a quienes habían sido iniciados en un *coven* e introducidos en el material contenido en el **Libro de las Sombras**. Pero ese Libro no es una obra revelada por mandato divino sino un recordatorio personal de fórmulas y oraciones que cada individuo debe esforzarse en encontrar. No es de extrañar, entonces, que los secretos no estuvieran tan bien guardados como para que no surgieran otras tradiciones, que reclamaron tanta antigüedad como la de Gardner, cuya palabra no fue la última sobre *wicca*.

En general, los wiccanos adoran a la Diosa tanto como al Dios Astado; sin embargo, la importancia relativa que conceden a una y el otro marcan entre ellos diferencias significativas. No obstante, todos aceptan la polaridad y la analogía como los conceptos básicos que mueven el universo a través de los elementos, que son los cuatro de la tradición griega: aire, fuego, tierra y agua. En algunos casos se le añade un elemento más, el *akasha* -éter, espíritu- de la tradición hinduista, que estarían simbolizados en la estrella de cinco puntas del pentagrama que usan. Estos elementos tejen una red de opuestos que se equilibran mutuamente: positivo-negativo, luz-oscuridad, femenino-masculino. A su vez, esos elementos, que dominan emociones, energías, fuerzas, colores, lugares y objetos con los que se corresponden, están regidos por los Señores de las Atalayas. Estos elementales, según sus características y atributos, reciben el nombre de silfos (aire, inteligencia, imaginación), gnomos (tierra, responsabilidad, resistencia), ondinas (agua, compasión, amor) y salamandras (fuego, luz, acción). Si se precisa ayuda, debe invocárselo sin obligarlos, de lo contrario, pueden hacer lo opuesto de lo que se les pide.

“Un brujo de primer grado, recién iniciado, puede ignorar o no los caminos de la Wicca”¹. Lo que no puede ignorar es “cómo trazar el Círculo Mágico” ya que el Círculo tiene “una función doble: de concentración y de protección”. El Círculo, cuyo tamaño es variable, debe estar rodeado por cuatro velas colocadas en los cuatro puntos cardinales. Antes de entrar al Círculo se realiza un ayuno y un baño purificador. Luego se prende incienso y se coloca el incensario junto a los otros instrumentos: la espada o *athame* debidamente consagrado, un poco de sal y una pequeña vasija con agua. Se apagan las luces artificiales, se encienden las velas, se coloca la vasija encima del pantáculo y comienza la ceremonia con la consagración del agua, seguida de oraciones y encantamientos. Previamente, se realiza el ritual de la Atracción de la Luna: un llamado a la diosa para “que descienda y se

¹ STEWART FARRAR. **Lo que hacen las brujas**. Barcelona, 1977. La presente cita y las siguientes, salvo afirmación en contrario, pertenecen a esta obra.

introduzca en el cuerpo de la Suma Sacerdotisa, la cual personifica a la Diosa hasta que el círculo es eliminado.” De pie en el centro del Círculo, con los brazos cruzados sobre el pecho, la Suma Sacerdotisa recibe del Sumo Sacerdote el quíntuple beso, esto es, en los pies, las rodillas, el pubis, el pecho y la boca. Luego se realizan iniciaciones, curas e impetraciones. Por lo común, la ceremonia concluye con una comida.

Un aspecto de las ceremonias de la *wicca*, sobre todo las gardnerianas, es que se desarrollan con los concurrentes “vestidos de cielo”², esto es, completamente desnudos, aunque es opcional una túnica de algodón, que simboliza la pureza del cuerpo, y una cuerda que representa la independencia y que también se emplea en los rituales. En el único momento en que la desnudez se vuelve obligatoria es durante el rito de iniciación, ya que equivale a la regeneración del espíritu, la recuperación de la esencia primordial.

Además del Círculo y el altar -una caja cubierta con un mantel o, en su defecto, un sector del suelo que lo represente- el grupo dispone de instrumentos rituales tales como un caldero, un cáliz, una escoba, el *athame* o cuchillo personal, la espada del altar y un Libro de las Sombras, todos ellos necesarios de acuerdo a los distintos grados de iniciación, vale decir, de educación del adepto. “La Wicca enseña niveles de conciencia... enseña la transferencia de la atención y la acción a niveles de realidad. La clarividencia, el trance, la proyección astral, son otras tantas formas de esta transferencia, como lo son las incomunicables experiencias de los místicos. Son trabajos duros y hay que aprenderlos.” El acento se pone en el esfuerzo personal, en el voluntarismo. El aprendizaje se efectúa a través de ejercicios de complejidad en aumento que, a la vez, van desarrollando un empleo juicioso del libre albedrío, una mayor responsabilidad en quien los aprende. Por ello suele ser muy diferente la interpretación que los adeptos le dan a la divisa wiccana de “Y si no daña, haz lo que quieras”.

XXI. 1. 2 Festivales coincidentes

La frecuencia de los encuentros de los *covens* es variable, aunque los grupos suelen respetar los ocho grandes festivales, a saber: los dos solsticios, los dos equinoccios y los cuatro días cruzados. No obstante, hay quienes piensan que sólo debe haber cuatro *sabbaths* o celebraciones.

Suele decirse que los wiccanos son neopaganos pero que no todos los neopaganos son wiccanos. Lo cierto es que la *wicca* y el neopaganismo tienen en común muchas concepciones, ideas y rituales; los festivales constituyen una de esas coincidencias, aunque lleven nombres distintos.

² Es clara la similitud con los *digambara* hinduistas, los ascetas que transitan por el mundo cubiertos sólo de cielo.

2 de febrero: Imbolc. Es la antigua fiesta lupercal que el cristianismo convirtió en la Fiesta de la purificación de la Virgen María o Candelaria. Los wiccanos la celebran bailando la Danza Volta -precursora del vals- iniciando nuevos brujos, comiendo y jugando a la vela. Este juego consiste en que las mujeres formen un anillo alrededor de los hombres sentados en el medio. Los varones se van pasando una vela encendida mientras las mujeres tratan de apagarla.

La parte central de la ceremonia la constituye el Gran Rito que tanto escándalo ha suscitado. Dado que se trata de un festival de la fertilidad, se impone la realización de este rito, que también sirve para un grado elevado de iniciación. El Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa, en función de deidades, se ubican dentro del Círculo donde llevan a cabo la cópula sexual.

21 de marzo. Ostara. Celebración del equinoccio de primavera, en que todo renace. Los símbolos de Ostara son los huevos, los pollos y los conejos, adoptados por el cristianismo para la celebración de Pascuas. Se enciende un caldero en medio del Círculo sobre el que deberán saltar los asistentes. El **Libro de las Sombras** recomienda; “La última pareja que salte sobre el fuego antes de que se extinga deberá ser bien purificada.”

30 de abril. Beltane. La víspera de mayo es también la Noche de Walpurgis -Walburg es el nombre teutón de la Madre Tierra. Se celebra el Matrimonio del Dios y la Diosa. Se trata de la antigua fiesta de Hades, que la Iglesia trasladó al 3 de mayo con el nombre de Día de la Cruz. Sin embargo, ha sobrevivido con mucha fuerza en la tradición cristiana como la fiesta del Palo de Mayo del día 1ro. del mes, cuyo simbolismo fálico de fertilidad es translúcido.

21 de junio. Midsummer. El Solsticio Estival, trasladado por el cristianismo al 24 de junio como día de San Juan. Se busca, mediante gestos mágicos como saltar por sobre una hoguera, estimular el crecimiento de los granos y la fertilidad de los animales. Se celebra bailando alrededor del fuego, con tortas y vino.

31 de julio. Lammas. La víspera de agosto se conoce como el festival céltico del fuego de Lughnasadh, en que el rey-sacerdote era ofrecido en sacrificio para que el grano brotara de los trozos de su cuerpo sembrados en los campos.

21 de setiembre. Mabon. El equinoccio de otoño debe celebrarse con adornos de ramas de roble, piñas y mazorcas. Es el tiempo de reconocer lo que se tiene y prepararse para lo que viene.

31 de octubre. Samhain. La víspera de noviembre, convertida por el cristianismo en Víspera de Todos los Santos. Es el festival gaélico del fuego de Samahain, un tiempo de muerte en que debe recordarse a los que han partido. Hay que cerrar todas las puertas y ventanas porque andan sueltas las fuerzas del inframundo: el mundo físico y el del más allá se hallan muy tenuemente separados. Los brujos bailan danzas lentas, llevando antorchas o velas: se come y se bebe. Quizá para contrarrestar las potencias de la muerte, se recomienda la práctica del Gran Rito.

21 de diciembre. Yule. Se celebra el renacimiento del dios Sol. El solsticio de invierno ha sido trasladado por el cristianismo al 25 de diciembre como nacimiento

del niño-Dios. Los brujos lo celebran teniendo por centro de la ceremonia el Caldero de Cerridwen, símbolo de la inmortalidad.

XXI. 2 El neopaganismo

El neopaganismo reconoce haber espigado en antiguas mitologías y tradiciones religiosas, en especial las célticas y noruegas, aunque sin excluir las teorías orientales y distintas formas de cristianismo, ya que sostiene que todas ellas contienen algo de verdad pero ninguna la verdad absoluta. De modo pragmático, los neopaganos usan y emplean diferentes cuerpos de fe que adaptan a las propias creencias e, incluso, llegan a practicarlos simultáneamente, dado que no son dogmáticos.

En tanto los wiccanos aceptan una doble divinidad, mujer y varón, los neopaganos entienden que hay una sola fuerza vital en el universo. Sin embargo, su concepción no es la de un ser omnipotente, sino que lo inefable, lo ininteligible para la mente humana, se muestra a través de múltiples facetas. Sin embargo, a diferencia de los antiguos paganos, no son politeístas sino que su aproximación a lo divino descansa en una de sus manifestaciones. Puesto que se trata de una religión basada en la naturaleza, la divinidad es reconocida bajo la forma de la Madre Tierra, Gea o la Gran Madre de muchos nombres en su aspecto femenino y como el Hombre Verde en su aspecto masculino.

Los seguidores de esta corriente suelen reclutarse entre gente joven, predominando las mujeres. Los rituales que siguen son largamente deudores de las prácticas de la “vieja religión” que, a su vez, son los conocidos rituales de la brujería. Por ello, los neopaganos se suelen autodenominar “brujos” y se refieren a su práctica como “el Arte”.

Los neopaganos se han dividido en muchas sectas, que reciben el nombre de “tradiciones”: la *wicca*, el gentilismo, el druidismo, la tradición eslava, la del Cercano Oriente, sin olvidar algunas recientes como los eco-paganos y los tecno-paganos.

XXI. 3 El satanismo de LaVey

El Diablo constituye una preocupación de la Iglesia, cuya existencia real sigue afirmando. Así, en declaraciones del Papa Juan Pablo II³, éste sostenía que el racionalismo obra de modo tal que lleva al hombre a negar la existencia del diablo cuya presa preferida es la mujer, culpable por instigar “en la historia de la humanidad el pecado y, sobre todo, tratando de alejar al hombre de Dios.”

Lo cierto es que existe un verdadero quiebre de la fe en las instituciones religiosas tradicionales que ha provocado que muchas gentes de toda condición se volcaran

³ Efectuadas en el Vaticano el 3 de agosto de 1986.

hacia expresiones menos falseadas aunque no necesariamente más verdaderas. Las más obvias manifestaciones de ese giro estuvieron centradas en la reivindicación de las figuras denostadas por la Iglesia y, en primer lugar, la figura de Satán.

En 1966 Anton Szandor LaVey fundaba The Church of Satan. La propuesta de dedicar abiertamente una iglesia a Satanás era tan audaz como sacar las prácticas de magia negra de la clandestinidad. Hasta ese momento la vida de LaVey era un rimero de ocupaciones diversas: oboísta, domador de leones, hipnotizador, fotógrafo del Departamento de Policía de su ciudad. Este último empleo le permitió a LaVey, según él mismo afirmaba, estar en contacto con los aspectos más sucios de la naturaleza humana, con su parte violenta, lo cual lo llevó a aborrecer la actitud hipócrita de la gente hacia la violencia. Estas reflexiones, junto con otras referidas a la manipulación política de los credos, la falsedad de las promesas eclesiásticas y el concepto de pecado, lo llevaron a trazar un ideario cuya faz visible era la Iglesia de Satán.

Pronto los intelectuales se sintieron atraídos por las ideas laveyanas, creciendo sin cesar el número de adeptos, lo cual obligó a abrir delegaciones, primero en otras ciudades norteamericanas y luego en el extranjero. El símbolo de la Iglesia es la figura usada por los templarios: el *Baphomet*, vale decir, la cabeza de un macho cabrío dentro de un pentáculo invertido inscrito en un círculo con cinco letras hebreas en el extremo de cada punta de la estrella y esto, a su vez, asentado en otro círculo. La ceremonia central la constituye la misa negra, aunque también se celebran casamientos y bautismos.

La misa negra que LaVey describe en sus libros no difiere del modelo de siglos anteriores. Un celebrante, un diácono y un subdiácono offician el rito provistos de los instrumentos apropiados: el pentáculo, un cáliz lleno de vino o licor, una campanilla, una espada, un aspersorio -generalmente con forma fálica- y un crucifijo invertido. El cuerpo de una mujer desnuda sirve de altar y los participantes se revisten con vestidos negros con capucha. En rigor, la misa negra sigue prácticamente la misa cristiana, pero en sentido opuesto: se invocan a los demonios en latín, se recita el Padre nuestro al revés y se abomina de la hostia.

La fama de LaVey fue creciendo al punto que le valió ser llamado el “Papa Negro”. Su ideario quedó explicitado en tres libros: **The Complete Witch**, **The Satanic Rituals** y **The Satanic Bible** y un cuarto, **Devil’s Note Book**, puesto en circulación póstumamente.

The Satanic Bible, publicada en 1969, fue escrita con la pretensión de ser un desafío a todas las religiones, aunque en realidad se trata de una virulenta oposición al cristianismo. Conforme a los enunciados de LaVey, la figura de Satán resulta ambigua; por una parte pareciera tratarse de un ser personal a quien se dirigen las invocaciones y, por otro, una expresión de la transgresión y el racionalismo. En efecto, en el primer libro de la **Biblia Satánica**, LaVey reclama

el derecho del Príncipe de las Tinieblas a hacerse oír a igual tenor que el Señor de los Justos, cosa que no ha ocurrido porque los dueños del púlpito han definido qué es el bien y qué el mal. Por ello, en el segundo libro clama que la duda, no la verdad, es lo que hará libres a los hombres, porque “cada hombre es un dios si opta por reconocerse a sí mismo como dios” por ello, no debe ordenar pleitesía a ningún espíritu sino ordenarle. En ese sentido, en el cuarto libro donde habla de las invocaciones mágicas, se dirige a Satán con estas palabras: “*In nomine Dei nostri Satanas Luciferis excelsi!*..¡Abrid de par en par las puertas del infierno, salid del abismo y venid hacia mí para recibirme como vuestro hermano y amigo! ¡He tomado tu nombre como parte de mí mismo!”⁴

Al reivindicar al hombre como objeto de adoración, LaVey reivindica el cuerpo y los deseos: “Vivo como las bestias del campo, regocijándome con la vida carnal.” El imperio de la lubricidad, la gula, el egoísmo son considerados señales de fuerza, de poder. “Con relación al sexo o la lujuria, aprovéchate plenamente de los hechizos y encantamientos que actúan. Si eres hombre, hunde en ella tu miembro erecto con delicia lasciva. Si eres mujer, abre bien tu sexo con lujuriosa anticipación.”

En este camino del triunfo del más fuerte, la compasión es considerada un obstáculo y buscar la destrucción ajena un motivo de júbilo antes que de remordimiento.

Antón LaVey redactó para su iglesia un código que resumía su ideario compuesto por “los nueve pecados satánicos”, “las once reglas de la Tierra” y “las nueve declaraciones satánicas”. Estas últimas enumeran lo que Satán representa: “la indulgencia en vez de la abstinencia, la existencia vital en lugar de quimeras espirituales, sabiduría no mancillada en vez de auto-engaño hipócrita, amabilidad para quienes se la merecen en lugar de amor desperdiciado en ingratos, venganza en lugar de la otra mejilla, responsabilidad para el responsable, sin preocuparse por vampiros psíquicos”; y continúa “Satán representa al hombre como otro animal, algunas veces mejor, la mayoría de las veces peor que los que caminan en cuatro patas; animal que por su ‘desarrollo divino e intelectual’ se ha convertido en el más vicioso de todos, representa a todos los llamados ‘pecados’ en tanto éstos lleven a la gratificación física, mental o emocional” y en la última declaración afirma con ironía que “Satán ha sido el mejor amigo que la Iglesia haya tenido jamás, pues la ha mantenido todos estos años.”

XXI. 4 El luciferismo

La Iglesia de Satán fundada por LaVey no fue la única de este tipo. Le siguieron la Church of Satanic Brotherhood, la Church of War, la Church of Satanic Liberation,

⁴ ANTON SZANDOR LA VEY. **La Biblia Satánica**. Madrid, 1996. Esta cita y la siguiente pertenecen a la misma obra.

la Order of the Black Ram y otras muchas, algunas de la cuales tuvieron una existencia efímera.

Sin embargo, quizá la diferencia más significativa surgió de un cisma de la Iglesia de Satán. Un grupo encabezado por Michel A. Aquino planteó serias diferencias con el enfoque de LaVey respecto a la figura del Demonio. No sólo se oponían a la excesiva comercialización que los laveyanos habían hecho de la figura del Diablo sino que lo veían como una criatura preternatural, un ángel caído hacia el que debía sentirse el máximo respeto. Esto los llevó a fundar en 1975 el Temple of Set, creando una nueva corriente que se definía como “la madurez de la Iglesia de Satán.”

Sostienen los fieles de este templo que Set es una de las formas que adquiere el Príncipe de la Oscuridad, cuyo sacerdocio puede rastrearse hasta los egipcios pre-dinásticos. En consonancia con las viejas enseñanzas del Sendero de la Mano Izquierda oriental, la propuesta setiana es liberar al individuo de las cadenas que lo fijan a un dios o diosa para elevarlo al reconocimiento de la divinidad en sí mismo. Esto lleva a dejar de lado los parámetros de la filosofía y la metafísica cuyas conceptualizaciones y simbolismos están anclados en la tradición judeo-cristiana y revalorizar los sistemas de pensamiento representados por el principio egipcio de *Xeper* -alternativamente *Kefer*, *Kepher*- traducido de manera basta como “auto-desarrollo” o “auto-creación”. No se trata de ocultismo, ya que los setianos advierten que el ocultismo es similar a las religiones convencionales en tanto gira en torno al positivismo lógico y el materialismo científico.

El Templo de Set es una religión que ha sido reconocida como tal por el estado de California y el gobierno federal de Norteamérica. Sin embargo, a diferencia de las demás religiones, no tiene una iglesia o edificio estable y no adoran a Set, que sólo representa el último grado de la iniciación. Los entrenamientos, que incluyen la práctica sexual al estilo tántrico, tienen por centro trabajar con Set como un padre, un amigo o hermano, no como un dios. No se precisa que los miembros tengan convicciones religiosas, aun cuando haya quienes necesiten pensarlo como una deidad. El objetivo de los ejercicios que forman la columna vertebral de las iniciaciones es permitir a cada uno llegar a entrar en contacto con su yo trascendente, la conciencia psicocéntrica.

Ni los setianos, ni los luciferinos en general toman en consideración a la mujer, a la que sólo incorporan en calidad de copartícipe de las búsquedas del varón, ni tampoco se detienen en especulaciones sobre el principio femenino y su relación con la materia, cuyo dominio atribuyen a Satán.

Los luciferinos ven en Set, en Pan, en Shaytan, en Samuel, en Zu, a Lucifer, el “portador de la luz” y, por supuesto, también en Satán, la deformación hebrea de Set-hem, uno de los títulos atribuidos a Set. Lucifer es lo divino en la naturaleza, la fuerza que, según LaVey, por oculta es oscura: la luz que brota de las tinieblas.

No obstante, los arquetipos demoníacos que auxilian al hombre son reconocidos -siguiendo las reglas ortodoxas de la psicología profunda- como poderes del subconsciente, cualidades y habilidades inherentes al hombre que se han externalizado. A su vez, esos arquetipos reciben el alimento cotidiano de las creencias que los sustentan.

La rebelión de Lucifer contra un dios tiránico puede entenderse como un testamento de cómo oponerse a la norma, al rebaño, al conformismo, a las costumbres impuestas. Su lucha fue la de la auto-evolución, la de sentir orgullo por sí mismo y los propios logros, el ejercicio supremo de la voluntad de soberanía personal. Por ello, la espiritualidad luciferina no descansa en quitar al hombre cuanto lo diferencia como individuo sino en acentuarlo para abrazar su divinidad interior. Esa espiritualidad no excluye el gozo de la carne sino que lo alienta, ya que Lucifer es naturaleza y, como tal, siempre acaba por triunfar.

Atenerse a una ideología fija cualquiera repugna a los luciferinos, que ven eso como lo estancado, lo muerto. Por el contrario, Satán representa la inteligencia en busca de nuevos rumbos, la revuelta y el orgullo de sí y de los propios poderes: es la “llama negra” que arde en cada ser humano. En consecuencia, muchos luciferinos abandonan toda forma de organización y trabajan en solitario, buscando solos la “esmeralda verde” del conocimiento a través de las prácticas mágicas antiguas y modernas.

Especialmente aislados trabajan los seguidores de la magia del caos, que sustentan teorías sobre práctica mágica muy influenciadas por el discordianismo y las ideas radicales de Austin Spare, el creador de los *sigilos*⁵, que denunciaba el ritual y las ceremonias de los *sabbaths*, tachándolos de arbitrarios, obstaculizantes y confusos. El principal teórico de la *chaos magic*, Peter Carroll, fundó el Magical Pact of the Illuminates of Thanateros, aunque, previsiblemente, la mayoría de los practicantes no reconocen afiliación alguna. Carroll introduce la idea del “estado gnóstico” como un estado especial de conciencia para trabajar las diversas formas de magia y la complementa con la de cambio de paradigma mágico, esto es, la opción de cambiar arbitrariamente el modelo mágico propio.

No cabe duda que, en el contexto de la sociedad occidental orientada a la violencia y la obtención de bienes materiales, ideologías de este tipo transitan el filo de la navaja de un individualismo cerril, auto-complaciente, cercano a la egolatría del super-hombre nietzscheano que no reconoce fronteras en su embriaguez de poder.

⁵ Los *sigilos* son un complejo lenguaje mágico basado, según palabras de Spare, “en la combinación de las letras del alfabeto simplificadas” y luego colocada en un glifo pictórico donde se vuelve a combinar. El *sigilo* y su confección material obran como una disciplina que silencia las actividades conscientes permitiendo que aflore lo subyacente, lo divino en el ser. Spare tuvo una notoria influencia sobre los surrealistas y el pensamiento filosófico deconstructivista.

CAPÍTULO XXII

EL MOVIMIENTO DE LA DIOSA

La *wicca* no fue ajena a la fragmentación que constituye el signo de los tiempos. Como un curso de agua que toma nuevos e imprevistos derroteros, la *wicca* se fue dividiendo, separando y, paradójicamente, multiplicándose. La tradición alejandrina, la británica, la ecléctica, la familiar, la de las hadas, la *stregheria*, la georgiana, tomaron diferentes rumbos, imprimiendo su sello a los rituales, reconociendo una u otra fuente, dando entrenamientos diversos. El Arte dejó de ser uno, si alguna vez lo fue. De todas esas escisiones, partidas y reuniones y nuevas divisiones la que ofrece un interés singular es la tradición diánica.

XXII. 1 El culto a la Diosa

Margaret Murray había dado el nombre de “diánico” al movimiento de las brujas históricas, dada su adoración a un dios en el que Murray reconocía la antigua figura de Diano -no el Diablo, como pretendían quienes las perseguían-. En sus obras, proporcionaba asimismo detalles técnicos como la reunión en pequeños conventículos de trece mujeres llamados *esbats*¹ y grandes encuentros celebrados en determinadas ocasiones llamados *sabbaths*, donde se realizaban diversas prácticas brujeriles.

George Leland, Gerald Gardner y Doreen Valiente, entre otros, tomaron ese esquema de base y reformularon el objeto de culto, sosteniendo que se trataba de una deidad femenina. A ello le agregaron técnicas, fórmulas, encantamientos y objetivos, algunos muy viejos, otros de reciente cuño, como el *Charge of the Goddess*, original de Valiente y adoptado por muchos autores. A partir de estos elementos se fue construyendo la *wicca* diánica actual.

Es indudable que existen numerosas concordancias entre la diánica y otras formas de *wicca*: el cultivo de la voluntad, su reverencia por la naturaleza a la par que su dominio mediante instrumentos, palabras y hechizos *ad hoc*, la casi unánime creencia en la reencarnación, el empleo del *sigilo*, la ausencia de proselitismo directo y la aceptación de la ley del Arte que dice: “Haz lo que quieras sin dañar a nadie” y su complemento “si lo haces, prepárate a aceptar las consecuencias porque lo que se envía vuelve triplicado”. Asimismo, deben contarse entre las similitudes la prescripción de ritos de iniciación y permanencia y el énfasis en el trabajo en equipo -condición insoslayable para Gardner- dado que esto potencia los dones mágicos, aunque no se excluye la labor en solitario.

¹ Se han formulado muchas críticas a la existencia de *esbats*, afirmándose en muchos casos que se trata de una inferencia de la dra. Murray.

A poco andar, la tradición diánica se bifurcó en dos ramas. Una, la Dianic Covenstead de Texas, fue fundada en los '70 por Morgan McFarland y Mark Roberts. De raigambre celta, su "teología" le da primacía a la Diosa honrándola en su triple aspecto: Doncella-Creadora, Gran Madre y Anciana Sabia. Asimismo, la reconoce también en la naturaleza, dándole entonces el nombre de Reina de los Misterios (la luna), Reina de las Estrellas, Sunna (proveedora de calor y abrigo) y Madre Tierra (a quien todo debe retornar). No obstante, junto a la Diosa admite la presencia de un Dios Astado, en el papel de Amado Consorte. Esto le da una visión de absoluta igualdad entre el varón y la mujer, lo cual se traduce en la composición mixta de sus miembros, visión cuasi dualística que le vale ser denominada "vieja diánica".

El desarrollo del propio ser, la unión con la naturaleza y la armonía cósmica son algunos de los valores que comparte con la otra rama diánica, como así también sus nuevas interpretaciones de los mitos y el saber tradicional.

XXII. 2 *Wicca* y feminismo

La segunda ola de feminismo, que comenzó a fines de la década del '60, desplegó una actividad incansable para mostrar los entretelones del patriarcalismo, asentado sobre el sometimiento del género mujer. Se cuestionaron los cimientos sobre los que descansa la sociedad humana: la explotación económica, la cosificación sexual femenina, la verticalidad de un poder dominante que pauperiza a las grandes masas. Este esquema se atribuyó primariamente a la forma de producción capitalista, pero luego se fue descubriendo que, con las variantes correspondientes, aparecía en otras culturas y otros tiempos históricos.

A través de desenmarañar los contenidos de la experiencia personal, se puso de relieve el alto grado de ideología que conllevaba hasta el menor gesto cotidiano. Se forjó un *slogan*: "lo personal es político", entendiendo por político las reglas que informan la vida en sociedad. En los grupos de auto-concienciación que proliferaron se fue imponiendo la idea de cambiar aquello que impedía la libre expansión de las potencialidades, anclando a la mujer a roles prefijados en subordinación al varón. Comenzó un período revisionista: de las leyes, de la historia contada por los vencedores, del lenguaje, de la educación, de las ciencias, de la forja del carácter, de los valores éticos, del manejo del cuerpo, de la simbolización, de los mitos, del arte, de la religión. Tan atrás como se mirara y tanto como se siguiera la rosa de los vientos, se descubría un desequilibrio profundo entre los sexos, una desigualdad patética en contra de las mujeres.

El peso de los hechos y la desesperación milenaria hicieron surgir la utopía: cambiar el mundo, cambiar la cosmovisión. Había que comenzar por lo inmediato: la vida de cada una debía ser reflejo de ese nuevo mundo que se soñaba. A la verticalidad se opuso lo horizontal; al mandato, el consenso; a la culpa, el

verdadero conocimiento; a la dominación, la igualdad; a la norma arbitraria, la imaginación; a lo pautado, la creatividad; al avasallamiento, el respeto. Cada esfera de la vida, exterior e interior, debía estar sujeta a examen. Ser vigía de sí misma para tener el derecho moral de ser custodia del universo.

La tarea era excesiva, abismal, y esto produjo vértigo. Numerosas mujeres dejaron la militancia feminista y se retiraron a sus hogares. Las que permanecieron, comenzaron a separarse por diversas razones: establecer prioridades de cambio, efectuar análisis teóricos, concentrarse en ciertos reclamos con prescindencia del resto. Abundaron las separaciones, se abrieron nuevos colectivos más estructurados, floreció el personalismo que tomó el disfraz, entre otros, de la reflexión. Se publicaron libros sobre aspectos específicos de la mujer y su historia, comenzaron a gestionarse los estudios académicos. El potencial transformador a gran escala del feminismo estaba herido de muerte.

XXII. 2.1 En pos de lo espiritual

A través del entendimiento de lo que fue la Diosa, podemos comprender mejor la naturaleza y podemos construir nuestras ideologías de modo que nos resulte más fácil vivir.

Marija Gimbutas

En 1968, uno de los tantos grupos que se formaron con el fin de llevar a cabo tareas de concienciación política, llevó el nombre de W.I.T.C.H., sigla de Women's Internacional Terrorist Conspiracy from the Hell. El nombre era más rimbombante que el contenido, dirigido en realidad a cambios pacíficos en la sociedad tanto como en el propio interior. Muy ligado en cierto modo a los ideales *hippies*, introdujo la idea de “tomar conciencia” como eje de las reuniones, noción cuyas repercusiones todavía no han cesado.² Sin embargo, esto inspiró la formación de otros conventículos de orientación espiritual, siendo el más destacado el Susan B. Anthony Coven Nro. 1, fundado en 1971 por Zsuzsana E. Budapest. Z. Budapest, bruja por tradición materna, junto con el conventículo puso en circulación el primer libro de Espiritualidad Femenina y abrió un negocio de magia llamado “Feminist Wicca”.

El nombre del conventículo fundado por Budapest anunciaba de algún modo que era un grupo de mujeres con actividades políticas, dispuesto a recordar el pasado de las mujeres, que había incorporado la tradición de la brujería, vale decir, valores

² Kathy Amatriek fue la primera en introducir la idea de *consciousness-raising*: despertar a las mujeres a su suerte, tomar conciencia de la influencia de las normas impuestas en la formación de la personalidad y sus conflictos, a la par que esto daba la idea de *sisterhood*, de hermandad entre las mujeres, como había habido hermandad entre las brujas. El grupo W.I.T.C.H. produjo un importante documento, las **Notes from the first year**, publicadas en mayo de 1968. Los trabajos salieron sin *copyright* como parte de la militancia.

feministas entremezclados con la *wicca* gardneriana y elementos folclóricos de hechicería y *magick*³.

(Figuras Nros.22 y 23)

La Feminist Dianic Witchcraft es un culto que se centra en la Diosa, en su figura de Diana-Artemisa, la protectora de las mujeres y la naturaleza salvaje. Algunas diánicas sostienen que la Diosa no es una entidad sino la fuente de la vida misma; otras, que es una o varias divinidades exteriores; una de sus teóricas, Starhawk, afirma que la Diosa es “la imagen normativa de la inmanencia” y aun otras creen que no es sino el símbolo de la habilitación de las mujeres. No dudan de la existencia primera de culturas matrifocales, desplazadas por el patriarcalismo. Su definición de patriarcado es la de “poder-sobre”, tanto en el pensamiento como en la acción, en la esfera personal o en la pública, en las instituciones y en la vida cotidiana; por ende, enfatizan la revisión de cuanto se relacione con la idea de poder verticalista y proponen sustituirlo en todos los planos por el de “poder-con, poder-para-hacer-para ser.”

Se organizan en *covens* y *groves* -grupos mayores que a menudo proporcionan rituales comunitarios- de composición exclusivamente femenina donde no existe un conjunto de estructuras o reglas fijas a seguir. Carecen de jerarquías y las decisiones son tomadas por consenso. No existe un periodo de iniciación previo, de un año o más, como en la *wicca* tradicional, sino que, como en todos los grupos feministas, se mantiene una actitud de gran apertura. Lo que cuenta es la enseñanza, comunicar los saberes, entre otros, la llamada “magia del lincero”, vale decir, el antiquísimo uso de las hierbas. La transmisión del conocimiento incluye cuatro grados: aprendizaje, iniciada, sacerdotisa y suma sacerdotisa, que sólo se comunica a mujeres dado que su *magick* es una verdad sagrada.

Las prácticas y rituales celebran a la Diosa en su triple aspecto -doncella, madre y anciana- y su correspondencia con el ciclo de las cuatro estaciones. A su vez, el cuerpo femenino es visto como una manifestación de la Diosa: el poder de cada una está en su centro, el espacio del vientre que se ha representado *in illo tempore* con la forma del caldero, así como su menstruación -en sánscrito *rtii*- se encuentra en la base del rito. “La visión del mundo de la brujería es...la valoración de la vida y sus ciclos.”⁴ Por ello solemnizan las fases por las que atraviesa la mujer: nacimiento, desarrollo, parto, etc. como misterios divinos y ven en el encuentro amoroso, en el alumbramiento, otros tantos dones de la Diosa. En consecuencia, además de los festivales tradicionales de la *wicca*, celebran la concepción, la maternidad y sus contrarios, la mediana edad, la vejez. Estos rituales se llevan a

³ *Magick* es el término forjado por Aleister Crowley para definir su teoría; en sus propias palabras, *magick* es “la Ciencia y el Arte de provocar cambios producidos conforme a nuestra Voluntad.”

⁴ STARHAWK. *The Spiral Dance. A rebirth of the ancient Religion of the Great Goddess*. Nueva York, 1979.

cabo en un altar improvisado entre todas, con objetos sencillos como piedras, flores, plumas o fotos.

Si el cuerpo es sagrado, también lo es la mente, la voz, las emociones: en rituales y prácticas honran su fantasía, su intuición, su capacidad lúdica. No es menor el lugar que ocupa la creación entre sus actividades, desplegando una poderosa imaginación en sus discursos mito-poéticos. Mediante invocaciones, teatralizaciones tomadas del psicodrama y actuaciones del *performance art* tratan de revalorizar las imágenes degradadas de la mujer, de curar viejos miedos, de solucionar conflictos personales, de elevar la auto-estima, de dar libre curso a potencialidades ocultas.

Sin duda las prácticas diánicas no parecen ser una vía adecuada para obtener repercusión en un mundo patriarcal. “Y está claro que un discurso saturado por emociones, que habla de labios vaginales, de sangre, pechos, llanto, leche, pérdidas, derramamientos, que se concentra sólo en las mujeres, es difícil que sea leído por muchos hombres y menos por aquellos que administran la sociedad.”⁵ Sin embargo, su opción de ser cultoras de Diana no es entendido sólo como una elección religiosa sino también política. Su compromiso las obliga a encontrar soluciones afirmativas para los problemas personales y globales, de modo que suelen exponerse a la opinión general llevando a cabo reuniones públicas y tomando parte en conflictos ecológicos, educativos o legales. Es famoso el caso de Z. Budapest que estuvo presa por leer el tarot y luego accionó contra el Estado de California para que fuera derogada la ley que la había llevado a la cárcel.

En el movimiento espiritual, ecléctico y libre, confluye una vasta gama de disciplinas e ideologías, desde las filosofías orientales hasta las teorías psicoanalíticas, sin olvidar el feminismo político o el chamanismo africano. Sus adherentes han producido numerosos estudios sobre *thea*, la deidad femenina, y la revisión de la historia cultural, volcándolo en innumerables libros, publicaciones, talleres, programas, encuentros públicos. Del mismo modo se ocupan de la conservación de la naturaleza y su santificación. La Tierra es adorada como Gea y los rituales que se le consagran están dirigidos a reconciliar a los seres humanos con la Madre Tierra así como a atraer sus fuerzas ocultas como medio de sanación. En las actividades del Movimiento de la Diosa, que siguen la tradición de las “mujeres de conocimiento”, ocupa un lugar central la curación, tanto espiritual como física. Quizá la clave de las curaciones se halle en las palabras inglesas *heal* -sanar- cuya raíz es la misma que *whole* -totalidad- y *holiness* -santidad-: la idea subyacente es que cuando se toma conciencia de que se forma parte de una cadena en la que todos estamos insertos, cuando el yo se extiende al prójimo, a quienes nos rodean y luego a los más alejados, hasta llegar a los objetos, a la madre Tierra

⁵ MARILYN FRENCH. *Beyond Power*. Nueva York, 1985.

misma y luego a las estrellas, sin dejar de ser uno mismo, se llega a un estado de santidad que permite la curación del alma y el cuerpo.

Algunas psicoterapeutas trabajan con la energía que rodea los cuerpos físicos, otras con venerables recetas folclóricas, otras apelan a la cromoterapia o a la sanación mediante piedras, gemas u oraciones; asimismo, hay quienes apuntan a las figuras arquetípicas que cada una guarda dentro de sí o a las manipulaciones de la alta magia o de la Cábala. Bregar con fuerzas enigmáticas, alejadas de los parámetros corrientes, entraña un grado de peligro superlativo cuando no se está suficientemente preparado. Las neo-brujas consideran que hallarse dentro del círculo mágico, tomadas de la mano, es toda la protección que necesitan para no cruzar la línea fronteriza de la enajenación.

La gama de actividades de las brujas solitarias ha crecido exponencialmente hasta ser amplia en demasía. Casi no hay zona del quehacer humano donde no se hayan establecido; incluso han llevado sus prácticas y su *magick* a lo doméstico, recibiendo el nombre de *kitchen witches*.

Las brujas eclécticas o solitarias son el eslabón más extremo en la larga cadena de la *wicca* moderna. Muchas de sus destrezas parecen derivar de lo que recibe el nombre de parapsicología o psicotrónica o de habilidades adscriptas a los llamados seres índigo -niños y adultos-. El mercado que generan mueve millones de dólares en el mundo entero, aunque todavía auto-denominarse bruja parece colocar automáticamente a una mujer en los bordes de la sociedad.

El camino de recuperación del orden simbólico de la madre, con la concomitancia de rescatar el abismo de lo considerado malo y negativo, ha ido creando una suerte de contra-cultura. Pero esa contra-cultura está inserta en una sociedad regida por parámetros económicos que acaban por modelarla. Lo que era utopía en los años '60 y '70 se va convirtiendo en negocios redituables. Se venden cursos breves de magia, de sanación, de videncia; se efectúan consultas personales tarifadas sobre la suerte, el futuro, la personalidad; se aumentan las ventas editoriales con libros de auto-ayuda basados en rituales y prácticas pseudo-brujeriles; se banalizan los arcanos, se trivializa el más allá, se comercializa lo invisible.

Tarotistas, adivinas, astrólogas, reikistas, sanadoras mediante gemas, piedras, colores, runas, masajes, invocaciones: la propalación del conocimiento esotérico a partir del siglo XVIII no parece tener techo alguno. Se esparcen y divulgan sin cortapisas teorías y conceptos en una escalada gatopardista donde se cambia algo para que nada cambie, para que no quede nadie sin sentir que está trabajando para su salud, su felicidad y su bienestar.

Los que detentan el poder han jugado la apuesta de la comunicación: nadie debe estar desinformado. Pero la rapidez y la generalización de los medios masivos conspira contra la excelencia; se baja más y más el piso del conocimiento para ponerlo al alcance de públicos inmensos. Cada quien, sin profundizar, sin

detenerse en la reflexión o la disciplina, está autorizado a opinar, a manejar ideas y opiniones. Así, lo que quizá fue un noble saber arcano se va diluyendo en interpretaciones que lo simplifican tanto que acaban por negarlo.

XXII. 3. La nueva religión

El llamarse a sí misma bruja no constituye el serlo, tampoco lo hace la herencia en sí, ni la colección de títulos, grados e iniciaciones. Una bruja intenta controlar las fuerzas vitales dentro de sí misma a fin de vivir sabiamente, en armonía con la naturaleza y sin perjudicar a nadie.

**Uno de los trece principios del
Council of American Witches (1974)**

Las explicaciones de las brujas respecto a su magia suelen ser tan vagas como las definiciones de la psicología profunda; sin embargo, parecieran responder a los nuevos conceptos que ven al universo como un paradigma holográfico, donde cada parte contiene a la totalidad⁶. En la base de la ciencia occidental se encuentra la categorización, la disección, la separación en partes, el arrancarlas de la totalidad para estudiarlas mejor. Sin embargo, pareciera que ahora se está abriendo paso un saber donde todo está relacionado con todo en un tejido sin costuras, en una red donde el menor movimiento repercute en el conjunto, como en los campos morfogénicos o su correlato, la resonancia mórfica. En ese continuum espacio y tiempo no serían sino facetas de esa holografía. Por ende, si el todo está contenido en cada parte, las operaciones de magia y brujería dejan de caer en la esfera de la superstición para tratarse de un punto focal diferente de comprender la realidad. Las brujas privilegian el hacer antes que el teorizar. Sin embargo, la base en que se apoyan suele ser ahistórica y acrítica, no estando a consideración el objetivo al que se aplican, vale decir, el Arte no es ni bueno ni malo en sí: depende de cada practicante decidir si el fin es benéfico o destructivo. Por lo general, la intención que suele guiar a las brujas modernas es el bienestar de la persona o el logro de deseos razonables.

Entre las practicantes actuales de la *wicca* y los arquetipos míticos o la caza de brujas se interpone un abismo; el abismo del tiempo, de la concepción del mundo en cuyo seno surgen, de las infinitas metamorfosis que han sufrido las culturas. A la par, existe la brecha que va de un conocimiento para pocos elegidos a un conocimiento abierto a cualquiera que lo solicite: la brecha que media entre lo ocultista y lo exotérico.

⁶ El enfoque sobre el paradigma holográfico parte de los trabajos de 1982 del físico Alain Aspect, corroborados después por David Bohm, Kart Pribham y Stanislav Grof desde sus estudios de psicología transpersonal, que hasta entonces no habían encontrado una explicación válida.

En el contexto actual de crisis de las ortodoxias religiosas, la brujería se presenta como un culto alternativo que rescata el principio femenino, la denostada figura de la Gran Madre. Un culto opuesto al autoritarismo, a la verticalidad tiránica, a las trabas que la educación ofrece al pleno desarrollo de las potencialidades de la mente y el cuerpo. Es un culto armonizado con el entorno que proporciona una fuerte sensación de pertenencia, de participación en un conjunto englobante que genera energía.

La reverencia a la Gran Madre prohija valores que las luchas por el poder y el dominio ajeno han ido dejando atrás: la brujería propone ante todo el respeto por sí mismo y el respeto por el medio en que se vive. Internalizar ese respeto, sentirse uno con la naturaleza, conlleva un largo aprendizaje, una prolongada exploración de la propia psiquis, de sus meandros más profundos. La creatividad brota entonces como agua fresca del manantial: el canto, la poesía, la música se han beneficiado con los descubrimientos de los talentos que no temieron internarse en las selvas oscuras y profundas de que está hecha la trama de la brujería. Si se recorre adecuadamente el camino, si no se soslayan las pruebas, por duras que sean, el practicante sabe que alcanzará un abrazo cósmico que le permitirá ejercer plenamente su arte.

La necesidad de un salto cualitativo en el estar del ser humano en el cosmos ha legitimado a la brujería como religión, creando así el último baluarte de la utopía.

BIBLIOGRAFÍA BREVE

- Abbott, A. E. *Encyclopaedia of the Ocult Sciences*. Londres, 1960.
- Adler, Margot. *Drawing down the Moon. Witches, druids, goddess-worshippers and other Pagans in America Today*. Boston, 1980.
- Alighieri, Dante. *La divina Commedia*. Milán, 1958.
- Amadou, Robert. *El ocultismo*. México, 1956.
- Anderson, M.S. *La Europa del siglo XVIII*. México, 1968.
- Apuleyo. *El asno de oro*. Barcelona, 1997.
- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Buenos Aires, 1994.
- Ariès. Philippe. *Le Retorur du diable: satanism, exorcismo, extrême droite*. Golias, 1997.
- Avalon, Arthur. *La puissance du serpent*. Lyon, 1959.
- Bachofen, J.J. *Myth, Religion and Mother Right*. Princeton, 1967.
- Baker, Roger. *El demonio y los exorcismos*. Buenos Aires, 1981.
- Baschwitz, Kart. *Brujas y procesos de brujería*. Barcelona, 1968.
- Bataille, George. *El erotismo*. Buenos Aires, 1960.
- Beccaria, Cesare. *De los delitos y de las penas*. Barcelona, 1994.
- Benoist, Luc. *El esoterismo*. Buenos Aires, 1969.
- Bernanos, Georges. *Sous le soleil de Satan*. París, 1926.
- Bertrand, Louis. *Louis XIV*. París, 1928.
- Bettelhrim, Bruno. *Psychanalyse des contes de fées*. París, 1976.
- Biblia de Jerusalén*. Madrid, 1975.
- Blavatsky, Helena Petrovna. *La Doctrina Secreta*. Buenos Aires, 1943-1946.
- Bodin, Jean. *On the Demon-Mania of Witches*. Toronto, 1985.
- Boguet, Henri. *Discours exécration des sorciers*. (Texto adaptado) París, 1980.
- An examen of the Witches*. Londres, 1929.
- Boyer, Paul y Nissenbaum, Stephen. *Salem Possessed: the Social Origins of Witchcraft*. Massachusetts, 1974.
- Briffault, Robert. *The Mothers*. Londres, 1959.
- Bril, Jacques. *Lilith ou la Mère obscure*. París, 1981.
- Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Buenos Aires, 1944.
- Budapest, Zsuzsana. *The Holy Book of Womens´s Mysteries*. Nueva York, 1976.
- Budge, sir E.A. *God of the Egytiens*. Nueva York, 1969.
- Burr, George C. *Narratives of the witchcraft cases*. Nueva York, 1914.
- Calmet, Dom Agustin. *Dissertation sur les apparitions des anges, des demons et des esprits, et sur les revenants et vampires de Hongrie, de Boheme, de Moravie et de Silesie*. París, 1746.
- Calvera, Leonor. *Historia de la Gran Serpiente*. Buenos Aires, 2000.
- El género mujer*. Buenos Aires, 1982.
- Campbell, Joseph. *The Hero with a Thousand Faces*. Princeton, 1949

----*The Masks of God*. Nueva York, 1959-1970
 Camus, Dominique. *Pouvoirs sorciers. Enquête sur les pratiques actuelles de sorcellerie*. París, 1988.
 Caro Baroja, Julio. *Las brujas y su mundo*. Madrid, 1995.
 Castiglione, A. *Encantamiento y magia*. México, 1947.
 Cauzons de M. *La magie en France*. París. 1909.
 Cavandish, Richard. *The black Arts*. Londres, 1966.
 Cencillo, Luis. *Mito*. Madrid, 1970.
 Charpentier, Louis, *El misterio de los Templarios*. Barcelona, 1970.
 Chevaliere, Jean et Gheerbrant, Alain. *Dictionnaire des Symboles*. París, 1982.
 Chrétien de Troyes. *Erec y Enid*. Madrid, 1982.
 ----*El caballero del león*, Madrid, 1988.
 Cirlot, J. E. *A Dictionary of Symbols*. Nueva York, 1962.
 Corominas, J. *Diccionario etimológico castellano e hispánico*.
 Croce, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires, 1953.
 Crow, W. *History of Magic, Witchcraft and occultism*. Londres, 1968.
 Crowley, Aleister. *The Book of Toth*. Nueva York, 1961.
 ----*The Satanic Bible*. Nueva York, 1962.
 Dardigna,, Anne Marie. *Les chateaux d'Éros*. París, 1980.
 D'Arras. *Melusina o la noble historia de Lusignan*. Madrid, 1987.
Diccionario enciclopédico de la masonería. Buenos Aires, 1947.
 Donovan, Frank. *Historia de la brujería*. Madrid, 1978.
 Dowson, John. *A Classical Dictionary of Hindu Mythology and Religion, Geography, History and Literature*. Londres, 1928.
 Duby, Georges y Perrot, Michel. *Historia de las mujeres*. Madrid, 2000.
 ----*Europa en la Edad Media*. Buenos Aires, 1994.
 Duert, Hans Peter. *Dreamtime*. Oxford, 1985.
 Dumezil, George. *Archaic Roman Religion*. Chicago, 1970.
 Durant, Will. *La edad de la fe*. Buenos Aires, 1956.
 ----*El Renacimiento*. Buenos Aires, 1957.
 Ehrenrich, Barbara y English, Deirdre. *Brujas, comadronas y enfermeras*. Barcelona, 1984.
 Eimeric, Nicolau y Peña Francisco. *El manual de los inquisidores*. Barcelona, 1996.
 Eliade, Mircea. *Mefistófeles y el andrógino*. Madrid, 1969.
 ----*Tratado de Historia de las Religiones*. México, 1972.
 ----*Yoga, inmortalidad y libertad*. Buenos Aires, 1977.
 Esquilo. *La Orestíada*. Madrid, 1905.
 Eurípides. *Las bacantes*. Madrid, 1910.
 ----*Medea*. Buenos Aires, 1995.
 Evans Pritchard, E. *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*. Oxford, 1950.

Evans Wentz, W. Y. *The Fairy-faith in Celtic Countries*. Nueva York, 1966.

Faggin, Giuseppe. *Las brujas*. Buenos Aires, 1962.

Farrar, Stewart. *Lo que hacen las brujas*. Barcelona, 1977.

Ferguson, Marilyn. *The Aquarian Conspiracy*. Los Ángeles, 1980.

Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Buenos Aires, 1994.

----*Las palabras y las cosas*. México, 1969.

France, Anatole. *Vie de Jeanne d'Arc*. París, 1910.

Frazer, sir James. *La rama dorada*. México, 1965.

Frédéric, Louis. *Dictionnaire de la Civilisation Indienne*. París, 1987.

French, Marilyn. *Beyond Power: on Women, Men and Morals*. Nueva York, 1985.

Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Madrid, 1948.

Funck, Brentano Frantz. *El drama de los reinos*. Buenos Aires, 1919.

Gage, Matilda Joslyn. *Women, Church and State*. Nueva York, 1972.

Gardner, Gerld B. *Witchcraft today*. Londres, 1954.

Gener, Pompeyo. *La muerte y el diablo*. Barcelona, 1880.

Gifford, Edmund. *The evil eye*. Nueva York, 1958.

Gimbutas, Marija. *The Goddess and Gods of Old Europe*. California, 1974.

----*The Language of the Goddess*. California, 1979.

----*The Civilization of the Goddess*. California, 1991.

Ginzburg, Carlo. *Historia nocturna: un desciframiento del aquelarre*. Barcelona, 1991.

Granet, Marcel. *La civilisation chinoise*. París, 1929.

Gusdorf, Georges. *Mito y metafísica*. Buenos Aires, 1960.

Gordon Childe, V. *Los orígenes de la civilización*. México, 1954.

Gorce, Maxime et Portier, Raoul. *Histoire Générale des Religions*. París, 1948.

Graves, Robert. *La diosa blanca*. Buenos Aires, 1970.

----*Los mitos griegos*. Buenos Aires, 1972.

Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, 1966.

Henninger, Joseph y otros. *Lo demoníaco*. Caracas, 1970.

Herenbergio, Johann Christian. *Philosophicae Christiani cogitationis de Vampiris*. Amsterdam, 1753.

Henningsen, Gustav. *The European Witch-persecutions*. Cppenhagen, 1973.

Hesíodo. *Teogonía*. Buenos Aires, 1977.

Hole, Cristina. *A mirror of witchcraft*. Londres, 1956.

Homero. *La odisea*. Barcelona, 1995.

----*La Ilíada*. Barcelona, 1995.

Horacio. *Odas, Epodos, Arte poética*. Barcelona, 1984.

Hughes, Penethorne. *La brujería*. Barcelona, 1974.

Huizinga, Johann. *El otoño de la Edad Media*. Barcelona, 1995.

Hutin, Serge. *La alquimia*. Buenos Aires, 1968.

Huxley, Aldous. *Los demonios de Loudun*. Barcelona, 1972.

Hyatt Verrill, A. *The Inquisition*. Londres, 1931.

Huysmans, Jerris Karl. *Là bas*. Buenos Aires, 1953.

Jackson, Rosmary. *Fantasy*. Buenos Aires, 1986.

Jerónimo Feijóo, Benito. *Cartas eruditas y curiosas*. Madrid, 1742.

Kluckholm, Clyde. *Navajo Witchcraft*. Nueva York, 1944.

Kramer, H. Y Sprenger, J. *El martillo de las brujas*. Madrid, 1978.

Lea, H. C. *Historia de la Inquisición española*. Madrid, 1983.

----*A History of the Inquisition of the Middle Ages*. Nueva York, 1888.

Leadbeater, C.W. *La vida oculta en la masonería*. México, 1948.

Lee, Henry C. *Materials toward a history of Witchcraft*. Pennsylvania, 1921.

Le Goff, Jacques. *Los intelectuales de la Edad Media*. Buenos Aires, 1965.

----*La civilización del Occidente medieval*. Barcelona, 1974.

Leland, Charles. *Aradia or the Gospel of the Witches*. Washington, 1998.

L'Estrange Ewen, Cecil. *Witch Huntig and Witch Trials*. Londres, 1929.

----*Some Witchcraft Criticism*. Londres, 1938.

Lethbridge, T.C. *Witches, Investigating an ancient Religion*. Londres, 1962.

Levi, Eliphas. *Dogma y ritual de la alta magia*. Buenos Aires, 1951.

----*Historia de la magia*. Madrid, 1922.

Libro de los muertos de los antiguos egipcios. Prólogo, traducción y notas de Leonor Calvera. Buenos Aires, 1987.

Livio, Tito. *Historia*. Buenos Aires, 1902.

Llorente, Juan Antonio. *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne*. París, 1817.

Lucano. *Farsalia*. Madrid, 1984.

Malinowski, Bronislav. *Magia, ciencia y religión*. Buenos Aires, 1993.

Mac Gregor Mathers, S.C. *The Kabbalah Unveiled*. 1957.

Mair, Lucy. *La brujería en los pueblos primitivos actuales*. Madrid, 1969.

Maple, Eric. *El oscuro mundo de las brujas*. Santiago de Chile, 1968.

Mead, Margaret. *Sexo y temperamento*. Buenos Aires, 1994.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1963.

Messadié, Gerald. *El diablo*. Barcelona, 1994.

Métraux, Alfred. *Vodú*. Buenos Aires, 1963.

Michelet, Jules. *Historia del satanismo y la brujería*. Buenos Aires, 1969.

----*La mujer*. México, 1985.

Millaeus, J. *Praxis criminis persequendi*. París, 1541.

Mellor, Alec. *La tortura*. Buenos Aires, 1960.

Monitor, Ulrico. *De las brujas y adivinas*. Buenos Aires, sin fecha de impresión.

Monmouth, Geoffrey de. *Vida de Merlín*. Madrid, 1986.

Montague Summers, A.J. *History of witchcraft and demonology*. Londres, 1926.

----*The geography of Witchcraft*. Londres, 1926.

Murray, Margaret. *The Witch-cult in Western Europe*. Oxford, 1921.

----*The God of the Witches*. Nueva York, 1960.

Muchenbeld, Robert. *Historia del diablo*. México, 2002.

Notenstein, Wallace. *History of Witchcraft in England from 1358-1718*. Washington, 1911.

Ockham, Guillermo de. *Sobre el gobierno tiránico del Papa*. Barcelona, 1955.

Ovidio. *Las metamorfosis*. Barcelona, 1986.

Papini, Giovanni. *El diablo*. Buenos Aires, 1957.

Papus (Gerard Encausse). *Tratado elemental de magia práctica*. Buenos Aires, 1961.

Parrinder, Geoffrey. *La brujería*. Buenos Aires, 1965.

Picard, Roger. *El romanticismo social*. México, 1947.

Plutarco. *Obras morales y de costumbres*. Madrid, 1987.

Power, Eileen. *Medieval Women*. Cambridge, 1976.

Ragland, Philipps Guy. *Brigantia*. Londres, 1976.

Riencourt, Amaury de. *La mujer y el poder en la historia*. Venezuela, 1977.

Risco, Vicente. *Historia de los judíos*. Barcelona, 1955.

Robbins, Russell H. *The Encyclopedia of Witchcraft and Demonology*. Nueva York, 1959.

Romero, Francisco. *Historia de la filosofía moderna*. México, 1959.

Rony, Jerome Antoine. *La magia*. Buenos Aires, 1962.

Rougemont, Denid de. *L'amour et l'Occident*. París, 1939.

Rushkin, John. *Las piedras de Venecia*. Barcelona, 1961.

Russell, Jeffrey B. *Historia de la brujería*. Barcelona, 1998.

Sackville West, Victoria. *Juana de Arco*. Madrid, 1989.

Saint Edme. *Dictionnaire de la penalité chez tous les peuples de monde connu*. París, 1810.

San Agustín. *La ciudad de Dios*. Madrid, 1985.

Santo Tomás de Aquino. *Summa Theologica*. Madrid, 1920.

Scott, Reginald. *Discoverie of Witchcraft*. Kent, 1854.

Scott, Walter. *Letters on Demonology and Witchcraft*. Nueva York, 1970.

Salisbury, Juan de. *Policrates*. Madrid, 1983.

Servier, J. *Les portes de l'année*. París, 1962.

Sinistrari. *Demoniality*. Ed. de 1927.

Spencer, Lewis. *An Encyclopedia of Occultism*. Nueva York, 1979.

Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente*. Buenos aires, 1993.

Satk, Marcia. *The Dark Goddess*. California, 1993.

Starhawk. *The Spiral Dance. A rebirth of the ancient Religion of the Great Goddess*. Nueva York, 1979.

Stone, Merlin. *Ancient Mirros of Womanhood*. Boston, 1979.

Symonds, John. *The magic of Aleister Crowley*. Londres, 1958.

Tácito, Cayo Cornelio. *La Historia. Costumbres de los germanos*. Buenos Aires, 1944.

Thorndike, Lynn. *A History of Magic Experimental Science*. Nueva York, 1923-1958.

Todorov, Tsvetan. *Introduction à la littérature fantastique*. París, 1970.
Trevor Davis, R. *Four centuries of witch beliefs*. Londres, 1947.
Valiente, Doreen. *The Rebirth of Witchcraft*. Londres, 1989.
Virgilio. *La Eneida*. Barcelona, 1992.
Walter, Barbara. *Woman's dictionary of Symbols and Sacred Objects*. San Francisco, 1988.
Wickward, J. W. *Witchcraft and the black art*. 1925.
Wier, Jean de. *Histoire, disputes et discours des illusions et impostures des diables, des magiciens infames, sorcières et empoisonnerurs...*, París, 1885.
Yve-Plessis, R. *Bibliographie française de la sorcellerie*. París, 1900.
Zimmer, Heinrich. *Myths and Symbols in Indian Arte and Civilization*. Princeton, 1946.

Al igual que todas las bibliografías, la presente es arbitraria e incompleta ya que ni siquiera están reflejados todos los textos citados en el cuerpo de la obra. No obstante, creemos que abre un amplio panorama, contradictorio y fascinante, de las brujas, diosas y damas de la noche.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Figura Nro.1: *Isis amamantando a Horus*. Bronce egipcio de la baja época. El Cairo.

Figura Nro. 2: *La Triple Hécate*. Obra atribuida a Alcamenes. Colección Lamberg.

Figura Nro. 3: *Medusa*. Obra atribuida a Cresitas. (Fines del siglo V a.C.) Gliptoteca de Munich.

Figura Nro. 4: Portada de *La Toyson d'or*. Obra de alquimia de Trismosin, según la edición de 1613.

Figura Nro. 5: Grabado del *Compendium Maleficarum*. Representa el ósculo ritual al Diablo.

Figura Nro. 6: *Danza de las Ménades*. Obra de Lénés. Museo de Berlín.

Figura Nro. 7: Grabado de *Die Emeis*, de 1517. Representa una escena del *sabbath*.

Figura Nro. 8: Grabado del *Compendium Maleficarum* de Francesco M. Guazzo. Editado por primera vez en Florencia en 1878. Representa una escena del festín del *sabbath*.

Figura Nro. 9: Grabado de la época representando la inmersión en el agua para culpar a una bruja.

Figura Nro. 10: Grabado del *Código Criminal* de Carlos V (1532). Muestra los elementos de tortura que se empleaban en el siglo XVI.

Figura Nro. 11. Xilografía alemana del siglo XVI, que muestra a las brujas en la hoguera.

Figura Nro. 12. Grabado de Bernard Picard, del siglo XVII, que muestra dos tipos distintos de sambenitos.

Figura Nro. 13. Grabado del siglo XVII que representa un auto de fe.

Figura Nro. 14. Grabado del *Diálogo acerca del poder de las brujas* de Thomas Erastus, editado en Ginebra en 1579.

Figura Nro. 15. Grabado del manuscrito de 1621 titulado *Discurso sobre la brujería, tal como se practicaba en la familia de Mr. Edward Fairfax*. Biblioteca Británica de Londres.

Figura Nro. 16. Xilografía de *De Lamiis* de Ulrich Monitor, publicado en 1489. Representa a las brujas obrando un sortilegio del tiempo.

Figura Nro. 17. Xilografía del siglo XVI que representa a un caballero visitando la casa de las hadas.

Figura Nro. 18. Xilografía de 1634 que representa a Urbano Grandier atado en la pira. Biblioteca Nacional de París.

Figura Nro. 19. Grabado del siglo XVII que muestra la ejecución de Bridget Bishop, una de las acusadas de Salem.

Figura Nro. 20. Grabado alemán del siglo XVII que representa a Vlad Tepes, el emperador que dio origen al Drácula moderno.

Figura Nro. 21. Frontispicio de *Aradia*, de Charles Leland.

Figura Nro. 22. Resumen del ideario de Aleister Crowley, publicado en una tarjeta postal alrededor de 1943.

Figura Nro. 22. *Deidad femenina con cabeza de ofidio sosteniendo un niño*. Terracota de Ur, IV milenio a.C. Museo de Iraq.

Figura Nro. 23. *Diosa del parto*. Escultura azteca de piedra de Tlacolteutl, Aplite. Valle de México.

ÍNDICE

Palabras preliminares

PRIMERA PARTE

Capítulo I.

Las grandes diosas

Capítulo II.

Las figuras menores

SEGUNDA PARTE

Capítulo III

La Virgen María y el Diablo

Capítulo IV

Ascenso y ocaso de herejes y beguinas

Capítulo V

Universidades y universo mágico

TERCERA PARTE

Capítulo VI

Definiciones y pactos diabólicos

Capítulo VII

El tercer rostro

Capítulo VIII

El culto diádico y las siervas de satanás

Capítulo IX

Muerte a la bruja

Capítulo X

Convicta et combusta

CUARTA PARTE

Capítulo XI

Anverso y reverso de poderes y prácticas

Capítulo XII

Medicina y arte sanador

Capítulo XIII

Hadas y gente menuda

QUINTA PARTE

Capítulo XIV

Aquelarres y exorcismos

Capítulo XV

Niños y jóvenes denunciadores

Capítulo XVI

Venenos, misas negras y erotismo

Capítulo XVII

Vampiros, magos y sociedades secretas.

SEXTA PARTE

Capítulo XVIII

Todo se cuestiona, todo se renueva

Capítulo XIX

Desde la perspectiva del siglo XX

Capítulo XX

Decir del silencio

Capítulo XXI

Wicca y cultos satánicos

Capítulo XXII

El movimiento de la Diosa

Bibliografía breve

Índice de ilustraciones